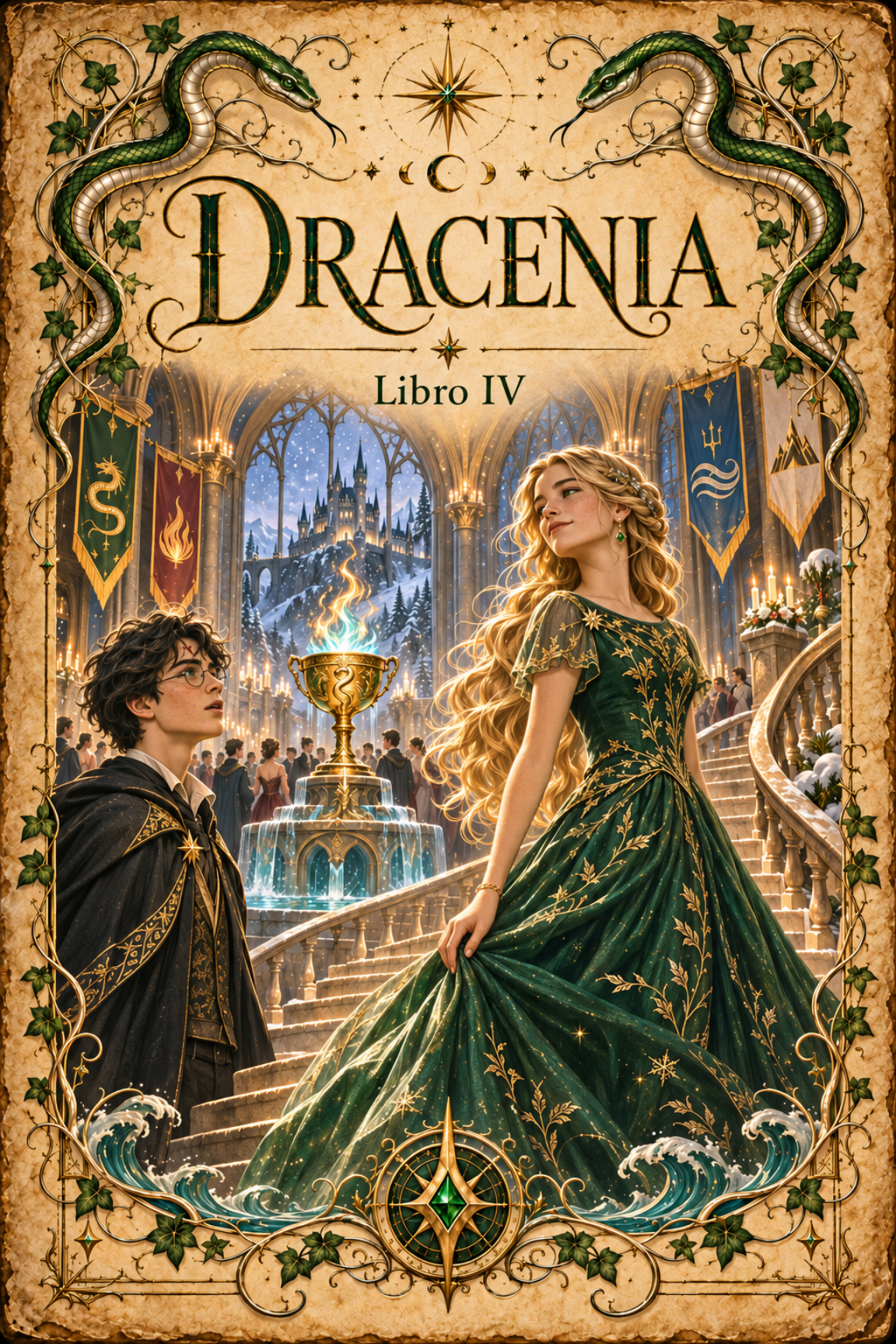

DRACENIA
Libro IV



DRACENIA

LIBRO IV

Edición de lectura

Colección DRACENIA



Contenido



Capítulo 1 — Una carta sin dirección 1

Capítulo 2 — No sólo el resultado 8

Capítulo 3 — El sitio junto a Ron 15

Capítulo 4 — Donde estaban los mejores 23

Capítulo 5 — Un país de más 30

Capítulo 6 — La cuenta de los siete 39

Capítulo 7 — El ruido de las tiendas 49

Capítulo 8 — Los que debían volver 60

Capítulo 9 — Lo que no salió en el periódico 68

Capítulo 10 — El cristal en movimiento 76

Capítulo 11 — Una noticia a la hora de cenar 85

Capítulo 12 — El campo vacío 93





Contenido



Capítulo 13 — Lo que no se puede deshacer 101

Capítulo 14 — Un público que no se cansa 110

Capítulo 15 — Antes de reírse 120

Capítulo 16 — Lo que cada uno acepta 129

Capítulo 17 — Dos maneras de llegar 138

Capítulo 18 — Del otro lado de la línea 146

Capítulo 19 — Tres lugares en la mesa 153

Capítulo 20 — El nombre que sobraba 160

Capítulo 21 — Un lugar que no había pedido 170

Capítulo 22 — La otra cara 178

Capítulo 23 — Lo que podía traer consigo 186

Capítulo 24 — Al otro lado del fuego 196







Contenido



Capítulo 25 — Lo que seguía prendido 207

Capítulo 26 — Una oferta mal hecha 215

Capítulo 27 — Volver a preguntar 223

Capítulo 28 — Sin mirar los pies 232

Capítulo 29 — La primera canción 241

Capítulo 30 — Un poco más de camino 252

Capítulo 31 — Lo que se oía debajo 261

Capítulo 32 — La caja que no era suya 270

Capítulo 33 — Nieve para llevar 279

Capítulo 34 — Un momento más 290

Capítulo 35 — Para Diggory 298

Capítulo 36 — El tiempo que faltaba 308





Contenido



Capítulo 37 — El frasco del estante bajo 318

Capítulo 38 — Antes de la orilla 326

Capítulo 39 — Donde no llegaban las voces 334

Capítulo 40 — Lo que no se había llevado el agua 348

Capítulo 41 — Lo que quedaba del lago 361

Capítulo 42 — Una frase que nadie había oído 370

Capítulo 43 — Las letras pequeñas 379

Capítulo 44 — Fuera de la línea 389

Capítulo 45 — La salida más cercana 399

Capítulo 46 — El campo sin porterías 411

Capítulo 47 — Pan para cuatro 420

Capítulo 48 — Un hombre en el borde del bosque 430





Contenido



Capítulo 49 — La mesa de Iris 442

Capítulo 50 — Donde no llegaban las gradas 452

Capítulo 51 — Un lugar que no debía existir 467

Capítulo 52 — Los nombres detrás de las máscaras 476

Capítulo 53 — El hombre que enseñaba Defensa 487

Capítulo 54 — El sitio que quedó vacío 499

Capítulo 55 — Lo que el ministro no quiso escuchar 508

Capítulo 56 — El apellido que llevaba 519

Capítulo 57 — Lo que ninguno sabía decir 529

Capítulo 58 — Por quienes no regresaron 538

Capítulo 59 — Hasta que volvamos a vernos 547





CAPÍTULO 1

Una carta sin dirección

Harry

La carta de Ron llegó dentro de una revista de jardinería.

Harry habría dejado las dos cosas sobre la mesa de la entrada si no hubiera reconocido, entre una oferta de rosales y la fotografía de una podadora, una esquina de pergamino. Tiró de ella con cuidado. Ron había pegado su carta a la última página y escrito junto al anuncio: *Ésta no viene incluida*.

—¿Es para mí? —preguntó Petunia desde la cocina.

Harry terminó de despegar el sobre antes de contestar.

—La revista sí.

Su tía apareció secándose las manos. Examinó primero la cubierta, luego el papel que él sostenía.

—Si tus amigos quieren escribirte, que escriban normalmente.

—Eso estaban intentando.

Petunia no encontró gracioso el comentario. Harry se llevó la carta arriba antes de darle tiempo de decidir que tampoco era necesario leerla.

Habían pasado dos semanas desde su cumpleaños y Ron seguía hablando de los Mundiales de Quidditch como si Harry hubiera aceptado ir y luego se hubiera olvidado de comprar el boleto. La señora Weasley había mandado una invitación para pasar con ellos

el resto de agosto. Ahora Arthur tenía entradas para la final. Irlanda contra Bulgaria.

Harry se sentó sobre la cama.

Leyó los nombres otra vez. No era un partido del colegio, ni una fotografía donde los jugadores repetían eternamente la misma vuelta. Estarían allí, en el aire, y él podría verlos.

Papá consiguió las entradas por Bagman, explicaba Ron. *Está en Deportes. Dice que le debía un favor por unas cosas del Ministerio. No sé qué cosas. Percy cree que deberíamos saberlo todo sobre su departamento antes de subir al estadio. Yo pienso ir aunque no pase el examen.*

Debajo había una segunda letra, más pequeña.

Hermione llega el viernes. Si puedes venir antes, mejor. Ron está explicando cada posición en la mesa y ya no me deja desayunar. Ginny.

Harry se rio. La lechuza de Ron había llevado cartas durante todo el verano, a veces con parte del sobre en el pico y el resto muy mal sujeto a una pata. Para aquella invitación urgente habían preferido el correo muggle. Harry imaginó a Ron buscando algo suficientemente corriente para que Vernon lo dejara entrar en la casa. Una revista de jardinería era una elección bastante buena.

Abrió el cajón del escritorio. Las cartas de sus amigos ocupaban ya un montón que empezaba a empujar contra la caja de su varita. Aún le sorprendía tener un sitio donde guardar cosas porque quería encontrarlas después, y no para que Dudley dejara de verlas.

En el fondo estaba la última carta de Sirius.

Harry la reconoció por el doblez, sin necesidad de sacarla. Llevaba días intentando responder. Había empezado contándole el cumpleaños, después un libro y una discusión con Dudley por la

ventana. Al releerlo, todo le parecía poca cosa para alguien que tenía que escoger con cuidado dónde podía detenerse.

Ahora sí tendría algo que contarle.

Buscó una hoja limpia y escribió a Ron que quería ir. Luego se detuvo. Querer no resolvía lo de abajo.

Vernon estaba viendo las noticias cuando Harry entró en la sala. Dudley ocupaba casi todo el sofá; había conseguido situar el control remoto bajo una pierna, fuera del alcance de cualquiera que quisiera cambiar de canal.

Harry esperó a que terminara el anuncio.

—Los Weasley me invitaron.

Vernon siguió mirando la pantalla.

—¿Otra vez?

—Hasta que vuelva al colegio. El señor Weasley puede venir a buscarme.

Su tío bajó el periódico que sostenía abierto sin leer.

—Tengo una comida el viernes. Aquí.

Harry pensó que aquello iba a empeorar mucho antes de mejorar.

—Puede venir por la mañana.

—No quiero a nadie metiendo… —Vernon miró a Petunia, que recogía unas tazas—. No quiero un espectáculo en mi puerta.

—No va a haber un espectáculo.

No podía garantizarlo. Arthur Weasley tenía un interés por los objetos muggles que resultaba difícil de contener una vez que encontraba uno con botones. Harry decidió que podía pedirle por carta que no preguntara por la televisión.

Dudley retiró la pierna del control remoto.

—¿Vas a llevarte al pájaro?

—Sí.

—Y todo lo demás —añadió Vernon.

Harry miró hacia la escalera. Por primera vez, la idea de mover el baúl entero no le pareció una molestia.

—Sí.

Petunia dejó las tazas en la bandeja.

—Antes de las once. No vamos a estar pendientes de esto todo el día.

Harry tuvo que esforzarse para no sonreír demasiado pronto.

Vernon quiso saber quién conduciría, a qué hora llegarían y por qué había que recoger a un muchacho de catorce años con tantas pertenencias. Harry respondió lo que sabía. Cuando su tío empezó a explicar cómo debía detenerse un automóvil en la entrada, comprendió que ya habían pasado la parte difícil.

Subió sin correr. En el primer descanso oyó a Dudley preguntar si ahora le tocaría también la porción de Harry en la cena.

Aquello sí merecía contarse en una carta.

El miércoles por la noche hacía tanto calor que Harry dejó las sábanas dobladas a los pies de la cama.

Hedwig no había vuelto. La había mandado con la respuesta de Ron y una nota para la señora Weasley, cuidando de incluir la hora que Petunia había repetido durante la cena. La Firebolt estaba guardada en su funda y los libros se apilaban junto al baúl. Sólo le faltaba terminar la carta a Sirius.

Escribió que vería la final. Dibujó un pequeño paréntesis para añadir los nombres de los equipos y lo tachó: Sirius sabía cuáles eran. Después empezó a preguntarle si había podido encontrar un lugar más cómodo.

Dejó la pluma antes de acabar.

No quería que su padrino sintiera que tenía que mentirle para que él durmiera mejor. Tampoco quería enviarle una carta donde todo pareciera tan fácil que no hubiera sitio para preguntarle nada.

Al final escribió: *Me gustaría que pudieras venir*.

La frase le dio vergüenza en cuanto quedó sobre el papel. No la tachó.

Fue a acostarse con el sobre todavía abierto en el escritorio.

Había una silla junto al fuego, pero Harry no conseguía ver quién estaba sentado.

Alguien caminaba por el otro lado. Los pasos se detenían, volvían a empezar y acababan siempre cerca de él. Harry quería apartarse de la silla. No sentía los pies.

Oyó una voz que preguntaba algo. Otra le respondió, muy baja. Conocía aquella manera de hablar, aunque no recordaba de dónde. Le hizo pensar en una mano fría cerrándose sobre su muñeca.

El fuego se movió. Harry alcanzó a distinguir una forma larga deslizándose por el suelo y tuvo la certeza desagradable de que debía quedarse completamente quieto.

Entonces alguien se volvió hacia la puerta.

Harry despertó con una mano sobre la frente.

La cicatriz le ardía.

No gritó. Se incorporó despacio, intentando oír algo más allá de su propia respiración. El dormitorio estaba oscuro; la luz de la calle dibujaba un rectángulo en la pared y, en la casa de al lado, alguien había dejado abierta una ventana. Oyó un automóvil alejarse.

Aquello era Privet Drive.

Se quitó las gafas, que se había puesto sin recordar haberlas tomado, y se apretó el puente de la nariz. El dolor empezó a bajar. Esperó a que terminara, pero no terminó del todo.

Había reconocido la voz al despertar. No le gustó pensar en el nombre dentro de aquel cuarto tan pequeño.

Voldemort.

Harry volvió a ponerse las gafas y encendió la lámpara. Sacó la varita del cajón, la dejó sobre el escritorio y se quedó mirando la puerta unos segundos. Nada se movió al otro lado.

Había tenido pesadillas antes. También sabía que no todas las veces que le había dolido la cicatriz habían sido un sueño.

Buscó una hoja. Escribió las cosas que todavía recordaba: la silla, los pasos, el fuego. No quiso añadir una cara que no había visto. La forma del suelo empezó a parecerle una serpiente precisamente cuando trató de dibujarla, así que dejó el dibujo a medias.

¿Debía mandárselo a Sirius?

Harry miró el sobre abierto. Había pasado buena parte del verano esperando que los adultos le contaran las cosas sin esconder la mitad para que no se preocupara. No tenía mucho sentido empezar a hacer lo mismo.

Añadió otra página a la carta.

Hedwig regresó al amanecer, ofendida porque Harry no hubiera previsto que tendría hambre.

Él le puso agua antes de atarle el sobre. La lechuza bebió, lo miró y aceptó el viaje después de comprobar que no había olvidado ofrecerle comida.

—No tienes que volver enseguida —le dijo Harry.

Hedwig se lanzó hacia la luz pálida del jardín.

Harry la siguió con los ojos hasta que dejó de distinguirla entre los tejados. La cabeza todavía le dolía un poco, pero ya no tenía la sensación de ser la única persona que iba a saberlo.

En el pasillo sonaron pasos. Petunia miró dentro, vio el escritorio encendido y abrió un poco más la puerta.

—¿Has dormido?

—Sí.

No era una mentira completa. Su tía examinó la maleta a medio llenar.

—No dejes ropa detrás del armario.

Se fue antes de que Harry encontrara otra cosa que decirle.

Él guardó la varita. Después levantó del suelo un calcetín que se había quedado bajo la cama y lo metió en el baúl. Al día siguiente Arthur llegaría por la mañana, Ron tendría demasiado que contar y Hermione seguramente querría saber por qué no había empezado el trabajo de vacaciones.

Harry buscó la hoja del trabajo. Todavía podía terminar la primera pregunta antes del desayuno.



CAPÍTULO 2

No sólo el resultado



Dracenia

Pansy llegó con una revista que no pensaba prestarle.

La puso boca abajo al sentarse y apartó la mano de Dracenia antes de que pudiera darle vuelta.

—Primero tengo que leerte una cosa.

—Puedo leerla yo.

—Sí, pero vas a empezar por el dibujo y después no me vas a escuchar.

Era una acusación injusta. El dibujo mostraba a una bruja con una capa que cambiaba de largo cada vez que ella intentaba bajar una escalera. Dracenia alcanzó a ver cómo el dobladillo se le enredaba en un pie.

Pansy levantó la revista.

—No se supone que haga eso.

—Espero que no la hayas pedido.

Su amiga se rio y buscó el anuncio que quería mostrarle. Había ido con su madre a probarse ropa, y durante veinte minutos el vendedor sostuvo que una manga podía quedar bien sin permitir doblar el codo. Pansy había terminado doblándolo de todas maneras.

Dracenia quiso saber si habían tenido que pagarla.



—No. Por eso mamá dejó de estar enojada conmigo antes de llegar a casa.

Leyeron el anuncio dos veces. La bruja del dibujo acabó quitándose la capa, la arrojó fuera del marco y volvió al primer escalón. Dracenia soltó una carcajada tan fuerte que su madre asomó la cabeza desde el salón.

—No la compres —dijo al ver la página.

—Eso estaba diciendo yo.

Narcissa dejó una jarra sobre la mesa y les pidió que no pusieran la revista encima de la comida. Pansy la retiró justo antes de que una de las esquinas tocara mantequilla.

Habían pasado varias semanas desde su última visita. Dracenia tenía ganas de contarle el giro que por fin empezaba a conseguir y de preguntarle por su prima. Pansy tenía unas vacaciones enteras que explicar sin detenerse en ninguna de las partes que Dracenia encontraba importantes.

Se interrumpieron bastante.

Al hablar del Mundial, Pansy negó con la cabeza.

—Nos vamos el día anterior. Mi madre ya lo había arreglado con mi abuela.

—Puede cambiarlo.

—La final, quizá. Lo de mi abuela no.

Dracenia sirvió más limonada. Le había gustado imaginar a Pansy sentada a su lado, aunque eso exigiera explicar por qué otra persona no podía ocupar aquel asiento. Su padre conocía a suficientes organizadores para que no pareciera una petición difícil.

—Te voy a escribir lo que pase.

—El resultado va a salir en el periódico.

—No te iba a escribir sólo el resultado.

Pansy sonrió.

—Pues entonces sí.

Dracenia le contó por dónde iba a mirar a Krum. Había visto dibujos de sus amagos y una secuencia donde desaparecía casi por completo detrás del mango de la escoba. Quería saber qué hacía con las piernas al cambiar de altura, no leer otra explicación de que era rapidísimo.

—¿Y vas a probarlo? —preguntó Pansy.

—Si puedo.

—Procura no empezar por la parte donde te estrellas.

Dracenia le dirigió una mirada ofendida.

—La Nimbus de Potter acabó hecha astillas en el árbol.

Pansy bajó el vaso.

—Yo no estaba hablando de Potter.

Ella se quedó un segundo sin responder. Luego Pansy le pidió que pasara el plato, y Dracenia lo acercó con más fuerza de la necesaria. Su amiga no añadió nada. Tampoco parecía haber descubierto una cosa extraordinaria.

Salieron al jardín después de comer. Pansy encontró una pluma enganchada en el seto, la observó por ambos lados y la dejó en su sitio.

—¿No la quieres? —preguntó Dracenia.

—Quedamos en que no íbamos a trabajar en vacaciones.

—Padma no está aquí.

—Yo sí.

Siguieron andando. Dracenia tardó unos pasos en dejar de sonreír.

Cuando Pansy se marchó a media tarde, Dracenia regresó a su habitación. La carta de Dobby la esperaba sobre el escritorio.

No tenía un sello de la casa ni una letra que se pareciera a las de sus conocidos. Dracenia la abrió antes de quitarse los zapatos. El elfo había encontrado trabajo durante unos días en una tienda y estaba aprendiendo que las personas podían decir que pagarían el sábado y luego pasar todo el sábado buscando una moneda.

No contaba aquello como una razón para regresar.

Dracenia acercó la hoja a la ventana. Dobby añadía que había conseguido cobrar, que ya conocía otra tienda y que esperaba encontrar un lugar donde quedarse más tiempo. Había empezado a buscar por su cuenta. Al final preguntaba si había vuelto a volar.

Ella se sentó para responder.

Quiso escribir que su padre podía hablar con alguien. La frase llegó hasta la punta de la pluma y se quedó allí. Dobby no le había pedido que escogiera una tienda ni que enviara a Lucius a reclamar una moneda.

Le escribió que había vuelto a volar y que los giros le estaban saliendo mejor. Al releerlo, añadió que no siempre.

Después le preguntó si el sábado siguiente pensaban pagarle el sábado.

Dracenia leyó la frase y decidió dejarla.

Las entradas estaban sobre el escritorio de Lucius cuando bajó antes de cenar.

Él no se las entregó en cuanto vio hacia dónde miraba. Terminó de firmar una carta, dejó secar la tinta y apartó por fin la mano.

Dracenia tomó una.

Las letras doradas parecían hundirse en el papel al inclinarlo. Palco superior. Su nombre estaba escrito debajo, con una precisión que le gustó de inmediato.

—¿Cerca de los aros? —preguntó.

—Por encima de ellos.

—Entonces voy a poder ver las salidas.

Su padre la observó examinar el pequeño dibujo de acceso.

—También encontrarás a quien te explique por qué tu equipo perdió.

Dracenia levantó la cabeza.

—No necesito que me lo expliquen.

Lucius sonrió. Ella supo que había conseguido exactamente la respuesta que esperaba, y eso no la ayudó a dejar de irritarse.

Dracenia dejó la entrada sobre el escritorio, con cuidado de no acercarla al tintero.

—¿Podemos llevar la Nimbus?

Lucius miró la entrada y luego a su hija.

—¿A la final?

—Al campamento. Podría entrenar antes del partido.

—Habrá miles de personas intentando llegar al estadio.

—No voy a volar entre ellas.

—¿Dónde vas a entrenar, entonces?

Dracenia no había pensado en un lugar concreto. En casa bastaba con salir al jardín.

—Habrá algún sitio.

Su padre volvió a tapar el tintero.

—No cargues la escoba por todo el campamento para averiguarlo.

Ella iba a insistir. Luego recordó los puestos que había visto anunciados, las escobas de competición y los jugadores que quizá pasaran cerca. No quería quedarse vigilando su Nimbus mientras todo aquello ocurría en otra parte.

—Llevaré los guantes —decidió.

—Me parece prudente. Nunca se sabe cuándo Krum va a necesitar un suplente.

—No eran para eso.

Lucius la miró.

—Bueno, no sólo para eso.

Su padre se rio. Dracenia recuperó la entrada, procurando que no se notara cuánto le agradaba volver a examinarla.

Narcissa entró con un sobre cerrado.

—Los Weasley también estarán allí —dijo Lucius, al verlo—. Bagman ha sido generoso con las invitaciones.

—Arthur trabaja para el Ministerio —respondió su esposa.

—No para ese departamento.

Dracenia volvió a mirar la entrada. Si iban los Weasley, seguramente iría Potter. No tenía por qué importarle para saber desde dónde se veían mejor los aros.

—No vas a conseguir un asiento mejor por darle vuelta a la entrada —observó su madre.

Dracenia dejó de moverla.

—Estaba viendo por dónde se entra.

—Muy bien. Entonces podrás guiarnos.

Narcissa no miró a Lucius al decirlo. Su hija guardó la entrada en el sobre que él le ofreció y preguntó a qué hora saldrían. Quería

llevar el programa, unos guantes por si refrescaba y suficiente espacio en la bolsa para las cosas que todavía no sabía que querría comprar.

Antes de cenar subió a guardar la entrada junto al cuaderno verde. La Nimbus se quedó en sus soportes. Dracenia sacó los guantes del estuche de vuelo y los puso junto al libro de Quidditch.

Abrió una vez más la página de Krum. El buscador dibujado se escondió detrás del mango de la escoba, volvió a aparecer y empezó de nuevo. Dracenia acercó el libro para mirar cómo doblaba las piernas.

Su madre la llamó desde la escalera.

Ella cerró el libro y lo dejó encima de los guantes. No iba a pasarse la final con la nariz metida en una página.



CAPÍTULO 3

El sitio junto a Ron



Harry

Arthur Weasley llegó a las diez y veinte, tocó el timbre y consiguió caerle mal a Vernon antes de terminar el saludo.

—Qué práctico —dijo, mirando el pequeño botón junto a la puerta—. ¿Suena siempre igual?

Vernon se quedó con la mano en el picaporte.

—Sí.

—Ah. Claro.

Harry bajó el último escalón detrás de su baúl. Había oído detenerse un coche corriente frente a la casa y todavía sentía un alivio considerable por ello. Si Arthur podía dejar de examinar el timbre, quizá llegarían al automóvil sin dificultades.

El señor Weasley lo abrazó antes de ocuparse del equipaje.

—Has crecido.

—Un poco.

—Ron también. No deja de tropezar con las cosas que estaban en el mismo sitio el año pasado.

Harry sonrió. Vernon miró el baúl con una expresión que hacía parecer que ninguno de los dos estaba intentando llevárselo.

Arthur tomó el asa de un extremo y Harry la del otro. Al levantarlo, el señor Weasley vio a Dudley junto a la puerta de la sala.

—Buenos días.

Dudley dio un paso atrás.

Vernon explicó que su hijo tenía mucho que hacer. Harry dejó que el baúl le tapara la cara mientras lo sacaban. En la calle, Arthur le mostró el coche prestado y le aseguró, en voz lo bastante baja, que seguía funcionando exactamente como se lo habían entregado.

—Molly insistió en comprobarlo.

Harry acomodó la jaula en el asiento. Hedwig aún no había regresado; había dejado la ventana abierta después de avisar a Petunia. Su tía le dijo que no pensaba dar de comer a ninguna lechuza. Él decidió que eso era distinto de negarle la entrada.

Se despidió en el umbral. Petunia le recordó el cajón del escritorio; Vernon, que no se olvidara de nada. Harry miró una vez hacia su ventana y subió al coche.

Antes de llegar a la esquina, Arthur le preguntó cómo había estado.

Harry dejó de mirar por el espejo.

—Bien. Tenía ganas de ir.

—Nosotros de que vinieras.

Arthur cambió de marcha con una concentración enorme. Harry se acomodó mejor en el asiento y empezó a contarle lo de la revista de jardinería.

En la Madriguera, Ron lo esperaba fuera con una pequeña lechuza aferrada al dedo.

El pájaro extendió las alas en cuanto vio el coche. Ron tuvo que llevárselo al pecho para impedir que despegara contra el parabrisas.

—Todavía no sabe esperar —explicó.

—A lo mejor pensó que habías encargado otro.

Ron miró al ave.

—Con uno alcanza.

Harry bajó riéndose. La señora Weasley salió a recibirlos y quiso saber, mientras lo abrazaba, qué le daban de desayunar en casa. Él logró responder a la mitad antes de que Ginny apareciera en la puerta.

—Ron ha ensayado todo lo que va a contarte. No le digas que ya lo sabes.

—Tú te equivocaste de equipo cuando lo expliqué.

—Porque estabas usando las tazas de todos.

Hermione llegó de la cocina con una rebanada de pan en la mano. Tenía el pelo recogido con una cinta que ya no sujetaba la mitad de lo que debía.

Harry la abrazó sin que ninguno tuviera que esperar al otro.

—Creí que llegabas hoy —dijo.

—Cambiaron el día de la visita de mis padres. ¿Hiciste el trabajo?

Ron levantó una mano.

—Ha tardado bastante. Yo digo que eso cuenta como saludo.

Hermione le dio un golpe suave con el pan antes de volver a la cocina. Harry ayudó a subir el baúl y encontró, junto a la cama de Ron, un espacio ya despejado para él. Habían apartado una silla, la bolsa del colegio y un zapato que no tenía pareja.

—Lo otro está debajo —dijo Ron al verlo mirar.

Harry se agachó. Había dos zapatos distintos.

—¿Cuál de los dos?

—Por eso no he terminado de recoger.

La casa estaba llena de personas que querían hacer cosas diferentes.

Percy había llegado con una carpeta que no permitía dejar cerca del fregadero. Trabajaba para el señor Crouch y hablaba de él con una seriedad que Harry sólo le había oído antes al mencionar exámenes importantes. Cada vez que Molly intentaba poner un plato delante, Percy lo levantaba para seguir explicando.

Fred y George aprovechaban sus pausas para cambiar de sitio una caja pequeña. Harry la vio pasar de la repisa al banco y del banco a las rodillas de Fred. Al final, Molly miró directamente debajo de la mesa.

—Lo que sea, no se come aquí.

—Es papel —dijo George.

—Con ustedes nunca se sabe.

Cuando Percy salió a buscar una carta, Fred levantó la tapa. El pergamino de dentro empezó a aplaudir.

Harry se rio y Hermione volvió la cabeza hacia la puerta. George cerró la caja antes de que su madre regresara.

—No termina de entender cuándo ya fue suficiente —murmuró.

—El papel o ustedes —dijo Ron.

Fred se inclinó sobre la mesa.

—Estamos preparando algo.

No parecía una amenaza, aunque Harry comprendía que Molly pudiera oírla así. Había precios escritos en una hoja y varios

nombres tachados. Uno de los gemelos había añadido un dibujo tan malo que Harry no supo si era el producto o una advertencia sobre lo que podía ocurrir al usarlo.

Hermione quiso saber si habían probado de verdad todo lo que ofrecían. Fred respondió que por eso había tantas cosas tachadas.

Más tarde, Ginny les enseñó una carta de Colin con una fotografía donde una gaviota ocupaba todo el encuadre.

—Quería fotografiar el faro —explicó.

Ron examinó la foto.

—Pues estaba muy cerca.

—La gaviota. El faro estaba atrás.

Harry intentó encontrarlo sin éxito. Ginny recuperó la fotografía y contó cómo Colin había esperado otra mañana para volver a tomarla. También había mandado una que sí salió bien. Ella la guardaba dentro de un libro y no tuvo ninguna prisa por ir a buscarla sólo porque Ron se lo pidió.

No todo el mundo quería hablar del Mundial, después de todo. A Harry le gustó estar allí el tiempo suficiente para enterarse de las otras cosas.

Por la tarde fueron a volar al campo.

Ron llevó su escoba y Ginny una de las de la casa. Hermione se quedó en la sombra con el libro abierto, pero dejó de leer cuando Harry sacó la Firebolt de la funda.

Ginny extendió la mano.

—Me debes una vuelta.

—Eso dijiste en el tren.

—Y desde entonces no me la has dado.

Harry no encontró una respuesta que mejorara aquello. Se la pasó después de revisar el cierre de la sujeción y la vio despegar con una sonrisa que le hizo recordar la primera vez que él había podido montarla sin un profesor observando desde abajo.

Ron siguió su ascenso con la mano sobre los ojos.

—No vale usar ésa cuando estamos jugando.

—Ahora no estamos jugando —gritó Ginny.

Al volver le entregó la escoba a Harry sin discutir la altura o pedir otra vuelta. Había querido comprobar una frenada y estaba bastante contenta con lo que había hecho. Ron subió después, resuelto a repetirla mejor, y tardó un poco más en regresar.

Hermione marcó su página.

—No pueden estar esperando todo el verano para hacer esto.

Harry se volvió hacia ella.

—¿Quieres subir?

—No he dicho eso.

Pero sonreía. Harry montó la Firebolt y se elevó sobre la hierba. Ron lo siguió. Por un rato sólo necesitaron decidir quién llegaba primero al extremo del campo y cuántas veces podían repetirlo antes de que los llamaran a cenar.

Salieron hacia el traslador dos mañanas después, cuando las ventanas de la casa todavía estaban oscuras.

Bill, Charlie y Percy llegarían más tarde por su cuenta. La señora Weasley se había quedado junto a la puerta, revisando caras y bolsas con el cuidado de alguien que no iba a aceptar que una de ellas regresara incompleta. Ginny volvió a buscar una bufanda.

George aseguró que Fred llevaba los boletos; Fred hizo que su padre lo oyera antes de desmentirlo.

Caminaron detrás de Arthur por un sendero húmedo. Harry tuvo que mirar dónde ponía los pies hasta que empezó a clarear. En un cruce los esperaba Amos Diggory con su hijo.

Cedric saludó a Harry y se apartó para que pasaran los demás.

—¿Primera vez? —preguntó, al ver cómo miraba la tetera que su padre tenía sobre una piedra.

—Con una tetera, sí.

Cedric sonrió.

Arthur explicó que era el traslador asignado a su grupo. Había que tocarlo cuando llegara la hora y no apartarse antes de que el viaje terminara. Fred quiso saber si era necesario agarrar el asa; su padre le señaló un espacio libre en el borde.

Harry llegó a tocar la porcelana fría con dos dedos. Ron tenía la mano a su lado y Hermione se apretaba la bolsa contra el cuerpo.

No hubo tiempo de volver a mirar el paisaje.

Sintió que algo le tiraba desde dentro. El suelo se apartó, la mano de Ron se volvió una mancha junto a la suya y el aire pasó demasiado deprisa por su cara. Harry intentó conservar los pies debajo del cuerpo.

Cuando encontró tierra otra vez, no estaban allí.

Cayó de rodillas, más sorprendido que lastimado. Ron aterrizó a su lado y sostuvo a Hermione por un codo antes de que terminara sobre ambos. Más allá, Cedric se mantenía de pie. Harry lo encontró bastante irritante durante unos segundos.

Arthur recogió la tetera cuando el funcionario se la pidió. Les indicaron el camino hacia el campamento y dónde tendrían que volver después del partido. La fila que esperaba su turno seguía llegando a sus espaldas.

Harry se sacudió los pantalones y empezó a caminar.

No habían avanzado mucho cuando vio una tienda con pequeñas nubes sobre el techo. Otra tenía una ventana por la que salía olor a pan, aunque parecía demasiado estrecha para contener un horno. Un grupo de niños corría detrás de una bandera que no necesitaba manos para mantenerse en alto.

Ron lo llamó desde el sendero.

—Nuestro sitio está más adelante.

Harry lo alcanzó sin dejar de mirar alrededor. A aquella hora, todo el mundo parecía llevar mucho tiempo despierto y tener algo estupendo que hacer.



CAPÍTULO 4

Donde estaban los mejores



Dracenia

La carpa de los Malfoy tenía una puerta que no correspondía al resto de la tienda.

Era lo primero que Dracenia habría cambiado. El frente parecía de lona corriente; en medio, alguien había puesto un picaporte brillante, una aldaba y una madera tan pulida que devolvía el color de los árboles. Su madre lo observó un momento antes de entrar.

—Supongo que nadie creyó que eso fuera discreto.

Lucius le dejó paso.

—Nadie lo eligió por discreto.

Dracenia los siguió, todavía un poco incómoda por el viaje en traslador. Habían salido después de comer desde un patio autorizado, tocando un reloj sin agujas que un funcionario examinó antes de permitirles acercarse. A su padre aquello no le produjo más efecto que tener que acomodarse el abrigo. Ella aún no estaba segura de dónde habían quedado sus rodillas durante el trayecto.

Dentro, la tienda tenía habitaciones, alfombra y un sillón donde habría podido acostarse. Dracenia dejó la bolsa encima y fue a mirar por una ventana lateral.



Había un arroyo más allá del cercado, humo de cocinas y gente caminando entre tiendas que parecían competir por llamar la atención. No vio el estadio.

—¿Queda lejos?

—Lo suficiente para que podamos cenar sin oír a toda la tribuna —respondió Narcissa.

Dracenia miró al camino otra vez. Un hombre llevaba sobre la cabeza un sombrero que repetía los nombres de los jugadores búlgaros. Se quedó atrapado en el cuarto y tuvo que quitarse el sombrero para hacerlo callar.

Su padre dejó el programa sobre una mesa.

—Todavía no empieza y ya necesitan ayuda.

Dracenia lo tomó antes de que él pudiera sentarse encima. Buscó la página de Krum. La fotografía mostraba al buscador con una expresión tan seria que resultaba difícil imaginarlo celebrando nada, pero ella había visto lo que hacía en el aire. No necesitaba sonreír para eso.

Narcissa salió con ella cuando las calles del campamento empezaban a llenarse.

Lucius tenía que saludar a unos conocidos. Su hija lo vio detenerse ante una tienda con dos sillas vacías y reconocer a un hombre que había estado en casa durante el invierno. Dracenia recordaba mejor su bastón que su nombre. Había pasado buena parte de aquella visita hablando de quién seguía trabajando en el Ministerio.

Su madre la hizo continuar.

—Vuelve antes de que salgamos —le dijo a Lucius.

—No voy a perderme la entrada al estadio.

—No estaba pensando en eso.

Él levantó la mano para indicar que la había oído. Dracenia caminó junto a Narcissa, entre personas que hablaban idiomas distintos y llevaban colores que ella no habría elegido ni para un cojín.

En un puesto vendían insignias que gritaban cuando las apretaban. Dracenia probó una; la voz salió tan fuerte que tuvo que apartarla del oído.

—Esa no —dijo su madre.

—Ya lo oí.

Narcissa sonrió y la dejó mirar el siguiente puesto.

Había modelos de escobas que se perseguían dentro de una caja, estampas que cambiaban de jugador según el ángulo y unos Omnioculares con varias palancas. Dracenia quiso probar los últimos. Enfocó un árbol, apretó lo que creyó que acercaría la imagen y vio a una mujer cruzar dos veces el mismo tramo de camino.

—Repetición —explicó el vendedor—. Para no perderse nada.

Dracenia tocó otra palanca. La mujer empezó a caminar tan despacio que una bolsa le quedó suspendida junto a la rodilla.

Volvió al directo antes de decidir si aquello era útil o una excelente manera de quedarse mirando algo que ya no ocurría.

Narcissa pagó el par que eligió. No le pidió a su hija que fingiera que no lo deseaba tanto.

Al regresar encontraron a un hombre tratando de clavar dos postes delante de su tienda. Uno se enterraba solo cada vez que él lo levantaba; el otro se negaba a entrar. Una niña pequeña observaba desde dentro con la satisfacción de quien no tendría que arreglarlo.

Dracenia se rio antes de pensar si debía hacerlo. La niña le sacó la lengua y ella levantó una ceja. Narcissa le tocó el brazo para que continuara.

—No empieces una discusión con alguien que apenas te llega al bolsillo.

—Empezó ella.

Su madre la miró.

Dracenia siguió andando.

El camino al estadio estaba marcado con postes blancos. Dejaron atrás la recepción, donde un muggle discutía con un funcionario porque encontraba objetos extraños junto a las tiendas. Una mujer de su familia lo llamó desde la pequeña vivienda y él respondió que ya iba, sin moverse del sitio.

Lucius miró hacia otra parte.

—Roberts —dijo uno de los hombres que los acompañaba—. Aún cree que va a conseguir que todo el mundo parezca normal.

Los otros se rieron. Narcissa se apartó para dejar pasar a una familia y Dracenia tuvo que acercarse a ella. No encontró nada especialmente raro en que un muggle no entendiera aquel lugar. Habían colocado tiendas capaces de contener una casa, y después parecía molestarles que el hombre hiciera preguntas.

La fila avanzó junto a una zanja. Más adelante cruzaron una pasarela baja donde dos senderos se convertían en uno. Dracenia miró hacia el ramal del otro lado: venía de un sector lleno de fogatas y voces.

—Después del partido volvemos por aquí —le dijo Narcissa—. No sigas a cualquiera porque lleve nuestra misma dirección.

Dracenia iba a responder que sabía caminar detrás de sus padres cuando oyó a su izquierda un rugido que todavía no parecía humano.

El estadio apareció al terminar la curva.

Alzó la cabeza.

Las torres se elevaban sobre las copas de los árboles y continuaban subiendo mucho después de donde ella habría colocado el último asiento. Entre sus soportes pasaban ríos de gente. Había banderas moviéndose en direcciones contrarias y ventanas de luz abiertas a alturas que desde abajo parecían imposibles.

Dracenia se detuvo el tiempo suficiente para que su padre tuviera que volverse.

—Tendrás mejor vista desde arriba.

Ella lo alcanzó sin contestar. Quería saber cómo se veía el campo desde la altura de Krum. Quería estar cerca de los aros y lejos de una persona que decidiera levantarse delante en el momento equivocado. Por primera vez aquella tarde, le pareció que el programa no había prometido lo suficiente.

El palco superior seguía una curva ancha sobre el campo.

Tenía dos filas distribuidas en tres grupos y un pasillo libre detrás. Las autoridades ocupaban el centro; a los Malfoy los llevaron hacia el extremo derecho. Su padre comprobó las entradas y después le preguntó a Dracenia si prefería quedar junto al paso.

—Quiero ver los aros de este lado.

Lucius le dejó el asiento del frente, entre él y Narcissa. Desde allí alcanzaba a distinguir el perfil de las personas sentadas en el otro

extremo, aunque algunas sólo fueran una cabeza por encima de la baranda. No había paredes entre los grupos.

Los Weasley llegaban por la entrada izquierda.

Dracenia reconoció primero el pelo de los gemelos, después a Weasley y a Potter, que llevaba el programa doblado bajo un brazo. Granger venía junto a ellos. Potter levantó la mirada al campo antes de terminar de subir el último escalón.

Su padre lo vio también.

—Bagman no se ha guardado nada.

—Podemos sentarnos, Lucius —dijo Narcissa.

Dracenia se acomodó. No estaba interesada en oír otra conversación sobre las invitaciones de los demás. Sacó sus Omnioculares y comprobó cómo devolvérselos al juego en directo después de una repetición.

Detrás de la zona izquierda, una pequeña elfa sostenía los brazos de su silla. Dracenia la había visto alguna vez acompañando a otra familia, pero no recordaba su nombre. Tenía la mirada fija en los tablones, como si hubiera descubierto que el campo estaba demasiado abajo.

Lucius saludó a un funcionario que pasó por detrás. Hablaron del trayecto, del ministro búlgaro y de un apellido que Dracenia conocía por cartas que llegaban a casa. Su padre sonreía, pero dejó de hacerlo cuando el otro bajó la voz para preguntarle por una revisión pendiente.

—Mis asuntos no van a estropearle la noche a nadie —respondió.

Dracenia fingió seguir leyendo los equipos. El hombre se alejó y Lucius permaneció un instante mirando el pasillo.

Luego se inclinó hacia ella.

—¿Irlanda o Bulgaria?

—Irlanda tiene mejores cazadores.

—No te he preguntado por los cazadores.

—Tienen tres. También cuentan.

Su madre dejó escapar una risa breve. Lucius apoyó los antebrazos en la baranda, dispuesto a discutir, y Dracenia sintió que volvía a tenerlo allí entero.

Entonces el campo se llenó de luz.

La primera bandera irlandesa apareció sobre sus cabezas. Dracenia cerró el programa, se incorporó en el asiento y dejó de pensar en las personas que hablaban detrás de ellos.

CAPÍTULO 5

Un país de más

Harry

Harry había comprado los Omnioculares porque no quería perderse nada.

Durante los primeros minutos consiguió perderse dos veces el mismo saludo.

Enfocó al señor Weasley, tocó una palanca y lo vio levantar la mano hacia un funcionario. Arthur volvió a levantarla. Harry bajó los lentes para descubrir que ahora estaba hablando con Charlie.

Ron se rio a su lado.

—Tienes puesta la repetición.

—Ya lo había notado.

Hermione le señaló el pequeño mando del borde.

—Ése te devuelve a lo que está pasando.

Harry lo probó antes de mirar otra vez al campo. Abajo había personas acomodando los últimos elementos de una presentación que, desde aquella altura, parecía lo bastante grande para celebrarse en un pueblo entero. Los aros se levantaban sobre la hierba y las gradas seguían más allá de donde él podía volver la cabeza sin levantarse.

La mañana había transcurrido entre calles de tiendas, comida y encuentros que Arthur no acababa nunca. Habían pasado por una

recepción donde un hombre llamado Roberts quería saber por qué tantas personas se empeñaban en pagarle con dinero que no conocía. Después ayudaron a levantar la tienda Weasley y encontraron dentro un espacio que Harry aún no lograba relacionar con el rollo de lona que habían cargado.

Sus cosas estaban allí, incluido el baúl y la Firebolt. Había sido extraño guardar su escoba para ir a ver un partido.

Ahora entendía que no iba a necesitarla para sentirse muy cerca del juego.

Se sentó con Ron a un lado y Hermione al otro. Su varita le molestó contra la cadera; la acomodó en el bolsillo exterior de la chaqueta, con la punta hacia abajo y el mango apenas fuera. Después abrió el programa sobre las rodillas.

Desde atrás llegó una voz aguda.

—El señor vendrá.

Harry se volvió. Una elfa pequeña ocupaba una silla junto al pasillo, bastante más cerca de ellos de lo que le había parecido al entrar. Se llamaba Winky. Se lo había dicho cuando preguntaron por el sitio vacío que guardaba, y desde entonces no parecía haber levantado los ojos de las tablas.

Percy se inclinó enseguida.

—Claro que vendrá. El señor Crouch tiene mucho trabajo.

Winky apretó los brazos de la silla. Hermione la observó unos segundos antes de sentarse de nuevo.

En el centro del palco, el ministro Fudge se disponía a hablar con el hombre que tenía al lado. Un poco más lejos, en el extremo derecho de la curva, Lucius Malfoy se quitaba los guantes. Harry alcanzó a distinguir a su esposa y a Dracenia entre ambos, inclinada hacia la baranda.

Ron le dio con el programa en un brazo.

—Van a salir.

Harry se volvió al campo.

El ruido lo alcanzó antes de que pudiera decidir dónde mirar.

Una oleada verde atravesó el estadio. No era sólo la gente levantándose: había luces que corrían por encima de las gradas, figuras diminutas dibujando formas en el aire y una bandera enorme que desapareció cuando Harry quiso verla entera.

Algo dorado le cayó sobre la manga.

Lo tomó. Parecía una moneda.

Fred extendió las dos manos mientras una lluvia brillante alcanzaba el palco. Ron atrapó una junto al zapato y la levantó hacia la luz.

—Duendes irlandeses —le explicó a Hermione, señalando las pequeñas figuras que volaban sobre ellos.

Harry se guardó la moneda para verla después. La voz de Bagman se extendió por el estadio y tuvo que esperar a que la ovación bajara para poder distinguir las palabras.

Las mascotas búlgaras ocuparon el campo con un resplandor distinto. Durante unos segundos Harry sintió un impulso absurdo de levantarse, de hacer algo para que lo vieran desde abajo. Ron ya se estaba poniendo de pie. Hermione lo sujetó de la manga y él volvió a sentarse, confundido.

—¿Qué? —preguntó.

—Desde aquí no van a oírte.

Ron miró a Harry. Los dos decidieron estudiar el programa sin comentar el asunto.

Luego salieron los jugadores y Harry dejó de necesitar ayuda para prestar atención.

Las túnicas verdes entraron por un extremo; las rojas, por el otro. Reconoció a Krum por la manera en que se dobló sobre la escoba al cruzar el centro. No parecía estar desfilando para que el público lo mirara. Ya examinaba el espacio que iba a necesitar cuando soltaran las pelotas.

Harry se acomodó los lentes de los Omnioculares.

Todos llevaban Saetas de Fuego.

La voz de Charlie llegó desde atrás, casi pegada a su oído.

—Ahora imagínate a siete que saben usarlas así.

Harry no alcanzó a responder. El árbitro levantó las manos. Las Bludgers subieron, la Snitch desapareció con un destello que Harry perdió de inmediato y la quaffle quedó en el aire.

Troy ya estaba allí.

Harry conocía la sensación de llegar a una pelota tarde. Aquellos jugadores parecían conocerla antes de que le ocurriera al rival.

Troy pasó a Moran sin esperar a que Dimitrov se volviera. La cazadora cambió la quaffle de lado, cruzó por encima de una escoba roja y se la devolvió cuando él ya estaba junto a los aros. Zograf cubrió el centro.

Troy lanzó por el otro lado.

El primer gol hizo vibrar el suelo bajo los zapatos de Harry.

—¡Viste el pase! —gritó Ron.

Harry había visto tres y no sabía a cuál se refería. Sonrió sin apartar los ojos.

En el siguiente avance, Bulgaria consiguió conservar la quaffle el tiempo suficiente para acercarse a Ryan. Ivanova amagó el lanzamiento, lo obligó a cambiar de aro y buscó a Levski. Connolly entró por el costado con el bate. La Bludger hizo que Levski tuviera que agacharse y el pase quedó largo.

Mullet lo recuperó antes de que llegara al suelo.

Harry siguió su ascenso con la boca entreabierta. Ella no intentó salir de todos los jugadores por velocidad. Esperó a que uno le cerrara la línea, pasó por el hueco que dejó el siguiente y entregó la quaffle a Moran casi sin mover el brazo.

Veinte a cero.

Ron estaba de pie otra vez, esta vez con un motivo que Hermione pareció considerar suficiente.

Harry tocó por error una palanca y vio volver el pase. Tardó en darse cuenta porque era exactamente lo que quería mirar. Se obligó a regresar al directo. Tendría tiempo de entenderlo después.

Los buscadores volaban mucho más alto.

Krum recorrió un costado, se detuvo apenas y salió de pronto hacia abajo. Lynch giró detrás de él. Harry buscó la pelota dorada delante de ambos, al lado, bajo las escobas. No vio nada.

La hierba se acercaba demasiado.

—No puede seguir… —empezó Hermione.

Krum levantó el mango en el último instante. Su escoba salió casi rozando el campo.

Lynch no terminó de corregir.

Harry sintió el golpe en el estómago antes de oír el grito de las gradas. El buscador irlandés quedó en el suelo y el silbato interrumpió el juego. Durante un momento nadie se movió en el palco.

—Amago de Wronski —dijo Charlie, mucho más bajo.

Harry seguía mirando la hierba.

Podía imaginar lo que Lynch habría visto: el rival que salía primero, el miedo a perder una captura por no seguirlo. También podía imaginar el suelo avanzando cuando ya era demasiado tarde para frenar.

Entraron los sanadores. Uno se arrodilló junto al jugador y otro sostuvo su escoba apartada del resto. Lynch empezó a moverse antes de que Harry pudiera respirar con normalidad.

Ron se sentó.

—Lo siguió hasta abajo.

Harry asintió. No necesitaban decirse cuál de los dos había estado a punto de hacer algo parecido en un entrenamiento.

Lynch pudo levantarse. El estadio lo recibió con una ovación que tardó en apagarse; cuando volvió a montar, Harry buscó a Krum. Seguía en el aire, serio, esperando.

El partido continuó.

Irlanda tenía treinta puntos cuando Harry se acordó de beber agua.

La botella le llegó desde Hermione. Ella había empezado a distinguir a los cazadores sin consultar el programa, aunque todavía miraba hacia los dos buscadores cada vez que perdía de vista la quaffle.

Ginny le estaba explicando algo a Bill. Él la escuchó, volvió a mirar el campo y tuvo que reconocer que había seguido al jugador equivocado. Ginny no se lo dejó olvidar durante la jugada siguiente.

Harry bebió y devolvió la botella.

Moran marcó el cuarto gol. El quinto fue de Troy, después de un avance que dejó a Zograf fuera del aro por menos de lo que medía una mano. Harry oyó protestar a alguien en el otro extremo del palco.

Bulgaria respondió por fin. Dimitrov logró un tiro bajo que Ryan tocó sin poder desviar del todo. La quaffle cruzó el aro y una explosión roja se elevó desde las gradas.

Cincuenta a diez.

Harry levantó los Omnioculares para seguir al jugador que regresaba al centro. Lo perdió detrás de una bandera y movió la imagen hacia la derecha.

Malfoy estaba inclinada junto a la baranda.

La vio de perfil, mucho más cerca de lo que permitía la distancia que había entre ambos. Un mechón de pelo dorado claro se le había quedado pegado a la comisura de la boca. Ella lo apartó sin dejar de hablar y señaló algo hacia los aros, indignada con una precisión que Harry reconoció enseguida.

Su padre miró en la dirección que indicaba. Malfoy volvió a señalar, ahora con los dos dedos juntos, como si la primera explicación no hubiera sido suficientemente evidente.

Harry empezó a sonreír.

El viento le soltó otra vez el mechón. Ella se lo sujetó detrás de la oreja y se rio de algo que dijo su madre.

—¡Harry! ¡La de Ryan!

Bajó los lentes demasiado deprisa.

Ron lo miraba con la mano extendida hacia el campo.

—Levski la tenía. ¿Viste cómo la sacó?

—Sí. Mala noche para los húngaros.

Ron dejó de señalar.

—¿Para quiénes?

—Los que estaban tirando.

—Son búlgaros. Estás viendo a Bulgaria desde hace media hora.

Harry miró el campo. Ryan acababa de devolver la quaffle y Levski daba vuelta hacia el centro, perfectamente búlgaro y bastante molesto.

—Pues no estarán muy contentos tampoco.

Ron lo observó un segundo más y luego se volvió hacia Charlie.

—Quiero la repetición de esa parada.

Harry se acomodó las gafas. Tenía calientes las orejas. Estudió con muchísima atención a Moran mientras avanzaba por el lado izquierdo y se aseguró de no volver a mover los Omnioculares hacia otra parte.

Irlanda empezó a separarse en el marcador.

No fue fácil ni ocurrió sin respuesta. Zograf detuvo dos lanzamientos y Vulchanov envió una Bludger que obligó a Troy a entregar la quaffle antes de querer hacerlo. Mullet tuvo que retroceder para recuperar el pase. Durante unos segundos Harry creyó que acabarían perdiéndolo.

Ella volvió por donde había venido.

Lo hizo tan deprisa que el cazador que la perseguía quedó apuntando hacia un lado vacío. La quaffle salió de su mano y Moran la recibió en movimiento. Zograf se abrió para cubrirla. Troy llegó por detrás.

Harry se puso de pie con Ron.

Setenta a diez.

Vio el octavo gol de Irlanda en directo y el noveno después de que Mostafa señalara una falta contra Bulgaria. Ron protestó por una decisión que favorecía a su equipo porque le había tapado la vista de la jugada anterior; Hermione le recordó que no podían interrumpir el partido pensando sólo en dónde estaba sentado él.

Fred y George llevaban un rato pendientes de algo más que el marcador. Habían cruzado antes unas palabras con Bagman y ahora seguían a Krum con un interés que Harry no alcanzó a entender.

—¿Qué apostaron? —les preguntó.

George puso un dedo sobre el programa de Harry.

—Irlanda.

Fred señaló al buscador búlgaro.

—Y él.

Harry miró del uno al otro.

—No pueden ganar los dos.

—El partido no —contestó Fred.

Ron abrió la boca y volvió a cerrarla. Charlie soltó una risa junto a ellos.

Harry miró otra vez el marcador. Noventa a diez. Quedaba suficiente distancia para que una captura cambiara todo, pero no había ninguna razón para que el resultado terminara allí.

Al otro lado del campo, una Bludger cruzó entre dos escobas. Krum la dejó pasar sin levantar la cabeza. Lynch lo vigilaba desde un poco más arriba.

Harry apoyó los Omnioculares sobre la baranda y siguió a los dos.

Aquello sí quería verlo entero.



CAPÍTULO 6

La cuenta de los siete



Dracenia

Dracenia vio el hueco antes de que Mullet entrara en él.

Levantó la mano para señalarlo y golpeó sin querer el programa de su padre. Lucius lo sujetó contra la rodilla antes de que cayera.

—Eso también se puede hacer sin quitarme el papel.

—Está pasando por debajo.

Él miró al campo.

Mullet había llevado la quaffle hacia la derecha, obligando a uno de los golpeadores búlgaros a seguirla. Al cambiar de dirección no volvió al centro: pasó bajo la escoba roja, subió por detrás de Troy y se quedó libre. La pelota regresó a sus manos cuando Zograf ya estaba desplazándose hacia el otro aro.

El marcador cambió a cien contra diez.

Dracenia golpeó la baranda con la palma.

No llevaba colores irlandeses. Tampoco había hecho falta elegir una bandera para disfrutar aquello.

—El pase anterior fue el bueno —dijo Lucius.

—Sí. Pero ella tuvo que llegar.

Su padre le devolvió el programa, que seguía cerrado.

—No te lo discuto.



Le gustó oírlo. Miró hacia los buscadores antes de que él pudiera añadir algo sobre las jugadas que ella no había terminado de esa manera.

Krum volaba más bajo que Lynch. No repetía la misma vuelta alrededor del campo: se apartaba de los cazadores, miraba desde una zona libre y se movía de nuevo cuando alguien iba a cortarle la vista. A veces parecía estar dando espacio al irlandés. Dracenia levantó los Omnioculares y descubrió que, desde su posición, Krum podía ver por debajo de dos escobas que tapaban a Lynch.

Al bajar el instrumento, el campo recuperó su tamaño enorme.

Intentó seguir la misma línea sin ayuda. Era más difícil de lo que había parecido dentro de los lentes. Su padre se inclinó hacia ella.

—No necesita ir detrás para saber dónde está el otro.

Dracenia no contestó enseguida. Había pasado demasiados entrenamientos comprobando si Potter acababa de acelerar como para fingir que no entendía.

—Tampoco puede dejar de mirarlo.

—Desde luego.

No le ofreció una solución. Dracenia volvió a mirar por los Omnioculares y cambió el enfoque hasta distinguir la mano de Krum sobre el mango.

La diferencia creció mientras Bulgaria intentaba detener los pases.

Dracenia oyó a su padre criticar un cierre de Volkov y quiso darle la razón. Entonces la Bludger que él había enviado obligó a Moran a soltar la quaffle antes de llegar a Troy. Ivanova la recuperó.

—Le quitó el pase —dijo Dracenia.

Lucius levantó las cejas.

—Y ha dejado libre el otro lado.

Ella vio a Mullet cambiar de altura. El ataque búlgaro no llegó lejos; Connolly interceptó una Bludger, Troy recuperó la quaffle y el espacio que Volkov había abandonado se convirtió en el camino de regreso.

Dracenia dejó escapar un ruido de frustración.

—No podía estar en los dos sitios.

—Su compañero sí podría haber estado en uno.

Narcissa los miró por encima del programa.

—¿El que tenía las dos manos ocupadas evitando que le rompieran la cabeza?

Lucius volvió hacia el campo. Dracenia soltó una risa, y su madre se acomodó en la silla con mucha satisfacción.

Más abajo, Zograf se arrojó hacia un aro y logró desviar otro lanzamiento. La quaffle pasó sobre su hombro, giró y cayó justo donde Dimitrov podía recogerla. Dracenia se levantó con las manos apoyadas en la baranda.

Aquello había sido magnífico.

No terminó en gol. El ataque llegó hasta el centro antes de que Irlanda recuperara la pelota, pero durante unos segundos los jugadores búlgaros volvieron a tener todo el campo delante. Dracenia alcanzó a ver que Krum aprovechaba el cambio para revisar el espacio detrás de los aros.

Los otros seis también podían ayudarlo sin darle una sola pelota.

Al sentarse descubrió que había arrugado una esquina del programa.

Para cuando Irlanda llegó a ciento treinta, las personas de las filas inferiores llevaban tanto tiempo cantando que algunas ya no conseguían seguirse entre sí.

Las pequeñas figuras verdes regresaron sobre las gradas y se acercaron demasiado a las mascotas búlgaras. Dracenia vio saltar una llamarada junto al borde del campo. El árbitro tuvo que ocuparse de ellas antes de volverse hacia un jugador que reclamaba con el bate levantado.

—Ése no puede seguir con el brazo así —dijo ella.

Volkov lo bajó cuando Mostafa se acercó. No pareció haberse tranquilizado; sólo cambió de mano el bate y se alejó para discutir desde otro lugar.

Su padre hizo un comentario sobre la capacidad del árbitro para escuchar a todo el mundo menos a quien debía. Dracenia apenas lo oyó. Lynch había cambiado el recorrido.

Lo vio bajar hacia Krum, no siguiendo una captura, sino tratando de obligarlo a apartarse. El búlgaro se dejó caer un poco, esperó a que Lynch ocupara el espacio y pasó por detrás cuando el otro se volvió.

No había atrapado nada. Había conseguido seguir viendo.

Dracenia apoyó un dedo sobre la página abierta y dibujó el giro sin tinta. Recordaba la curva que había repetido aquella semana en casa; allí nadie más ocupaba de pronto la mitad del cielo. Quería probarlo con una persona delante. Alguien que no se apartara por ser su padre.

Higgs podría hacerlo.

La idea la irritó, sobre todo porque era buena.

Otro gol irlandés hizo levantarse a la gente. Ciento cuarenta. Dracenia volvió a seguir la quaffle y alcanzó a ver dos pases antes de perderla bajo el brazo de Lucius, que acababa de señalar una jugada.

Le bajó la manga.

—Yo también estoy mirando.

—Ya lo había notado.

Irlanda llegó a ciento cincuenta puntos y después a ciento sesenta; Bulgaria seguía en diez.

Dracenia dejó los Omnioculares sobre las rodillas. Había empezado a dolerle una mano de sostenerlos. A simple vista podía abarcar el campo completo, aunque los detalles se volvieran demasiado pequeños para seguir a Krum cuando cruzaba entre las túnicas.

Lo encontró al acercarse a una torre.

Quigley venía desde abajo. Dracenia vio levantar el bate y siguió la Bludger hasta que Krum movió la cabeza. No alcanzó a esquivarla.

La pelota le golpeó la cara.

Ella se incorporó de golpe. El buscador se dobló sobre el mango, siguió volando y se llevó una mano a la nariz. Al bajarla, tenía sangre en los dedos.

—Que pare —murmuró Narcissa.

Krum miró hacia el centro. Mostafa estaba siguiendo la quaffle en el otro extremo, donde Levski acababa de intentar cerrarle el paso a Mullet. Lynch se acercó al búlgaro, pero Krum cambió de altura antes de que llegara.

Dracenia sintió ganas de gritar al árbitro.

No era el brazo de Potter ni el mismo golpe. Sabía eso perfectamente. También recordaba lo rápido que un jugador podía dejar de tener las manos donde las necesitaba.

Krum se limpió contra la manga y volvió a buscar.

Lucius lo seguía con los ojos entrecerrados.

—Todavía puede sujetarse.

—Le está saliendo sangre —replicó su hija.

—Lo estoy viendo.

Dracenia apretó los dedos alrededor de los Omnioculares sin levantarlos. No le gustó que aquello pudiera ser cierto y que el partido continuara de todas maneras.

Irlanda marcó otra vez.

Ciento setenta a diez.

Oyó celebrar a su izquierda, más allá del grupo central. Una cabeza de pelo negro se movió junto a dos de pelo rojo y ella volvió al campo antes de reconocer la cara.

Krum había visto algo.

Esta vez no fue sólo el picado lo que la hizo creerlo.

Su mano derecha se apartó del mango cuando todavía tenía demasiado campo por delante. No la extendió del todo. Parecía reservarla para un punto que Dracenia no podía encontrar desde arriba.

Lynch giró tras él.

La Snitch apareció junto a una franja de sombra, por debajo de ambos.

Dracenia la vio un instante y la perdió. Krum no corrigió hacia donde había brillado; siguió un poco más afuera y empezó a bajar por el costado. El irlandés llevaba la línea más corta. También necesitaba girar con más fuerza si la pelota cambiaba otra vez de altura.

Ella se puso de pie.

El ruido del estadio se apartó de sus oídos. Sólo quedaron las dos escobas, las túnicas y aquella mano ensangrentada buscando algo diminuto junto al suelo.

Lynch entró primero en la curva y tuvo que levantar el mango. Krum llegó por fuera. La Snitch subió apenas, como si fuera a dejar atrás a los dos.

Él alcanzó las alas.

Lynch volvió a golpear la hierba mientras Krum se elevaba con el puño cerrado.

Dracenia gritó antes de hacer la cuenta.

El silbato sonó. Las gradas se dividieron entre una ovación y un desconcierto que tardó varios segundos en convertirse en más ruido. Los números del marcador cambiaron. Un grupo de sanadores cruzaba ya hacia Lynch; otro esperaba a Krum cuando aterrizó, todavía con la Snitch apretada.

Irlanda, ciento setenta. Bulgaria, ciento sesenta.

Su padre aplaudía.

Dracenia mantuvo las manos sobre la baranda. Había seguido cada parte de aquella captura. No podía encontrar nada torpe en el último giro, nada que cambiar para llegar mejor. Krum había ganado la persecución y su equipo acababa de perder la final.

—Podía esperar —dijo.

Lucius se volvió hacia ella.

—¿A qué?

—A que marcaran.

—Llevaban un gol.

Dracenia miró a los cazadores búlgaros. Uno había desmontado con la cabeza baja. Otro seguía hablando con Zograf, que se quitó un guante para pasarse la mano por la cara.

—Entonces quizá no les iba a dar tiempo —admitió.

No le gustó que su padre pareciera satisfecho.

—Mañana van a pedirle autógrafos a Krum —dijo él—. A algunos ni siquiera les importará recordar el marcador.

Dracenia volvió a mirar al buscador. Lo estaban atendiendo. Tenía la túnica manchada y seguía sujetando la pelota.

—A los otros seis sí les va a importar.

Narcissa le tocó el brazo para que dejara pasar a una persona. Dracenia se apartó, todavía mirando abajo.

Su madre esperó a que el pasillo quedara libre.

—¿Te gustó? —preguntó.

Dracenia tardó en darse cuenta de que aquella pregunta no exigía escoger entre todo lo que había visto.

—Muchísimo.

Lucius sonrió. Ella se rio también, de puro cansancio y de ganas de contarlo otra vez desde el principio. Le dolía la garganta. Al guardar el programa descubrió que había abierto dos páginas por la mitad de tanto apretarlo.

No le importó lo suficiente para intentar alisarlas allí.

El regreso al campamento fue mucho más lento.

Por todas partes había personas cantando, cambiando de opinión sobre Krum o tratando de vender recuerdos antes de que la gente se acordara de cuánto había gastado. Dracenia caminó entre sus padres, con una mano de Lucius sobre el hombro cuando la multitud apretaba demasiado.

Al llegar a la pasarela reconoció la zanja y el ramal del otro campamento. Una bandera irlandesa quedó enganchada en un poste. El dueño regresó a buscarla y logró detener durante unos segundos a todos los que venían detrás.

Narcissa esperó sin fingir paciencia.

En la tienda, Dracenia puso el programa sobre una mesa y buscó papel para Pansy. Empezó por la captura; después retrocedió al golpe y tuvo que tachar una frase porque la había colocado antes de un gol que ocurrió después.

Lucius pasó junto a ella hacia la salida.

—Voy a hablar con alguien. No tardaré.

—¿Ahora? —preguntó Narcissa.

Él hizo un gesto hacia el ruido exterior.

—No creo que fueran a dejarnos dormir enseguida.

Su esposa no sonrió.

Dracenia levantó el programa.

—¿Me ayudas cuando vuelvas? Quiero dibujar por dónde bajó.

—Espero que pueda hacerlo sin tener que sentarme en una escoba.

Ella sonrió y lo vio salir.

Narcissa fue a cerrar una ventana. Le recordó que regresarían a primera hora, cuando les tocara el traslador. Dracenia prometió acostarse en cuanto terminara una página.

Tardó dos.

Desde afuera llegó una carcajada y, más lejos, una explosión verde. Alguien empezó a cantar el nombre de Irlanda con una voz tan desafinada que ella tuvo que parar de escribir para reírse.

Aquella noche parecía no tener ninguna prisa por acabarse.

CAPÍTULO 7

El ruido de las tiendas

Harry

Harry despertó porque alguien le pisó una zapatilla.

No la llevaba puesta. Había quedado junto a su cama y Ron intentaba encontrar la suya sin encender una luz. Desde la entrada llegaba la voz del señor Weasley.

—Las chaquetas. Salgan con las chaquetas y dejen las bolsas.

Harry se incorporó. Al principio pensó que había llegado la hora del traslador; después oyó una explosión, demasiado cerca, y una segunda voz que gritaba algo que no entendió.

Ron le lanzó los zapatos.

—No son fuegos artificiales.

Harry se puso uno. Con el otro en la mano, cruzó detrás de él hasta la entrada. Hermione ya estaba allí, abrochándose la chaqueta sobre la ropa de dormir. Ginny tenía el pelo suelto y sujetaba con ambas manos una manga que había metido al revés.

Arthur apartó la lona.

Una luz naranja se movía al otro lado del campamento. Había gente corriendo por el sendero y un olor agrio que no había estado cuando se acostaron.

—El puesto de los organizadores, junto a las lámparas blancas —dijo Arthur—. Fred, George, con ellos. Si nos separamos, esperan allí.

Bill y Charlie salieron por el otro lado de la tienda. Harry alcanzó a ver que llevaban las varitas antes de perderlos entre las personas. Percy fue detrás de su padre, todavía con una pregunta en la boca.

Harry terminó de ponerse el zapato.

Se metió una mano en el bolsillo.

La varita no estaba.

Buscó en el otro, luego debajo del borde de la chaqueta. Recordaba haberla guardado antes del partido. No recordaba haberla sacado después.

Ron lo agarró del brazo.

—Tenemos que irnos.

—No encuentro…

Una carrera los separó de la entrada. Hermione tiró de ambos hacia el sendero y Harry se dejó llevar, todavía con la mano dentro de un bolsillo vacío.

No habían avanzado veinte pasos cuando una tienda se levantó de un lado.

Harry vio las estacas salir de la tierra, la lona abombarse y una mesa deslizarse hasta caer contra el marco. Alguien gritó desde dentro. George se volvió; Fred tuvo que detener a Ginny antes de que una persona chocara con ella.

—¡Por aquí! —llamó Ron, señalando los postes blancos.

Harry reconoció el paso que habían usado por la tarde. Apenas consiguió acercarse. Un grupo se metió entre ellos y los gemelos;

oyó a Ginny decir que no la empujaran y después vio su cabeza roja junto a la de Fred, al otro lado de dos tiendas.

George levantó un brazo hacia las lámparas.

Harry intentó seguirlo. La gente venía en dirección contraria.

Ron le sujetó la chaqueta con el puño. Hermione alcanzó a tomar su manga antes de que otro hombre les cerrara el paso.

—Vamos al mismo sitio —dijo ella, casi sin aire—. Por el de al lado.

Se metieron en una abertura entre dos parcelas. Harry tuvo que saltar una cuerda y sostenerla después para que Ron pasara sin enredarse. Detrás, el ruido cambió. Ya no era sólo gente tratando de huir.

Había risas.

Harry volvió la cabeza.

Por encima de las tiendas se movía un hombre. Estaba en el aire, con las piernas dobladas hacia un lado y los brazos buscando algo a lo que agarrarse. Su esposa flotaba a unos metros; uno de los niños giró de golpe y empezó a gritar.

Harry reconoció al hombre de la recepción.

Más abajo avanzaban personas enmascaradas. Las varitas apuntaban hacia los cuerpos que movían sobre ellos. Uno tiró hacia un lado y el señor Roberts se dobló como si alguien hubiera jalado una cuerda atada a su espalda.

La risa llegó otra vez.

Harry dejó de buscar su varita para mirar sus manos vacías.

No sabía qué podía lanzar para bajar a una persona de aquella altura sin hacer que se golpeara contra el suelo. Quiso encontrar a Arthur, a Charlie, a cualquiera que estuviera acercándose desde el otro extremo.

—No podemos ir hacia allí —dijo Hermione.

Ron seguía apretando la chaqueta de Harry.

Una mujer pasó delante con un niño alzado contra el pecho. Harry se apartó para no cerrarle el hueco, vio la zanja a sus pies y dio un paso atrás antes de caer dentro.

Tenían que seguir moviéndose.

En la pasarela baja había demasiado sitio para una sola persona y demasiado poco para todos los que querían cruzar.

Una madera se había levantado de un extremo. Harry sostuvo del codo a un muchacho que perdió pie al pisarla. Lo dejó agarrarse al barandal y siguió detrás de Ron, que había encontrado espacio por el borde.

Del sendero oriental llegó otra fila. Una mujer rubia levantó la varita, alumbró la tabla y ordenó a las personas de atrás que esperaran.

Harry reconoció a la señora Malfoy.

Dracenia estaba a unos pasos de ella.

Se vieron al mismo tiempo. Malfoy llevaba el abrigo abierto y sujetaba una correa contra el hombro, como si hubiera salido tan deprisa que ni siquiera sabía si había tomado la bolsa correcta.

—Ese lado está levantado —dijo, señalando la madera.

Harry pasó por el otro.

—¿Vas al puesto de las lámparas?

Ella miró hacia su madre.

—Con ella. ¿Los tuyos?

—Más adelante.

No sabía si era verdad para todos. Ron había cruzado ya y Hermione lo llamó desde el borde. Narcissa recogió a su hija junto al hombro y la hizo avanzar cuando se abrió un espacio.

Malfoy volvió la cara una vez. Harry no alcanzó a decir nada más antes de que una persona se interpusiera entre ellos.

Al salir de la pasarela, Ron se detuvo para orientarse.

Desde allí todavía se veían dos lámparas. Un grupo venía corriendo por el acceso y les gritó que no bajaran; las tiendas de ese lado estaban ardiendo. Hermione levantó la varita.

—Lumos.

El pequeño círculo de luz encontró raíces y tierra, no el sendero que Harry esperaba. Ron miró hacia el poste blanco más cercano. Estaba tirado en el suelo, atravesado por una cuerda.

—Nos hemos pasado a la derecha.

Intentaron regresar. Otra avalancha de gente cruzó entre ellos y la pasarela. Harry vio acercarse un destello rojo y se agachó sin pensarlo. El hechizo pegó en un árbol detrás.

Ron empujó a los dos hacia la arboleda.

—Aquí no. Primero salgamos de en medio.

Las voces se apagaron un poco al entrar bajo los árboles.

Harry no supo si aquello era mejor. Podían ver por dónde pisaban gracias a Hermione, pero las lámparas del puesto habían desaparecido detrás de ramas y lonas. Cada vez que intentaban acercarse al claro, llegaban otras personas huyendo del campamento.

—Mi varita —dijo Harry por fin—. La he perdido.

Ron se volvió.

—¿Dónde?

—No lo sé. La tenía en el partido.

Hermione apartó la luz de sus ojos.

—¿La llevabas cuando regresamos?

Harry intentó recordar el camino, la bandera enganchada en el poste, la conversación de Fred y George. No podía verse metiendo la mano en el bolsillo.

Negó despacio.

Ron sacó la suya.

—Ahora estamos juntos. Luego la buscamos.

Harry quiso decirle que no necesitaba preocuparse también por eso. Otro grito lo detuvo.

Entre los árboles se movía una figura pequeña. Harry reconoció el vestido de Winky antes que las orejas. La elfa avanzaba con dificultad, con un brazo echado hacia atrás. Daba pasos cortos y bruscos; parecía que la tela se le hubiera enganchado en algo que no conseguía soltar.

—¿Winky? —llamó Hermione.

Ella levantó la cara. Harry la vio abrir la boca, pero alguien pasó corriendo entre ambos y, cuando consiguió mirar otra vez, ya se había metido más adentro.

Hermione dio un paso para seguirla.

—No podemos separarnos —le pidió Ron.

Se quedó donde estaba. Harry miró el lugar por el que la elfa había desaparecido. Había árboles, personas hablando muy bajo y luces que se encendían demasiado lejos para ayudarlos.

Por encima de todo eso sonaban las risas del campamento.

Entonces una voz gritó una palabra.

—¡Morsmordre!

Harry se volvió hacia el sonido.

Una luz verde salió de los árboles y subió sin detenerse. Al principio pareció otra explosión de celebración; luego empezó a tomar forma, demasiado grande y demasiado lenta. La mandíbula de una calavera se abrió sobre las copas y una serpiente se deslizó desde su boca.

Ron soltó una maldición.

—La Marca Tenebrosa —dijo.

Harry miró a su amigo y después al cielo. La figura tenía el color de una maldición que recordaba sin querer. Se quedó mirando mientras la serpiente seguía moviéndose en lo alto.

—Tenemos que… —empezó Hermione.

Hubo pasos por el claro. Varias personas aparecieron con las varitas levantadas.

Ron agarró a Harry por un hombro.

—¡Abajo!

Los tres cayeron detrás de un tronco. El primer aturdidor pasó por encima; los siguientes iluminaron la tierra donde habían estado de pie.

—¡Hay alumnos! —gritó alguien.

Harry apretó una mano contra el hombro de Hermione. Ella tenía el rostro casi pegado a las hojas y había apagado la varita al caer.

Los hechizos cesaron.

Arthur llegó hasta ellos antes de que Harry se pusiera de pie.

Lo tomó de los brazos, miró a Ron y a Hermione, y tardó unos segundos en empezar a preguntar si estaban heridos. Parecía enfadado de una manera que Harry nunca le había visto.

—Venían hacia el lugar del que salió el hechizo —decía otro hombre.

—Y ustedes no sabían quién estaba aquí —respondió Arthur.

Harry reconoció a Amos Diggory entre los funcionarios. Percy apareció detrás con la cara tan blanca que, por una vez, no parecía tener nada preparado que decir. Ron quiso saber por Ginny.

—Con los gemelos. Están bien —dijo su padre—. Nos estaban esperando. ¿Por qué acabaron de este lado?

Hermione explicó lo de la pasarela. Harry trató de ayudarla, pero un hombre más alto había empezado a mirar entre los árboles. Llevaba la ropa sin una arruga y tenía una expresión que hizo callar a Percy en cuanto lo vio.

—Señor Crouch —dijo.

Amos apartó unas ramas con la varita.

Winky estaba en el suelo.

Harry dio un paso hacia ella y Arthur le puso una mano delante. La elfa no se movía. Había una varita a su lado, medio oculta bajo su brazo.

Harry la reconoció antes de que Amos la levantara.

—Es la mía.

Todos lo miraron.

Explicó que no la encontraba desde que salieron de la tienda. No dijo que se le hubiera caído allí: no lo había visto. Amos examinó el mango y luego se volvió hacia la elfa.

—La encontramos con ella.

—¿Eso significa que la usó? —preguntó Harry.

—Significa que tenemos que comprobar qué salió de aquí.

Apuntó su propia varita a la de Harry y pronunció el encantamiento. Un rastro verde se desplegó entre los árboles; durante un segundo, una calavera más pequeña flotó frente a sus caras.

Harry retrocedió sin querer.

La suya. Habían usado su varita.

Arthur le sostuvo la mirada antes de volverse hacia Amos.

—Eso no nos dice quién la tenía cuando lo hizo.

Crouch se había arrodillado junto a Winky. La despertaron. Al ver los rostros alrededor, la elfa se cubrió la cara con ambas manos.

Sus respuestas salieron entre hipidos. No había lanzado la Marca. No sabía por qué estaba la varita allí. Sí sabía a quién pertenecía; había visto a Harry en el palco.

Crouch le preguntó por qué se había apartado del campamento. Winky trató de responder y terminó mirando más allá de su hombro, hacia una zona de sombra.

—Yo no… el señor…

—Ya basta —la interrumpió él.

Hermione se adelantó hasta quedar junto a Arthur.

—Está asustada. No la deja terminar.

El señor Crouch no la miró como si se hubiera acordado de que era una niña. La miró como si acabara de tocar una cosa que no le pertenecía.

—Winky conoce sus obligaciones.

La elfa se puso de rodillas. Cuando su amo anunció que recibiría ropa, empezó a llorar con más fuerza.

Harry pensó en otra habitación, en Dobby eligiendo las palabras con mucho cuidado y en el guante que Dracenia había mantenido extendido. A Dobby le habían preguntado qué quería. A Winky nadie se lo estaba preguntando.

Miró a Hermione. Su amiga tenía la boca apretada y no estaba buscando qué libro podía explicar aquello.

Amos le devolvió la varita después de terminar las preguntas. Harry la sostuvo por el mango, incómodo con un objeto que hasta esa noche sólo había obedecido a sus manos.

Crouch mandó apartarse a los demás mientras buscaba por el terreno cercano. Arthur les indicó que esperaran con él a unos pasos del claro. Harry perdió de vista a Winky detrás de Percy y no volvió a encontrarla cuando su amo regresó.

La Marca seguía en el cielo al salir de los árboles.

Ya no llegaban risas desde el campamento. Había adultos llamando nombres, pasos sobre restos de madera y una voz repitiendo que nadie debía volver a una tienda dañada sin avisar.

Arthur les dijo que habían bajado a los Roberts. Estaban atendiendo a la familia. Los enmascarados se habían dispersado al aparecer la calavera.

—¿Entonces no fueron ellos? —preguntó Ron.

Su padre miró hacia la luz verde.

—No lo sabemos.

Harry cerró los dedos sobre la varita y siguió caminando. No había reconocido la voz entre los árboles. No sabía cuándo se la quitaron ni por qué la usaron para hacer aquello.

En el puesto de las lámparas, Ginny vio a Ron y empezó a correr hacia ellos. Él apenas tuvo tiempo de levantar los brazos antes de que lo abrazara.

Molly no estaba allí para contarlos. Arthur lo hizo con la mirada y después llevó una mano a la cabeza de su hija.

Harry se sentó junto a Hermione en un banco demasiado estrecho. Había tierra en sus mangas y una hoja pegada al zapato de Ron. Durante un rato ninguno se movió para quitársela.



CAPÍTULO 8

Los que debían volver

Dracenia

El primer estruendo la encontró todavía junto a la mesa.

Antes de que los senderos se llenaran de personas, antes de ver a Potter en la pasarela, Dracenia había levantado la cabeza de la carta pensando que tendría que cerrar la ventana si seguían gritando así.

Entonces algo golpeó la puerta.

Su madre apareció desde la habitación contigua con la varita en la mano. No fue a abrir. Se acercó primero a la ventana y miró hacia un lado, sin ponerse delante del vidrio.

—El abrigo —dijo.

Dracenia se levantó tan deprisa que tiró la silla.

—¿Qué pasa?

—Vamos a salir.

El abrigo estaba sobre el sillón. Al recogerlo enganchó la correa de su bolsa; dentro cayeron los Omnioculares contra el programa y ella se quedó un segundo intentando soltarlos.

—Déjalo.

La voz de Narcissa no sonó más alta. Dracenia dejó de tirar, se colgó la bolsa como estaba y la siguió.

Fuera, una de las tiendas cercanas ardía por un extremo. Había hombres riéndose en el sendero ancho. Su madre la llevó en la dirección contraria antes de que ella alcanzara a reconocer a ninguno.

Lucius no había regresado.

Durante la tarde, todo el campamento parecía haber sido construido para que nadie tuviera prisa.

Ahora estorbaban los bancos, las cuerdas y las pequeñas cercas que una hora antes le habían parecido ridículas. Dracenia tuvo que sujetarse del abrigo de su madre cuando un grupo cruzó delante de ellas. Narcissa no le soltó la mano hasta encontrar un tramo libre entre dos tiendas.

Un hombre les gritó que regresaran. Ella preguntó por qué.

Él señaló al cielo.

Dracenia tardó en entender que estaba viendo personas.

El niño tenía un brazo dentro de la manga y el otro fuera. Giraba sin poder encontrar a su madre, que se doblaba en el aire más allá. Un hombre intentó acercarse desde abajo y un destello lo hizo retroceder.

Dracenia reconoció al señor Roberts por el chaleco.

Vio las máscaras.

Una voz se rio cerca de ella; no de lo que ocurría, se dijo al principio, porque quizá había oído otra cosa. La risa volvió cuando uno de los cuerpos quedó boca abajo.

Sintió la boca llena de un sabor desagradable.

—Mamá.

Narcissa ya estaba mirándolo. Le pasó una mano por la espalda para volverla hacia el paso estrecho.

—Por aquí.

—¿Van a dejarlos caer?

—Hay funcionarios entrando. No te detengas en medio.

Dracenia miró hacia el grupo que se acercaba con varitas. No sabía quién de todos estaba intentando bajarlos y quién volvía la cara para no mirar. Le enfureció no poder saberlo desde allí.

Si su padre hubiera estado con ellas, habría podido llamar a alguien. Siempre conocía a alguien. La idea le llegó con tanta facilidad que durante unos pasos la aceptó como una respuesta.

Después pensó que Lucius había salido para hablar con conocidos.

No quiso continuar aquel pensamiento.

Un poste cayó atravesado en el sendero. Narcissa lo apartó con la varita antes de que alcanzara a una mujer que corría y esperó a que su hija pasara. Dracenia llevaba la mano libre dentro del bolsillo. Tocó su propia varita.

Su madre lo vio.

—Guárdala mientras sigamos andando. Aquí no puedes saber quién va a cruzarse delante.

Dracenia retiró la mano.

No iba a discutirle que sabía lo que hacía. No con aquel niño moviéndose por encima de las tiendas.

Después de la pasarela siguió a Narcissa por el sendero oriental.

Potter había quedado al otro lado con Weasley y Granger. Dracenia miró una vez sobre su hombro, pero la fila se cerró detrás

de ellas y dejó de verlos. Él había preguntado algo normal con una cara que no lo era. La de ella tampoco debía de haber estado mejor.

Narcissa le indicó que siguiera caminando.

Habían acordado con Lucius, antes de salir al estadio, que si perdían la entrada de su tienda se buscarían en el puesto del sector de invitados. Dracenia recordó la pequeña caseta y se irritó con la parte de sí misma que había escuchado aquella indicación deseando que terminaran de explicar por dónde caminar.

Al llegar había personas esperando bajo un techo de lona. Dos guardias mantenían libre el acceso al sendero de los trasladores. No estaban dejando salir grupos todavía; al otro lado se estaban encontrando con gente que entraba sin saber qué ocurría.

Narcissa habló con uno de ellos.

Dracenia se quedó donde pudiera verla. No quería que otra persona le dijera que esperara. Quería que su padre apareciera por aquel hueco antes de tener que preguntar si alguien lo había visto.

Un hombre que había cenado alguna vez en casa se acercó a Narcissa.

—Ha habido de todo —decía—. No se puede reunir a tanta gente y esperar que…

Su madre lo interrumpió.

—¿Has visto a Lucius?

El hombre miró hacia Dracenia. Luego volvió al sendero.

—Estaba cerca de las otras tiendas.

—¿Cuáles?

No contestó con un lugar que sirviera de nada. Alguien lo llamó y él se fue, aliviado de tener una razón para hacerlo.

Dracenia observó la mano de su madre cerrar y abrir el broche de su bolso una sola vez.

Narcissa buscó al guardia.

—Si lo ven llegar, lo mandan aquí.

Él asintió. Ella volvió junto a su hija y le acomodó el abrigo sin preguntarle por qué seguía sin abrochar.

—No nos vamos a mover de este lado —le dijo.

Dracenia quiso saber cuánto esperarían. No llegó a preguntarlo.

Lucius entró entre dos grupos que venían del sendero. Tenía polvo en una manga y el cabello suelto sobre el cuello del abrigo. Lo primero que hizo fue buscar a Narcissa con la mirada; después vio a su hija y llegó hasta ella.

Le sostuvo la cara con ambas manos.

—¿Estás bien?

Dracenia asintió. Él miró el abrigo, la bolsa y sus manos, como si necesitara comprobar por partes la respuesta que acababa de darle.

Ella lo abrazó con más fuerza de la que había pensado usar.

Lucius le pasó una mano por la cabeza. Olía a humo, al campamento y al abrigo que ella conocía. Dracenia tuvo ganas de decirle que tardó demasiado. No quiso apartarse para hacerlo.

Narcissa se quedó junto a ellos.

—Te he estado buscando.

Él levantó los ojos hacia su esposa.

—Se cerró el paso entre las tiendas.

—¿Dónde estabas?

—Intentando salir.

Su madre no hizo la pregunta otra vez delante de todos.

Dracenia aflojó el abrazo. Quiso contar lo que había visto; su padre ya estaba preguntando al guardia por la salida. Parecía

recuperar el modo de hablar con el que conseguía que las personas se apartaran de una puerta para escucharlo.

Ella lo siguió con los ojos.

No supo dónde había estado antes de llegar hasta allí.

La luz verde apareció cuando todavía esperaban que abrieran el camino.

Alguien dejó de hablar a mitad de una frase. Dracenia vio volverse a su padre y después a los guardias. Levantó la cabeza.

La calavera crecía sobre los árboles.

Narcissa la agarró por encima del codo. Dracenia no había intentado moverse, pero sintió los dedos apretarse de todas maneras. Lucius se colocó un poco delante de ambas.

No dijo nada.

Su hija conocía el dibujo. Había visto libros retirados de una mesa al entrar, oído nombres que no se pronunciaban en el mismo tono delante de todos. Sabía qué significaba aquella serpiente y por qué algunas personas habían llevado máscaras durante otra guerra.

Verlo sobre el sitio donde ella acababa de pasar la noche era distinto.

Miró a Lucius.

Su padre no parecía sorprendido del modo en que ella lo estaba. Tampoco sonreía. Tenía la boca inmóvil y la varita baja, muy cerca de la pierna.

—¿Quién hizo eso? —preguntó Dracenia.

—No lo sé.

Quiso que se lo dijera mirándola. Cuando él volvió la cabeza hacia ella, no se atrevió a repetir la pregunta.

Narcissa la acercó a su costado.

—Mira el paso. Si nos hacen salir, no quiero que tropieces.

Dracenia bajó los ojos al sendero. Había una raíz junto a sus zapatos y una piedra que alguien acababa de pisar. Podía verlas. Le molestó que eso fuera lo único sobre lo que podía estar completamente segura.

No regresaron a la tienda.

Pasaron las horas siguientes bajo un techo prestado, con otras personas que tampoco tenían prisa ya por hablar de la final. Lucius consiguió mantas. Narcissa eligió un sitio desde donde podía ver los dos accesos y se sentó con su hija.

Dracenia intentó dormir. Cada vez que cerraba los ojos oía otra vez la risa, y acabó dejando la frente apoyada en el hombro de su madre.

Cuando abrieron las salidas, un funcionario los acompañó a recoger sus pertenencias. La tienda seguía en pie. Su programa había quedado donde lo dejó, al lado de la carta incompleta.

Dracenia levantó ambas cosas. No tuvo ganas de terminar de explicar cómo Krum había agarrado la Snitch.

El viaje de regreso ocurrió con luz de mañana. El mismo patio, otro objeto revisado para el turno de vuelta, personas esperando que todos terminaran de recuperar el equilibrio antes de apartarse. A Dracenia le pareció imposible que la noche anterior hubiera habido un estadio entero al final de aquel trayecto.

En casa subió a cambiarse.

Su madre llamó antes de entrar y le dejó una taza caliente. No le pidió contar de nuevo cada paso. Dracenia sostuvo la loza entre las manos hasta que dejó de dolerle el frío de los dedos.

—Papá volvió —dijo.

Narcissa se sentó junto a ella.

—Sí.

Dracenia miró hacia la puerta.

—¿A ti te dijo dónde estuvo?

Su madre tardó un momento en responder.

—Todavía no hemos hablado a solas.

No añadió que no había nada de qué preocuparse.

Dracenia dejó la taza sobre el plato. Al bajar la mano descubrió que seguía apretando el puño del abrigo que no se había quitado.

Narcissa la ayudó a desabrocharlo. Esta vez su hija dejó que lo colgara sin pedirle que no moviera las cosas.

CAPÍTULO 9

Lo que no salió en el periódico

Harry

Molly Weasley los recibió en la puerta sin esperar a que Arthur terminara de subir el sendero.

Harry tuvo tiempo de ver que había dejado una taza en el suelo. Después ella estaba sujetándolo por los hombros y preguntando por los demás. Ron dijo que estaban todos. Su madre lo abrazó con tanta fuerza que él dejó de explicarlo.

Ginny entró primero en la casa. George se quedó a recoger la taza; Fred miró hacia su padre antes de seguirlos.

La cocina tenía el mismo olor que tres días antes.

Harry se sentó en su sitio y no supo qué hacer con las manos. Había dormido a ratos, entre el ruido de personas desmontando tiendas y la espera para volver. En algún momento se había sacudido las hojas del pantalón. Todavía encontraba tierra cuando se tocaba una manga.

Molly puso pan delante de él.

—Primero comen.

No lo dijo como si comer fuera a arreglarlo. Lo dijo porque podía poner algo sobre la mesa y comprobar que empezaban a hacerlo.

Arthur dejó su bolsa junto a la puerta. Cuando ella se volvió, él le tomó la mano. Permanecieron así unos segundos antes de que Molly lo llevara al otro lado de la cocina.

Harry miró su plato. Ron acercó la mantequilla.

—Está de nuestro lado —murmuró.

Harry levantó la vista.

—¿Quién?

—La mantequilla. Hoy no tenemos que perseguirla por toda la mesa.

Hermione soltó una risa breve, casi sorprendida de oírse. Harry tomó el cuchillo. La rebanada estaba tibia y se dejó untar sin romperse.

El periódico llegó antes de que acabaran de desayunar.

Arthur lo tomó junto a la ventana. Leyó de pie, pasando una página con el pulgar, y después fue a buscar sus lentes, aunque ya los llevaba puestos.

Molly se los señaló.

Él bajó la mano.

Percy quiso ver qué decía. Se acercó lo bastante para leer por encima del hombro de su padre y empezó a protestar antes de llegar al final.

Harry oyó palabras sueltas: seguridad, Ministerio, testigos. La fotografía mostraba tiendas que ya no se parecían a las de la mañana en que llegaron.

—Eso no es lo que pasó —dijo Percy.

Arthur dobló el periódico.

—Hay partes que sí pasaron.

—Pero el señor Crouch…

—No puede haber estado en todos los lugares a la vez.

Percy pareció recibir aquello como una defensa y empezó a asentir. Su padre lo detuvo con una mirada cansada.

Hermione dejó el pan en el plato.

—A Winky sí la culparon enseguida.

El nombre hizo callar a Harry. Percy se volvió hacia ella.

—Encontraron la varita.

—Era mía —dijo Harry—. Yo no hice eso.

Percy abrió la boca, miró a su padre y cambió lo que iba a decir.

—El señor Crouch tendrá razones que nosotros no conocemos.

—Pues podía habérselas preguntado a ella —respondió Hermione—. Sin gritarle.

No estaba levantando la voz. Harry recordó cómo Winky buscaba a su amo al despertarse, todavía incapaz de entender por qué todos la miraban.

Molly recogió dos platos.

—Tu padre tiene que volver al Ministerio. No vamos a resolverlo gritándonos aquí también.

Percy se apartó de la mesa para buscar su carpeta. Arthur permaneció junto a la ventana hasta que Harry se acercó a recoger un vaso.

—¿Me deja leerlo? —le preguntó.

Arthur había dejado el periódico sobre el borde del fregadero. Siguió su mirada y se lo pasó.

—Claro.

Harry lo llevó a la mesa. Quería saber qué había quedado escrito de una noche que todavía no conseguía contar de principio a fin.

El claro del periódico parecía mucho más ordenado que el suyo.

Había un espacio, una versión de lo que hizo cada persona y una conclusión sobre la torpeza de quienes debían haber estado a cargo. Harry volvió a leer el párrafo donde hablaba de la Marca. No decía que la varita fuera de él. Lo agradeció sin conseguir sentirse mejor.

Ron se sentó al otro lado. Llevaba una camiseta limpia y una expresión que sugería que también habría querido cambiarse la noche anterior entera.

Hermione llegó con una hoja y apoyó sobre ella un trozo de papel arrancado de una envoltura.

—¿Qué haces? —preguntó Ron.

—Apunté el nombre del lugar donde estaban recibiendo a quienes habían perdido cosas. Quiero saber si alguien se hizo cargo de Winky.

—Su amo estaba allí.

—Estaba diciéndole que no volviera.

Ron dejó de tocar el borde del periódico.

Harry pensó que podía pedirle a Arthur que averiguara si la habían atendido. Winky había estado inconsciente y ninguno sabía si alguien se quedó con ella después.

—Se lo preguntamos cuando regrese —propuso.

Hermione asintió. Guardó la hoja y se quedó junto a ellos, sin sacar otro libro.

Ron miró la foto de una tienda caída.

—Fred cree que no les pagaron bien.

Harry tardó en seguir el cambio de tema.

—La apuesta.

—Dicen que van a hablar con Bagman. Cuando no tenga encima a medio Ministerio.

Los gemelos habían estado menos contentos de lo que correspondía a dos personas que habían adivinado un resultado imposible. Harry recordaba haberlos visto contar monedas al regresar a la tienda. Ahora la cuenta parecía un problema mucho más pequeño y bastante más fácil de desear para ellos.

Ron volvió a la fotografía.

—¿Tú viste a Malfoy después?

Harry alzó los ojos demasiado deprisa.

—En la pasarela. Estaba con su madre.

—Yo vi el abrigo. No sabía si había seguido con ella.

—Sí.

Hermione lo miró.

Harry añadió que Narcissa estaba a unos pasos, que se fueron por el ramal del otro lado. Era lo que había visto. No sabía dónde se encontraba Lucius entonces.

Ron se pasó una mano por el pelo.

—Con las máscaras podía estar cualquiera.

—Por eso no sabemos quiénes eran —dijo Hermione.

No parecía una discusión en la que alguno quisiera ganar. Harry lo agradeció. Había muchas cosas de Malfoy que podía contar sin dudar, buenas y malas. No necesitaba inventar otras por no haber entendido lo que pasó entre los árboles.

Cerró el periódico.

Hedwig llegó aquella tarde.

Entró por la ventana de Ron, aterrizó sobre el respaldo de la silla y se quedó mirándolo con una paciencia muy escasa. Harry dejó caer el libro y fue hacia ella.

Sirius había respondido.

Le preguntaba si la cicatriz volvió a dolerle después de aquella noche en Privet Drive, cuánto había durado y qué recordaba de la voz. No fingía que un sueño explicaba todo. Tampoco había escrito que debían salir corriendo hacia un lugar que Harry no conocía.

Quería que le avisara si ocurría de nuevo. Y que no ocultara el dolor a los profesores si regresaba en el colegio.

Más abajo le pedía que le contara la final.

Harry se sentó con la carta entre las manos. Había esperado aquello durante días. Ahora no sabía por cuál de las dos noches empezar.

Ron estaba abajo, ayudando a su madre con una caja. Harry oyó a Ginny reírse por algo en la escalera. Sacó una hoja antes de que la carta volviera a parecerle demasiado difícil para terminarla.

Le contó primero el partido: los pases, la finta, Krum sangrando y la Snitch que no alcanzó para ganar. Escribió que Ron había gritado tanto que al día siguiente sonaba como Percy cuando tenía un resfriado. Tachó lo de Percy; Sirius apenas lo conocía y la frase iba a necesitar demasiadas explicaciones.

Después empezó la parte del campamento.

No escribió que reconoció a un mortífago. No lo había hecho. Contó dónde había encontrado la varita y qué mostró el encantamiento. Al llegar a Winky se detuvo, buscando una manera de decir lo poco que habían conseguido averiguar de ella.

Le llevó más tiempo que la descripción del partido.

Cuando Ron entró, Harry estaba doblando las hojas.

—¿Y le contaste lo de los húngaros?

Harry lo miró.

Ron tenía una sonrisa pequeña, de las que sólo parecían necesitar que el otro entendiera.

—No pensé que fuera importante —contestó Harry.

—Podría estar esperando el resultado de ese partido.

Harry le arrojó una almohada. Ron la recibió contra el pecho y se rio; la lechuza pequeña protestó desde su jaula como si hubieran tirado el mueble entero.

Hedwig los observó sin mucho respeto.

Los últimos días pasaron más deprisa de lo que Harry habría querido.

Fueron a comprar lo que faltaba para el colegio. Molly revisó ropa, cuadernos y una lista que cambiaba de manos cada vez que alguien recordaba otro encargo. En la librería, Ron encontró un libro de Quidditch que no conocía y se lo enseñó a Harry antes de mirar el precio.

Lo dejaron donde estaba. Charlie les había prometido prestarles uno cuando terminara de revisarlo, y Ron prefería reservar el dinero para otra cosa.

Hermione ya tenía sus libros, pero no pudo salir sin mirar dos estantes más. Ginny llevaba un paquete para Colin: fotografías que él le había pedido conservar, protegidas entre dos cartones. No quiso que Ron lo metiera en el fondo de una bolsa sólo porque resultaba más cómodo.

En casa terminaron los trabajos de vacaciones junto a la ventana. Una tarde jugaron al ajedrez; otra, Harry tuvo que salir a buscar a Ron porque se había quedado enseñándole a la lechuza cómo regresar a su jaula sin chocar con todo el cuarto.

Arthur consiguió saber que Winky había recibido atención y estaba viva. No pudo decirles qué pensaba hacer después. Hermione lo escuchó sin tomar aquella noticia por el final del asunto.

La víspera del viaje, Harry guardó el periódico bajo las cartas.

Había recibido otra nota breve de Sirius. Le decía que leyó lo del campamento y que volvería a escribir. Harry no sabía desde dónde podía mandarla, pero reconoció la letra y una mancha junto al borde que alguien había secado antes de doblar.

Por la ventana de Ron entraba olor a hierba.

Harry cerró el baúl, se sentó encima para acomodar la última correa y miró las dos camas. Le habría gustado quedarse otra semana. También tenía ganas de ver el lago, entrar con sus amigos en el Gran Comedor y descubrir qué cosas seguirían donde las habían dejado.

Ron apartó con un pie el zapato sin pareja.

—Mañana no pienso cargar eso también.

Harry lo sacó de debajo de su cama.

—Lo has estado buscando del lado equivocado.

Ron lo tomó, lo comparó con el que tenía puesto y negó despacio.

—Ése tampoco.

Harry acabó riéndose sobre el baúl. Por una vez, no le importó que tardaran en apagar la luz.



CAPÍTULO 10

El cristal en movimiento



Dracenia

Lucius había dejado de hablar del partido.

Dracenia lo notó porque llevaba dos mañanas sin tener que discutir un pase mientras desayunaban. Su padre abría el periódico, apartaba una sección y preguntaba si faltaba algo para el viaje. Ella quería que volviera a equivocarse sobre Volkov. Habría sido mucho más sencillo encontrar qué contestarle.

La tercera mañana bajó con el programa doblado.

Narcissa estaba junto a la ventana. Lucius levantó los ojos del periódico y se fijó en el papel antes de mirar a su hija.

—Creí que ibas a guardarlo entero.

Dracenia alisó un borde contra la mesa.

—Está entero.

Lo abrió por la página de Krum. Había dibujado la última curva con una línea que su padre había corregido la tarde anterior. Ella pensaba que seguía demasiado cerrada.

Lucius recorrió el trazo con un dedo.

—Aquí no puedes volver a acelerar sin abrirte antes.

—Krum pudo.

—Krum tenía más campo del que le has dibujado.



Dracenia acercó el programa. Era cierto. No le gustó descubrir que había vuelto a poner el borde demasiado cerca, como si la captura pudiera hacerse más rápida por quitarle distancia en el papel.

Su padre buscó una pluma.

—Déjala —dijo ella.

Lucius la miró.

Dracenia apretó el borde con ambas manos.

—Quería preguntarte otra cosa.

Narcissa dejó su taza sobre el plato.

El periódico tenía una fotografía del campamento en la primera página. Lucius no intentó taparla.

—¿Qué quieres saber?

Dracenia miró la imagen antes de poder volver a él.

—Cuando te fuiste. ¿Con quién estabas?

Su padre mantuvo la mano junto a la pluma. Durante unos segundos ella oyó el agua caer de la fuente del jardín.

—Había personas con las que necesitaba hablar.

—Eso lo dijiste antes de salir.

Lucius se recostó en la silla.

—¿Te las encontraste después?

—No sé quiénes eran.

La respuesta los dejó callados. Dracenia volvió a ver el puño de su abrigo, los dedos de su madre y a un niño en el aire buscando a alguien que no podía alcanzarlo.

—Vi al hombre de la recepción —añadió.

—Lo sé.

—No me refiero al periódico.

Lucius la miró de frente entonces.

Ella sintió ganas de apartar el programa. No quería estar haciendo aquella pregunta con un jugador de Quidditch sonriendo entre los dos.

—No quiero que vuelvas a estar cerca de algo así —dijo su padre.

—Yo tampoco quería estar cerca.

—Por eso te estoy diciendo...

—Ya estaba allí, papá.

Lucius se quedó inmóvil.

Narcissa se acercó a la mesa, sin ponerse entre ambos.

—Lo que vio no va a desaparecer porque no quiera verlo otra vez.

Su esposo bajó los ojos al periódico.

Dracenia había esperado que se enfadara. No se había preparado para tenerlo sentado tan cerca y no conseguir saber si estaba pensando en lo mismo que ella.

—¿Los conocías? —preguntó.

—Conozco a muchas personas que estuvieron esa noche en el campamento.

—Los de las máscaras.

Lucius cerró el periódico despacio.

—No voy a darte nombres de personas a las que no pudiste ver la cara.

Ella sintió alivio y rabia al mismo tiempo. Quería que su padre supiera más que ella. También quería que no hubiera nada de aquello que pudiera contarle.

Narcissa le puso una mano en el hombro.

—Puedes seguir preguntando —le dijo—. No tienes que quedarte sin desayunar para hacerlo.

Dracenia bajó la vista. No había tocado el plato.

Su padre empujó el programa hacia ella, abierto por el mismo dibujo. No intentó continuar la explicación. Dracenia lo cerró y lo dejó a un lado, donde todavía pudiera alcanzarlo.

No se había arrepentido de llevarlo.

Pansy la esperaba en King's Cross con una maleta demasiado nueva.

Dracenia la vio junto a un pilar y se detuvo antes de llegar al paso hacia el andén. Su amiga tenía una mano sobre el cierre y discutía con su madre en voz baja. Al verla, levantó dos dedos, pidiendo un momento.

Narcissa saludó a la señora Parkinson. Lucius fue a buscar un carro que no tuviera la rueda inclinada. Dracenia se quedó al lado de Pansy, mirando la maleta.

—¿Qué le pasa?

—Se cierra sola.

—Las mías también.

—Con las cosas a la mitad.

Pansy intentó levantar la tapa. La maleta la bajó antes de que pudiera meter la mano y ella le dio un golpe con los nudillos.

—Mamá cree que necesito aprender a guardar menos.

Dracenia soltó una risa.

—A lo mejor la maleta necesita aprender a esperar.

Lucius volvió con el carro y sostuvo el cierre mientras Pansy sacaba una correa atrapada en el borde. La tapa dejó de moverse.

Su amiga la examinó con una desconfianza que a Dracenia le resultó mucho más fácil comprender que cualquier cosa de aquella semana.

En el andén, el tren esperaba entre vapor, voces y equipaje.

Pansy le contó lo de su abuela mientras caminaban. Había pasado dos días creyendo que el partido se celebró la noche anterior porque una tía insistía en recordar un programa de radio distinto. Al enterarse de lo ocurrido después, dejaron de discutir la fecha.

Su amiga miró hacia los padres de Dracenia.

—¿Estuvieron muy cerca?

—Demasiado.

Pansy esperó. Dracenia agarró con ambas manos la correa de su bolsa.

—Luego te cuento.

—Bueno.

No intentó adivinar la parte que faltaba. Dracenia pudo volver a mirar el tren sin tener que encontrar una respuesta más larga en medio de la estación.

Su madre le entregó un paquete para el viaje.

—No lo dejes al fondo del baúl.

—Ya vi que es comida.

—Por eso lo digo.

Narcissa la abrazó antes de que pudiera seguir discutiendo. Dracenia apoyó la cara un instante junto al cuello del abrigo; su madre le retiró del pelo un hilo que se había quedado enganchado y la dejó apartarse cuando quiso.

Lucius seguía a unos pasos, con los guantes en una mano.

Ella se acercó.

—Voy a escribir.

—Me gustaría que lo hicieras antes de necesitar algo.

—También puedo necesitar algo pronto.

Su padre sonrió. Le acomodó el borde de la bolsa donde había empezado a torcerse y la atrajo hacia él. Dracenia se dejó abrazar sin fingir que la conversación del desayuno había dejado de importarle.

Lucius le habló cerca del oído.

—Avísame si pasa algo.

Ella asintió.

Al separarse vio que su madre los observaba. Narcissa no añadió una promesa que ninguno pudiera cumplir y se limitó a pedirle que no subiera cuando el tren ya estuviera moviéndose.

Dracenia se volvió con Pansy hacia los vagones.

Al otro lado de un carro estaban Potter y Weasley, intentando pasar un baúl por una puerta que tenía espacio suficiente hasta que alguien pretendía usarla al mismo tiempo. Granger sostenía una jaula; Ginny había encontrado un hueco por donde subir primero y les indicaba algo desde arriba.

Potter vio a Dracenia.

No sonrió enseguida. Miró una vez hacia sus padres y después volvió a ella. Dracenia recordó la madera levantada de la pasarela y tuvo que ajustar la bolsa para dejar de apretarla.

—Potter.

—Malfoy.

Weasley retiró un codo para dejar pasar a Pansy.

—Si vas a subir, hazlo antes de que volvamos a mover esto.

—Tu baúl está atravesado.

—Por eso digo.

Pansy subió sin darle la razón, aunque tuvo que pasar de lado. Dracenia se quedó un instante más junto a la puerta.

—Veo que volvieron todos —dijo.

Potter asintió.

—Sí. ¿Ustedes?

La correa dejó de clavársele en los dedos.

—También. No ibas a librarte de mí tan fácil.

Granger se acercó para devolver la jaula a Ginny. Dracenia la vio y se acordó de repente de una conversación muy distinta, de su propia voz y de Pansy diciéndole que se había pasado.

No encontró un comentario con el que continuar sin que sonara peor que quedarse callada.

Potter recogió la otra asa del baúl.

—Pasa, Malfoy, que pesa.

Dracenia subió detrás de su amiga.

Padma las encontró antes de que consiguieran un compartimento.

Llevaba una caja plana sobre los libros y le pidió a Pansy que la tomara por debajo, donde no se abriría al inclinarla. Su amiga levantó la tapa lo suficiente para ver las notas.

—Quedamos en septiembre —le recordó Padma.

—Hoy es septiembre.

Dracenia se apartó para que un alumno pudiera pasar con una jaula. Al volver la cabeza encontró a ambas estudiando una línea de

la hoja, ya en desacuerdo sobre cuál de las dos había conservado el dibujo correcto.

—Todavía no hemos salido —observó.

Pansy cerró la caja.

—Pues ayúdanos a encontrar dónde sentarnos.

Consiguieron un compartimento más adelante. Padma dejó sus cosas un momento para buscar a su hermana; Pansy acomodó la maleta bajo el asiento y esperó a comprobar que no intentara abrirse sin permiso.

Dracenia puso la bolsa junto a la ventana. Pansy la miró antes de sentarse.

—Parecías contenta de ver a Potter.

—Estaba pensando en cómo fastidiarlo este año.

—Ah. Yo creí que te alegraba que siguiera entero.

—No seas ridícula.

Dracenia volvió a ocuparse de la bolsa; todavía tenía ganas de sonreír.

El programa del Mundial sobresalía entre el cuaderno verde y un libro. Lo sacó antes de que se doblara otra esquina.

Pansy lo reconoció.

—Eso sí me lo vas a enseñar.

Dracenia lo abrió sobre las rodillas. Había manchas del campamento, una página arrugada y un trazo que todavía tenía que corregir.

Su padre se detuvo afuera, junto a Narcissa, y levantó la mano. Ella respondió con la suya. Cuando el tren empezó a moverse, se inclinó para seguir viéndolos hasta que las personas del andén se interpusieron.

Pansy esperó a que volviera a sentarse.

—¿Por dónde bajó? —preguntó, señalando el dibujo de Krum.

Dracenia acercó el programa entre las dos.

—Más abierto de lo que puse aquí. Mira.

Movió un dedo sobre la página y empezó a explicarle. Afuera, las paredes de la estación fueron quedando atrás y la luz de la mañana se extendió sobre el vidrio.

CAPÍTULO 11

Una noticia a la hora de cenar

Harry

La primera vez que Ron habló de volver a jugar, el tren todavía no había salido de Londres.

Había encontrado un espacio para su baúl, sentado a su lechuza lejos de las provisiones y decidido que el otoño iba a alcanzarles para practicar antes de que empezaran los partidos. Harry escuchaba con los pies sobre una esquina del equipaje. Por la ventana pasaban patios, ropa tendida y paredes que parecían demasiado cerca para que el tren pudiera seguir avanzando.

—Podemos ir antes de desayunar —propuso Ron.

Hermione levantó los ojos del libro.

—Eso lo dijiste el año pasado.

—Y podía haber funcionado.

—No te levantaste.

—Este año puedes despertarme tú —le dijo a Harry.

Harry no aceptó aquella responsabilidad enseguida. La lechuza había empezado a picotear el papel de un pastel y Ron llevaba un minuto intentando apartarla sin interrumpir la explicación. Hermione terminó quitándole el pastel. El ave aceptó una migaja y se instaló sobre el respaldo, orgullosa de haber resuelto el asunto.

Harry se rio. Había guardado las cartas de Sirius en el fondo de su bolsa; una de ellas tendría que enseñársela a McGonagall al llegar. Las otras podían quedarse allí. Por primera vez en bastante tiempo, no tenía prisa por saber qué iba a pasar después de la siguiente curva.

Ginny los encontró después de comer, con Colin y una muchacha rubia que llevaba una pluma detrás de la oreja.

Colin sostenía un tubo de cartón casi tan largo como su brazo. Ginny tenía la tapa.

—No lo abras aquí —le advirtió Ron.

—Ya está abierto —respondió su hermana—. Por eso estamos buscando dónde apoyarlo.

Harry retiró su bolsa del asiento. Colin dejó el tubo con cuidado y explicó que las fotografías no podían seguir enrolladas hasta el día siguiente. Había traído varias para enseñárselas a un compañero; una gaviota aparecía en el borde de casi todas.

—Esta vez el faro sí salió —dijo Harry.

Colin lo miró, encantado de que lo supiera.

—Ginny te enseñó la mala.

—La mejor —corrigió ella.

La muchacha rubia sostuvo el otro extremo del tubo mientras Colin sacaba una lámina. Tenía los ojos claros y una expresión tranquila, como si aquel compartimento lleno no le pareciera una mala mesa de trabajo.

Ginny se volvió hacia Harry.

—Esta es Lun…

El tren frenó al entrar en una curva. Colin perdió el equilibrio, el tubo golpeó la puerta y la fotografía empezó a desenrollarse por el pasillo.

Harry la atrapó antes de que alguien la pisara. Ginny sujetó a Colin por la túnica. La muchacha rubia conservó la tapa en una mano y el tubo en la otra, sin moverse del sitio.

—Creo que necesitamos una mesa de verdad —dijo.

Colin recogió la lámina contra el pecho y los tres se fueron en busca de un compartimento con menos equipaje. Desde el pasillo, Ginny prometió enseñarles las fotos cuando no estuvieran intentando escaparse.

Ron miró el asiento vacío.

—Tiene más cuidado con eso que conmigo.

—Las fotografías no saben agarrarse —contestó Hermione.

Harry volvió a acomodar su bolsa. En el borde del cartón había quedado un trocito de cielo azul. Tuvo ganas de ver aquellas imágenes extendidas, sin tener que encontrar en ellas una pista o una prueba de nada.

Cuando llegaron, la lluvia golpeaba las ventanas con tanta fuerza que el lago parecía estar cayendo del cielo antes de que pudieran verlo.

Harry bajó con la capa mal abrochada. Oyó a Hagrid llamar a los de primero y levantó la mano para saludarlo. El guardabosques respondió por encima de dos cabezas demasiado pequeñas y tuvo que volverse enseguida hacia un niño que no quería separarse de su gato.

Ron encontró una carreta. Hermione entró primero y les pidió que cerraran la puerta antes de que el asiento terminara igual que sus zapatos.

El castillo apareció entre ráfagas de agua. Harry apoyó una mano en el vidrio para limpiarlo y vio las ventanas encendidas, el camino y, más abajo, la oscuridad donde estaba el lago. Todavía recordaba aquellas orillas de una forma que no sabía contar durante un viaje con amigos. Apartó la mano cuando Ron le preguntó si creía que les darían sopa.

—Espero que dos veces.

En la entrada, McGonagall organizaba la subida de los alumnos empapados con una mirada que parecía capaz de detener también la lluvia.

Harry se acercó antes de seguir a los demás.

—Profesora. Tengo el permiso.

Sacó la carta de Sirius sin desplegarla de cara al vestíbulo. McGonagall reconoció la firma, leyó las líneas necesarias y se la devolvió.

—Quedará registrado, Potter. Guárdelo donde pueda encontrarlo la próxima vez.

—Sí, profesora.

No le preguntó delante de todos de dónde había llegado. Harry lo agradeció. Metió la carta en la bolsa y alcanzó a Ron en la puerta del Gran Comedor.

El techo estaba cubierto de nubes. Las velas, en cambio, no parecían haberse enterado del tiempo que hacía fuera. Bajo su luz se secaban mangas, se discutían asientos y se saludaban personas a las que Harry no había visto en todo el verano. Seamus había guardado un sitio junto a Dean; Neville levantó una mano y retiró su bolsa para hacerles espacio.

Harry se sentó con una sensación de hambre que ya no tenía que ver solamente con la cena.

La Selección tardó lo suficiente para que Ron empezara a mirar los platos vacíos con resentimiento.

Neville seguía a cada niño desde el taburete hasta su mesa. Cuando una muchacha se quedó paralizada sin entender hacia dónde ir, le señaló el hueco que habían dejado sus compañeros. Harry recordó lo difícil que era caminar entre todas aquellas caras cuando todavía no reconocías ninguna.

Después apareció la comida.

Ron se sirvió antes de terminar su primer comentario. Hermione aceptó las papas que Harry le pasó y estuvo unos minutos comiendo sin sacar una hoja o preguntar por horarios. Al otro lado, Dean enseñaba un dibujo de su hermano pequeño que había sobrevivido al viaje doblado entre dos libros.

Nick pasó a través del extremo de la mesa. Seamus apartó su copa por reflejo.

—No puede tirarla —le recordó Ron.

—Tampoco necesito una demostración.

El fantasma se quedó cerca de ellos para contar que Peeves había cambiado de sitio una alfombra mientras preparaban el comedor. El encargado de colocarla había regresado tres veces al mismo punto antes de comprender que alguien se estaba divirtiendo.

Hermione dejó el tenedor.

—¿Quién preparó todo esto?

Nick miró la mesa, como si no fuera una pregunta que le hicieran a menudo.

—Los elfos, principalmente. Hay muchos trabajando aquí.

—¿Viven en el colegio?

—Desde hace más tiempo que la mayoría de los profesores.

Hermione quiso preguntar otra cosa, pero Dumbledore se había levantado. Esperó con las manos alrededor de la copa. Harry la vio mirar la comida y después la mesa de los docentes; no parecía que el hambre hubiera sido sustituida por una respuesta.

El director dio las advertencias habituales sin conseguir que Fred dejara de sonreír. Luego anunció que aquel curso no habría Copa de Quidditch entre Casas.

Ron bajó el tenedor.

—¿Cómo que no?

La protesta se extendió por el comedor. Angelina se volvió hacia Alicia, al otro extremo de la mesa. Harry buscó por reflejo a los otros jugadores, como si alguno pudiera levantarse y corregir una noticia equivocada.

En Slytherin, Malfoy había dejado de hablar.

No había ningún error. Dumbledore explicó que el colegio recibiría una competición distinta, que exigiría trabajo y espacio durante el curso. No prohibía el vuelo por diversión en las horas autorizadas. La Copa, sin embargo, quedaba cancelada.

Harry pensó en la Firebolt guardada arriba y en todas las mañanas que Ron acababa de organizar dentro del tren.

Entonces oyó el nombre del Torneo de los Tres Magos.

La decepción no desapareció; tuvo que hacerse sitio entre preguntas nuevas.

Beauxbatons. Durmstrang. Tres pruebas. Un campeón por escuela. Un premio de mil galeones.

Lee Jordan se inclinó hacia los gemelos para explicar algo que parecía saber desde antes de que el director empezara a hablar. Hermione escuchaba con el ceño fruncido. Ron había olvidado por completo su plato.

Dumbledore habló de las precauciones adoptadas, de la peligrosidad que había interrumpido el certamen en otros tiempos y del límite de diecisiete años. La selección sería en Halloween, después de la llegada de las delegaciones extranjeras.

Los gemelos empezaron a protestar antes de que terminara de decir la edad.

Harry hizo la cuenta aunque no había ninguna necesidad. Le faltaban tres años.

Podía imaginar el momento de entrar en aquel comedor sabiendo que lo habían elegido por algo que acababa de hacer. No por una historia que los demás recordaban mejor que él. Ron lo miró con los ojos encendidos, y durante un instante ninguno necesitó explicar qué estaba pensando.

—Tres pruebas —murmuró su amigo.

—Todavía no han dicho de qué.

—Por eso.

Dumbledore presentó al nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras.

Alastor Moody estaba sentado cerca de Snape. Tenía cicatrices, una pierna de madera y un ojo que no parecía interesado en mirar lo mismo que el otro. Harry se dio cuenta de que llevaba un rato examinando el comedor sin volverse hacia las mesas. Cuando el director pronunció su nombre, levantó la cabeza y aceptó los aplausos con un gesto corto.

Ron conocía historias de él. Su padre lo consideraba un gran auror, aunque últimamente costaba encontrar una conversación sobre Moody que no incluyera alguna precaución extraña.

—Si alguien puede enseñarnos a defendernos, es él —dijo.

Harry volvió a mirarlo. Moody se llevó una petaca a la boca. Su ojo normal siguió al director; el otro giró hacia los estudiantes.

Harry no supo si se había detenido en él.

En la sala común nadie tenía ganas de acostarse.

Fred discutía posibles maneras de demostrar una edad que todavía no tenía. Hermione insistió en que aquello no era lo mismo que parecer mayor. Ron preguntó si recibirían clases con los visitantes y Dean quiso saber dónde dormirían.

Harry se dejó caer en un sillón junto al fuego. Tenía los calcetines húmedos y la cabeza llena de cosas que todavía no había visto.

Neville se sentó en el brazo del sillón de al lado.

—De todas formas, podríamos seguir volando.

Ron levantó los ojos.

—Claro que vamos a seguir volando.

Harry sonrió. Después de toda la discusión, le gustó que aquello fuera lo único que su amigo había dicho sin necesitar un plan.

Arriba estaban sus cosas. Abajo seguían hablando del Torneo. Por el momento, podía quedarse a escuchar.



CAPÍTULO 12

El campo vacío



Dracenia

El tablón de Slytherin todavía tenía clavado el horario de los entrenamientos del curso anterior.

Dracenia lo encontró al bajar a desayunar. Alguien había escrito encima, con letras enormes, que no habría partidos. No era una noticia nueva. Le molestó de todas formas que hubiera cabido en una sola línea.

—Puedes quitarlo —dijo Pansy, detrás de ella.

—Ya sé.

No lo quitó. Había tardes enteras organizadas en aquel papel, discusiones por turnos y nombres que todavía le costaba no buscar al imaginar una jugada. En verano había contado las semanas que faltaban para volver a jugar. Ahora tendrían tres campeones, dos escuelas visitantes y ningún rival al que pudiera alcanzar montada en una escoba.

Pansy llevaba una tostada envuelta en una servilleta.

—¿De dónde salió eso?

—Bajé antes que tú.

—Podrías haber esperado.

—Tengo que ver a Padma.

Dracenia se apartó del tablón. La tostada no explicaba toda la diferencia, pero su amiga parecía haber empezado el curso sin necesitar un partido.

El campo seguía allí.

Fueron a verlo al terminar las clases de la mañana. No había nadie colocando banderas ni esperando junto al cobertizo. La lluvia había dejado charcos pequeños cerca de los aros y las gradas parecían demasiado grandes sin personas que discutieran dentro.

—No han dicho que no podamos volar —recordó Dracenia.

Pansy se acomodó la bolsa en el hombro.

—Tú puedes ir. Yo no tengo por qué perseguirte.

—No te iba a pedir eso.

—Bien.

Dracenia miró hacia el castillo. Padma las esperaba bajo el arco del patio, con una caja abierta sobre un banco. Había traído los aros de su proyecto y una hoja llena de nombres.

No estaban preparando otra demostración. Querían dejar que otros alumnos usaran el material sin que una de ellas tuviera que explicar desde el principio cada vez. Pansy había propuesto sesiones cortas; Padma decía que eso no resolvería nada si todos llegaban al mismo tiempo.

—Aquí pusiste mi nombre —observó Dracenia.

—Porque dijiste que ayudarías a llevar la caja —respondió Pansy.

—No dije que fuera a enseñar.

Padma volvió la hoja.

—Estás en la columna de llevar la caja.

Dracenia leyó la palabra que no había mirado. Pansy no tuvo la delicadeza de ocultar su sonrisa.

Harry Potter cruzó el patio con Ginny y un par de escobas. Ella hablaba, él se reía y una correa colgaba del mango que llevaba bajo el brazo.

Dejó de reírse al ver a Dracenia. Le molestó haber llegado justo a tiempo para interrumpirlo, aunque en realidad llevaba varios minutos allí.

—¿Ya están organizando otro torneo? —preguntó.

Ginny miró las escobas.

—No. Vamos a volar.

—No te pregunté a ti.

—Pues yo te contesté.

Potter hizo un ruido que no alcanzó a convertirse en otra carcajada. Dracenia lo miró.

—¿No tienes una escoba propia, Weasley?

—Ésta es de la escuela. McGonagall nos dio una hora.

Ginny continuó hacia el campo antes de que aquello pudiera convertirse en una discusión. Potter se detuvo un instante junto a la caja.

—¿Van a dejar que entren los de tercero?

Padma asintió.

—Y los de segundo, si hay sitio.

—Neville preguntó por ustedes.

Pansy señaló la hoja.

—Dile que venga a apuntarse. No hace falta que pregunte por mí a toda la mesa.

Potter sonrió de nuevo, esta vez sin ocultarlo. Se apartó el pelo de los ojos con la mano que le quedaba libre, sin conseguir que dejara de sobresalirle sobre una oreja. Luego fue a alcanzar a Ginny.

Dracenia siguió su marcha hasta que Pansy le pasó la caja. No pesaba demasiado; resultó irritante descubrir que tampoco tenía un motivo para negarse a llevarla.

Snape había decidido empezar el curso por los antídotos.

No les dio un veneno para que descubrieran después si habían preparado bien el remedio. Puso sobre las mesas fichas con síntomas y muestras selladas, y exigió que explicaran qué necesitaban averiguar antes de abrir nada.

Dracenia encontró su primera respuesta enseguida. La segunda dependía de un dato que no estaba en la ficha.

Al otro lado, Weasley discutía con Potter sobre si aquello era una trampa. Granger levantó la mano.

—No sabemos cuánto tiempo ha pasado desde la exposición.

—Entonces no lo escriba como si lo supiera —respondió Snape.

Dracenia tachó dos palabras de su hoja.

No le gustó tener que hacer una corrección después de que Granger hablara. Le habría gustado todavía menos entregar algo que sabía incompleto. Pansy, sentada a su lado, siguió escribiendo sin mirar qué había tachado.

Al acabar la clase, Snape le pidió que se quedara un momento.

Dracenia cerró el frasco de tinta y guardó la pluma. No había derramado nada, su respuesta estaba bien y no recordaba haber dicho nada que requiriera una conversación aparte. Eso no significaba mucho con Snape.

Antes de que los demás terminaran de salir, Granger se acercó a su mesa.

—¿Has tenido noticias de Dobby?

Dracenia levantó la cabeza.

—¿Por qué?

—Harry me contó que lo ayudaste a ser libre. Quería saber cómo está ahora.

Potter se había detenido cerca de la puerta. No parecía haber enviado a Granger a hacerle la pregunta.

—Me escribió en agosto. Está trabajando.

—¿Con una familia?

—En tiendas. No siempre en la misma. Busca algo más estable.

Granger apretó la correa de su bolsa.

—¿Le pagan?

—Es lo que está intentando conseguir.

La respuesta sonó peor de lo que Dracenia había querido. Granger no se rio. Miró la mesa vacía antes de volver a ella.

—Si te escribe otra vez, me gustaría saber si encontró un sitio.

Dracenia habría podido decirle que Dobby no era uno de sus trabajos escolares. Tenía la frase preparada y la mirada de Potter al fondo del aula, esperando precisamente algo así.

—Si quiere que lo cuente —respondió.

Granger asintió una vez.

—Claro.

Se fue con Potter. No había sonreído ni olvidado nada. Dracenia guardó el tintero con más cuidado del necesario y esperó a que Snape acabara de revisar una mesa.

—¿Ha practicado este verano?

Dracenia dejó la bolsa sobre el banco.

—No con la varita. En casa no podía.

—Me alegra que recuerde alguna prohibición cuando no estoy delante.

Snape se acercó al espacio libre junto a la pared. Ella pensó en el final del curso anterior y en la forma que había conseguido sostener una sola vez. No quería que la primera conversación de septiembre consistiera en explicar todo lo que todavía no sabía hacer.

Él no le preguntó por el Patronus.

—Póngase allí.

Dracenia obedeció. La mesa más cercana le quedaba a la izquierda; detrás había sitio hasta la puerta.

Snape levantó la varita sin apuntarle.

—¿Dónde está mi mano libre?

Ella miró la mano que sostenía el borde de una silla.

—En la silla.

—¿Y por dónde saldría usted si la moviera?

Dracenia miró la mesa. Tendría que apartarse hacia atrás.

—Hacia la puerta.

Snape cambió de posición. No necesitó hacer ningún hechizo para quedar entre ella y aquella salida.

Dracenia sintió ganas de levantar la varita. La mantuvo baja porque él todavía no había hecho nada que pudiera desviar.

—Un escudo no cambia el lugar donde está parada —dijo Snape—. Este año va a aprender a escogerlo.

No la hizo repetir el movimiento ni lanzó algo para comprobar si conseguía detenerlo. Le indicó qué parte del aula podía usar, cuándo estaría disponible y qué hechizos conocidos admitía aquella práctica. Nada dirigido a la cara. Ningún encantamiento nuevo sin consultarlo. Si no sabía cómo terminar un efecto, no debía empezarlo.

—¿Voy a trabajar con usted?

—A veces. El resto del tiempo necesitará a alguien que acepte practicar.

Dracenia pensó en Pansy.

Snape pareció advertir la rapidez con que había encontrado la respuesta.

—Que acepte, señorita Malfoy. No que resulte conveniente.

Ella cerró la boca.

Al despedirla, le entregó la hoja con los horarios disponibles. Había elegido dos tardes que no coincidían con sus clases. Dracenia la dobló sin decirle que ya había empezado a buscar las tardes libres antes de entrar.

Encontró a Pansy haciendo sitio en una mesa de la sala común.

Había una carta de Narcissa junto a sus libros. Dracenia la abrió de pie. Su madre preguntaba por el viaje, por los primeros días y por si necesitaba que le enviaran algo que hubiera olvidado. Al final añadía, en otra tinta, que Lucius quería saber qué habían decidido hacer con el campo de Quidditch.

Dracenia miró la línea un momento. No había nada sobre la pregunta que dejó sin respuesta en el desayuno.

Guardó la carta para contestarla después.

—Snape me deja practicar en el aula —le dijo a Pansy.

Su amiga levantó los ojos.

—Qué suerte para el aula.

Dracenia puso la hoja sobre el hueco que acababa de despejar.

—Necesito una compañera.

—Hoy no.

—No he dicho hoy.

Pansy señaló sus libros.

—Mañana tampoco. Tengo lo de Padma.

Dracenia estuvo a punto de recordarle que no se habían apuntado a todas aquellas sesiones para trabajar ellas más que nadie. Miró los nombres en la hoja y oyó otra vez la palabra *acepte* en la voz de Snape.

—¿Y después de que terminen? —preguntó.

Pansy se acercó para ver los horarios.

—Eso sí puedo mirarlo.

Dracenia le pasó la hoja y se sentó a su lado. Tuvo que esperar mientras su amiga buscaba una pluma que todavía tuviera tinta.

CAPÍTULO 13

Lo que no se puede deshacer

Harry

Moody no les pidió que guardaran los libros.

Los dejó buscar la página que les tocaba aquella mañana y esperó hasta que se apagó el ruido del papel. Luego puso una caja sobre el escritorio.

Harry había visto al profesor atravesar pasillos sin apartarse de nadie. Los demás se apartaban por él. En el aula parecía ocupar menos espacio: tenía la espalda algo encorvada y apoyaba la mayor parte del peso en la pierna buena. Sólo el ojo azul seguía moviéndose, aun cuando el otro miraba la caja.

—¿Para qué sirve aprender a reconocer un maleficio? —preguntó.

Hermione levantó la mano.

—Para saber qué contrahechizo...

—A veces no hay uno que puedan hacer. ¿Para qué más?

Harry dejó de buscar el párrafo.

—Para apartarse.

Moody lo señaló con un dedo.

—Eso puede servir.

De la caja sacó un escarabajo grande, negro, que se quedó aferrado al borde de su guante. Lo dejó en el escritorio. El insecto tanteó la madera y empezó a caminar hacia una pila de trabajos.

—Hay tres maldiciones que no van a practicar en esta clase. Reconocerlas no les da permiso para usarlas. Dumbledore me ha permitido hablarles de ellas antes de lo que dice el programa.

Ron se inclinó hacia Harry.

—Mi padre las mencionó una vez.

Moody giró la cabeza sin dejar de mirar al insecto.

—Entonces el señor Weasley puede empezar.

Ron se enderezó tan deprisa que rozó el tintero.

—La Imperius.

—¿Y qué hace?

—Obliga a alguien a hacer lo que uno quiera.

La voz de Ron perdió seguridad al final. Moody no se burló. Apuntó al escarabajo y pronunció la maldición.

El insecto dejó de avanzar. Se dio la vuelta, recorrió el borde del escritorio y se detuvo justo antes de caer. Moody movió la varita; el escarabajo levantó una pata, luego otra.

Alguien soltó una risa detrás de Harry.

—Podría hacerlo caminar hasta el fuego —dijo Moody.

La risa terminó.

El escarabajo seguía allí, inmóvil. Harry había visto animales amaestrados que parecían entender a su dueño; aquello era distinto. No estaba esperando una recompensa. Ni siquiera intentaba agarrarse a la madera.

Moody terminó el hechizo. El insecto se escondió bajo la caja.

—La víctima no siempre parece una víctima. Y no todo el que dice haber estado bajo una Imperius dice la verdad. Se puede resistir. No es fácil.

Hermione estaba escribiendo con tanta rapidez que Harry apenas distinguía las palabras. Él pensó en el campamento, en las personas suspendidas en el aire mientras los encapuchados se reían debajo. No sabía qué magia habían usado. Recordó las piernas indefensas de una mujer y sintió que el aula se había calentado demasiado.

—Cruciatus —dijo Neville.

Harry volvió la cabeza.

Neville no había levantado la mano. Miraba el escritorio con una fijeza que no le conocía.

—¿Sabe qué hace, Longbottom?

Neville asintió. Tardó en contestar.

—Dolor.

Moody sacó el escarabajo de debajo de la caja. Harry vio la punta de la varita y supo que iba a hacerlo antes de que hablara.

El insecto se contrajo. Sus patas golpearon la madera con un ruido diminuto y horrible.

—Profesor —dijo Hermione.

Moody levantó la varita. Había durado apenas un instante.

Neville tenía las manos cerradas sobre las rodillas.

—No deja necesariamente una herida que puedan ver —dijo el profesor.

Harry no escribió nada. Le costaba apartar los ojos de las patas que volvían a moverse, torpes, sobre la mesa. No quería que Moody repitiera el hechizo para que alguien al fondo pudiera mirar mejor.

No lo repitió.

Para la tercera maldición eligió una mosca que zumbaba junto a la ventana. Harry oyó las dos palabras, vio el destello verde y se quedó con las manos frías.

La mosca cayó sobre el alféizar.

No hubo más ruido.

—Avada Kedavra —repitió Moody, esta vez sin levantar la varita—. No se detiene con el escudo que están aprendiendo. No se queden delante para comprobarlo.

Todos sabían su nombre. Harry sintió las miradas antes de verlas. Se concentró en una mancha de tinta junto a su pulgar.

No recordaba una cara. No recordaba cómo había sido la habitación. Había una luz que no sabía si pertenecía a un recuerdo o a todas las veces que había intentado entender lo ocurrido. Le molestó que el profesor lo mirara como si pudiera encontrar algo más en él.

Moody no le pidió que contara nada.

Guardó al escarabajo vivo en la caja y se volvió hacia los pupitres.

—Ahora aparten las sillas.

Nadie se movió al principio.

—No vamos a probar esas tres con ustedes —añadió—. Quiero ver si saben dejar de ser un blanco.

La segunda parte de la clase no se pareció a la primera, aunque Harry siguió pensando en ella.

Moody trazó con tiza dos lugares desde los que lanzaría un encantamiento sencillo de desarme. Les dijo cuál usaría y los hizo pasar de uno en uno. El alumno tenía que mirar dónde estaba el

profesor, salir de la línea de tiro y conservar espacio para seguir moviéndose.

Dean retrocedió hasta chocar con una silla. Ron se apartó bien y luego volvió a ponerse delante al buscar su varita en el suelo.

—Ya la perdió —gruñó Moody—. No entregue también la cabeza.

Harry consiguió esquivar el primer intento. En el segundo miró demasiado pronto hacia la puerta, donde Seamus acababa de hacer un comentario. Su varita salió despedida.

Moody la recogió antes que él.

—No hay una sola cosa en una habitación.

Harry sintió la vieja irritación de recibir una observación cierta cuando todavía le ardían los dedos. Recuperó la varita y volvió a su sitio.

Neville pasó el último. No lo hizo bien, pero se movió en cuanto vio al profesor levantar el brazo. Moody terminó sin pedirle que repitiera.

Cuando sonó la campana, nadie salió discutiendo quién había acertado más veces.

Ron alcanzó a Neville en el corredor.

—Lo de apartarte estuvo bien.

Neville miró su varita.

—Casi me llevo la mesa.

—Te cambio. Yo volví a ponerme delante.

Neville hizo un gesto que quizá habría sido una sonrisa en otro momento.

Harry se acercó por el otro lado.

—¿Vienes a comer?

—Después.

Moody había aparecido en la puerta. Llevaba un libro bajo el brazo.

—Longbottom. Una palabra, si tiene tiempo.

Neville se quedó donde estaba. Harry esperó a que mirara hacia él.

—Podemos esperarte —dijo.

—No. Está bien.

No sonó como cuando Neville decía que estaba bien sólo para que dejaran de mirarlo. Se acercó al profesor por decisión propia. Harry y Ron siguieron, despacio, hasta la escalera.

Hermione venía detrás con el libro cerrado contra el pecho.

—No tenía que hacerlo así —dijo.

Ron miró hacia el aula.

—Por lo menos sabemos cómo son.

—Podía explicarlo sin…

Se detuvo antes de completar la frase. Harry habría querido tener una opinión que no dependiera de la sensación de frío que todavía le quedaba en las manos.

—No quiero que vuelva a hacerlo —dijo.

Ron dejó de mirar atrás.

No tuvieron que preguntarle a qué se refería.

Aquella tarde Hermione los llevó a la biblioteca por un asunto que no tenía que ver con Defensa.

Había encontrado una descripción de las cocinas de Hogwarts, pero ninguna explicación de cómo se contrataba a los elfos que trabajaban allí. Ron buscó una vez la palabra *contrato* en el índice y luego le mostró la página vacía de referencias.

—A lo mejor éste no es el libro.

—Por eso traje otros tres.

Harry dejó el suyo junto a una ventana. Durante un rato leyó sobre alimentos que llegaban calientes a mesas distantes y pensó más en la cena que en la investigación.

—Aquí dice que no se les ve —comentó.

Hermione acercó la silla.

—¿Qué más?

Harry buscó otra vez la línea.

—Que es una de las ventajas del servicio.

Ron levantó los ojos del índice. Hermione tomó nota de la frase, muy despacio.

—La ventaja para quién —dijo.

Harry ya no tenía hambre de la misma manera.

Al devolver un volumen al estante, encontró a Malfoy arrodillada frente a la repisa inferior. Tenía dos libros abiertos en el suelo y uno atravesado sobre las rodillas.

—Si la señora Pince te ve, va a pensar que estás preparando una hoguera.

Dracenia alzó la cara.

—Estoy buscando una referencia.

—¿Está debajo del piso?

—Estaba en el índice. El índice mintió.

Harry sonrió. Ella levantó uno de los libros para mostrarle una lista interminable de apellidos. Tenía un mechón suelto junto a la boca y lo apartó con impaciencia, dejando una pequeña raya de polvo en la mejilla.

No era así como solía imaginar a Malfoy. Le pareció bonita incluso haciendo una mueca al libro, y enseguida recordó que la semana anterior había hecho esperar a un alumno pequeño sólo para no tener que moverse de una puerta.

Las dos cosas, al parecer, podían pasarle a la misma persona.

Dracenia miró el volumen que él llevaba.

—¿Desde cuándo te interesa el servicio doméstico?

—Desde que alguien tuvo que escribir doscientas páginas para no decir quién lo hace.

Ella leyó el título.

—Eso no tiene doscientas.

—Entonces lo hicieron bastante rápido.

A Dracenia se le escapó una risa. Harry se sintió absurdamente satisfecho y bajó el libro para que no se le notara.

—¿Qué buscabas? —preguntó.

—Una diferencia entre dos formas de desviar un hechizo. Snape dice que no son intercambiables.

—Si Snape lo dijo, seguro espera que sepas en qué página.

—Es lo que intento averiguar, Potter.

Harry vio un título en el estante de al lado y se lo señaló. Dracenia estiró la mano, leyó el lomo y negó con la cabeza.

—Ése explica cómo esconderte detrás de un muro.

—También puede servir.

Ella lo miró un instante antes de volver a sus libros.

Harry regresó a la mesa. Hermione había reunido una pila de citas que se contradecían entre sí. Ron intentaba dibujar un mapa de las cocinas con lo que recordaba haber oído de sus hermanos.

—Eso parece un zapato —observó Harry.

—Es una escalera.

—Tiene agujetas.

Ron tachó dos líneas.

Harry se sentó con ellos. Cerca de la ventana, una cortina se movía con el aire de la tarde. Por primera vez desde la mañana consiguió pensar en algo que no fuera el destello verde.

Cuando Neville llegó a cenar, traía el libro que Moody le había ofrecido. Lo dejó cerrado junto al plato y les habló de una planta que cambiaba de olor al anochecer.

Harry escuchó. No le preguntó qué habían hablado a solas.



CAPÍTULO 14

Un público que no se cansa



Dracenia

La bolsa de Dracenia salió disparada de la mesa cuando nadie la estaba convocando.

El carrete al que Potter había apuntado había quedado junto a ella. Al subir, el hilo suelto se tensó alrededor del broche; la bolsa dio un tirón, chocó con el respaldo de una silla y se abrió en el aire.

Dracenia alcanzó su tintero. Los demás objetos no tuvieron tanta suerte.

Flitwick detuvo la bolsa antes de que llegara a la cabeza de Potter. Una pluma continuó por su cuenta y le dio en la nariz.

—¡Varitas abajo! —pidió el profesor, subido a su plataforma—. El objeto que convocan también puede estar sujeto a otra cosa. Señor Potter, venga a ver esto.

Potter obedeció, todavía frotándose la nariz.

Dracenia puso el tintero a salvo y se agachó por sus cosas. Aquel día los encantamientos convocadores se practicaban sobre las mesas, a una distancia ridículamente corta. Había conseguido mover el carrete dos veces sin arrastrar la propiedad de nadie.

—Podrías haber mirado —dijo, cuando Potter se arrodilló a su lado.

—No vi el hilo.

—Eso es exactamente lo que acabo de decir.

Él recogió un estuche y se lo pasó sin responder.

Flitwick les mostró el lazo apretado en el broche, lo deshizo y pidió a todos que despejaran las mesas. Luego siguió con la clase. Ninguna bolsa más intentó aprender a volar.

Dracenia contó sus cosas antes de salir. La pluma, el estuche, el libro, dos hojas dobladas, el carrete de hilo común que había usado en el ejercicio. Faltaba uno.

Revisó debajo de la mesa.

Potter se había detenido en la puerta con Weasley.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—Un carrete pequeño. Plata, con hilo plateado.

—El mío era de madera.

—Ya sé cómo era el tuyo.

Potter miró el suelo. Dracenia habría preferido que lo encontrara enseguida; le habría gustado poder quitárselo de la mano y marcharse sin tener que explicar nada más.

No lo encontraron.

Flitwick los ayudó a revisar las esquinas y el espacio detrás de su plataforma. No había salido nada por las ventanas, que habían permanecido cerradas. Su bolsa había volado hacia Potter, no hacia el pasillo.

—Piense dónde lo vio por última vez —le aconsejó el profesor.

Dracenia lo sabía. Antes de Encantamientos había sacado el estuche en un hueco del corredor para enseñarle a Pansy cuánto hilo quedaba. Padma quería usarlo para distinguir una de las trayectorias entre los aros.

Había prometido devolverlo aquella tarde.

—Lo tenía —dijo.

Potter se cruzó de brazos.

—No he dicho que no.

Weasley decidió ir a comer. Potter se quedó.

Dracenia no se lo agradeció. Todavía no estaba segura de que no hubiera mandado el carrete a algún sitio con la bolsa. Él parecía haberse dado cuenta.

—No lo vi entre las cosas que cayeron —dijo.

—Eso no significa que no estuviera.

—No. Pero aquí ya buscamos. Dijiste que lo habías sacado en el corredor.

Dracenia miró otra vez debajo del banco. Le molestó que, después de arrastrar su bolsa por el aula, Potter tuviera una sugerencia razonable.

Volvieron al hueco del corredor. Había un banco, una ventana alta y un tapiz que mostraba a unos cazadores muy poco interesados en prestar ayuda.

—Llevamos toda la mañana persiguiendo al mismo ciervo —dijo uno de ellos—. Bastante tenemos.

Potter no discutió con el hombre. Miró el banco y luego la baranda de la escalera.

—¿Ese hilo es tuyo?

Una hebra plateada se había enganchado en un adorno de hierro. Dracenia la desenredó con cuidado. Era corta y estaba rota en un extremo.

Del piso superior llegó un golpe y una carcajada.

Peeves apareció boca abajo sobre la escalera. Llevaba una corbata atada a la cabeza.

—Buscan, buscan y no encuentran…

Dracenia levantó la hebra.

—Devuélvelo.

Peeves sonrió con todos los dientes. Giró hasta quedar derecho y salió flotando por la galería superior.

—¡No sé de qué me habla la señorita!

Potter la miró.

—Por lo menos ya no crees que fui yo.

Dracenia subió los primeros peldaños.

—Eso no mejora tu encantamiento.

Peeves había convertido la galería en un tendedero.

Entre dos armaduras colgaban corbatas, un listón rojo y el gorro de alguien que iba a pasar frío en cuanto saliera al jardín. El hilo plateado los sostenía a la altura de los ojos. Peeves tiraba de un extremo para que el gorro saludara a los alumnos que intentaban cruzar.

Un muchacho de segundo se agachó para pasar. Peeves bajó el hilo. El muchacho volvió a enderezarse y recibió el gorro en la cara.

Potter soltó una risa antes de poder evitarlo.

Dracenia lo fulminó con la mirada.

—Magnífico. Anímalo.

El carrete brillaba en la mano de Peeves.

—Eso no es tuyo —le dijo ella.

—Tampoco es suyo el pasillo y aquí está pisándolo.

—Se lo voy a decir a Filch.

Peeves se llevó las manos a la boca. Dejó caer el carrete y lo atrapó con un pie.

—¡No! ¡Al señor Filch no! ¿Qué será de mí?

Harry se apartó para dejar pasar a una alumna. Dracenia tuvo que bajar la cabeza cuando el gorro volvió a balancearse.

Podían buscar a un profesor. Podían explicarle que Peeves había tomado algo de un estuche que ella dejó abierto sin vigilar. Para entonces quizá el carrete estuviera en la chimenea de Filch, o el hilo envolviera a la señora Norris, y Pansy seguiría esperando material que Dracenia había dicho que podía cuidar.

Peeves improvisó una canción sobre la cara que estaba poniendo. Potter dejó de sonreír.

—No va a devolvértelo porque se lo ordenes.

—Gracias. Eso no se me había ocurrido.

—Si dejas de contestar, a lo mejor se aburre.

Esperaron junto a la pared. Un grupo de alumnos llegó por la escalera opuesta, y Peeves encontró seis personas nuevas a las que molestar.

Dracenia miró a Potter.

—¿Alguna otra idea brillante?

Él observó cómo Peeves se inclinaba para recibir los aplausos de uno de los niños, que claramente esperaba que así lo dejara pasar.

—A lo mejor sí.

Los gemelos Weasley estaban terminando de comer cuando Potter los encontró.

Dracenia se quedó unos pasos atrás. Desde allí oyó suficiente para entender que pedía una de aquellas hojas que aplaudían. No alcanzaba a imaginar qué pensaba hacer con ella.

Uno de los gemelos miró hacia ella.

—¿Una sola?

—No es para una función —dijo Potter.

—Eso esperamos. La última función duró hasta que Lee la metió en un cajón.

Dracenia se acercó.

—¿Cuánto cuesta?

El gemelo que llevaba la caja abrió la boca. Su hermano le dio un codazo y dijo una cantidad ligeramente menor.

—Están robando —observó Dracenia.

—Todavía puedes ir a ver a Filch —le recordó Potter.

Ella pagó.

Ron, sentado enfrente con un plato de papas, miró la caja.

—No la abran aquí. McGonagall está en la mesa.

—¿Y si no le gusta a Peeves? —preguntó Dracenia cuando salieron.

Potter levantó la caja.

—A nosotros tampoco nos gusta que nos tire cosas. No he dicho que sea una buena idea.

Fue la primera respuesta de la tarde que le pareció honrada.

Peeves había añadido dos calcetines a su espectáculo.

Potter levantó la tapa antes de que empezara otra canción. El pergamino de dentro desplegó sus palmas de papel y comenzó a aplaudir con un entusiasmo inmerecido.

Peeves se quedó inmóvil.

Después hizo una reverencia tan profunda que su cabeza desapareció a través de la pared.

El papel siguió aplaudiendo.

—¡Otro saludo! —gritó Peeves.

Se colocó el gorro, se quitó el gorro y se lo puso a uno de los calcetines. Las palmas no se cansaron.

Dracenia miró el carrete. Seguía en su mano.

—Ese público podría quedarse contigo.

Peeves entrecerró los ojos.

—¿A cambio de qué?

—Del hilo. Y de las cosas que colgaste.

—¡El público exige una corbata!

La de Potter se tensó de repente entre los dedos de Peeves. Harry dio un paso hacia él, agarró el nudo antes de que pudiera cerrarse y lo aflojó con un tirón.

Dracenia cerró la caja.

Los aplausos quedaron amortiguados dentro.

Peeves soltó la corbata y se volvió hacia ella.

—Todavía no terminé.

—Entonces termina —dijo Dracenia, apretando la caja contra el pecho.

No sabía cuánto tardaría en intentar quitársela. Potter se había colocado a su lado; respiraba con dificultad, más furioso que asustado. El trozo de hilo entre las armaduras bajó un poco al moverse Peeves.

Harry lo señaló.

—Ya conseguiste que todos te vieran. Si quieres que vuelvan a aplaudir, déjalos pasar.

Peeves miró a los tres alumnos que esperaban al otro extremo de la galería. Uno de ellos llevaba la cabeza descubierta y la expresión de quien ya había perdido la esperanza de recuperar su gorro.

—¡Última función! —anunció.

Sacudió el hilo. Los calcetines salieron despedidos; una corbata cayó sobre la armadura y el gorro aterrizó a los pies de su dueño. Peeves lanzó el carrete hacia Potter y tomó la caja que Dracenia le ofrecía con la tapa abierta.

Harry tuvo que estirar los brazos para impedir que el carrete cayera por el hueco de la escalera.

—¡Más fuerte! —gritó Peeves al papel.

Se alejó flotando hacia el patio. Los aplausos se oyeron mucho después de que dejara de verse.

El dueño del gorro pasó corriendo entre ellos. No quiso quedarse a dar las gracias.

Potter apoyó una mano en la baranda.

—La próxima vez —dijo—, compramos una que también lo abuchee.

Dracenia se rio.

Lo hizo de verdad, antes de pensar en el dinero gastado, en la cara de Potter cuando la corbata tiró de él o en el hilo que tendrían que recoger. Él levantó los ojos y se rio también.

No parecía haberse dado cuenta de que seguía despeinado desde el incidente de la bolsa. Había un mechón levantado justo encima de su frente. A Dracenia le entraron ganas de bajárselo y se agachó por el hilo para no hacer una estupidez.

El carrete había perdido casi la mitad.

Parte del hilo se pudo recuperar de las armaduras. El resto estaba cortado o demasiado deshilachado para pasar por los aros sin atorarse.

Pansy y Padma los encontraron en el patio. Padma se arrodilló junto al banco y extendió un tramo entre las manos.

—Esto no nos sirve.

Dracenia sintió que se le acababa la diversión.

—Puedo conseguir más.

—Lo necesitábamos hoy —dijo Pansy.

Potter dejó el carrete sobre el banco.

—Peeves lo tomó del corredor. Antes de la clase.

Pansy miró a Dracenia, no a él.

—¿Lo dejaste allí?

—Un momento. Estaba buscando un libro en la bolsa.

Padma examinó otro pedazo.

—Podemos usar el de otro color y hacer sólo dos recorridos.

Pansy asintió, aunque seguía molesta. Dracenia habría preferido que discutiera. Era más fácil contestar a una acusación que verlas reorganizar algo por su culpa.

—Voy a reemplazarlo —dijo—. ¿Dónde lo compraste?

Padma le dio el nombre. No aceptó el dinero cuando Dracenia sacó la bolsa.

—Dáselo a la tienda.

Dracenia guardó las monedas y empezó a recoger los tramos que no servían. Potter se inclinó a ayudarla.

—No hace falta —le dijo.

Él miró el hilo que tenía en la mano.

—Ya sé.

Ella lo dejó seguir.

No habían resuelto bien toda la tarde. Tendría que escribir a la tienda, entregar otro carrete y explicar en casa un gasto que no le apetecía explicar. Potter seguía siendo bastante malo mirando dónde apuntaba.

Pero cuando al otro lado del patio se oyó una nueva ovación y alguien gritó el nombre de Peeves, Dracenia miró a Harry antes que a nadie.

Él ya estaba mirándola.

CAPÍTULO 15

Antes de reírse

Harry

Harry estaba a punto de dar otra mordida cuando Ron le quitó el pan de la mano.

—Tiene mermelada por debajo.

Harry miró el pergamino que había puesto sobre sus rodillas. Una gota roja ya había caído en el borde.

—Gracias por avisar a tiempo.

Ron le devolvió el pan. Estaban sentados junto a una ventana del corredor, terminando de comer antes de Historia de la Magia. Hermione había entrado a devolver un libro y aún no regresaba.

Malfoy llegó con Pansy y una pila de hojas atada con hilo nuevo.

—¿Todavía te dan de comer, Weasley? —preguntó—. Pensé que tus hermanos habían vendido toda la vajilla para fabricar más papel.

Ron se levantó.

—Puedes devolverles el que compraste. Peeves no ha dejado de molestar desde el lunes.

—Peeves molestaba antes de que nacieras.

Harry guardó el pergamino.

—Y tú podrías darle un descanso.

Dracenia lo miró. La diversión que traía en la cara desapareció.

—No necesito que me expliques de qué puedo hablar.

—Entonces deja de hablar de mi familia —dijo Ron.

Pansy le tocó el codo a su amiga.

—Vamos. Tengo que entregar esto.

Ron se apartó para dejarlas pasar, pero soltó un comentario sobre los Malfoy que Harry no alcanzó a oír completo. Dracenia se detuvo. Tenía la varita en la mano; debió de haberla sacado al ajustar la pila de hojas bajo el brazo.

Harry llevó los dedos hacia su bolsillo.

—No lo hagas.

Ella lo miró con una rabia que ya no parecía sólo dirigida a Ron.

—Ni siquiera he…

Se interrumpió. Pansy tiró suavemente de las hojas y Dracenia bajó la varita hasta dejarla contra el muslo. Dio media vuelta para seguirla.

La voz de Moody sonó a espaldas de Harry.

—¡La varita fuera de eso!

Hubo un destello.

Las hojas cayeron al suelo. Donde había estado Dracenia apareció una gata blanca, pequeña, con una pata enredada en la túnica que acababa de perder su forma.

Ron soltó una carcajada.

Harry sintió que iba a reírse también. La gata tenía una expresión tan indignada, las orejas tan tiesas, que durante una fracción de segundo se pareció de un modo absurdo a Malfoy.

Entonces intentó hablar.

Abrió la boca y sólo salió un maullido. Harry vio cómo buscaba la varita entre los pliegues, sin poder sujetarla.

Moody la levantó en el aire.

La risa de Ron terminó. La gata estiró las patas hacia un suelo que ya no podía alcanzar.

—Profesor —dijo Harry—. Estaba bajándola.

Moody no lo miró.

—No me gustan las varitas que salen cuando alguien da la espalda.

—Pero no había lanzado nada.

Pansy dejó de recoger los papeles.

—Bájela.

Harry nunca le había oído aquella voz. No era un grito. Sonaba como si le costara respirar.

Desde la escalera, Dean se volvió al oír el ruido.

—¡Profesora! —llamó hacia el corredor contiguo—. ¡McGonagall!

Moody mantuvo a la gata suspendida. Dracenia se retorció una vez y quedó de costado, con las garras abiertas. Harry dio un paso, sin saber qué podía hacer que no empeorara las cosas.

McGonagall apareció junto a Dean.

Vio la varita de Moody, la gata y la ropa en el suelo. No necesitó que nadie completara la explicación.

—Bájela. Ahora.

—Una pequeña advertencia, Minerva.

—Ahora.

Moody la dejó sobre el piso. McGonagall se arrodilló, apartó con cuidado la tela enredada y levantó su propia varita.

Dracenia recuperó su forma con una respiración brusca. Se quedó sentada sobre los talones, agarrando la túnica a la altura del pecho. Tenía el pelo en la cara.

Harry miró hacia otro lado mientras Pansy se agachaba junto a ella.

—La señorita Malfoy viene conmigo —dijo McGonagall—. Usted hablará con el director. No utilizamos la transfiguración como castigo.

Moody bajó la varita.

Dracenia logró ponerse de pie antes de que Pansy terminara de ofrecerle la mano. Al hacerlo, se le dobló una rodilla. Se sujetó del marco de la ventana y levantó la barbilla en cuanto pudo mantenerse derecha.

Harry vio que Ron quería decir algo. No lo dijo.

Pansy recogió la varita de Dracenia. McGonagall las condujo hacia la enfermería, dejando las hojas dispersas junto a los zapatos de Harry.

Hermione llegó cuando él estaba recogiendo la última.

—¿Qué pasó?

Ron se lo contó sin reírse. Harry notó el momento en que ella dejó de mirar los papeles y se volvió hacia el corredor por donde se habían ido.

—¿Delante de todos?

Ron asintió.

—Malfoy empezó. Estaba hablando de…

—Eso no le da derecho a hacerle eso —lo interrumpió Hermione.

—Ya sé.

Harry alisó una esquina doblada. Había nombres de alumnos y horarios del proyecto de Pansy.

—Creyó que iba a atacar —dijo—. Yo también creí que iba a hacerlo. Pero bajó la varita antes de que él llegara.

Ron se frotó la boca.

—Me reí.

Ninguno contestó enseguida.

—Yo casi —admitió Harry.

El corredor se estaba vaciando. Llegarían tarde a Historia, y Binns probablemente no lo advertiría. Por una vez, aquello no le pareció una ventaja.

Dracenia volvió a las clases al día siguiente.

Harry lo supo porque la vio salir de la biblioteca con Pansy. No tenía una venda ni algo que indicara que Pomfrey había necesitado retenerla. Llevaba el pelo recogido y caminaba muy derecha.

Él tenía sus hojas dentro de una carpeta. Las había guardado toda la tarde anterior sin encontrar una ocasión de entregarlas que no pareciera una visita.

Pansy vio la carpeta antes que Dracenia.

—Eso es mío.

Harry se la pasó.

—Se doblaron algunas.

Ella revisó el interior.

—No faltan.

Dracenia miraba un punto detrás de su hombro.

—¿Ya acabó la función?

Harry tardó en entender que le hablaba a él.

—No me reí.

Ella por fin lo miró.

—Weasley sí.

—Sí.

No sabía cómo decir que Ron ya no estaba tan satisfecho de haberlo hecho sin hablar por él ni exigirle a Dracenia que lo perdonara.

Pansy cerró la carpeta.

—Voy a dejar esto con Padma. Te espero aquí abajo.

Dracenia no le pidió que se quedara. Cuando su amiga se alejó, Harry se hizo a un lado para que pasara un grupo de alumnos.

—McGonagall nos preguntó qué vimos —dijo—. Le conté lo de la varita.

Dracenia apretó los labios.

—No necesitaba que me defendieras.

—Me preguntó.

—Ah.

Se quedaron cerca del estante de devoluciones, sin entrar ni salir.

—No iba a lanzarle nada —dijo ella.

Harry no intentó aparentar que siempre lo había sabido.

—Lo vi después.

Dracenia se acomodó la correa de la bolsa. Un alumno que bajaba la escalera la miró, abrió la boca y siguió de largo cuando Harry volvió la cabeza.

—¿Te hicieron ir otra vez con Pomfrey? —preguntó él.

—Dijo que no tengo nada. Ya lo había dicho ayer.

Su tono no admitía otra pregunta.

Harry asintió.

—Bien.

No era la palabra adecuada para todo lo que había pasado. Dracenia debió de entender a qué se refería, porque no la discutió.

Antes de marcharse, se detuvo.

—No pienso dejar Defensa.

—Nadie dijo que tuvieras que hacerlo.

—Más le vale.

Harry no estaba seguro de si hablaba de Moody o de quien pudiera sugerírselo. La vio alcanzar a Pansy y siguió hacia la torre.

El domingo Ginny consiguió un permiso para usar el campo durante una hora. Harry llevó la Firebolt y Ron una de las escobas de la escuela. No había marcador, ni equipo, ni nada que pudiera confundirse con un partido oficial; eso no impidió que Ron discutiera una regla antes de despegar.

—No puedes contar como gol algo que hice antes de estar listo.

—Todavía no hemos empezado —dijo Ginny.

Colin dejó su cámara en el suelo y se subió a la escoba con la precaución de quien acababa de descubrir cuánto le gustaban sus propios pies.

La muchacha rubia del tren estaba sentada en la primera grada, sujetando una bufanda que el viento intentaba llevarse.

—Ella es Luna —dijo Ginny, antes de subir—. Esta vez sí.

—Ya nos habíamos visto —observó Luna.

—Pero no habíamos llegado al nombre.

Luna sonrió a Harry.

—Luna Lovegood. Ginny dice que no te molesta que Colin haga fotos.

—Depende de lo que esté haciendo.

—Es justo lo que él dijo.

Colin los oyó desde la escoba.

—¡Yo dije que iba a preguntar!

Harry se rio. Luna apartó la cámara de una tabla húmeda y la dejó sobre su bolsa.

Volaron con turnos. Harry le prestó la Firebolt a Ron y pasó un rato detrás de Colin para ayudarlo a girar sin mirar la punta de la escoba. Ginny recuperó una pelota demasiado baja y llegó al aro con barro en la rodilla.

—Eso habría contado —le dijo a su hermano.

Ron, que estaba tratando de frenar la Firebolt con dignidad, no tuvo aire para responder.

Desde las gradas, Luna aplaudió cuando Colin completó una vuelta. Nadie le había dicho que aquello no era suficiente para merecer un aplauso.

Al recoger las cosas, Colin estaba contándole a Luna que había alcanzado a fotografiar a Ron justo cuando intentaba frenar.

—Ésa te la compro cuando la reveles —dijo Ginny.

—No la voy a vender —protestó Colin.

—Entonces me la regalas.

Luna levantó la bufanda del asiento.

—A veces es más fácil no llevar una cámara.

Colin pareció considerar aquello un inconveniente grave.

Harry salió del campo con ellos. Habían vuelto a discutir sobre los goles, y Ron caminaba de espaldas para explicar por qué uno de Ginny no había valido. Cerca de la entrada se cruzaron con dos alumnos que maullaron al ver pasar a Pansy y Dracenia por el sendero contrario.

La diversión de Harry se apagó.

—Ya estuvo —dijo.

Los dos lo miraron. Uno se encogió de hombros y siguió andando.

Dracenia no volvió la cabeza. Pansy sí, apenas un instante.

Ron había dejado de caminar de espaldas. Harry no añadió nada. Continuó hacia el castillo con la escoba en la mano y dejó que Ginny acabara de reclamar su gol.



CAPÍTULO 16

Lo que cada uno acepta



Dracenia

La carta de Lucius llegó antes que el desayuno.

Dracenia reconoció su letra desde la cama. El sobre había quedado bajo la pata de la lechuza y tuvo que esperar a que el ave aceptara un pedazo de la galleta que Pansy guardaba en su baúl.

Su padre no le preguntaba si había levantado la varita. Preguntaba quién había presenciado el incidente, qué había hecho McGonagall y si necesitaba que fuera a buscarla.

Aquello le dolió más de lo que esperaba.

Se sentó para releerlo. En la última línea, Lucius decía que un profesor no podía hacerle eso a su hija.

Dracenia sacó el tintero. Tardó bastante en escribir que no quería volver a casa.



Snape la recibió esa tarde en el aula vacía.

La puerta del despacho estaba abierta. Sobre la mesa del profesor había exámenes y una taza que debía de llevar mucho tiempo sin tocar. Pansy llegó detrás de Dracenia, dejó su bolsa cerca de la pared y comprobó cuánto faltaba para la cena.

—Media hora —le recordó.

—Dijiste cuarenta minutos.

—Y tardaste diez en encontrarme.

Snape levantó la vista.

—Si desean negociar todo el periodo, ahorraré el trabajo de mover las mesas.

Pansy se quedó al otro extremo del espacio despejado. La práctica consistía en desarmar con un solo intento, alternando el turno. Snape permanecería allí corrigiendo; podían llamarlo si algo salía mal, aunque Dracenia sospechaba que no necesitaba mirar los exámenes para saber cuándo ella se equivocaba.

La primera vez lanzó demasiado pronto. Pansy aún no había terminado de colocarse.

—Otra vez —dijo Dracenia.

Su amiga no levantó la varita.

—No estaba lista.

—Por eso dije otra vez.

Snape dejó la pluma.

—Esperará a que se lo indique ella.

Dracenia sintió calor en la cara. No quería que él la tratara como si fuera a hacer lo mismo que Moody. Sabía que no había dicho eso; también sabía que, si abría la boca en aquel momento, terminaría respondiendo a algo que nadie le había acusado de hacer.

Esperó.

Pansy asintió, levantó la varita y se movió en cuanto Dracenia tomó aire. El hechizo pasó a un lado. No había sido una gran maniobra, sólo un paso que Dracenia no había previsto.

—No me voy a quedar quieta —le advirtió Pansy.

Dracenia volvió a ponerse en guardia.

En su siguiente turno, Pansy miró hacia la mano libre de su amiga antes de atacar. Dracenia creyó que iba a moverse a la izquierda; empezó a girar y tuvo que levantar el escudo desde una posición incómoda. Conservó la varita, pero retrocedió hasta la mesa.

Snape se acercó por fin.

—¿Qué le ha hecho creer que sabía hacia dónde iba?

Dracenia miró a Pansy.

Su amiga alzó las cejas. Parecía tan sorprendida como ella de que hubiera funcionado.

—La miré —dijo Dracenia.

—No ha contestado.

Le costó dejar de buscar una respuesta mejor.

—Pensé que sabía lo que iba a hacer.

Snape apartó una silla del borde de la zona de práctica.

—Entonces no convierta una sospecha en toda su defensa.

No le pidió que soportara un hechizo más fuerte. Le hizo conservar el espacio, esperar y probar sin apresurarse cuando Pansy volvía a cambiar el ritmo. Dracenia acertó un desarme; falló otros dos. En el último intento vio cómo su amiga miraba otra vez hacia un costado y consiguió no seguir aquella mirada.

Pansy acabó frotándose los dedos.

—Por hoy basta.

Dracenia quería un turno más. Bajó la varita.

Snape volvió a sus exámenes.

—Puede reservar el mismo horario la próxima semana. Si tiene compañera.

Pansy recogió su bolsa antes de que Dracenia contestara por las dos.

Narcissa escribió por separado.

No utilizó la palabra *gata*. Preguntó si dormía bien y dijo que había hablado con el colegio. McGonagall había confirmado que la transfiguración se revirtió por completo y que el director había prohibido repetir aquel castigo. No prometía una destitución ni aseguraba que nunca volvería a pasar nada malo.

Dracenia habría preferido una frase más contundente. Leyó la carta dos veces de todas formas.

Contestó a sus padres en una misma tarde. A Lucius le dio los nombres de los testigos y le dijo que McGonagall había actuado enseguida. A Narcissa le explicó que estaba practicando con Pansy.

Empezó un tercer párrafo sobre el Mundial.

Lo tachó cuando llevaba dos líneas.

Todavía quería preguntarle a su padre por qué había regresado con aquella expresión al campamento. No quería hacerlo en una carta que podía terminar sobre el escritorio de un profesor, junto a todo lo que ahora dependía de que los adultos le creyeran.

Al final pidió que le enviaran un carrete de hilo plateado de la tienda que Padma le había indicado. Apartó las monedas para pagar el encargo.

Aquello sí podía explicarlo.

Octubre trajo frío y solicitudes de prestado.

Pansy y Padma habían conseguido que los alumnos dejaran de llegar todos a la misma hora, pero no que recordaran devolver los aros. Un niño de segundo apareció con uno bajo la túnica y afirmó que pensaba regresarlo después de cenar. Padma le preguntó cómo iba a comer con aquello puesto.

Dracenia estaba arreglando el cierre de su bolsa cuando Dobby llegó a la puerta de la sala común.

No pudo entrar. Se quedó al otro lado, de modo que el alumno que iba delante de él anunció con toda naturalidad que había un elfo buscándola.

Dracenia salió.

—Podías escribir.

—Dobby ha escrito mucho, señorita Malfoy.

Tenía una bufanda de colores distintos y un pequeño bulto al hombro. No parecía haber venido a entregar una carta.

—¿Encontraste trabajo?

Dobby asintió tan deprisa que el nudo de la bufanda le golpeó la barbilla.

—Aquí. Con el director Dumbledore.

Dracenia miró hacia el corredor. Nadie los escuchaba de cerca.

—¿En las cocinas?

—Con sueldo. Y descansos. Dobby no vive ya con los señores Malfoy.

Ella frunció el ceño.

—No dije que lo hicieras.

—Dobby lo sabe.

Parecía importante para él haberlo dicho de todas formas. Dracenia lo dejó terminar.

Winky había venido con él. No estaba contenta. Había aceptado trabajar en Hogwarts, pero no quería que hablaran de su libertad como si hubiera ganado algo. Dobby lo contó sin dejar de apretar el bulto contra su costado.

—¿Está contigo? —preguntó Dracenia.

—Abajo.

—¿Quiere ver a alguien?

Dobby negó con la cabeza.

Ella pensó en Crouch y en el bosque. El nombre no salió de su boca.

—Granger preguntó por ti —dijo—. Quiere saber si te pagan.

Dobby abrió mucho los ojos.

—Dobby puede decírselo.

—Más te vale. Va a seguir preguntando.

Él sonrió. Dracenia tuvo la impresión de que le agradaba aquella posibilidad.

No le ofreció llevar el bulto. Dobby tampoco se lo pidió. Se despidió para ir a buscar a Harry Potter y Dracenia regresó con la noticia de que el castillo acababa de resultar bastante más pequeño.

Granger encontró las cocinas antes de terminar la semana.

Dracenia no fue con ella. Supo que había estado allí porque Pansy coincidió con Padma cerca de la entrada y porque Potter y Weasley salieron después con una cantidad inexplicable de comida en los bolsillos.

La propia Granger se lo contó en el patio.

—Dobby dijo que podía decírtelo.

Dracenia levantó los ojos de la carta de su madre.

—¿Qué cosa?

—Lo del trabajo. Los otros elfos no quieren lo mismo que él.

—Te lo habría podido decir.

—También podría haberme equivocado si sólo te escuchaba a ti.

Dracenia dobló la carta.

Granger llevaba varias hojas escritas. Había tachaduras entre los primeros párrafos. No parecía tan contenta como una persona que por fin había encontrado la respuesta a su pregunta.

—Eso no significa que esté bien que no puedan elegir —añadió.

—Dobby eligió.

—Sí. Quiero que los demás puedan hacerlo también.

Dracenia pensó en Winky, que no quería ni hablar con ellas, y en su padre, que todavía decía que Dobby había sido desagradecido.

—No vas a conseguirlo escribiendo una lista.

Granger se puso de pie.

—Entonces tendré que hacer algo más.

Se fue sin pedirle permiso. Dracenia volvió a abrir la carta y descubrió que había perdido la línea por la que iba.

El anuncio de las delegaciones apareció el lunes anterior a su llegada.

El treinta, a las seis de la tarde, todos los alumnos debían presentarse frente a la entrada principal. A media tarde se suspenderían las actividades para preparar la bienvenida. Eso produjo una discusión inmediata sobre cuánto duraría la espera en el frío.

Los pasillos cambiaron en pocos días. Se limpiaron armaduras que parecían llevar años esperando una visita importante. Filch examinaba el suelo con una desconfianza creciente. Peeves tuvo que buscar otro lugar para su público de papel después de que lo echaran de la galería.

Dracenia no había vuelto a pedirle a Potter que averiguara dónde lo guardaba.

Se cruzaron junto al tablón una tarde. Él leyó la hora de llegada y luego el aviso de que no habría práctica de vuelo durante los preparativos.

—Te van quitando el campo por partes —dijo.

—No he perdido mi escoba.

—No dije que…

Se interrumpió cuando ella sonrió. Harry tardó un instante en devolvérsela.

Dracenia lo vio marcharse con Weasley. Era irritante que a veces se diera cuenta de cuándo estaba bromeando y otras necesitara una explicación entera.

El día treinta bajó con Pansy antes de la hora. Padma las esperaba cerca de los escalones, separada de la fila de Ravenclaw sólo por la distancia necesaria para no oír otra recomendación de un prefecto.

—¿Crees que venga Krum? —preguntó Pansy.

Dracenia miró hacia el lago.

—Si viene, procura no preguntarle cuántas horas entrena antes de decirle tu nombre.

—Eso se lo tienes que decir a Potter.

Dracenia no contestó.

Sonó la primera campanada de las seis. Las conversaciones bajaron de volumen y todos levantaron la cara hacia el camino.

CAPÍTULO 17

Dos maneras de llegar

Harry

Lo primero que Harry vio fue una sombra sobre las nubes.

La fila de alumnos se había ido deshaciendo mientras esperaban. Ron estaba de puntas, intentando ver por encima de los de sexto. Hermione sujetaba su túnica para que el viento no se la pegara a la cara. Alguien al fondo preguntó si Durmstrang vendría caminando.

La sombra salió de la nube.

Era un carruaje, pero la distancia había engañado a Harry. Al acercarse resultó tan grande que dejó de entender cómo podía estar en el aire. Varios caballos alados tiraban de él, con las patas recogidas bajo el cuerpo y las alas batiendo en un mismo ritmo. La luz de las ventanas se movía sobre los arneses.

—Eso no cabe en el camino —dijo Ron.

No intentó caber.

El carruaje bajó hacia el césped. Los alumnos se apartaron antes de que McGonagall lo pidiera. Harry sintió el golpe del aire en el pecho cuando los caballos extendieron las alas para frenar; luego las ruedas tocaron tierra y el ruido le subió por las suelas.

Hagrid sonreía como si acabaran de traerle un regalo.

La mujer que bajó primero era de su tamaño. No parecía sorprendida por la multitud ni por el silencio que dejó a su paso. Se acomodó un guante y saludó a Dumbledore. Tras ella aparecieron muchachos y muchachas con uniformes azul claro, algunos envueltos en capas que no bastaban contra el frío.

Una alumna se detuvo en el último escalón para ayudar a otra con el baúl. Harry vio la manga que se le había atorado en el herraje y tuvo ganas de avisarle; la muchacha ya la estaba liberando con un gesto impaciente.

—Madame Maxime —oyó decir a Dumbledore.

Hagrid seguía mirando hacia el carruaje. Cuando le hablaron de los caballos se enderezó con tanto interés que Ron tuvo que morderse el labio.

—Se va a ofrecer para dormir con ellos —murmuró.

Hermione le dio un golpe leve con el codo, aunque también sonreía.

Harry observó a los visitantes. Algunos intentaban ver todas las ventanas del castillo a la vez. Otros los miraban a ellos, probablemente preguntándose por qué los recibían bajo un viento que cada minuto parecía más frío.

Entonces alguien gritó desde las últimas filas.

—¡El lago!

Harry se volvió.

Había movimiento en el agua, demasiado lejos para distinguir una barca. Una superficie oscura se elevó despacio; después apareció un mástil y el lago empezó a escurrir por una cubierta que no había estado allí un momento antes.

Ron se quedó con la boca abierta.

El barco siguió emergiendo. Los alumnos de Beauxbatons se acercaron también para verlo. Durante unos segundos no hubo filas, casas ni escuelas, sólo un grupo enorme de personas apretándose junto al camino.

Harry sintió un hombro contra el suyo.

—Muévete, Potter. No eres transparente.

Se hizo a un lado para dejar mirar a Dracenia. Ella se echó el cabello hacia atrás y alzó la barbilla para mirar el barco. No pareció advertir que Harry había obedecido sin discutir.

Las luces de los camarotes temblaban sobre el agua. Cuando la embarcación quedó asentada, se tendió una pasarela hacia la orilla y descendieron los primeros visitantes, con ropa gruesa y pasos todavía adaptados al balanceo.

Ron agarró el brazo de Harry.

—Está ahí.

No necesitó preguntar quién.

Viktor Krum caminaba detrás de un hombre de barba puntiaguda. Llevaba una bolsa al hombro y escuchaba algo que le decía otro alumno. No tenía puesto el uniforme del equipo búlgaro. Harry lo había visto volar a una velocidad imposible, y ahora tuvo que apartarse para dejar pasar a un muchacho que parecía cansado del viaje.

Krum levantó la vista hacia el castillo.

—Qué alto —dijo a su compañero, en un inglés que Harry alcanzó a entender.

Dracenia había dejado de intentar mirar por encima de él.

Harry se dio cuenta de que ambos lo observaban. Se apartó otro poco.

El director de Durmstrang saludó a Dumbledore con una voz suave que contrastaba con el ruido de las botas detrás de él. Al pasar frente a Moody su sonrisa se hizo más estrecha.

Harry lo notó porque el profesor no le devolvió la cortesía. El ojo azul siguió un equipaje que se había quedado a media escalera; el otro permaneció en el rostro del recién llegado.

—Karkaroff —dijo Moody.

Harry no oyó la respuesta. Los prefectos habían empezado a conducirlos al interior y Ron todavía le sujetaba la manga.

El Gran Comedor nunca le había parecido pequeño.

Aquella noche tuvo que pensarlo de nuevo. Las conversaciones crecían al llegar a cada mesa. Los visitantes de Durmstrang se acomodaron cerca de Slytherin; varios de Beauxbatons buscaron sitio junto a Ravenclaw. Nadie recibió un sombrero ni una casa nueva, aunque un alumno pequeño preguntó si iban a repartirlos.

Harry y Ron se sentaron frente a Hermione. Ginny ocupó un hueco más allá, junto a Colin, y les hizo sitio a dos compañeros que no conocían.

Ron veía la mesa de Slytherin por encima del hombro de Harry.

—Si se da la vuelta, no mires justo entonces —le advirtió Hermione.

—No estoy mirando.

—Entonces tus ojos hacen algo muy interesante solos.

Harry se sirvió. Había platos que no conocía, otros que reconocía por el olor y uno que Ron examinó con una desconfianza impropia de él.

Una muchacha de Beauxbatons se acercó para pedir que le pasaran una fuente. Harry reconoció a la que había liberado la manga de su compañera. Tenía el pelo claro recogido atrás y parecía perfectamente acostumbrada a que la gente tardara en contestarle.

Ron no encontró la fuente aunque la tenía delante.

Hermione se la pasó.

—Gracias —dijo la muchacha.

Ron esperó a que se alejara para respirar.

Ginny había visto todo desde su sitio.

—Podrías decir «de nada». Es bastante corto.

Harry se rio con la boca llena y tuvo que tapársela.

Un alumno de Durmstrang se acercó para preguntar por el campo de Quidditch. Ron empezó a indicarle el camino, pero el visitante se fijó en la cicatriz de Harry.

—¿Tú eres Harry Potter?

Ron bajó la mano con la que estaba señalando la salida.

—Sí —dijo Harry—. Ron te estaba explicando...

—Por la puerta principal —terminó su amigo—. Se ve desde allí.

El muchacho le dio las gracias y volvió a preguntar algo a Harry. Cuando se fue, Ron ya estaba hablando con Dean. No se volvió enseguida cuando Harry lo llamó.

No todos estaban tan cómodos. Un alumno de Durmstrang no conseguía hacerse entender con el muchacho sentado a su lado. Terminaron señalando dos platos y riéndose del error. Más cerca de los profesores, Cedric Diggory escuchaba a una visitante sin dejar que sus amigos respondieran por él.

Harry lo había visto jugar contra él, perder, ganar y darle la mano después. Le resultó fácil imaginarlo levantándose para representar al colegio.

Ron siguió su mirada.

—Él sí tiene edad.

Harry dejó el tenedor.

—Sí.

La cena terminó antes de que dejaran de aparecer preguntas.

Dumbledore presentó a los directores visitantes, a Ludo Bagman y a Barty Crouch. Harry reconoció al último y pensó en Winky. Hermione, a su lado, había dejado de sonreír.

Crouch parecía exactamente tan limpio y ordenado como la primera vez que lo había visto. Harry no supo por qué eso le molestó.

El objeto que llevaron al frente no parecía capaz de producir todos aquellos preparativos.

El Cáliz de Fuego era de madera. La llama que ardía dentro lo iluminaba con un azul que no se parecía al de las velas. No necesitaba adornos para que Harry lo mirara.

Dumbledore explicó cómo presentar una candidatura: nombre y escuela en un papel, depositado en el fuego antes de que terminara el plazo. La selección tendría lugar la noche siguiente, durante el banquete de Halloween. Sólo uno representaría a cada escuela.

—Quien resulte elegido asume el compromiso de participar —añadió—. Piénsenlo antes de introducir su nombre. No lo hagan porque alguien los esté mirando.

Fred se inclinó para decirle algo a George.

Hermione señaló el espacio alrededor del cáliz cuando Dumbledore explicó la línea de edad que iba a protegerlo. Ningún menor de diecisiete podría cruzarla.

—Ahí está su problema —le dijo a Ron.

Él fingió no entender.

—No tengo ningún problema.

Harry siguió mirando el fuego. Podía imaginar el papel consumiéndose, la espera, su nombre pronunciado ante todos. Era una imagen agradable hasta que trataba de verse haciendo algo delante de la multitud en vez de limitarse a recibir los aplausos.

No tenía diecisiete. La cuestión quedaba resuelta antes de empezar.

Al salir encontraron a Cedric junto a la puerta, rodeado de amigos que parecían haber decidido por él.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó Harry.

Cedric miró hacia el comedor.

—Creo que sí.

—Buena suerte.

Él sonrió.

—Gracias. Todavía tengo que convencerme de que no se me olvidó cómo escribir mi nombre.

Harry lo dejó con sus amigos. Ron caminaba delante, ensayando un saludo con la mano.

—¿Qué haces? —preguntó Hermione.

Ron bajó el brazo.

—Nada.

Harry reconoció el saludo de Krum en el estadio. No se burló. Él acababa de imaginar sus propios aplausos, y no estaba seguro de querer explicarlo si alguno preguntaba.

CAPÍTULO 18

Del otro lado de la línea

Dracenia

Dracenia esperaba encontrar una multitud alrededor del Cáliz de Fuego.

Encontró a seis personas, un prefecto medio dormido y dos alumnos mayores discutiendo si era necesario escribir el apellido en mayúsculas.

Lo habían dejado en el vestíbulo la noche anterior. Dumbledore había trazado a su alrededor una línea fina que no parecía suficiente para detener ni siquiera a un gato. Dracenia se detuvo fuera del círculo y se enojó por haber pensado en eso.

Pansy llegó detrás.

—¿No tenías hambre?

—Quería verlo sin veinte cabezas delante.

Dentro del cáliz, el fuego se inclinó hacia un papel y lo hizo desaparecer.

La alumna que acababa de presentarse tardó en apartar la mano. Dracenia la había visto otros años sin fijarse demasiado en ella. Ahora la muchacha retrocedía con la cara encendida, mientras sus amigos trataban de hacerle preguntas a la vez.

Pansy se acercó un poco.

—¿Lo harías?

Dracenia miró la línea.

—Si tuviera diecisiete.

—No te pregunté eso.

Había pensado mucho menos en las pruebas que en la irritación de no poder competir. Tener que decirlo le quitaba parte del gusto a la respuesta.

—Querría saber en qué consiste —dijo.

Pansy asintió, como si por una vez eso le bastara.

La multitud llegó después de desayunar.

Fred y George aparecieron con un entusiasmo que no requería explicación. Llevaban algo en un frasco pequeño. Lee Jordan les preguntó dos veces si estaban seguros; eso hizo que todos los demás se acercaran.

Dracenia se quedó junto a la escalera, con Padma y Pansy. Harry y Ron bajaban en ese momento. Granger iba un peldaño detrás, cerrando un libro con un dedo dentro para no perder la página.

—No cambia cuándo nacieron —dijo, al ver el frasco.

Uno de los gemelos hizo una reverencia.

—Agradecemos la confianza.

Dracenia cruzó los brazos.

—Va a durar menos que su público de papel.

Harry la oyó y sonrió hacia ella antes de volverse al círculo.

Los gemelos cruzaron casi al mismo tiempo.

La línea los devolvió al vestíbulo con una sacudida que hizo saltar sus papeles. Aterrizaron sentados, uno contra el otro, y una barba blanca empezó a crecer sobre el cuello de Fred.

George se tocó la cara. Su propia barba le llegó a los dedos.

El vestíbulo estalló en carcajadas.

Dracenia se rio con los demás. Los gemelos se levantaron sin que nadie los sujetara. George examinó a su hermano con una seriedad que hizo reír todavía más a Pansy.

—Te queda peor —dictaminó.

Harry recogió uno de los papeles que habían caído fuera. Fred lo aceptó y, por primera vez desde que había aparecido, miró el cáliz sin una broma preparada.

Dumbledore salió del corredor de al lado. No parecía sorprendido por las barbas.

—La enfermería está al final de la escalera —les recordó.

Los dejó ir por sus propios pies. Después les pidió a los curiosos que mantuvieran libre la entrada.

Dracenia se apartó con sus amigas. La línea seguía pareciendo una marca que cualquiera podía borrar con el zapato. Ya no tuvo ganas de probarlo.

La visitante de Beauxbatons se acercó cuando Dracenia estaba comparando dos títulos de la vitrina.

—¿La biblioteca? —preguntó.

Dracenia se volvió. La muchacha miró por encima de su hombro hacia los corredores.

—Me dijeron que había una escalera desde aquí.

Había varias, y ninguna llevaba por sí sola al sitio correcto.

—Depende de por dónde subas.

La visitante esperó. Tenía la túnica azul clara bajo una capa más gruesa que la de la noche anterior. Aun así parecía molesta con el frío.

—Por la escalera de la derecha —dijo Dracenia—. Después del tapiz, gira…

Padma salió del comedor.

—Yo voy para allá. Puedes venir conmigo.

La visitante asintió.

—Gracias. Fleur Delacour.

Padma le dijo su nombre. Dracenia añadió el suyo antes de que la conversación siguiera sin ella.

Fleur volvió a mirar la vitrina.

—¿Tienen todos los premios aquí?

—No cabrían.

La muchacha levantó una ceja. Dracenia se dio cuenta de cómo había sonado sólo después de decirlo.

—Los de Quidditch están en otra parte —añadió.

—Ah.

Fleur había visto la insignia de Slytherin en su túnica.

—¿Juegas?

—Buscadora.

—Qué lástima que no haya partidos.

Lo dijo sin ironía. Dracenia estaba tan preparada para defenderse de una burla que tardó en encontrar algo que contestar.

—Este año tienen otras cosas que mostrar.

Fleur miró hacia el cáliz.

—Eso parece.

Padma comenzó a subir. Fleur la siguió después de despedirse con una inclinación de cabeza, sin esperar a que Dracenia explicara cuánto habían ganado el curso anterior o qué escoba usaba.

Pansy llegó justo a tiempo para verlas marcharse.

—¿Qué quería?

—La biblioteca.

—No parecía una pregunta difícil.

Dracenia se alejó de la vitrina.

—No lo era.

En los terrenos había tantos curiosos como dentro del castillo.

El carruaje de Beauxbatons tenía las ventanas cerradas y una hilera de huellas de caballo alrededor. Algunos alumnos se acercaban demasiado antes de recordar lo que podía pesar una pezuña. Hagrid los alejaba con paciencia cada vez menor.

Pansy y Dracenia encontraron un banco desde el que se veía el barco. No podían acercarse a la pasarela sin que alguien de Durmstrang saliera a preguntar qué necesitaban.

—Krum duerme ahí —dijo un niño de primero al pasar.

—También todos los demás —respondió su compañero.

Dracenia estiró las piernas. Le habría gustado saber si llevaban escobas, si entrenaban en el lago o si el viaje había sido tan incómodo como aparentaban algunos de los recién llegados. Ninguna de aquellas preguntas justificaba quedarse mirando sus ventanas.

Krum salió mientras Pansy estaba hablando de otra cosa.

No iba solo. Una muchacha de su escuela le enseñaba algo en un libro y él negaba con la cabeza. Se detuvieron para dejar pasar a dos alumnos que llevaban una caja entre ambos.

Dracenia reconoció las cintas de colores.

—Son los aros de Padma.

Pansy se puso de pie enseguida.

Habían prestado parte del material para una actividad en un aula, no para llevarlo al lago. Alcanzó a los muchachos antes de que llegaran al sendero estrecho y les preguntó quién había autorizado el cambio.

Dracenia la siguió, más despacio. Krum tomó un extremo de la caja mientras ellos discutían para que no terminara en el suelo. Cuando se la entregó a Pansy, Dracenia tuvo al fin una ocasión de hablarle.

—El giro antes de la última caída —dijo.

Krum la miró sin entender.

—En la final. Parecía que ibas a perder velocidad.

Él ajustó la bolsa que llevaba al hombro.

—La perdí.

—Pero obligaste al otro buscador a seguirte.

Krum señaló con la barbilla un espacio en el aire, como si aún viera la jugada.

—No tenía que hacerlo.

Dracenia lo pensó un momento. La compañera de Krum cerró el libro y le dijo algo que él contestó con una mueca.

—Mal partido —añadió, antes de marcharse.

Dracenia no encontró una manera de decir que había sido extraordinario sin discutirle su propia derrota.

Pansy había conseguido recuperar la caja.

—¿Me ayudas?

Dracenia tomó el otro extremo.

No le dijo que esperara. Por primera vez, una pregunta que llevaba desde el verano había obtenido una respuesta que no sabía dónde poner.

Al regresar al vestíbulo encontraron a Cedric dentro del círculo. Dejó caer su candidatura en el fuego mientras sus amigos aguardaban fuera, en un silencio que duró hasta que la llama consumió el papel.

Dracenia lo vio volverse hacia ellos con una sonrisa algo insegura.

Ya no era sólo alguien que podría competir.

Al otro lado de la caja, Pansy ajustó las manos para soportar mejor el peso y le pidió que siguieran andando.



CAPÍTULO 19

Tres lugares en la mesa



Dracenia

El papel de Lucius no contenía ningún consejo sobre el torneo.

Dracenia lo leyó sentada en el borde de su cama, mientras Pansy buscaba un zapato. Su padre le preguntaba qué impresión le habían dado los visitantes y si Beauxbatons estaba tan bien representada como esperaba. Sobre Durmstrang había escrito una frase más breve: *Karkaroff sabe reconocer a la gente de valor*.

Ella pensó en Krum cargando la caja de los aros.

No creía que su padre se refiriera a eso.

Al final, Lucius respondía por fin a una parte de lo que ella había preguntado sobre el Mundial. Había mucha gente a la que le convenía exagerar lo sucedido. Le pedía que tuviera cuidado con lo que repetía en el colegio.

Dracenia bajó la carta.

Ella había estado allí. No sabía qué partes podía exagerar alguien que hubiera visto menos que ella.

—El izquierdo —dijo Pansy, desde el suelo.

Dracenia levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Estás pisando el izquierdo.

Se apartó. Pansy recuperó su zapato y se sentó para ponérselo, sin preguntar por la carta.

Dracenia la dobló. No contestaría antes de comer.

La noticia de las candidaturas recorría el castillo con más rapidez que los candidatos.

Algunos alumnos sabían exactamente quién ganaría. Otros sabían por qué esas personas no tenían ninguna posibilidad. Todos parecían conocer a alguien que había visto algo importante junto al cáliz.

Dracenia encontró a Granger en un banco del patio, corrigiendo una hoja que Weasley sujetaba por una esquina para que no se la llevara el viento.

—Eso no se entiende —decía él.

—Sí se entiende.

—Léelo sin saber lo que dice.

Granger tomó la hoja. Probó una abreviatura en voz baja y la tachó.

Potter estaba a su lado, con un libro abierto que no parecía estar leyendo. Se volvió al oír a Pansy saludar a Padma detrás de Dracenia.

—¿Ya elegiste campeón? —le preguntó.

—No me corresponde elegirlo.

—No era una pregunta oficial.

Dracenia miró hacia el vestíbulo.

—Si sale Diggory, por lo menos sabrá perder con una cara razonable.

Weasley soltó una risa corta.

—Eso te lo puede enseñar después.

Dracenia sintió la respuesta en la lengua. Antes de decirla vio a Granger inclinarse sobre la hoja con el gesto de quien ya había decidido no escuchar. No tenía ganas de echar a perder toda la conversación para dejar a Weasley un poco peor.

—A ti te alcanzaría con aprender a frenar —dijo.

Potter se tapó la boca con el borde del libro.

Weasley se volvió hacia él.

—¿Quién se lo contó?

Harry levantó una mano.

—Hay una fotografía, Ron.

Dracenia no había visto la fotografía. Había visto la llegada al campo desde el sendero y a Weasley peleando con la Firebolt. No corrigió la impresión que acababa de dejar.

Pansy la llamó para seguir hacia el comedor.

Antes de irse, Dracenia señaló la hoja.

—Si no cabe el nombre, el problema es el nombre.

Granger no levantó la cabeza.

—El problema no desaparece porque lo llamemos de otra manera.

Dracenia no tenía una respuesta rápida para eso. Potter sí estaba mirando la hoja ahora.

En la comida, varios alumnos de Durmstrang se quedaron en el extremo de Slytherin.

Uno preguntó por los entrenamientos de vuelo. Dracenia explicó que no había competición oficial y que el campo requería permiso.

El muchacho se encogió de hombros, como si le hubieran anunciado que una de las escaleras estaba cerrada.

A ella todavía le costaba hablar de ello sin enfadarse.

Krum no apareció hasta el final. Se sentó lejos de la cabecera y escuchó a una compañera que le estaba contando algo. Cuando dos alumnos de Hogwarts se acercaron con un pergamino, firmó el primero y señaló su plato antes de aceptar el segundo.

Dracenia entendió la indicación. Los alumnos tardaron más.

Pansy estaba hablando con Padma a través del espacio entre dos bancos.

—Si quieres preguntar algo, ve a hacerlo —le dijo a Dracenia, sin volverse.

—No estaba mirándolo.

Pansy esperó.

—Estaba viendo si lo dejaban comer.

—Eso puedes verlo desde aquí.

Dracenia decidió servirse otra cosa. No sabía qué le molestaba más: que Pansy lo hubiera notado o que no tuviera el menor interés en seguir hablando de ello.

El vestíbulo quedó despejado cuando terminó el plazo.

Dumbledore se llevó el cáliz al Gran Comedor. Dracenia lo vio pasar desde la escalera con una pequeña escolta de profesores y alumnos que fingían dirigirse al mismo sitio por casualidad. La línea de edad ya no tenía una función que cumplir.

Fleur venía de la biblioteca con dos libros.

Padma la alcanzó para preguntarle si había encontrado lo que buscaba. Dracenia se detuvo junto a ellas.

—Uno sí —respondió Fleur—. El otro parece haber decidido ocultarse.

—A veces están ordenados por autor, no por tema —dijo Dracenia.

Fleur la miró.

—Eso lo sé.

Padma intervino antes de que Dracenia contestara.

—Hay una edición distinta en la sección de arriba. Mañana puedo enseñártela.

Fleur le dio las gracias y siguió hacia la entrada, donde la esperaba una compañera.

Dracenia vio alejarse la capa azul.

—Sólo intentaba ayudar.

—Le explicaste cómo funciona una biblioteca —observó Padma.

Pansy hizo un ruido contra su manga.

—No te rías —le dijo Dracenia.

—Todavía no.

Dracenia empezó a bajar. Oyó reír a las dos detrás de ella y decidió no darse la vuelta.

Las calabazas flotaban sobre las mesas cuando entraron a cenar.

Dracenia recordaría después muy poco de la comida. Se sirvió, cambió de opinión y pasó una fuente sin haber tomado nada. Los alumnos más pequeños hablaban de campeones que parecían personajes inventados por ellos. Los mayores observaban el fuego con un silencio cada vez menos disimulado.

El cáliz esperaba al frente. La llama seguía azul.

Dracenia buscó a Potter en Gryffindor. Estaba escuchando a Weasley, con los codos sobre la mesa. Granger les dijo algo que hizo asentir a los dos.

Pansy le pasó el agua.

—La jarra está aquí.

Dracenia la tomó sin discutir.

Cuando Dumbledore se puso de pie, el ruido del comedor terminó en pequeñas oleadas. Explicó dónde debían esperar los elegidos y recordó que representarían a su escuela, no sólo a sí mismos.

La llama cambió de color.

El primer papel salió dando una vuelta sobre el borde. Dumbledore lo atrapó y leyó el nombre de Viktor Krum.

Los alumnos de Durmstrang se levantaron. Algunos golpearon la mesa con las manos; el muchacho que había preguntado por las prácticas silbó tan fuerte que Pansy se tapó un oído.

Krum tardó en ponerse de pie. Parecía haber dejado de escuchar a todos al oír su nombre. Recogió una servilleta que se le había enganchado en la manga y caminó hacia la sala indicada sin saludar al comedor entero.

Dracenia aplaudió hasta que desapareció por la puerta.

El segundo papel eligió a Fleur Delacour.

Su mesa estalló en gritos. Una compañera la abrazó con tanta fuerza que Fleur tuvo que recuperar el equilibrio antes de salir. Llevaba la barbilla alta, pero no parecía indiferente a la noticia. Se detuvo para estrechar la mano de Madame Maxime.

Dracenia recordó lo mucho que le había molestado una pregunta sobre la biblioteca. Ahora tendría que contestar otras bastante más difíciles delante de todo el colegio.

No sintió lástima. Quiso saber cómo lo haría.

El último lugar les correspondía a ellos.

Cedric no miraba a sus amigos. Tenía una mano sobre el borde de la mesa y la otra debajo, fuera de la vista. Cerca de él, una muchacha dejó de mover el pie.

El fuego volvió a encenderse de rojo.

Dracenia vio el papel elevarse, girar una vez y caer en la mano de Dumbledore.

—Cedric Diggory.

Hufflepuff hizo tanto ruido que durante un momento no se oyó nada más.

Dracenia se puso de pie con los otros. Había competido contra él y no le gustaba perder. Eso no le impedía reconocer la forma en que Cedric se soltó de los abrazos de sus compañeros: sin empujarlos, todavía riéndose, con una mano levantada para pedir que lo dejaran caminar.

Al pasar entre las mesas miró hacia Gryffindor. Potter le dio una palmada en el brazo desde su sitio.

Cedric desapareció tras los otros dos campeones.

Dracenia siguió aplaudiendo cuando Dumbledore se volvió hacia el comedor. Ya había tres nombres, tres sillas ocupadas en la habitación contigua y una escuela entera imaginando la primera prueba.

CAPÍTULO 20

El nombre que sobraba

Harry

Harry seguía aplaudiendo cuando el fuego se volvió rojo otra vez.

Al principio pensó que formaba parte de la despedida. Dumbledore había dejado de hablar y miraba el cáliz. Unos alumnos al fondo alzaron la voz para preguntar qué pasaba.

Salió otro papel.

El director lo recibió casi por reflejo. Harry vio el cambio en su cara antes de oír su nombre.

—Harry Potter.

No lo entendió.

Las palabras llegaron al sitio donde estaba sentado, reconocibles por separado, sin formar nada que pudiera corresponderle. Ron se volvió hacia él. Hermione dejó la mano inmóvil sobre la mesa.

Dumbledore volvió a llamarlo.

Harry miró el cáliz. Un instante antes había imaginado lo que sentiría al levantarse entre aplausos. Ahora nadie aplaudía. Había un banco contra sus piernas y no lograba decidir qué debía mover primero.

—Harry —dijo Hermione.

Él negó con la cabeza.

—Yo no...

McGonagall había empezado a caminar hacia su mesa. Harry se puso de pie antes de que llegara. No quería que tuviera que sacarlo de allí delante de todos.

Ron apartó los pies para dejarlo pasar.

Harry cruzó entre las mesas, demasiado consciente del espacio que ocupaba. Alguien de Hufflepuff preguntó cómo lo había hecho. Otra voz dijo algo sobre Diggory. No supo si esperaban que respondiera o si ya habían decidido la respuesta.

Dumbledore le indicó la habitación donde estaban los campeones.

Harry quiso preguntarle si había habido un error. Al verlo de cerca, comprendió que el director también esperaba una explicación.

Siguió hasta la puerta.

Cedric se volvió al oírlo entrar.

Krum estaba cerca de la chimenea y Fleur había dejado una mano sobre el respaldo de una silla. Los tres parecían interrumpidos a mitad de la misma pregunta.

—¿Nos quieren de vuelta? —dijo Cedric.

Harry no supo cómo contestarle.

Fleur miró hacia la puerta detrás de él.

—¿Qué pasa?

Bagman llegó antes de que Harry tuviera que decirlo. Venía hablando demasiado deprisa; las palabras *otro campeón* hicieron que Fleur soltara el respaldo.

—Es demasiado joven.

Harry habría querido que alguien le diera la razón de inmediato y lo enviara a su mesa.

Entraron los profesores y los otros directores. Karkaroff habló de un cuarto lugar que no se había ofrecido a sus alumnos. Madame Maxime preguntó por la línea de edad. McGonagall se quedó cerca de Harry, sin tocarlo.

Dumbledore se puso frente a él.

—¿Pusiste tu nombre en el cáliz?

—No.

—¿Le pediste a alguien que lo hiciera?

—No, señor.

Harry oyó su propia voz y quiso que sonara menos asustada.

—No sabía que iba a pasar. Nunca crucé la línea.

Snape observó algo desde atrás sobre el interés de Potter por las excepciones. McGonagall lo cortó antes de que terminara.

Harry agradeció no tener que discutir también eso.

—¿Puede sacarse el papel? —preguntó.

Bagman dejó de hablar.

—La selección ya se hizo.

—Entonces díganle que se equivocó.

Harry señaló la puerta, hacia donde había quedado el cáliz. Sonó como si estuviera hablando de una persona a la que se podía convencer, pero no se le ocurría una pregunta mejor.

Dumbledore no sonrió.

—No es tan sencillo.

Crouch tomó la palabra. El compromiso mágico nacía al ser elegido; no era una competición de la que los jueces pudieran

retirarlo simplemente votando. Había que mantener a los campeones seleccionados.

—Yo no acepté nada —dijo Harry.

El señor Crouch lo miró por primera vez desde que había entrado.

—El procedimiento no exige que el cáliz pregunte después.

Harry sintió que le ardía la cara. Todos habían podido discutir durante minutos sin llegar al único punto que le importaba.

—Pero alguien tuvo que ponerlo.

Moody se movió junto a la chimenea. Harry no lo había visto entrar; una vez más, resultaba difícil seguir todos los movimientos en una habitación.

—En eso el chico tiene razón.

Karkaroff se volvió hacia él.

—¿Y quién, según usted?

Moody habló de un encantamiento lo bastante fuerte para confundir al cáliz. Si alguien hubiera logrado que reconociera una cuarta escuela, y Harry hubiera sido el único candidato de ella, no tendría con quién competir por aquel lugar.

Harry lo escuchó con una atención desesperada.

—¿Puede hacerse eso?

—No estoy diciendo que haya visto hacerlo —respondió Moody—. Estoy diciendo que haría falta más que una broma de estudiante.

La habitación pareció enfriarse.

Madame Maxime pidió que sus alumnos no compitieran en desventaja. Karkaroff volvió a exigir otro lugar. Dumbledore dijo que el cáliz ya no admitía candidaturas. No podían producir una nueva selección como si la anterior no hubiera existido.

Harry miró a Cedric. Él seguía allí, escuchando a personas que discutían qué hacer con una victoria que sólo había durado unos minutos.

No había sido culpa de ninguno de los dos. Eso no hacía que Harry se sintiera menos intruso.

Dumbledore hizo salir un momento a Bagman para pedir que despejaran el comedor. Después se acercó otra vez a Harry.

—Vamos a averiguar cómo ocurrió —dijo—. Mientras tanto, no quiero que sigas una invitación que no reconozcas ni que aceptes hablar a solas con alguien sólo porque se presente como parte de la organización. Si recibes algo relacionado con el torneo, tráelo.

Harry asintió. Las instrucciones eran concretas; pudo aferrarse a ellas mientras los demás seguían hablando de reglas que no sabía cómo discutir.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó, más bajo.

Dumbledore tardó en responder.

—Esta noche no puedo prometerte que pueda deshacer la elección.

No era lo que Harry quería oír. Tampoco sonó como si el director quisiera librarse de él para continuar con la ceremonia.

Bagman regresó con las indicaciones para los campeones. La primera prueba sería el veinticuatro de noviembre. Harry oyó la fecha y la imaginó sobre un calendario: demasiado cerca para algo que no había existido antes de la cena.

No les dijeron en qué consistiría.

Cuando pudieron salir, Cedric esperó a que Harry pasara junto a él.

—¿De verdad no lo pusiste?

Harry lo miró a la cara.

—De verdad.

Cedric asintió despacio. No le dio una palmada ni le dijo que todo iba a salir bien.

—Nos vemos mañana.

Harry agradeció que no hubiera intentado convertir aquello en una celebración.

El comedor estaba vacío, pero los corredores no.

McGonagall acompañó a Harry hasta la escalera principal. Varios alumnos se callaron al verlo. Ella esperó a que se apartaran y le indicó que fuera directamente a su sala común.

Hermione lo aguardaba en el descanso, con Ron unos peldaños más abajo.

—Les pedí permiso para esperarte —dijo.

Harry vio la expresión de Ron y empezó a explicarse antes de que ninguno preguntara.

—No lo hice. Se lo dije a todos. Creen que alguien pudo confundirlo para que hubiera una escuela más, pero no saben quién. Yo tampoco.

Ron subió el último peldaño.

—¿Una escuela más?

Harry repitió lo que había oído de Moody. A mitad de la explicación se dio cuenta de que estaba dando demasiados detalles sin haber dicho aún cómo se sentía.

—Tengo que competir —terminó—. O eso dicen. No sé qué van a hacer.

Hermione frunció el ceño.

—La línea impide que cruces. No impide que otra persona lleve un papel.

—Pero habría tenido que engañar al cáliz también —dijo Ron.

Harry asintió.

—Supongo que alguien podría —añadió su amigo, sin mirarlo.

Durante un momento le pareció que bastaba con aquello. Ron lo había entendido. Podrían subir, cerrar la puerta y pensar juntos en cómo había pasado.

Entonces su amigo miró hacia las ventanas del corredor.

—¿Y no te preguntaron nada más?

—Muchas cosas. Te estoy contando lo que dijeron.

—Ya sé.

No siguió preguntando. Eso preocupó más a Harry que una acusación.

Hermione ajustó los libros que había recogido de la mesa.

—No tenemos que resolverlo aquí. Vamos arriba.

Harry se puso en marcha. Ron caminó detrás de ellos.

La sala común los recibió como si hubieran estado esperando a un vencedor.

Alguien gritó el nombre de Harry. Otro preguntó si había usado la capa. Ginny se volvió desde un sillón y perdió la sonrisa al verle la cara.

Harry levantó las manos.

—No puse mi nombre.

Lo dijo tan fuerte que cesaron dos conversaciones cercanas. Más allá seguían hablando. Un alumno de quinto quería saber quién lo había ayudado; otro aseguraba haber visto un truco igual en un libro.

—No hubo un truco mío —repitió Harry.

Hermione se quedó junto a él mientras Ginny pedía que le dejaran pasar. Neville apartó una silla del camino sin hacer preguntas.

Ron se había detenido cerca de la escalera a los dormitorios.

Harry atravesó la sala y lo siguió.

Arriba, el ruido se convirtió en algo que llegaba a través del piso. Ron se quitó la túnica sin mirar hacia la otra cama.

—Por lo menos tú me crees —dijo Harry.

Ron dejó la túnica sobre el baúl.

—Te oí decirlo.

Harry sintió que le daban un empujón.

—No es lo mismo.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿qué?

Ron se volvió. Tenía las orejas rojas.

—No sé, Harry. No sé cómo alguien hace todo eso para ponerte ahí sin que te enteres.

—¡Yo tampoco!

Abajo estalló una carcajada. Los dos la oyeron.

Ron se sentó en el borde de la cama.

—No digo que supieras hacerlo. Pero esta mañana estábamos hablando de lo mismo. De lo que sería que nos eligieran.

—Y ahora no quiero.

—Pues todos parecen contentos por ti.

Harry miró la puerta. Podía volver abajo y repetirlo una vez más. No conseguiría que todos dejaran de estar contentos, ni que Ron dejara de escuchar aquella alegría como si él la hubiera pedido.

—Me están diciendo que tengo que hacer tres pruebas para las que ni siquiera tengo edad —dijo—. No sé por qué me eligieron. Pensé que podía contártelo.

Ron bajó la vista.

Harry esperó.

—No sé qué quieres que te diga —murmuró su amigo.

Aquello lo enfureció porque era verdad: no sabía qué respuesta quería, salvo una que lo dejara menos solo.

Tomó su ropa y fue al baño antes de decir algo peor.

Cuando regresó, Ron ya había cerrado las cortinas.

Harry se sentó sobre la colcha. Sacó un pergamino para escribir a Sirius y se quedó mirando el espacio donde debía empezar. Tenía permiso para preguntarle, una lechuza disponible por la mañana y demasiadas cosas que no quería poner en una carta sin haberlas ordenado primero.

Escribió que había ocurrido algo en el banquete.

Después tachó *algo*.

Dracenia

En Slytherin seguían discutiendo.

Dracenia llevaba varios minutos en el mismo sillón, con Pansy sentada en el brazo. Un muchacho afirmaba que Potter se había preparado desde el verano. Otro decía que Dumbledore había querido darle una ventaja a Hogwarts.

—Si quería ventaja, podía elegir a uno mayor —señaló Pansy.

—Es Potter —respondió el muchacho, como si el apellido explicara todo lo que faltaba.

Dracenia había pensado algo parecido al oírlo. Otra vez él. Otra vez todas las caras vueltas hacia la misma mesa.

Pero después se había levantado, y no había encontrado en su cara nada que se pareciera a la satisfacción con la que la miraba cuando conseguía ganarle una discusión.

Pensó en el vestíbulo por la mañana, en cómo había recogido el papel de Fred sin intentar acercarse al círculo. Eso no demostraba que no hubiera hecho nada en otro momento. Sólo hacía más incómoda la versión que todos estaban contando con tanta seguridad.

Pansy bajó del brazo del sillón.

—¿Tú qué crees?

Dracenia miró el fuego.

—Que va a ser insoportable vivir aquí el resto del año.

Su amiga no se rio.

—Sobre eso estamos de acuerdo.

Dracenia subió al dormitorio poco después. Había dejado la carta de Lucius abierta sobre la cama. La dobló sin volver a leerla y la guardó con las otras.

Al apagar la lámpara recordó el silencio del comedor, el momento en que Potter comprendió que tenía que levantarse. No había sabido adónde mirar.

Si todo aquello había sido idea suya, había encontrado una manera bastante rara de disfrutarlo.

CAPÍTULO 21

Un lugar que no había pedido

Harry

Ron seguía dormido cuando Harry bajó de la cama. O fingía estarlo. Una de sus zapatillas asomaba debajo de la cortina y, al pasar, Harry tuvo que apartarse para no pisarla. Durante tres años habría podido patearla suavemente y decirle que se levantara antes de que Neville terminara con toda el agua caliente.

Aquella mañana recogió su propia ropa y fue a vestirse al baño.

La carta para Sirius continuaba sobre el baúl. Harry la terminó de pie, apoyándose en la tapa. Explicó que lo habían elegido sin que él se presentara, que había dicho que no delante de los jueces y que la primera prueba sería el veinticuatro. Al releer la página, descubrió que había escrito dos veces que no sabía qué hacer.

Dejó las dos.

Hedwig lo esperaba en la lechucería. Le mordisqueó un dedo mientras él acomodaba el sobre y después se quedó mirándolo, con las alas medio abiertas.

—No sé dónde está —le dijo Harry—. Tú sí sabes encontrarlo.

La lechuza despegó. Harry la siguió hasta que desapareció detrás de una torre. Volver a la sala común para despertar a Ron le habría llevado menos tiempo que bajar a desayunar. Se quedó mirando la escalera un momento y eligió el comedor.

Hermione tenía un sitio libre a su lado y otro enfrente.

Harry escogió el de al lado. Al otro extremo de la mesa alguien empezó a aplaudir; Ginny lo miró con tal expresión que el muchacho perdió el entusiasmo antes del tercer golpe.

—¿Dormiste? —preguntó Hermione.

—Algo.

Ella le pasó el pan. Harry untó una rebanada sin apetito. Había demasiadas personas mirándolo y ninguna parecía dispuesta a preguntarle algo que pudiera responder con la boca llena.

—Les he dicho que no lo pusiste —continuó Hermione—. A los que preguntaron. No fui mesa por mesa.

Harry agradeció aquella última parte.

Ron entró con Dean y Seamus. Vio la silla vacía, levantó una mano a modo de saludo y se sentó con ellos un poco más allá.

Hermione bajó los ojos hacia la jarra.

—Puedes ir con él —dijo Harry.

—Estoy desayunando aquí.

—No quiero que tengas que escoger.

—Pues no me hagas escoger tampoco tú.

Harry dejó el cuchillo. Hermione arrancó un pedazo de pan, enfadada y preocupada a la vez. Él iba a contestar cuando una alumna de Hufflepuff se detuvo junto a su banco.

—¿Vas a decir cómo lo hiciste?

—No lo hice.

La muchacha miró su plato y después el lugar de Cedric, rodeado de amigos en la mesa de al lado.

—Llevábamos años esperando que nos tocara algo a nosotros.

Harry sintió que la respuesta se le atascaba. Podía explicarle la reunión entera. No conseguiría devolverle a Cedric aquella primera ovación sin su propio nombre detrás.

—Yo lo aplaudí —dijo al fin—. Quería que lo eligieran.

—Pues ahora a ver a quién aplauden.

Se fue. Harry apartó la tostada. Hermione no empezó a explicarle por qué la otra estaba siendo injusta; se quedó junto a él hasta que pudo volver a comer.

Después de Transformaciones, McGonagall le pidió que esperara.

Harry vio salir a Ron, que se detuvo en la puerta al oír su nombre. Durante un instante pareció que iba a regresar. Luego Seamus lo llamó y los dos desaparecieron por el corredor.

La profesora cerró su libro.

—El director está examinando lo que pudo hacerse con el cáliz. Si necesita preguntarle algo más, se lo hará saber.

—¿Encontraron mi papel?

McGonagall lo miró con atención.

—El que salió está guardado.

—¿Puedo verlo? Para saber si conozco la letra.

La profesora no le prometió que una mirada resolvería el asunto. Sí dijo que transmitiría la petición. Harry salió con la sensación de haber conseguido al menos hacer una pregunta que no dependiera de que otra persona quisiera creerle.

Más tarde le mostraron el papel en el despacho de Dumbledore, sin entregárselo. Su nombre estaba escrito con letras de imprenta.

Harry intentó recordar apuntes, pizarrones, cartas. No reconoció la letra.

—Podría haberlo hecho cualquiera —dijo, decepcionado.

—Alguien que supiera lo que intentaba hacer —respondió Dumbledore—. Eso todavía deja muchas preguntas.

Harry miró el borde chamuscado. No había una confesión escondida detrás.

—¿Por qué alguien pondría precisamente mi nombre?

El director sostuvo su mirada.

—Todavía no lo sabemos, Harry. Estamos intentando averiguarlo.

Aquella respuesta lo acompañó durante el resto del día.

La revisión de las varitas se celebró el viernes. Harry llegó con la túnica mal abrochada y la esperanza absurda de que Ollivander encontrara algo que obligara a aplazar su participación.

El fabricante examinó las cuatro varitas por turno. Hizo brotar flores, luz y una columna de humo que Bagman recibió con demasiada alegría. La de Harry funcionaba perfectamente. Harry se alegró por ella y se decepcionó por sí mismo al mismo tiempo.

Bagman aprovechó para recordarles que debían presentarse a la primera prueba sin más equipo que su varita. Harry guardó la suya, incapaz de imaginar qué podía resolver con ella que los otros tres no supieran hacer mejor.

Una periodista lo aguardaba al bajar del pequeño estrado. Llevaba una pluma que escribía sin que ella la sostuviera.

—Rita Skeeter. Unas palabras para quienes quieren conocerte de verdad.

Harry observó la punta moverse sobre el papel.

—¿Qué está escribiendo?

Rita le dio vuelta a la libreta con una sonrisa.

—Ayuda a que no se me escape nada. ¿Cómo te sentiste al oír tu nombre?

—Mal.

La pluma se movió mucho más de lo necesario para una palabra tan corta.

Harry acercó la cabeza. Alcanzó a leer algo sobre una emoción que lo desbordaba.

—No he dicho eso.

—Estamos empezando, querido.

—Entonces empiece por lo que dije.

Cedric, que esperaba para la fotografía, tosió contra su mano. Rita miró hacia él y luego volvió a Harry con una sonrisa algo más estrecha.

Harry no aceptó apartarse a otra habitación. Se quedó donde estaban los demás, contestó que no había puesto su nombre y se negó a hablar de sus padres. No fue una gran victoria. Mientras el fotógrafo los acomodaba, la pluma de Rita seguía escribiendo por su cuenta.

—Ponte aquí —le indicó Cedric, haciéndole espacio.

Harry se colocó entre él y Fleur. Krum parecía tan contento como alguien a quien acababan de ordenar otra vuelta al estadio después de perder.

El fogonazo lo dejó parpadeando. En la fotografía, probablemente parecería sorprendido por la suerte que había tenido.

El domingo encontró a Ron solo en el dormitorio, buscando algo debajo de la cama.

Harry cerró la puerta. Ron se incorporó con un calcetín en la mano y lo arrojó al baúl.

—No es mío —dijo.

Era exactamente la clase de comentario al que Harry habría respondido sin pensar. Ahora tardó tanto que Ron se volvió hacia la ventana.

—¿De verdad crees que pude hacer todo eso sin decirte nada?

Su amigo se apoyó en el poste de la cama.

—No sé cómo pudiste hacerlo. Eso ya te lo dije.

—Porque no lo hice.

Ron se frotó la cara.

—Siempre hay alguien que sabe una parte antes. Tu padrino, los profesores... Yo me entero cuando ya están todos mirándote.

Harry sintió que empezaba a enfadarse otra vez.

—Te conté lo del sueño antes de venir al colegio. Te enseñé las cartas. ¿Qué más quieres que te cuente si no sé qué pasó?

—No estoy diciendo que tengas que contarme todo.

—Pues suena bastante parecido.

Ron miró al suelo. Harry esperó a que levantara la cabeza.

—A veces parece que sólo estoy ahí para oírlo —murmuró Ron.

Harry recordó al visitante que dejó de escucharlo en la cena. Le dolió reconocer aquello y seguir estando furioso.

—Yo no le pedí que dejara de hablar contigo.

—Ya sé.

—Ni pedí estar en el torneo. No estoy disfrutando esto a escondidas, Ron.

Su amigo apretó los dedos contra la madera. Por un momento Harry pensó que iba a decir algo distinto. En el corredor se oyó la voz de Dean preguntando si alguien había visto su calcetín.

Ron miró el baúl.

Harry abrió la puerta antes de que aquella interrupción pudiera convertirse en una forma de terminar bien. Todavía no habían terminado bien.

Hermione no le preguntó cómo había ido. Le hizo sitio en la biblioteca y le pasó una hoja que él no recordaba haber visto.

Había escrito el nombre completo de su asociación para los derechos de los elfos. Debajo estaba una versión más corta, tachada.

—Ron dijo que las letras parecían el nombre de una enfermedad —explicó—. Estoy buscando otra forma de ponerlo.

Harry tocó la esquina de la hoja.

—Dijo eso porque sonaba raro.

—Sí. Me di cuenta cuando lo leí en voz alta. Eso no significa que no vaya a hacerla.

Había una lista de preguntas para las cocinas y dos nombres de alumnos interesados. Hermione no había dejado un espacio con el suyo escrito de antemano.

—¿Puedo apuntarme? —preguntó Harry.

Ella le ofreció la pluma.

—Si de verdad quieres.

Harry firmó. Después abrió su propio libro. Durante un rato, cada uno trabajó en algo que el otro no podía resolverle.

Al volver a la torre encontró la respuesta de Sirius sobre la almohada. Su padrino le creía. La frase era breve, sin una lista de razones que Harry tuviera que confirmar. Le pedía que siguiera cerca de sus amigos, que no intentara descubrir solo a quien lo había inscrito y que estuviera pendiente de otra nota para acordar cómo hablar.

Harry leyó el principio tres veces.

Desde la cama de Ron llegó el ruido de una página. Su amigo estaba despierto. Harry dejó la carta sobre el baúl, a la vista, y se acostó sin cerrar del todo las cortinas.

CAPÍTULO 22

La otra cara

Dracenia

La insignia de Dracenia decía CEDRIC DIGGORY en letras que nadie habría podido leer desde el otro extremo de la mesa.

Ése era el problema, según Goyle.

—Si tienes que acercarte tanto, parece que estás buscando una mancha.

Dracenia retiró la túnica antes de que él la tocara. Había comprado una docena de placas pequeñas y todavía estaba probando el tamaño de las letras. El fondo verde le gustaba. El nombre tendría que verse mejor.

—No te pedí que la leyeras desde la puerta.

—Él tampoco ha podido leerla desde aquí —observó Pansy.

Su amiga ocupaba la mitad de la mesa con una lista de alumnos y un carrete de hilo nuevo. Padma había añadido una sesión para los visitantes que querían probar los aros. Ahora necesitaban decidir quién iba a estar para recibirlos, porque dos Ravenclaw habían entendido que bastaba con dejar la caja abierta.

Dracenia acercó su placa a la lámpara.

—Voy a hacerlas más grandes.

—Hazlas para los dos campeones de Hogwarts —propuso Goyle.

Ella levantó la vista.

—No se me había ocurrido que Potter necesitara más propaganda.

Pansy alzó una ceja sobre sus papeles.

—Entonces deja de hablar de él y termina la de Diggory.

Dracenia sintió que le subía el calor a las orejas. Había mencionado a Potter porque acababan de sugerirlo, no porque llevara toda la tarde interesándose por lo que hacía. Cerró el periódico que tenía al lado. La fotografía de los campeones quedó debajo de su mano.

—Me interesa que el colegio tenga un representante que haya entrado como los demás.

—Ya tenemos uno —dijo Pansy, señalando la insignia.

Crabbe se inclinó para mirar.

—Podría decir eso del otro lado. Que Potter no cuenta.

Dracenia tomó una placa sin escribir. Pensó en el cáliz, en todas las conversaciones que acababan con el nombre de Harry y en la mirada de Pansy cuando ella lo encontraba entre las mesas. Podía hacer algo más divertido que corregir una letra.

Escribió POTTER APESTA.

Goyle soltó una carcajada. Pansy dejó de revisar su lista.

—Eso sí va a caber.

Dracenia sonrió. Probó el cambio con la punta de la varita: el nombre de Cedric se deshizo en un resplandor y apareció el otro mensaje, todavía torcido sobre el borde. Ya había conseguido alternar dos inscripciones en una placa de práctica. Lo difícil era que las letras mantuvieran su tamaño al cambiar.

Le tomó tres intentos. En el último, las palabras quedaron centradas y brillaron con un amarillo que daba gusto mirar.

Dracenia tocó la cara de la placa. CEDRIC DIGGORY volvió a aparecer.

—Ahora sí se lee —dijo Goyle.

Ella se la prendió en la túnica y lo dejó probar el toque.

Las primeras se acabaron antes de la cena.

Dracenia había añadido APOYEMOS A sobre el nombre de Cedric. Crabbe se llevó dos; Goyle, tres. Una alumna de cuarto pidió una para su hermana y quiso saber si el mensaje podía cambiarse por cualquier otro.

—No —respondió Dracenia—. Tiene dos. Si la rayas encima, estropeas las letras.

La muchacha la examinó, satisfecha, y salió para mostrársela a alguien. Dracenia la vio descubrir la segunda cara junto a la puerta. Su risa llegó hasta la mesa.

Pansy seguía trabajando.

—Te va a faltar metal antes de que te falte público —dijo.

—Puedo pedir más.

—Eso ya lo sé. ¿Puedes devolverme el tintero?

Dracenia apartó sus materiales. Había ocupado sin darse cuenta el lugar donde Pansy quería abrir un libro. Su amiga recuperó el espacio y continuó con su lista, sin preguntarle otra vez por Potter.

Eso le gustó. También le habría gustado que mirara un poco más las insignias.

Al salir encontró a Pucey examinando una junto al fuego.

—Diggory vuela bien —comentó él.

—Lo suficiente para que tuviéramos que ganarle.

Pucey sonrió.

—Tú le ganaste. Nosotros metimos los goles, por si ya se te olvidó.

Dracenia le quitó la placa, enderezó el prendedor y se la devolvió. No recordaba necesitar tanta ayuda para celebrar una captura. Recordaba perfectamente cómo se sentía llegar antes que el otro buscador.

El Torneo seguiría sin ella. Al menos podía decidir qué iba a llevar la gente en la túnica.

Potter vio la suya dos días después.

Estaban saliendo de Pociones. Granger guardaba un recipiente en su bolsa y Weasley se había adelantado con Dean. Dracenia había pasado casi toda la clase escuchando a Snape señalar lo que le faltaba a una preparación que ya consideraba terminada. Ver a Potter acomodándose los lentes le devolvió el buen humor.

—¿Qué miras, Potter?

Él señaló su pecho.

—¿Vas a presentarte en su lugar si se cansa?

Dracenia tocó la insignia.

Las letras amarillas aparecieron entre los dos.

Harry dejó de sonreír.

—Ah.

Ella había esperado una respuesta acerca de cómo iba a ganarles a todos. O que intentara devolverle el insulto. Aquel sonido tan corto la dejó con el dedo todavía sobre el metal.

—Es una broma.

—Se nota que te costó pensarla.

Granger se volvió. Vio el mensaje y apretó la boca.

—¿Las estás haciendo tú?

Dracenia alzó la barbilla.

—No las encontré en el suelo.

Harry cerró su bolsa.

—Vamos, Hermione.

Pasó junto a Dracenia sin empujarla. Ella siguió con la mano alzada hasta que Pansy le tocó el codo para que dejara salir a los demás.

—Podría decir algo menos infantil —murmuró Dracenia.

Su amiga miró la placa.

Dracenia bajó la mano.

El sábado consiguió volar.

No había equipo esperándola ni un marcador que pudiera recuperar por insistir. Hooch le había dado un turno compartido con Higgs y dos alumnos que querían practicar pases. Podían usar el campo; las Bludgers estaban guardadas y la profesora sólo les prestaría una Snitch de entrenamiento si aceptaban devolverla antes de comer.

Higgs no intentó disputarle una carrera en línea recta. La pelota se escapó hacia una tribuna y él se quedó más arriba, como si esperara que ella entrara demasiado cerca de la madera.

Dracenia lo vio cambiar de posición. Se obligó a seguir mirando las alas.

Cuando la Snitch subió, no trató de alcanzarla desde abajo. Abrió la curva, conservó velocidad y la recibió a un lado del mango. Higgs frenó unos metros detrás.

—Ésa estuvo bien —dijo.

—Puedes decirlo más fuerte.

Él le hizo una seña para que devolviera la pelota.

La siguiente captura fue suya. Dracenia se precipitó al verlo bajar, perdió de vista la Snitch y llegó a un espacio vacío. Al volver, Higgs tenía el puño cerrado y una sonrisa que no necesitó palabras.

Repitieron hasta que Hooch los llamó.

Dracenia aterrizó con las manos calientes y el cabello pegado a la frente. Había fallado bastante. Había atrapado una pelota que al principio parecía imposible. Durante una hora, que otra persona la mirara había servido para saber por dónde se estaba quedando atrás.

Le habría gustado que Potter estuviera allí para perder una.

Al quitarse el guante vio la insignia prendida en la capa que dejó sobre el banco. La palabra POTTER seguía brillando aunque nadie estuviera mirando.

La volvió hacia el nombre de Cedric antes de guardarla.

El lunes llegaron más placas y una carta de Lucius.

Su padre había leído el artículo de Skeeter. No le sorprendía que Potter hubiera conseguido una excepción; sí le molestaba que se hablara de Hogwarts como si Diggory fuera una persona a la que hubieran invitado para llenar un espacio.

Dracenia pasó por encima de la frase que aludía a Dumbledore. Todavía estaba cansada del entrenamiento y prefería la parte donde Lucius preguntaba si su escoba necesitaba mantenimiento.

No aceptes que te acostumbren a mirar desde la grada, había añadido.

Dracenia se quedó observando aquella línea. Había querido que volviera a hablarle de Quidditch. Ahora lo hacía y conseguía enfadarla también.

Pansy se sentó enfrente con una de sus placas. Mostraba el nombre de Cedric.

—Padma dice que el cambio está bien hecho.

Dracenia levantó la cabeza.

—¿Le enseñaste la tuya?

—La vio. No le gustó la otra cara.

—No tiene que llevarla.

—Eso dijo.

Su amiga empezó a desayunar. Dracenia dobló la carta, incómoda con una discusión que no tenía a Padma delante para poder ganar.

Al salir de Herbología encontró un grupo en la escalera.

Potter intentaba pasar con Granger. Tres alumnos mayores llevaban las insignias y uno había descubierto que podía hacer brillar el insulto con sólo golpearlo con los nudillos. Lo repetía a cada paso de Harry.

—Enséñanos cómo entrar, Potter. A ver si nos toca premio también.

Granger pidió que se apartaran. El mayor se hizo a un lado con una reverencia exagerada y volvió a ocupar el hueco cuando Harry llegó.

—Se lo estoy preguntando a él.

Harry lo miró. Por un instante Dracenia creyó que sacaría la varita. Luego lo vio cerrar los dedos sobre la correa de su bolsa y esperar.

El grupo se apartó cuando apareció Sprout. Nadie tuvo que recoger dientes, varitas ni libros del suelo. Potter pudo seguir caminando.

Dracenia tardó en moverse.

Había reconocido una de las placas: una letra ligeramente más baja, la que no quiso repetir porque Goyle dijo que de todas maneras se entendía. Aquello no era una imitación que otro hubiera hecho con su idea.

Pansy se detuvo un escalón más arriba.

—¿Vienes?

Dracenia vio a Harry alejarse junto a Granger, con los hombros rígidos. No se volvió para buscar quién había estado mirando.

—Sí.

Al alcanzarla, rozó la insignia de su propia túnica. Seguía mostrando el nombre de Cedric. Dejó los dedos sobre el borde hasta que dejaron de verse las letras amarillas del grupo.

CAPÍTULO 23

Lo que podía traer consigo

Harry

El permiso de Hogsmeade estaba firmado, registrado y guardado en un bolsillo donde Harry podía encontrarlo sin vaciar la bolsa.

El sábado diecinueve lo sacó ante Filch con una satisfacción que duró hasta que Ron pasó por la puerta junto a Dean. Su amigo levantó la mano. Harry respondió, pero ninguno hizo el movimiento de esperar al otro.

Hermione bajó unos escalones detrás de él.

—Tengo que comprar sobres. ¿Vienes?

Harry aceptó. Por el camino intentaron hablar de una tarea de Binns. Acabaron riéndose de una fecha que Ron había copiado tan mal que el acontecimiento ocurría antes de que naciera cualquiera de sus participantes. Harry se detuvo a mitad de la risa.

—Puedes contarle que todavía no encontramos el siglo —dijo Hermione.

—Puede venir a preguntarlo.

Ella lo miró, cansada de aquella discusión sin que ninguno de los dos la estuviera teniendo con él.

Harry metió las manos en los bolsillos y siguió caminando a su lado.

En una de las tiendas compró otra pluma: Hedwig había destrozado la suya al arrebatársela de los dedos mientras escribía. Hermione compró sobres, tinta y un libro que no necesitaba disculpar ante nadie. Al salir encontraron a Hagrid junto a un escaparate. Una caja muy larga le impedía ver sus propios pies.

Harry tomó un extremo antes de que golpeara a una señora.

Al cambiar la caja de mano, Hagrid dejó ver un libro que asomaba del bolsillo de su abrigo. Harry miró el lomo, bastante más cuidado que el resto de lo que llevaba encima.

—Ése me lo trajo la señorita Malfoy el curso pasado —dijo Hagrid—. Tiene un capítulo sobre hipogrifos que todavía uso para las clases. Vino varias veces a ver a Buckbeak.

—¿Malfoy?

—Sí. Me pidió que no te lo contara.

Hagrid se calló y miró a Harry.

—Y acabo de contártelo.

Harry volvió a mirar el libro. Ella no había dicho una palabra sobre aquello. Hagrid se acomodó la caja contra el pecho, como si por fin recordara por qué no podían quedarse frente a la tienda.

—¿Qué hay aquí?

—Guantes —respondió Hagrid—. Unos cuantos pares.

La caja se abrió apenas al inclinarla. Harry vio cuero grueso, una costura quemada y una etiqueta con el nombre de Charlie Weasley.

—¿Está aquí Charlie?

Hagrid cambió de mano la caja.

—Vino a trabajar.

Harry volvió a mirar la quemadura.

En el primer año había visto abrirse un huevo entre las manos de Hagrid. Recordaba un hocico pequeño, humo y una alegría que a su dueño le impidió pensar en lo grande que iba a ponerse. Los guantes de Charlie no estaban hechos para sostener algo sobre una mesa.

—¿Trajo un dragón?

Hagrid dejó de caminar.

Hermione alzó la vista hacia él. Por primera vez en semanas, no parecía tener preparada la siguiente pregunta.

Hagrid no se lo contó delante de los escaparates.

Les pidió que lo ayudaran a llevar la caja al castillo. Hermione se puso junto a Harry para sostener entre los dos el extremo más bajo. Durante el regreso, él estuvo pendiente de cada ruido que venía de los terrenos, aunque sabía que de haber un dragón no iba a estar esperando entre los alumnos que paseaban junto al lago.

En la entrada, Hermione dejó su extremo.

—Tengo que ir a las cocinas. Quedé con Dobby.

No lo dijo para recordarles que tenía otros asuntos. Los tenía. Harry asintió y le pidió que lo buscara después.

Hagrid siguió con él por el camino de servicio. Cuando quedaron lejos del último grupo, Harry lo detuvo.

—Es por la prueba, ¿verdad?

El guardabosques miró la caja con una incomodidad que no pudo disimular inclinándose sobre ella.

—No me corresponde explicarte lo que van a pedirles.

Harry sintió que los dedos se le aflojaban sobre el asa.

—No sabes lo que van a pedirme.

Hagrid no lo corrigió. Eso resultó peor.

—Charlie todavía estará aquí después de cenar —dijo al fin—. Puedo llevarte hasta donde están trabajando. Vas conmigo y vuelves conmigo. No vas a meter la mano por ninguna cerca para ver mejor.

Harry asintió antes de que cambiara de opinión.

El olor llegó antes que la luz.

Tierra revuelta, madera quemada y algo caliente que Harry notó en la garganta. Hagrid lo condujo hasta el alto de una pendiente, fuera del recinto donde varios hombres avanzaban con las varitas alzadas. Charlie era uno de ellos. Llevaba puestos unos guantes que aquella tarde aún estaban en una caja.

Una cabeza se levantó entre las sombras.

Harry se quedó inmóvil.

Le pareció imposible que algo así hubiera sido pequeño alguna vez. Nada tan grande podía haber cabido en la cabaña de Hagrid. El cuello se dobló, las placas oscuras recogieron la luz y una llamarada dejó al descubierto un segundo cercado más allá del primero.

Había cuatro.

Harry tuvo que sentarse sobre una piedra. Hagrid no le dijo que aquél era un buen lugar para admirarlos.

—¿Todos?

—Los campeones son cuatro.

Charlie se acercó cuando pudo dejar el puesto a otro cuidador. Al ver a Harry, su expresión cambió. Miró a Hagrid.

—No tendría que estar aquí.

—Ésa parece ser la opinión de todo el mundo —dijo Harry.

La voz le salió tan seca que Charlie dejó de mirar al guardabosques.

No le explicó una manera de vencer a los dragones. Le mostró dónde terminaba la zona permitida y le advirtió que ninguno estaba domesticado por dejarse sujetar durante el traslado. Harry vio a una hembra oscura girar alrededor de su espacio. Tenía espinas en la cola; al golpear el suelo, una levantó tierra a varios metros del cuerpo.

La cadena la retuvo cuando avanzó hacia el cuidador. Ella cambió el apoyo de las patas y extendió un ala sin dejar de mirar al hombre.

Harry se frotó las manos contra las rodillas.

—¿Las cadenas siempre están ahí?

—No te acerques contando con que no pueda llegar —respondió Charlie—. Mira cuánto espacio tiene ella. No cuánto crees que te queda a ti.

Harry volvió a observar el círculo de tierra. El dragón podía girar, alzarse y alcanzar mucho más arriba de donde él tenía la cabeza. La cerca que lo separaba del camino no era una protección que él pudiera llevarse el jueves.

Al regresar, Hagrid caminó despacio para que no tuviera que pedirle que lo esperara.

—Los otros directores ya los han visto —admitió—. No me gustaba pensar que tú llegaras sin saber nada.

Harry miró hacia el castillo.

Cedric dormía allí también. No tenía un director visitante que pudiera llevarle noticias.

La chimenea de Gryffindor llevaba un buen rato casi apagada cuando Harry se arrodilló frente a ella.

La segunda nota de Sirius fijaba aquella hora. Harry la había leído hasta memorizarla. Llevaba semanas queriendo verlo y ahora temía que, al contarle lo de los dragones, su padrino dijera algo que lo hiciera todavía más real.

Una brasa se movió. Después apareció su rostro entre las llamas bajas.

Harry se acercó tanto que el calor le dio en las rodillas.

—Te ves horrible —dijo Sirius.

Harry soltó una risa breve.

—Tú estás en una chimenea.

Sirius sonrió y luego lo dejó hablar. Harry contó lo de Ron, el papel que no reconocía y la visita de esa noche. Al decir cuatro dragones, se le cerró la garganta.

La sonrisa había desaparecido del rostro de Sirius.

—¿Quién sabe que los viste?

Harry se lo explicó. Su padrino le pidió que no convirtiera cada sospecha en una acusación delante de cualquiera. Le habló de Karkaroff, de su pasado y de las personas a las que había delatado para salir de prisión. Harry quiso seguir por allí hasta encontrar una razón que explicara el cuarto papel.

—Eso no prueba que haya sido él —lo detuvo Sirius—. No vayas a buscarlo para comprobar cómo te mira.

Harry bajó los ojos.

—No pensaba...

—Estás poniéndome una cara bastante conocida.

Se oyó una tabla en la escalera. Harry se volvió. No apareció nadie. Cuando miró de nuevo, Sirius seguía allí, atento.

—Quiero que llegues al jueves con ayuda, Harry. No tienes que demostrar que puedes prepararlo todo solo.

Harry pensó en Ron detrás de las cortinas y apretó las manos sobre el borde de la alfombra.

Se despidieron antes de que el fuego se apagara. Harry se quedó arrodillado hasta que sólo hubo brasas. Había visto a su padrino y seguía teniendo un dragón por delante. Le resultó injusto que una cosa tan buena no pudiera cambiar la otra.

El lunes esperó a Cedric al terminar la comida.

No lo llevó a un rincón desierto. Se apartaron de los alumnos que salían, cerca de una ventana donde podían hablar sin bajar la voz hasta parecer culpables.

—Son dragones —dijo Harry—. Los de la primera prueba. Los vi con Hagrid.

Cedric dejó de guardar su horario.

Harry le contó lo necesario. No sabía qué había que hacer con ellos ni qué especie le tocaría a cada uno. Tampoco quiso convertir lo visto en una ventaja que pudiera pedirle de vuelta después.

—Maxime y Karkaroff ya saben. No sé cuánto les habrán dicho a los otros.

Cedric miró hacia las puertas.

—Gracias.

—No tenías por qué ser el único.

Al separarse, Harry encontró a Moody apoyado en el marco del corredor. El ojo azul se movió hacia Cedric y regresó.

—¿Esperas que haga lo mismo por ti?

Harry se detuvo.

—No le cobré.

Moody soltó un ruido que pudo haber sido una risa.

—Bien. Ahora procura pensar en algo que puedas hacer tú.

Harry estaba demasiado cansado para volver a escuchar que debía apartarse. Se lo dijo. El profesor lo observó sin ofenderse.

—¿En qué eres mejor cuando dejas de mirar quién está delante?

Harry pensó en la Firebolt. La imagen le produjo un alivio tan rápido que quiso rechazarlo por demasiado fácil.

—Volando.

Moody levantó la barbilla hacia las ventanas.

—Entonces averigua qué te impide empezar por ahí.

Se fue sin darle un hechizo nuevo. Harry permaneció junto al marco. No podían llevar nada salvo la varita al empezar. La escoba estaría arriba, sin él.

Recordó un carrete que había arrastrado una bolsa entera al salir de la mesa.

No necesitaba empezar con la escoba en la mano.

La primera almohada le dio en las rodillas.

Hermione la recogió antes de que Harry pudiera fingir que había apuntado allí. Habían conseguido un aula libre y llevaban media hora apartando cosas que él no quería convocar.

—La soltaste a mitad del camino.

—No la estaba sujetando.

—Con el hechizo, Harry.

Él se pasó una mano por la cara. Hermione volvió a dejar la almohada sobre el banco, entre dos objetos que debían quedarse quietos.

Lo intentó hasta conseguir que llegara sin arrastrar el libro. Después aumentaron la distancia. Con la puerta abierta y Hermione vigilando el corredor, Harry llamó una bufanda desde el banco de afuera. Llegó con tanto impulso que tuvo que atraparla contra el pecho.

—No vas a querer recibir la escoba así —dijo ella.

Harry miró sus manos. Tendría que decidir no sólo qué venía, sino dónde dejar de tirar.

El martes practicaron con la Firebolt en el campo permitido. Hermione se quedó junto a la escoba mientras él se alejaba. La primera vez, el mango se levantó y cayó. La segunda avanzó varios metros antes de detenerse. Harry regresó a buscarla, furioso, y Hermione le hizo comprobar que había dicho la fórmula mirando hacia el lado equivocado al oír unos pasos.

En el intento siguiente, la Firebolt llegó hasta él.

Harry la tomó, la sostuvo un momento y soltó una carcajada que se acabó casi enseguida.

—Tiene que venir desde la torre.

Hermione miró el castillo. No le dijo que la distancia no importaba porque lo había leído una vez. Volvieron al aula y siguieron trabajando.

El miércoles por la noche, Harry tuvo que abrir la ventana dos veces.

La primera quedó a medias. Revisó que el espacio bastara, quitó la funda de la Firebolt y la apoyó donde no tropezara con una cama

al levantarse. La suya estaba hecha; la de Ron tenía una esquina de la manta colgando sobre el suelo.

Su amigo apareció mientras Harry comprobaba el camino hasta la ventana.

—Hace frío.

Harry se volvió.

—Tengo que dejarla lista.

Ron miró la escoba. Sus ojos recorrieron el mango desnudo, la funda apartada y el hueco abierto hacia los terrenos.

—¿Eso vas a hacer?

Harry asintió.

Ron tardó un momento en hablar.

—No dejes la cortina delante. Se cruza cuando hay viento.

Harry sujetó la tela a un lado. Le habría gustado poder darle las gracias sin que sonara como si ya no quedara nada más.

—La voy a volver a abrir antes de bajar —dijo.

Ron se sentó en su cama. Harry terminó de guardar los apuntes de Hermione y apagó la lámpara.

Mucho después, todavía despierto, oyó a su amigo preguntar desde la oscuridad:

—¿De verdad no saben quién fue?

—No.

La respuesta quedó entre las camas. Harry cerró los ojos e intentó recordar el sonido de la escoba llegando a su mano.

CAPÍTULO 24

Al otro lado del fuego

Harry

Harry abrió la ventana antes de bajar.

El aire del veinticuatro de noviembre entró hasta las camas. Apartó una última vez la cortina y dejó la Firebolt fuera de su funda, con el mango dirigido hacia el hueco. La había convocado desde el extremo del campo. Había conseguido que llegara desde un corredor que no podía ver. Nunca lo había intentado con una pared de fuego delante.

Ron estaba sentado, todavía en pijama. Harry evitó mirarlo mientras guardaba la varita.

—Voy abajo.

Su amigo asintió. Harry llegó hasta la puerta.

—Harry.

Se volvió.

Ron tenía las manos sobre las rodillas. Parecía haberse levantado para decir algo y haberse sentado otra vez.

—No... Ten cuidado.

Harry se aferró al picaporte.

—Eso estoy intentando.

La tienda de los campeones olía a lona húmeda y a un humo que entraba incluso con la puerta cerrada.

Cedric se abrochaba y desabrochaba un guante. Fleur tenía la vista fija en sus propias manos. Krum caminaba entre dos postes, daba vuelta antes de llegar a la pared y repetía el recorrido. Harry escogió un banco donde pudiera apoyar ambos pies en el suelo.

Bagman llevó una bolsa y los hizo acercarse. Cada uno sacó un pequeño dragón encantado. Harry fue el último. La miniatura oscura abrió las alas sobre su mano y quiso morderle un dedo.

Reconoció las espinas.

Cuatro. Su número era el cuatro.

El objetivo parecía casi ridículo después de ver a las criaturas: recoger un huevo dorado colocado entre los verdaderos. Los cuidadores habían preparado los recintos; no debían intentar salir de la zona de la prueba. Podían usar su varita. Si no podían continuar, tendrían que indicarlo para que intervinieran.

Harry miró hacia la entrada. No alcanzaba a ver la grada desde allí.

—¿El huevo también puede salir volando? —preguntó.

Bagman le explicó que los objetos de la prueba estaban protegidos contra la convocación. Había que llegar a él.

Harry cerró la mano libre sobre el mango de su varita. La escoba no pertenecía a la prueba.

Cedric salió primero.

Los tres que quedaron oyeron al público levantarse y volver a sentarse sin poder saber qué estaba pasando. La voz de Bagman les llegaba a través de una lona que parecía escoger las palabras

menos útiles. Harry distinguió piedra, distracción y un grito que le hizo apoyar las manos en el banco.

Más tarde llamaron a Fleur.

Krum dejó de caminar cuando se oyó una ovación. Harry miró al muchacho. Ninguno pidió al otro que lo tranquilizara.

Al salir Krum, la tienda se volvió demasiado grande.

Harry sacó la varita y repitió el movimiento sin hablar. Vio la mano de Hermione dejando una almohada sobre el banco. La Firebolt tendría la ventana abierta. Tendría espacio. Conocía el objeto al que estaba llamando.

El rugido que llegó desde afuera sacudió el vaso de agua de Bagman.

Harry casi dejó caer la varita.

La luz le dolió en los ojos al salir.

El recinto ocupaba una hondonada de roca y tierra. Las gradas quedaban altas, más allá de una separación que Harry no quiso examinar: necesitaba mirar lo que había abajo. A la derecha se extendía una franja despejada. A la izquierda, varias rocas formaban pequeños escalones hacia el nido.

El Colacuerno húngaro tenía la cabeza vuelta hacia él.

No estaba dormido, distraído ni ocupado en algo que Harry pudiera interrumpir para ganar tiempo. La cola oscura se movió detrás de las patas y dejó un surco nuevo. Entre los huevos claros brillaba uno que recogía toda la luz de la tarde.

Harry avanzó hasta la primera roca.

La cabeza lo siguió.

Por primera vez oyó su propio nombre entre los gritos de la grada. Quiso encontrar a Hermione, a Ron, una cara conocida. Se obligó a levantar la varita hacia el cielo abierto, en dirección al castillo.

—¡Accio Firebolt!

Esperó.

La hembra adelantó una pata. Harry retrocedió por la franja de tierra, con la vista en el espacio entre sus garras y la roca. La cadena unida a una de sus patas se arrastró sobre el suelo; el anclaje estaba detrás del nido, no entre él y los huevos. Podía llegar hasta donde estaba Harry si decidía lanzarse.

La escoba no aparecía.

Una llamarada salió por encima de la piedra.

Harry se arrojó de lado. Sintió el calor sobre las orejas y un olor a lana chamuscada. Cayó sobre una rodilla. La varita seguía en su mano.

No tenía que repetirlo a gritos. No había perdido la Firebolt porque no pudiera verla.

Se incorporó agachado y sostuvo la intención del hechizo, mirando hacia el espacio por el que debía llegar. Más allá de la grada se movió algo oscuro.

El mango le golpeó la palma.

Harry montó antes de que acabara de detenerse y se apartó del suelo cuando la sombra de una garra alcanzó la piedra.

El público rugió.

Él acababa de conseguir una escoba. Todavía tenía que pasar al dragón.

El primer ascenso fue demasiado rápido.

Harry recuperó el equilibrio sobre el asiento, pasó a una altura desde donde podía ver el nido completo y giró hacia el lado abierto. La cabeza del Colacuerno subió con él. Las alas permanecían plegadas sobre el cuerpo.

No iba a perseguir cualquier cosa que volara.

Harry volvió a bajar, manteniéndose lejos de los huevos. La hembra giró sobre las patas sin levantarse del nido. Una llama cruzó por debajo de la Firebolt y él tuvo que corregir hacia afuera.

El aire caliente le secó los ojos.

Podía seguir dando vueltas hasta cansarse. Ella podía seguir defendiéndose desde allí.

Harry redujo la velocidad. Eligió una roca cerca del límite delantero del recinto y se colocó por encima, donde el dragón lo viera sin tener que apartar todo el cuerpo. Tenía que darle una razón para moverse y conservar suficiente distancia para no descubrir demasiado tarde cuánto alcanzaba.

El cuello se estiró.

Harry se desplazó hacia un costado. La cabeza siguió su movimiento; una pata se levantó y volvió a quedar junto al nido.

Casi.

La cola barrió el suelo por el lado contrario.

Harry la vio de reojo. Levantó la Firebolt, pero una de las espinas le alcanzó el hombro derecho. El golpe lo hizo girar sobre el asiento. Se agarró con la izquierda y sintió un dolor caliente extenderse por debajo de la túnica.

Oyó un grito muy agudo desde la grada.

No miró.

Se alejó hasta recuperar el aire. Podía mover el brazo. Dolía al levantarlo, pero la mano cerraba sobre el mango. El dragón había vuelto a acomodarse sobre el nido y lo seguía con la cabeza.

Harry quiso enfadarse con él. Sólo consiguió pensar que no lo había invitado a acercarse a sus huevos.

Tenía que entrar por otro sitio.

En la vuelta siguiente buscó la distancia antes de buscar la velocidad.

Pasó de nuevo por delante, más alto, lo bastante cerca para que la hembra levantara el cuello. Cuando vio abrirse la boca, ascendió en diagonal. La llamarada le cruzó por detrás y dejó un calor espantoso en los talones.

El dragón extendió un ala.

Harry no bajó hacia el huevo. Todavía había una pata sobre él.

Volvió a cruzar por el frente, obligándolo a elegir entre dejar de verlo o girar. La hembra se incorporó. Las alas barrieron el aire y Harry sintió la sacudida en la escoba antes de que el cuerpo se separara del suelo.

El nido quedó descubierto.

La cadena se elevó junto a la pata. Harry vio cómo se tensaba hacia el anclaje, a un lado del nido. Tendría que entrar por el otro. La cabeza venía hacia él.

Harry inclinó la Firebolt hacia el costado abierto, lejos de la cadena y de las alas. Fingió mantener el ascenso hasta que el cuello siguió aquella dirección. Entonces bajó el mango.

El mundo se volvió tierra, roca y un brillo demasiado pequeño.

La hembra empezó a girar. Harry vio moverse la cola por debajo de su propia trayectoria y no intentó pasar sobre ella: abrió el descenso, perdiendo unos metros para entrar por el frente del nido. El dragón estaba volviendo. El huevo seguía allí.

Por una vez no pensó en el marcador ni en quién llegaba antes.

Frenó hasta poder soltar la mano izquierda. La derecha sostuvo el mango contra el dolor del hombro. El huevo le llenó la palma; era más pesado de lo que parecía y quiso resbalársele al levantarlo.

Harry lo apretó contra el pecho.

Una garra golpeó la tierra detrás de él.

No subió en línea recta. Salió bajo, hacia la franja libre por la que había entrado, y sólo levantó el mango cuando dejó el nido a su espalda. El calor volvió a alcanzarlo, pero aquella vez venía detrás.

Al otro extremo, varios cuidadores avanzaban con las varitas alzadas. Harry oyó la voz de Charlie, el estrépito de las alas y después el silbato que daba por terminada la prueba.

El huevo estaba contra su camisa.

Seguía estando allí.

Harry bajó cuando una sanadora le indicó la zona de salida. Intentó desmontar y descubrió que las rodillas no tenían ninguna intención de hacerlo con elegancia.

Ella sujetó la escoba antes de que cayera.

Pomfrey cortó la manga sin preguntarle si quería conservarla.

Harry se quedó sentado con el huevo entre las rodillas, mirando la tela abierta sobre el hombro. La herida le había manchado la camisa. Dolió mucho más en cuanto la enfermera empezó a limpiarla.

—Podía moverlo —explicó.

—Ya vi lo que decidió hacer con él.

No sonó admirada.

Le aplicó un ungüento, comprobó la profundidad y le ordenó mantener el brazo quieto mientras hacía efecto. Harry quería mirar fuera de la tienda. Ahora podía oír a la gente sin sentir que toda ella esperaba verlo quemarse.

Hermione entró tan deprisa que tuvo que detenerse para no chocar con la mesa. Ron venía detrás.

Harry levantó un poco el huevo.

—Lo tengo.

Hermione se sentó junto a él. Tenía los ojos húmedos y no pareció interesada en examinar el premio.

—Te vi caer de lado.

—No me caí.

—Te vi casi caer de lado.

Harry quiso decir que eso pasaba a veces al volar. La expresión de Ron le quitó las ganas.

Su amigo miraba el vendaje. Después levantó los ojos hacia él.

—No querías estar ahí.

Harry dejó el huevo sobre la mesa.

—Te lo dije.

Ron asintió. Se le movía un músculo junto a la mandíbula.

—Lo sé. Tenía que haberte creído entonces.

Hermione empezó a levantarse. Harry le sujetó la manga con los dedos y ella volvió a sentarse, sin intervenir.

Ron se quedó frente a él.

—Me dio rabia que te eligieran otra vez. Y me desquité contigo. Fui un idiota.

Harry lo miró. Había ensayado muchas respuestas durante las últimas semanas. Ninguna servía para la voz con que Ron acababa de decir aquello.

—Te necesitaba, Ron —respondió—. Estaba muerto de miedo. Y tú ni me hablabas.

Ron bajó la cabeza.

—Lo siento.

Harry vio sus dedos cerrarse y abrirse. Recordó la mano de su amigo sujetándole la chaqueta en el campamento; recordó haberlo dejado al otro lado de unas piedras sin saber si volvería. Estaba enfadado todavía. Ya no quería que Ron permaneciera de pie como una visita a la que podía mandar salir.

Señaló el banco.

—Siéntate. Estás tapando la salida.

Ron lo hizo, con una cautela que le produjo a Harry un nudo incómodo en la garganta.

—No hace falta que digas que ya está todo bien —añadió.

—No iba a decirlo.

Hermione se secó una mejilla con la manga, furiosa consigo misma por tener que hacerlo. Harry no la miró hasta que ella pudo volver a mirarlos.

Afuera anunciaron las puntuaciones. Ocho de Madame Maxime. Nueve de Crouch. Nueve de Dumbledore. Diez de Bagman, tan entusiasta que Harry se sintió un poco avergonzado. Cuatro de Karkaroff.

—Cuarenta —dijo Hermione, antes de que Ron terminara de contar con los dedos.

Bagman anunció después que la siguiente prueba sería el veinticuatro de febrero. El huevo que cada campeón había recogido guardaba una pista para prepararse. Harry miró el suyo: por primera vez aquel objeto parecía algo más que la prueba de que había conseguido salir.

—Cuatro —repitió Ron, indignado—. Que se meta él a recogerlo.

Harry soltó una risa que le tiró del hombro. Pomfrey apareció para impedir que levantara el brazo.

—¿Cómo fui? —preguntó, más bajo, cuando la enfermera volvió a su mesa.

Ron lo miró con una expresión que había estado faltándole todo el mes.

—Pensé que habías salido demasiado por fuera. Después vi la cola. Si llegas a ir directo…

No terminó. Dibujó el giro con una mano sobre sus rodillas. Hermione se inclinó para corregir el lugar donde estaba la roca y Harry pudo explicar qué había visto desde arriba.

No hablaron de la siguiente prueba. Primero había una vuelta que Harry quería contarles sin saltarse ninguna parte.

El primero de diciembre, McGonagall les explicó que los campeones abrirían el Baile de Navidad con sus acompañantes. Ron alcanzó a Harry cuando salían.

—¿Y tú a quién vas a invitar?

Harry abrió la boca. Recordó a Malfoy junto al lago, echándose el cabello dorado hacia atrás para mirar el barco.

Ni hablar. Se reiría antes de dejarlo terminar la pregunta.

—Cho.

Cho también le gustaba. Ése era un nombre que podía decir sin atascarse.

—¿Cho Chang?

—¿Cuántas Cho conoces?

Ron sonrió y empezó a buscar entre las alumnas que bajaban por la escalera. Harry le dio un empujón para que siguiera andando.



CAPÍTULO 25

Lo que seguía prendido



Dracenia

Dracenia había hecho un agujero en el programa con la uña.

Lo encontró el viernes veinticinco de noviembre al sacar las cosas de su bolsa. No recordaba haber apretado el papel tanto tiempo. Había una marca junto al nombre de Potter y otra donde debía leerse la puntuación de Krum. Cuarenta para cada uno. La diferencia entre ambos dependía ahora de una casilla que alguien llenaría en febrero.

Dejó el programa sobre la cama.

Al cerrarlo recordó el instante en que la cola alcanzó a Potter. Había gritado antes de saber que iba a hacerlo. Pansy le agarró la muñeca y Dracenia no se apartó hasta que la Firebolt volvió a subir. Después se quedó mirando cómo él cambiaba de lado, esperando que no intentara cruzarse sobre las espinas. Lo vio abrir la curva y supo que había escogido bien un momento antes de que los demás empezaran a aplaudir.

Eso le habría gustado decírselo. No con las palabras que llevaba prendidas en la túnica.

Pansy estaba cosiendo un botón. Su primer intento había quedado tan flojo que el hilo se había enganchado en el respaldo de una silla y el botón decidió quedarse allí.

—Si vas a decirme que me lo ponga derecho, primero mira cómo lo tienes tú —advirtió.

Dracenia bajó los ojos. La insignia colgaba torcida de la túnica que aún no se había quitado.

La enderezó. El nombre de Cedric recogió la luz de la lámpara.

—No iba a decirte eso.

—Todavía estás a tiempo de pensar otra cosa.

Dracenia dejó la placa en el baúl. Al moverla rozó el centro y apareció el segundo mensaje. Lo tapó con la palma.

Pansy no había dejado de coser. Aquello hacía más difícil saber si lo había visto.

—No voy a hacer más —dijo Dracenia.

Su amiga levantó la vista por fin.

—¿Qué vas a decirles a los que las pidieron?

—Que no voy a hacer más.

Pansy probó el botón con dos dedos. Aguantó.

—Bueno. Pero díselo. Hay dos que siguen esperando que se las lleve yo.

Dracenia asintió. Había contado con que bastaría con dejar los materiales dentro del cajón. No le gustó descubrir cuánto de aquella decisión dependía todavía de que otras personas fueran por ella a dar explicaciones.

Potter tenía una venda bajo la camisa.

Dracenia lo vio alcanzar una fuente durante el desayuno. Levantó el brazo derecho, se detuvo y usó la izquierda. Weasley le acercó el plato sin dejar de discutir sobre el vuelo. Granger lo

interrumpió para corregir algo que él había puesto demasiado lejos con las manos.

Estaban otra vez los tres.

Dracenia había notado las semanas de silencio entre los muchachos. No había sabido si Potter seguía buscando otra persona con la que hablar al salir de clase o si simplemente llegaba tarde a sus propios encuentros. Ahora Weasley movía un vaso para dejarle espacio y Potter lo escuchaba, con una expresión que ella no había visto al mostrarle su insignia.

Goyle se sentó enfrente.

—Tengo uno que quiere tres.

Dracenia dejó el tenedor.

—Ya no las hago.

—Pero ésas están ahí.

Señaló la bolsa. Quedaban cuatro placas terminadas y varias en blanco.

—Las de Diggory, sí. El otro mensaje no.

Goyle la miró sin entender.

—Ayer se podía cambiar.

—Y hoy puedo quitarlo.

Un muchacho mayor, sentado al lado, tocó la insignia de su pecho. POTTER APESTA apareció entre una mancha de jugo y el cuello de su túnica.

—Ahora que le han dado cuarenta, ya nos cae bien.

Dracenia sintió que Pansy dejaba de comer a su derecha.

—A mí me cae como siempre —respondió—. Tú puedes dejar de repetirlo cada vez que entra.

El muchacho sonrió, satisfecho de haberle encontrado algo que la irritara.

—Tú lo escribiste.

Dracenia miró las letras. No podía discutirle aquello.

—Sí.

Le resultó tan desagradable dejar la respuesta sola que estuvo a punto de añadir una burla sobre su capacidad de leer. Tomó su vaso y bebió antes de hacerlo.

La insignia del muchacho siguió brillando durante el resto del desayuno.

Cedric la encontró al terminar la clase de Encantamientos.

Dracenia había dejado dos placas sobre el banco. Estaba borrando el mensaje del reverso de la segunda cuando él se acercó.

—Me dijeron que salieron de aquí.

Ella enderezó la espalda.

—No usé tu retrato.

Cedric miró la insignia. No parecía divertido.

—Me gusta que apoyen a Hogwarts. No me gusta que me pongan tu otro mensaje al lado.

Dracenia notó el calor en la cara. Había esperado que le diera las gracias por acordarse de él cuando todo el mundo hablaba de Potter.

—No pensaba pedirte que la llevaras.

—Ya. Pero lleva mi nombre.

Cedric no levantó la voz. Eso le impidió decirse que estaba haciendo una escena para que lo vieran.

—Lo estoy quitando —respondió, señalando la placa.

Él asintió.

—Bien.

Se despidió de Pansy, que había regresado por su libro, y siguió hacia las escaleras. Dracenia esperó a que dejara de oírse antes de volver a trabajar. Le habría gustado que hubiera llegado cinco minutos después y encontrara todo terminado.

Pansy se sentó a su lado.

—¿Ésa puedes dejarla para mí?

Dracenia la examinó. Ya sólo tenía el nombre de Cedric.

Se la pasó sin decir que la otra también podría haberla seguido llevando así.

Al salir de Herbología tuvo ocasión de marcharse antes de que Granger terminara de guardar los guantes.

No lo hizo.

Potter y Weasley aguardaban junto al camino. Pansy se quedó a su lado al ver que no empezaba a caminar.

Dracenia esperó a que los otros alumnos se adelantaran. No quería un público nuevo. Pero Potter, Weasley y Pansy habían oído el insulto; no iba a seguir esperando a que los tres desaparecieran para hablar con Granger.

—Granger.

Hermione se volvió con los guantes a medio guardar.

Granger bajó la vista hacia la insignia y volvió a mirarla. Dracenia apretó su bolsa. Se acordó del sendero de marzo y de lo mucho que le había costado hablar con Hagrid sin tener preparada una excusa.

—Lo del año pasado, lo de tu sangre… No debí llamarte así.

Hermione dejó de mover las manos. Harry se había puesto muy serio.

—Sabía lo que estaba diciendo —añadió.

Se le ocurrió decir que estaba furiosa. Apretó la boca antes de añadirlo.

Granger guardó por fin los guantes.

—No se me olvidó.

—Lo sé.

—Y no me gusta lo que le estás haciendo a Harry tampoco.

Dracenia sintió el impulso de enseñar la insignia ya cambiada. Bajó la mano antes de tocarla.

—Ya no voy a hacer esas.

Hermione asintió una vez. No le dio las gracias ni le ofreció la mano. Pansy se acomodó la bolsa y Dracenia pudo empezar a caminar sin que nadie intentara detenerla para exigir otra frase.

Al llegar al cruce, Potter habló a sus espaldas.

—Las que ya diste siguen ahí.

Dracenia se volvió.

—Ya lo vi.

Él sostuvo su mirada un momento. Después fue a alcanzar a sus amigos.

Dracenia subió con Pansy. No se sentía mejor de la manera en que había esperado. Sí podía recordar exactamente lo que acababa de decir, sin tener que volver a contárselo por dentro cambiando una parte.

La sesión con los visitantes salió peor de lo previsto.

Dos muchachos de Durmstrang entendieron que debían levantar los aros al mismo tiempo que el hilo. Padma había explicado otra cosa; ellos habían oído otra. Pansy llevaba varios minutos señalando el punto equivocado con creciente impaciencia.

Fleur, que había acompañado a una alumna de Beauxbatons, observó el recorrido desde el banco del fondo.

—Están mirando tu mano —le dijo a Pansy—. No el hilo.

Dracenia empezó a contestar que la instrucción era bastante clara. Se detuvo al ver a uno de los muchachos copiar exactamente el movimiento que Pansy hacía para señalar el aro.

Acercó una placa en blanco al centro de la mesa.

—Que miren esto al principio. Yo la dejo quieta.

No lanzó el encantamiento por ellos. Sostuvo la señal mientras Padma mostraba el recorrido. Fleur explicó algo a su compañera en francés y después dejó que lo intentara sola.

El hilo pasó por el aro y cayó sobre el banco.

Pansy se sentó, agotada de parecer paciente.

—Podrían haber empezado por decirme que no entendían.

Fleur sonrió.

—Quizá pensaban lo mismo.

Dracenia se rio antes de poder fingir que no había tenido razón. Al terminar, la visitante tomó una de las placas que sólo apoyaban a Cedric y le preguntó cómo había conseguido que conservara el brillo.

Dracenia se lo mostró. Fleur probó una vez y acertó al segundo intento. No necesitó que la felicitara.

Eso le cayó mejor de lo que esperaba.

El primero de diciembre, McGonagall anunció el Baile de Navidad.

Dracenia oyó la noticia después de clase, cuando Snape explicó a los alumnos de Slytherin la parte que parecía considerar más desagradable: tendrían visitantes, música y oportunidades de demostrar que podían comportarse peor vestidos de gala.

Los de cuarto en adelante podían asistir. Los menores necesitaban una invitación. Los campeones abrirían el baile con sus acompañantes.

Pansy volvió la cabeza hacia Dracenia.

Ella no la miró.

Estaba imaginando a Potter intentando encontrar el primer paso delante de todo el colegio. La imagen le hizo sonreír; después dejó de ser tan graciosa al imaginar a alguien más junto a él.

Snape pidió que dejaran de cuchichear. Dracenia ni siquiera había abierto la boca.

Aquella noche escribió a casa para pedir la ropa adecuada. Narcissa querría saber el color, el largo y cuánto había crecido desde el verano. Lucius seguramente preguntaría con quién pensaba ir.

Dracenia dejó esa parte sin escribir. Había tiempo suficiente para encontrar una respuesta que no la irritara.



CAPÍTULO 26

Una oferta mal hecha



Dracenia

Dracenia podía desarmar a Pansy cuando su amiga se quedaba quieta.

Era una ventaja bastante poco útil, porque Pansy ya no pensaba hacerlo. Aquella tarde había aprendido a retroceder hacia el lado que Dracenia daba por cerrado. La tercera vez, el encantamiento golpeó una silla y la varita de su amiga continuó perfectamente en su mano.

Snape levantó la vista de sus correcciones.

—Si ya ha comprobado que no está donde la esperaba, pruebe a mirar dónde está.

Dracenia se mordió la lengua. Le gustaría haber podido contestar algo sin darle una razón para repetir la observación.

En el siguiente turno esperó. Pansy amagó un paso hacia la mesa y cambió de lado; Dracenia no disparó al hueco. Se movió para recuperar el ángulo y lanzó cuando volvió a tenerla delante.

La varita cayó sobre el cojín del fondo.

—Eso sí —dijo Dracenia.

—Te he oído —respondió Pansy, yendo a buscarla.

Todavía quedaban cinco minutos, pero su amiga dio por terminada la práctica. Había quedado con Padma para llevar unos

libros de vuelta a Ravenclaw. Dracenia quiso pedirle un intento más. En cambio, guardó su varita y le ofreció llevar el volumen que no le cabía en la bolsa.

No pensaba llegar al Baile con las muñecas adoloridas por empeñarse en ganar una tarde que ya había terminado.

El libro era más pesado de lo que parecía.

Padma las esperaba en la escalera que subía hacia su torre. Tenía una cinta verde en la mano y discutía con su hermana sobre una tela que ninguna de las dos podía ver en aquel momento.

—El dibujo que mandaste no tenía ese cuello —decía Parvati.

—Porque no era ése. Mamá lo leyó después de abrir tu carta.

Pansy recibió la cinta, la puso junto a una manga de su uniforme y negó con la cabeza.

—Con verde se pierde. Necesitas otro color.

Dracenia dejó el libro sobre el alféizar. Había aprendido durante las últimas semanas que una conversación sobre ropa podía necesitar tres personas y no darle a ella ninguna ocasión de explicar nada.

—Voy a buscar el otro —dijo Padma—. Quédense aquí. No tienen por qué subir con todo eso.

Pansy se fue unos pasos con Parvati para mirar la cinta bajo otra ventana. Dracenia permaneció junto al libro, intentando alisarse una uña que se había astillado contra el borde de una mesa.

Oyó la voz de Potter detrás de la vuelta de la escalera.

—Cho. ¿Tienes un momento?

Dracenia dejó de tocarse la uña.

No se asomó. Desde donde estaba podía ver una parte del descanso inferior, el final de una bufanda azul y el zapato de Harry junto a un escalón. Él no tenía por qué saber que había alguien más arriba.

—Sí —respondió Cho.

Harry tardó en continuar.

—Quería preguntarte si… si ya vas al Baile con alguien.

La muchacha se acercó lo suficiente para entrar en la franja que Dracenia alcanzaba a ver. Llevaba un libro contra el pecho y no sonreía de una manera que prometiera una respuesta agradable.

—Ya quedé con Cedric. Lo siento, Harry.

Dracenia sintió una satisfacción pequeña, inmediata, que se estropeó al ver cómo Harry bajaba la cabeza.

—Claro. No sabía.

—Me preguntó antes.

—Sí. Claro. Que se diviertan.

Lo dijo con una torpeza tan evidente que Dracenia estuvo a punto de apartarse de la ventana. Cho no intentó prolongar el momento. Se despidió con amabilidad y empezó a subir.

Dracenia abrió el libro como si hubiera estado leyéndolo todo el tiempo.

Cho pasó junto a ella, la saludó y continuó hacia su torre.

Abajo quedó Harry.

Dracenia podría haber esperado a que Pansy regresara.

En vez de eso, cerró el libro y bajó hasta el siguiente descanso. Potter estaba junto a una ventana estrecha, intentando meter las

manos en los bolsillos de una túnica que no tenía los bolsillos donde él los estaba buscando.

Al verla, dejó de intentarlo.

—¿Oíste?

Dracenia se apoyó el libro contra la cadera.

—No ayudó que escogieras una escalera.

Harry miró hacia arriba y apretó la boca.

—Magnífico.

Ella había imaginado una respuesta más divertida. Aun así, no supo dejarlo allí.

—Para ser campeón, no has planeado mucho esta parte.

—Gracias por avisarme.

—No era un aviso. Acaba de pasar.

Harry la miró de una forma que le produjo ganas de empezar de nuevo. Dracenia ajustó el libro, irritada consigo misma. Él había pasado semanas mirando hacia la mesa de Ravenclaw. No era culpa de ella que Diggory hubiera aprendido a preguntar antes.

—Todavía falta para el veinticinco —dijo.

—Ya sé qué día es, Malfoy.

Dracenia levantó la barbilla. Podía marcharse, hacer una observación sobre su carácter y ahorrarse el resto. Quería que dejara de mirar la ventana como si incluso los cristales acabaran de decirle que no.

—Puedo ir contigo.

Harry se volvió del todo.

Durante un segundo, el silencio le pareció una buena señal. Se apresuró a llenarlo antes de tener que averiguarlo.

—Alguien tendrá que evitar que empieces pisando a Madame Maxime. Ya hay bastante gente convencida de que Hogwarts no sabe organizarse.

La mirada de Harry bajó hasta su insignia.

Dracenia la llevaba prendida debajo del escudo de Slytherin. APOYEMOS A CEDRIC DIGGORY. La había puesto aquella mañana sin pensar en Cho, en el Baile ni en nada que no fuera la cara menos desagradable de una placa que antes le gustaba entera.

Harry soltó una risa sin alegría.

—Claro.

Ella se enderezó.

—¿Qué?

—¿También cambia cuando la tocas? ¿O vas a dejar que se rían cuando ya estemos bailando?

Dracenia sintió frío en el estómago.

—No estaba hablando de la insignia.

—Yo sí. Llevo semanas viéndolas.

—Te estoy diciendo que podría…

—Busca a otro para divertirte, Malfoy.

No lo gritó. Eso no impidió que Dracenia se quedara inmóvil.

Harry recogió la bolsa que había dejado junto a la ventana. Ella vio el esfuerzo con que se la subía al hombro y no encontró una respuesta a tiempo. Él ya estaba bajando cuando pudo abrir la boca.

No lo llamó.

El borde del libro le había dejado una marca en la palma.

Dracenia volvió a subir antes de mirarla. Se colocó junto al alféizar donde la había dejado Pansy y apoyó el volumen con mucho cuidado. Por un momento temió que, si lo soltaba deprisa, el golpe hiciera que alguien viniera a preguntarle qué le pasaba.

No había pasado nada. Potter había sido un grosero. Ella no iba a perseguirlo por una escalera para explicarle que había hablado en serio.

Se llevó los dedos hacia la insignia.

El metal no tenía la culpa de parecer exactamente lo que él había visto antes. Dracenia la desabrochó y la guardó dentro de la bolsa, sin tocar el centro.

Le ardía la cara. Quería estar enfadada por una frase que pudiera devolverle mañana. En cambio, seguía oyendo el momento en que dijo puedo ir contigo, antes de que encontrara con qué estropearlo.

Pansy regresó con Padma y una segunda cinta.

—Ésta —anunció, enseñándole un azul oscuro—. La otra era espantosa.

Dracenia asintió.

Su amiga dejó de sonreír un poco.

—¿Qué pasó?

—Nada. ¿Ya tienen lo que querían?

Padma tomó su libro. Dracenia se alegró de no tener que cargarlo de vuelta y se sintió peor al descubrir cuánto quería conservar algo entre las manos.

Pansy no preguntó delante de la otra. Esperó hasta que se separaron al pie de la escalera.

—Te dejé aquí hace cinco minutos.

—Potter estaba hablando con Chang.

Pansy la miró.

Dracenia mantuvo los ojos en el corredor.

—Ya va con Diggory. Le dije que podía ir conmigo.

Su amiga tardó en contestar.

—¿Qué te dijo?

Dracenia repitió la última frase. Al oírla en su propia voz le pareció todavía más fea. Pansy miró hacia su túnica, al lugar vacío donde había estado la placa.

—¿Pensó que te estabas burlando?

—No me dejó terminar.

—Dracenia…

—Ya sé lo que vas a decir.

Pansy cerró la boca. Anduvieron unos pasos sin hablar. Dracenia deseó que su amiga discutiera, y al mismo tiempo no habría soportado otra explicación sobre algo que ella misma había fabricado.

Al llegar a la sala común, Pansy se detuvo junto al tablón.

—Padma y yo tenemos que elegir horario para el sábado. Voy a ir después de cenar.

Dracenia asintió demasiado deprisa.

—No tienes que quedarte conmigo.

—No te he preguntado eso. Te estoy diciendo dónde voy a estar.

Su amiga le apretó una vez el brazo y se fue a buscar sus papeles.

Dracenia subió. En el dormitorio había una caja de Narcissa con dos muestras de tela. Las extendió sobre la cama: una verde oscuro y otra gris con un brillo suave. La primera le habría gustado más que la segunda durante cualquier otra tarde.

Las guardó sin escoger.

Después sacó la insignia de la bolsa y la dejó en el cajón, debajo de una hoja. Cuando una de las otras niñas preguntó si ya sabía con quién iba a ir, Dracenia dijo que todavía no lo había decidido.

No sonó triste. Había aprendido a conseguir eso mucho antes de saber que aquella tarde iba a necesitarlo.

CAPÍTULO 27

Volver a preguntar

Harry

El huevo gritó en cuanto Harry lo abrió.

Ron se lanzó sobre él y casi se llevó también el plato donde habían puesto las galletas. Los dos intentaron cerrarlo por lados distintos; la tapa cedió al fin, dejando en el dormitorio un silencio que parecía zumbar por dentro.

Seamus apartó las manos de las orejas.

—¿Ésa es la siguiente prueba?

Harry miró el huevo cerrado.

—Espero que no.

Lo había abierto por segunda vez para comprobar si el sonido cambiaba. La primera, después de la celebración, sólo consiguió que Neville confundiera el ruido con algo que había dejado escapar de una maceta. Ahora tenía tres páginas de notas, dos pruebas iguales y ninguna palabra que pudiera distinguir entre los alaridos.

Ron recuperó una galleta del borde de la cama.

—Vamos a tener que hacerlo donde no quiera matarnos todo el mundo.

Harry asintió. La forma en que su amigo decía vamos seguía sorprendiéndolo a ratos. No habían recuperado cada costumbre en una sola tarde; Ron aún se quedaba pensando antes de preguntarle

ciertas cosas y Harry se enfadaba demasiado rápido cuando oía un quizá. Pero había vuelto a encontrar sus libros abiertos junto a los de él.

Aquello era mucho mejor que saber cómo descifrar un huevo durante una mañana.

En Encantamientos, Pansy le pidió una caja que había quedado bajo su banco.

Harry la alcanzó. Una pluma torcida se había atorado en la tapa y tuvo que liberarla antes de entregársela. Pansy la guardó aparte.

—Todavía llevan ésa.

—Todavía funciona. Lo que pasa es que no hace lo mismo que las otras.

Harry le pasó el resto. Al levantar la cabeza vio a Dracenia al fondo, guardando sus cosas sin mirar hacia ellos.

No habían hablado desde la escalera. Harry había imaginado que ella volvería con una nueva burla. En cambio, le había pedido a Ron un frasco sin dirigirse a él y se marchó antes de que terminara la clase siguiente.

—Tu amiga está muy ocupada buscando otro público —dijo.

Pansy lo miró.

Harry se arrepintió del tono. Aun así, no retiró la frase.

—Por lo del Baile.

Pansy cerró la caja.

—Si hubiera querido que se rieran de ti, Potter, no habría escogido un sitio donde no había nadie.

Harry miró hacia el lugar de Dracenia. Ya estaba vacío.

—Tú estabas arriba.

—Con Padma. Y no te oí hasta que bajabas.

Se echó la bolsa al hombro. Harry esperó que añadiera algo acerca de lo que Dracenia había dicho después. Pansy no lo hizo.

—Eso no cambia las insignias —respondió él.

—No he dicho que las cambie.

Se fue con su caja. Harry permaneció sentado hasta que Flitwick le pidió que apartara los pies para poder pasar.

Hermione tenía planeada la tarde.

Iría a las cocinas con una lista más corta de preguntas y sin el pergamino de firmas. Dobby le había explicado que algunos elfos dejaban de hablar en cuanto lo veían, convencidos de que les llevaba un contrato para despedirlos.

—No estoy pidiendo que dejen el colegio —protestó—. Quiero que puedan decidir.

Ron miró el libro abierto entre los tres.

—Pues empieza por decirles eso sin sacar la lista.

Hermione lo observó un momento y luego arrancó una esquina de papel para anotar algo.

Harry dejó de dar vueltas a su pluma.

—Creo que Malfoy me estaba invitando de verdad.

Ron levantó la vista.

—¿Al Baile?

—Eso dijo.

—También dijo bastantes cosas en unas placas.

—Ya sé.

Hermione guardó el papel.

—¿Qué quieres hacer tú?

Harry miró la ventana. La pregunta no había sido si Dracenia era buena, si Cho se había equivocado ni si le quedaba alguna muchacha en el colegio. Había pasado varios días evitando preguntárselo de una manera tan sencilla.

Recordó su risa después de Peeves. La cara que puso al decir que el índice había mentido. Recordó también la insignia brillando en Pociones. Podía pasarlo bien con ella. Eso no le aseguraba que mañana no volviera a hacer algo parecido.

—Quiero ir con ella.

Ron apoyó ambos codos sobre la mesa.

—Va a querer decirte cómo se hace todo.

—Eso también lo sé.

Hermione lo miró con una expresión que le hizo dejar de sonreír.

—No voy a fingir que ahora me cae bien.

—No te lo estoy pidiendo.

—Bien.

Ron levantó una ceja.

—Ni yo voy a fingir que la quiero en nuestra mesa todas las tardes.

Harry cerró su libro.

—Sólo voy a preguntarle si quiere ir al Baile. Todavía puede decirme que no.

Ron se recostó en la silla.

—Por lo menos sería algo que no intentara organizar por ti.

Harry le arrojó la esquina de papel que había quedado en la mesa. Hermione la atrapó antes de que llegara a la nariz de Ron y

le dijo que fuera a preguntar en vez de desperdiciar toda la tarde hablando con ellos.

La encontró el martes, después de Pociones.

No la siguió hasta una escalera desierta. Esperó a que Pansy se adelantara para reunirse con Padma y la llamó junto al arco que daba al patio. Había gente lejos, a ambos lados, pero ninguno podía oír una conversación en voz baja.

Dracenia se detuvo con la bolsa contra la cadera.

—¿Qué quieres?

Harry había preparado un principio bastante razonable. Lo perdió al ver cómo se le endurecía la cara.

—Lo del otro día. Pensé que estabas intentando burlarte de mí.

—Me quedó claro.

Harry metió las manos en los bolsillos y volvió a sacarlas.

—Con las insignias no era tan difícil pensarlo.

Dracenia apretó la correa. No miró hacia la salida para fingir que tenía otra cosa que hacer.

—No era eso —dijo.

Harry asintió. Aquella respuesta tan simple le produjo más vergüenza que cualquiera de las que había ensayado para discutir.

—Me pasé al hablarte así.

Ella sostuvo su mirada un momento.

—Yo hice las insignias —respondió, con la voz más baja—. No voy a decirte que te las imaginaste.

Harry sintió que podía respirar sin preparar enseguida una defensa.

—¿Todavía quieres ir conmigo?

Dracenia lo miró como si acabara de cambiar el lugar de todas las cosas del patio.

—¿Ahora sí?

—Ahora te lo estoy preguntando yo.

—Podría haber dicho que sí a otro.

Harry tragó saliva.

—¿Lo hiciste?

Ella tardó en contestar. Durante un segundo él alcanzó a imaginarse volviendo a la biblioteca con la noticia y la cara que pondría Ron.

—No.

Harry dejó escapar el aire. Dracenia lo vio y una pequeña satisfacción le levantó la barbilla.

—Pero no pienso aceptar para que después me mires como si hubiera escondido algo debajo de la mesa.

—No te estoy invitando para vigilarte.

—Sería un Baile bastante aburrido.

Harry sonrió. Ella miró su boca un instante y volvió a sus ojos tan deprisa que él no pudo decidir si de verdad lo había hecho.

—Quiero ir contigo, Malfoy.

La frase salió sin ningún añadido útil. Dracenia bajó los ojos hacia su propia bolsa.

—Está bien.

Harry esperó por si faltaba una condición que cambiara la respuesta entera.

—Pero vamos a practicar —añadió ella—. No pienso dejar que me pises delante de todo el colegio.

—¿Prefieres que empiece en privado?

Dracenia intentó mantener la seriedad y no lo consiguió del todo.

—El viernes. Después de cenar. Te enseño dónde.

Harry asintió. Al irse, estuvo a punto de caminar hacia el lado equivocado y tuvo que corregir mientras ella todavía lo miraba.

No volvió la cabeza hasta la escalera.

El salón del viernes tenía un taburete que cojeaba.

Harry lo descubrió al dejar su bolsa. Dracenia se agachó, metió un papel doblado bajo una pata y comprobó que la superficie quedara firme. Después apartó las mesas del centro.

—¿Vienes mucho aquí?

—A practicar.

No especificó qué. Sobre una silla había dejado su cuaderno verde y Harry vio una anotación sobre un escudo antes de que ella colocara encima una caja de madera.

La abrió. Una bailarina diminuta dio una vuelta sobre una base, se detuvo y empezó a sonar música.

—Es de Pansy —explicó Dracenia—. Si la rompes, se lo dices tú.

Harry se colocó frente a ella con una sensación que no había tenido al montar la Firebolt contra el dragón: no sabía dónde poner ninguna de las manos.

Dracenia le tomó una y le colocó la otra a un lado de su espalda.

—Ahí. No tienes que agarrarme como a la escoba.

Él aflojó los dedos.

Estaba muy cerca. La luz del salón dejaba una sombra leve bajo sus pestañas y Harry descubrió que aquella observación no lo ayudaba en absoluto a escuchar las instrucciones.

—¿Potter?

—Te oigo.

—Pues empieza con ese pie.

Él movió el derecho. Ella movió el izquierdo. Sus zapatos chocaron.

Dracenia cerró los ojos.

—El otro derecho.

Harry empezó a reírse. Le costó más dejar de hacerlo cuando ella miró sus pies para comprobar que no hubiera una dificultad real que se le estuviera escapando.

Tardaron en completar una vuelta. Harry avanzaba demasiado; Dracenia corregía antes de que él terminara y los dos acababan tirando hacia lugares distintos.

Al tercer choque, él se detuvo.

—Si vas a llevarme tú, avisa. Así levanto los pies.

Dracenia abrió la boca para contestar. Luego miró el lugar donde habían empezado.

—Estoy acostumbrada a saber cómo sigue.

—Yo no.

Ella se quedó callada un momento. Bajó la mano con la que todavía lo sostenía y le mostró sólo los pasos, más despacio. Harry pudo repetirlos sin tener que decidir también qué hacía con el resto del cuerpo.

Cuando volvieron a acercarse, Dracenia esperó.

La primera vuelta salió mal por poco. La siguiente salió bien.

Harry alzó la cabeza, sorprendido. Ella estaba sonriendo y perdió un paso al verlo hacer lo mismo. Chocaron de nuevo, esta vez hombro contra hombro, y Dracenia tuvo que aferrarse a su mano para no pisarlo.

Se echaron a reír sin apartarse enseguida.

La bailarina terminó su música y quedó inmóvil dentro de la caja.

Harry notó el silencio antes de darse cuenta de que seguía sosteniendo a Dracenia por la espalda. Ella lo soltó primero, con un movimiento algo brusco que no alcanzó a parecer una queja.

—Todavía no sabes girar.

—Hace diez minutos no sabía moverme.

Dracenia miró la caja. Volvió a darle cuerda.

—Tampoco te acostumbres a que te feliciten por tan poco.

Harry le tendió la mano antes de que ella volviera al centro.

Esta vez no tuvo que colocársela.



CAPÍTULO 28

Sin mirar los pies



Dracenia

La respuesta de su madre empezó con una pregunta sobre los zapatos.

Dracenia la leyó dos veces, segura de haberse saltado algo. Había empleado casi media página en explicar por qué iría al Baile con Potter: era uno de los campeones de Hogwarts, tendría que abrir la fiesta y no convenía que empezara haciendo el ridículo. Narcissa quería saber si había probado los zapatos nuevos con las medias que pensaba usar.

Debajo, en una letra más pequeña, había añadido: *También podrías ir porque te diviertes con él. No hace falta que me lo expliques como si yo organizara el Torneo.*

Dracenia dobló la carta.

Pansy, sentada al otro lado de la cama, intentaba decidir si un broche resultaba demasiado pesado para una tela que no dejaba de resbalarle entre las manos.

—¿Qué dijo?

—Que me pruebe los zapatos.

—Una idea terrible. Podrías descubrir antes que te quedan mal.

Dracenia le dio un empujón con la rodilla. Su amiga se apartó riéndose y conservó el broche en alto para que no acabara debajo de las mantas.

Era miércoles. Faltaban cuatro días para Navidad y todavía tenía que enseñarle a Potter a dar una vuelta sin anunciarla con la mirada. En la última práctica había mejorado de una manera bastante irritante: cuando dejó de obedecer cada corrección a mitad de un paso, empezó a entender la música por su cuenta.

Dracenia abrió la caja de los zapatos y sacó uno.

El izquierdo le rozaba un poco al caminar.

No pensaba escribirle a su madre para darle también la razón en eso.

Había contestado a Lucius el domingo, al mismo tiempo que a Narcissa.

Su padre recibió el nombre del acompañante dentro de una carta sobre Pociones, el último turno de vuelo y una queja perfectamente justificada acerca de la comida de los visitantes. La respuesta llegó por separado. Lucius no había olvidado lo que Potter hizo en la Cámara. Tampoco parecía haber olvidado a ninguna de las personas con las que se sentaba a comer.

Un Baile no te obliga a compartir sus opiniones, escribió.

Dracenia apretó el papel. No había pedido una lista de temas de conversación permitidos. Harry tampoco le había solicitado que dejara de ser una Malfoy antes de preguntarle si quería ir con él.

La carta seguía con una frase más cálida. Lucius esperaba que disfrutara la fiesta y había pedido que incluyeran en el paquete un broche que a ella le gustaba desde el verano. Al final le decía que

estarían en casa cuando regresara y que no tardara en contarles cómo había ido.

Dracenia sacó el broche de su estuche. Conocía la forma en que él lo eligió: habría preguntado por el cierre, examinado las piedras y descartado otro que no estuviera terminado como le gustaba. Le produjo ganas de abrazarlo y de discutir con él antes de dejar que acabara de explicarse.

Guardó la carta con las otras.

Después probó el broche sobre la tela verde que había elegido. Quedaba precioso. No tenía por qué fingir otra cosa para estar enojada.

Pansy se probó el suyo al acabar de cenar.

Pucey la esperaba abajo para acordar a qué hora se encontrarían el domingo. No iban a bailar todos los bailes porque él afirmara saber hacerlo, le había advertido ella; si la dejaba sentada para comentar Quidditch, tendría que encontrarla después.

—¿Y sabe dónde buscar? —preguntó Dracenia.

—Eso le dije que pensara.

Pansy terminó de prenderse el broche y se volvió hacia la ventana para comprobarlo con otra luz.

—Padma va con Marek. El de Durmstrang que hizo caer dos aros el primer día.

Dracenia recordó al muchacho alto que había entendido al revés las instrucciones.

—¿Ya aprendió a mover los pies?

—Padma dice que, por lo menos, ahora pregunta antes de agarrar las cosas.

Se acomodaron el pelo frente al mismo espejo. Pansy no le pidió noticias de Potter ni intentó averiguar qué habían hecho durante una hora en el aula. Cuando Dracenia alzó el brazo para corregirle un mechón, su amiga la apartó.

—Así lo quiero.

Dracenia dejó la mano quieta un segundo y la bajó.

—Te va a caer en los ojos.

—Entonces podré dejar de ver tu cara cuando lo diga.

Dracenia se rio. Salieron juntas y se separaron al llegar al vestíbulo, cada una con una hora que no había elegido la otra.

Potter estaba esperando fuera del salón.

Llevaba la caja de música con ambas manos. Pansy se la había prestado al terminar el primer ensayo y él la transportaba como si contuviera un animal dispuesto a escaparse.

—No muerde —le dijo Dracenia.

—Todavía. No sé qué le dijiste.

Ella abrió la puerta y encendió las lámparas. Había una mesa en medio del espacio que despejaron la semana anterior. Harry dejó la caja y la ayudó a llevarla a un lado antes de que ella pudiera ordenárselo.

Dracenia miró la ventana. La había dejado entornada la última persona que usó el aula. Al cerrarla, dejó de agitarse una hoja prendida junto al pizarrón mal borrado.

—¿Siempre usas éste? —preguntó Harry, tocando el papel bajo el taburete.

—Si lo quitas, te sientas tú.

Él levantó las manos y se apartó. Dracenia sonrió antes de que se volviera.

Junto a ese taburete había conseguido sostener la luz de su Patronus. Ahora Harry comprobaba que la pequeña bailarina no se hubiera quedado pegada a la tapa, y a Dracenia le gustaba encontrarlo allí. No había ganado una discusión ni conseguido que otra persona le diera permiso para nada. Él había llegado porque lo acordaron y se quedaría para hacer algo con ella.

—¿Qué? —preguntó, sorprendiéndola mirándolo.

—Nada. Vamos a ver si todavía te acuerdas.

Harry se acordaba.

Dracenia lo notó en cuanto empezaron. Ya no sostenía su mano como si estuviera esperando que le indicara por dónde cruzar un puente. La llevaba con él. En la primera vuelta tuvo que contenerse para no adelantarse al giro.

Él lo advirtió.

—Te estás aguantando las ganas de corregirme.

—No tanto como debería.

Harry sonrió. Dracenia perdió una cuenta y tuvo que dejar que él terminara el movimiento antes de recuperar el paso.

Habían venido para practicar la entrada y el comienzo. Harry se detuvo, dio unos pasos hasta la puerta y fingió que alguien acababa de anunciarlos.

Le ofreció el brazo con una solemnidad espantosa.

Dracenia lo miró.

—Así no.

—¿Qué hice ahora?

—Parece que vas a entregarme a alguien.

Harry bajó el codo. Ella se acercó, apoyó la mano con más naturalidad y caminaron hasta el centro. No había un comedor lleno, ni jueces, ni tres parejas sabiendo exactamente dónde colocarse. Bastó imaginarlo para que él apretara un poco el brazo.

Dracenia dejó de sonreír.

—No tienes que mirar a todos.

Harry la observó.

—Estarán delante.

—Yo también.

Él no contestó enseguida. Dracenia sintió que acababa de decir algo mucho más evidente de lo que necesitaba. Se soltó para poner otra vez la música.

Cuando volvió, Harry le tendió la mano.

La segunda canción era más rápida.

Dracenia había querido dejarla para después, pero Harry reconoció el cambio y empezó antes de que ella pudiera explicarlo todo. Fallaron la primera vuelta. En la siguiente él corrigió sin detenerse, ella lo siguió y los dos llegaron al mismo lugar con la sensación absurda de haber hecho una travesura.

—Ésa no la enseñaste —dijo Harry.

—Porque no sabía si ibas a sobrevivir a la otra.

Él se rio y ella empezó a reírse también. El pelo le cayó sobre la mejilla. Intentó apartárselo sin soltarle la mano y Harry se detuvo para dejarla hacerlo.

Quedaron inmóviles en medio del salón, todavía cerca.

Dracenia podía ver una pequeña marca de tinta junto al puño de su camisa. Él ya no miraba los pasos: la miraba a ella, con los ojos verdes muy cerca. Había imaginado a Potter arreglándose para una fiesta y no había conseguido pensar en nada distinto de él peleándose con el cuello. Ahora deseó que llegara el domingo para averiguar si podía sorprenderla.

Harry bajó la mirada hacia sus zapatos.

—Ya no te pisé.

—Una vez al principio.

—Entonces ya mejoré.

Dracenia apretó un poco sus dedos.

—Sí.

La palabra salió sin una broma detrás. Harry alzó los ojos. Ella estuvo a punto de añadir algo y se encontró prefiriendo aquel silencio.

La música terminó antes de que cualquiera decidiera moverse.

Recogieron con tiempo para volver a sus salas comunes.

Pusieron la mesa en su sitio y la caja dentro de la bolsa, envuelta en un pañuelo para que no se abriera por el camino. Dracenia apagó las lámparas antes de salir.

En la puerta, él se detuvo.

—Gracias por enseñarme.

Dracenia miró la bolsa para no sonreír demasiado pronto.

—Todavía falta que lo hagas donde están mirando.

—Ya lo sé. Pero ahora tengo alguna posibilidad.

Ella levantó los ojos. Harry parecía a punto de decir otra cosa. En el corredor se oyó a dos alumnos discutiendo dónde habían dejado un abrigo, y ambos salieron para no quedarse atravesados en la entrada.

Al llegar a la bifurcación, Harry se volvió hacia ella.

—Nos vemos el domingo.

Dracenia asintió. Se quedó con ganas de decir su nombre cuando él ya se había marchado, lo cual le pareció una forma particularmente inútil de empezar a olvidarse de cómo hablaba.

El sábado el castillo olía a ramas frescas y a cosas dulces que no habían llegado todavía a las mesas.

Dracenia encontró a Padma y Pansy guardando el material de las prácticas. No volverían a prestarlo hasta después de Navidad. Luna las ayudaba a separar los hilos, con la tranquilidad de quien no veía ningún motivo para jalarlos hasta romperlos.

Neville llegó con una caja vacía para las plumas. Al ver a Luna se detuvo un momento.

—¿A las ocho menos cuarto abajo? —preguntó.

Ella asintió.

—Si llego antes, te espero.

Neville sonrió y tuvo que volver a preguntar a Pansy qué quería que cargara. Dracenia fingió interesarse por una tapa hasta que él pudo marcharse sin tener a todas mirándolo.

En el vestíbulo estaba Ginny con un muchacho de quinto de Gryffindor que a veces recogía material del campo. Él intentaba sostener una rama que otro alumno estaba decorando. Ginny le decía algo que lo hizo reír y la rama se le dobló sobre el pelo.

Harry no estaba allí.

Dracenia descubrió que lo había buscado en cuanto lo pensó. Tomó la caja que le ofrecía Pansy y la llevó hasta la puerta, sin protestar porque pesaba más de lo que esperaba.

Aquella noche volvió a probarse los zapatos. Esta vez caminó un buen rato antes de guardarlos. Después dejó el broche de su padre junto a la ropa y leyó otra vez la carta de Narcissa.

No escribió una explicación nueva.

CAPÍTULO 29

La primera canción

Harry

Ron se había puesto la túnica al revés.

Harry lo supo porque el cuello, que su amigo llevaba semanas intentando arreglar, le quedaba sobre la espalda. Ron dio media vuelta delante del espejo y se quedó inmóvil.

—No digas nada.

Harry se sentó en la cama para no estorbarle mientras se la quitaba.

Habían pasado el día de Navidad entre regalos, comida y una batalla de bolas de nieve que terminó con George negando haber usado magia y una de sus bolas esperándolo pacientemente detrás de un árbol. Ron consiguió sacársela de encima antes de que lo siguiera hasta el castillo. Ahora tenía el pelo todavía húmedo y una prisa que no iba a ayudarlo a encontrar las mangas.

Harry se puso de pie para sujetarle un lado.

—Así.

Ron asomó la cabeza por el lugar correcto. Se miró otra vez, disgustado con el borde que no había conseguido volver elegante.

—Parvati ya la vio —dijo Harry.

—No es lo mismo verla doblada.

Parvati había aceptado ir con él después de una conversación que Ron se negó a contar entera. Harry tampoco le pidió una reconstrucción. Le bastaba saber que su amigo había llegado al día veinticinco con más cosas en la cabeza que el nombre de los campeones.

Harry se abrochó su propia túnica. El cuello oscuro no intentaba cerrarse sobre su garganta y las mangas le llegaban a las muñecas. Por algún motivo, aquello no le impidió sentirse vestido de otra persona.

Ron lo miró de arriba abajo.

—El pelo sigue igual.

Harry se rio.

—Gracias. Eso ayuda.

Su amigo abrió la puerta y tuvo que regresar por los zapatos.

En la sala común había personas que llevaban años viviendo juntas y no parecían reconocerse.

Dean se detuvo a mitad de una frase al ver a Lavender. Seamus preguntó dónde estaba alguien que acababa de saludarlo. Ginny, con un vestido que no tenía nada que ver con la capa de vuelo, intentaba que su hermano dejara de examinar al muchacho que la esperaba junto al retrato.

—Owen March —dijo ella, antes de que Ron abriera la boca—. Quinto. Y me lo preguntó a mí.

Owen saludó sin darle una explicación sobre sus intenciones para toda la vida. Harry lo conocía de verlo recoger material con los mayores y de una ocasión en que le devolvió a Neville un libro mojado después de ayudarlo a secarlo.

—Pásenla bien —le dijo.

Ginny le dedicó una sonrisa agradecida y salió con su acompañante antes de que Ron recordara qué otra cosa quería preguntar.

Parvati apareció con un brillo que volvía todas las luces de la sala más interesantes. Le acomodó a Ron una parte del cuello sin burlarse y lo llevó hacia el retrato. Harry los siguió, con el estómago apretándose un poco más a cada escalón.

No esperaba a Dracenia en la puerta de su sala común. Habían quedado abajo, junto al arco del patio.

Llegó antes que ella.

Harry estaba repasando los primeros pasos cuando la vio al otro lado del vestíbulo, en el descanso de la escalera.

Dracenia bajaba junto a Pansy, sujetándose un poco la falda con una mano. El vestido era verde oscuro; los pliegues cambiaban de tono al moverse y el borde dejaba ver la punta de sus zapatos a cada paso. Llevaba la barbilla levantada y rozaba la baranda con la mano libre. Harry se enderezó, aunque ella todavía no lo había visto.

Se había recogido parte del cabello hacia un lado. Los mechones dorados le caían detrás del hombro y dejaban una oreja descubierta; uno más corto se movía junto a su mejilla cada vez que se volvía para contestarle a Pansy. El pequeño broche prendido cerca del hombro brilló cuando pasó bajo una lámpara. Harry siguió el destello y volvió a su cara.

Ya no recordaba por dónde iba en los pasos.

Se alisó una manga. En los ensayos había podido hacerla reír, discutir con ella y equivocarse sin tener que pensar tanto en dónde ponerse. Ahora esperaba junto al arco, con las manos vacías,

deseando que tardara un poco más en llegar para darle tiempo de encontrar algo que decir. Al mismo tiempo, le molestó que dos alumnos se cruzaran delante y le taparan la vista.

Era por el vestido. Estaba acostumbrado a verla de uniforme. Seguramente se le pasaría en cuanto Malfoy abriera la boca para corregirle algo.

En el último escalón, Dracenia volvió la cabeza hacia el arco y lo encontró. Se detuvo. Durante un instante pareció sorprendida de verlo allí, aunque habían acordado la hora dos veces. Después sonrió apenas y cruzó el vestíbulo con Pansy. A Harry se le olvidó también el saludo.

Pucey llegó a buscar a Pansy. Su amiga le dijo algo que lo obligó a detenerse para ofrecerle el brazo correctamente y los dos se alejaron discutiendo, bastante contentos de hacerlo.

Dracenia quedó frente a él.

—¿Qué miras, Potter?

Harry parpadeó.

—A ti.

Ella abrió apenas la boca.

Harry sintió que las orejas empezaban a calentársele. Ya lo había dicho; añadir una broma sólo iba a estropearlo.

—Estás muy bonita.

Dracenia miró un momento el cuello de su túnica y después volvió a su cara.

—Tú también te arreglaste.

Se quedaron callados. Harry no sabía si acababa de recibir un cumplido o la confirmación de que había abrochado las cosas en el sitio correcto. Por la expresión de Dracenia, ella tampoco parecía satisfecha de haber encontrado tan pocas palabras.

Él le ofreció el brazo.

Dracenia apoyó la mano sin corregirle la altura.

McGonagall los reunió con los otros campeones antes de abrir las puertas.

Fleur iba con un alumno de Ravenclaw. Cedric tenía a Cho a su lado; ella saludó a Harry con una sonrisa natural y él descubrió que podía devolvérsela sin querer desaparecer.

Krum llegó con Hermione.

Harry tardó en reconocerla. No por el vestido solamente. Llevaba el pelo recogido, caminaba derecha y se estaba riendo de algo que Viktor acababa de decirle, sin buscar dónde podían estar sus amigos para comprobar que la hubieran visto.

—Hermione.

Ella se volvió, algo insegura por primera vez.

—Hola.

Harry sonrió.

—Estás estupenda.

La sonrisa de su amiga volvió entera.

Dracenia se movió un poco a su lado. Harry sintió que se le tensaban los dedos sobre el brazo. Miró a las dos sin intentar encontrar una frase que las hiciera parecer amigas.

—Granger —dijo Dracenia.

—Malfoy.

Krum saludó a Harry. McGonagall dio un paso al frente y empezó a indicar el orden de entrada. Harry la escuchó con una gratitud considerable.

Al abrirse las puertas, la luz del comedor se derramó por el vestíbulo.

Por un momento Harry dejó de pensar en los pasos.

Había nieve suspendida bajo el techo. Caía despacio y desaparecía antes de llegar a las mesas, dejando tras de sí un brillo que se apagaba sobre el cabello de la gente. Las paredes parecían abiertas a un bosque de invierno; entre los árboles encantados se movían pequeñas luces doradas. Al fondo, los músicos esperaban en un estrado lleno de instrumentos que Harry no habría sabido cargar sin ayuda.

No habían colocado las mesas largas. Los grupos se reunían alrededor de mesas pequeñas, y al pasar entre ellas Harry encontró caras que conocía bajo colores que no había visto nunca.

Dracenia le apretó apenas el brazo.

—Mira al frente. Hay una silla.

Harry evitó la silla por menos de un paso.

—La vi.

—Claro.

Llegaron a sus lugares sin golpear nada más. Al apartarle la silla, Harry dejó una manga sobre el asiento. Dracenia se sentó y él tuvo que detenerse, con el brazo extendido.

Cho se tapó una sonrisa con la copa.

Dracenia liberó la tela con una dignidad admirable.

—Estamos empezando muy bien.

Harry empezó a reírse. Aquello lo ayudó más que todas las veces que había imaginado cómo entraría.

La comida llegaba al pedirla.

Harry leyó el pequeño menú sobre su plato y escogió algo que reconocía. No quería descubrir a la vez un sabor nuevo y la forma de mantener una conversación con Dracenia mientras diez personas podían escucharlos.

Ella eligió otro plato. Cuando apareció, miró lo que había pedido Harry.

—Eso también lo comiste al mediodía.

—Me gustó al mediodía.

Dracenia abrió la boca y decidió probar lo suyo antes de seguir discutiendo. La vio levantar una ceja, sorprendida por el sabor, y le entraron ganas de preguntar. Ella acercó un poco el plato.

—Puedes probar. Si dejas de mirarlo como si hubiera hecho algo malo.

Harry tomó un pedazo pequeño. Estaba mejor de lo que esperaba y ella lo advirtió por su cara.

—No pienso darte la razón durante toda la noche —dijo.

—Puedes empezar por la cena.

Al otro lado, Hermione explicaba a Krum una parte del castillo. Él pronunciaba el nombre de una torre con mucho cuidado; ella se lo repitió, sin reírse, y después se rio de su propia exageración al ayudarlo con la última sílaba.

Harry descubrió a Ron en una mesa cercana.

Su amigo había visto con quién estaba Hermione. Parvati le dijo algo, esperó una respuesta y terminó volviendo la cabeza hacia su hermana. Ron miró su propio plato, como si de pronto no recordara por qué estaba allí.

Harry quiso hacerle una seña. McGonagall se acercó para avisar a los campeones.

Había llegado la hora.

Dracenia se levantó primero.

Harry tuvo que dejar la servilleta dos veces, porque la primera se le quedó enganchada en el puño. Al ponerse de pie encontró su mano tendida y la tomó antes de mirar hacia el centro.

Todos se estaban apartando.

El espacio no era tan grande como el del dragón. Le pareció que había mucha más gente.

Dracenia se colocó frente a él. Harry apoyó la mano en su espalda, encontró el lugar de los pies y oyó las primeras notas. Las reconoció de la caja. La orquesta las llenaba de sonidos que allí no habían estado, pero el comienzo seguía siendo el mismo.

—No corras —murmuró ella.

Harry la miró.

Dracenia estaba tan concentrada como al prepararse para salir detrás de una Snitch. Aquello le produjo una sonrisa que no pudo contener. Ella frunció las cejas, preguntándole sin hablar qué le parecía tan divertido.

Harry empezó.

El primer giro salió bien.

En el segundo, alguien aplaudió demasiado cerca y Harry perdió la cuenta. Estuvo a punto de detenerse. Dracenia apretó su mano y esperó medio paso, sin tirar de él.

Pudo seguir.

La vio sonreír entonces, un poco sorprendida y mucho más contenta de lo que habría admitido delante de Pansy. Harry dejó de escuchar la mesa más cercana.

No iban solos. Fleur y su compañero pasaron por un costado; Cedric llevó a Cho hacia el extremo abierto. Otras parejas comenzaron a unirse cuando la música lo permitió. El centro dejó de ser un lugar al que miraba todo el comedor.

Harry respiró.

—Ya está —dijo Dracenia.

Él no soltó su mano.

—Todavía suena.

Ella levantó la barbilla apenas.

—Entonces sigue.

Después de la primera canción vino otra.

Harry no habría sabido decir cuándo decidió quedarse para ésa también. Dracenia se rio al verlo intentar un paso más rápido, él le recordó que lo había enseñado ella y acabaron alejándose de una pareja que ocupaba demasiado sitio con los codos.

La magia del techo cambiaba con la música. Unas luces subieron entre las ramas y dejaron pasar por encima de ellos una noche llena de estrellas. Harry levantó la cara; Dracenia lo miró hacerlo y volvió la vista al techo, compartiendo el momento sin decirle que cualquiera habría podido verlo desde una silla.

Al terminar, fueron a beber algo.

Encontraron a Ron cerca de Hermione. Su amiga seguía de la mano de Krum, que escuchaba con el ceño fruncido sin alcanzar a entender todo lo que se decían.

—Podías haberlo contado —decía Ron.

—Me preguntaron todos menos tú.

—No tenía que adivinar que ibas a venir con él.

Hermione soltó la mano de Viktor para recoger su copa.

—No tenías que adivinar nada. Y Parvati lleva un rato esperando que vuelvas a hablarle.

Ron miró hacia su mesa. Parvati ya no estaba sentada. Bailaba con un muchacho de Beauxbatons y parecía estar pasándolo bastante bien.

Harry se acercó a su amigo cuando Hermione regresó a la pista.

—¿Quieres salir un momento?

Ron se quedó mirando el hueco que habían dejado.

—No.

Después vio a Dracenia a unos pasos de Harry. Ella estaba sirviéndose agua y no intentaba meter una frase en la conversación.

—Estoy siendo un idiota —murmuró Ron.

Harry no quiso decirle que no.

Su amigo se frotó la cara.

—Voy a esperar a que termine esa canción. A ver si Parvati todavía quiere bailar conmigo.

Harry le tocó el hombro y se apartó para dejarle el camino.

Dracenia le ofreció una copa de agua.

—No hice ningún comentario —dijo antes de que él hablara.

—Lo noté.

Ella bebió de la suya, algo molesta por no poder discutir una acusación que Harry no había hecho.

Padma pasó con su acompañante y saludó sin detenerse. Cerca de ellos, Madame Maxime se reía mientras le quitaba a Hagrid una flor que se le había enganchado en la manga.

Harry apoyó la copa vacía.

No estaba esperando que llegara alguien para llamarlo a otra sala. El huevo seguiría cerrado arriba. Tenía una carta de Sirius guardada, amigos en el comedor y una muchacha a su lado que volvía la cabeza cada vez que empezaba una canción.

—¿Otra? —preguntó.

Dracenia dejó su copa junto a la suya.

—No sabía que ibas a necesitar tanto ensayo.

Harry le ofreció la mano.

Ella la tomó antes de terminar de sonreír.



CAPÍTULO 30

Un poco más de camino



Dracenia

Potter ya no miraba sus propios zapatos.

Dracenia se dio cuenta al terminar una canción en la que tuvieron que girar para dejar pasar a dos muchachos que se habían tomado demasiado en serio la música. Harry se apartó, le hizo espacio y la llevó con él sin detenerse. Al volver al centro estaba sonriendo.

—No digas que fue porque te enseñé yo —le advirtió ella.

—No iba a decirlo.

Dracenia entrecerró los ojos.

—Podrías.

Él se echó a reír. Tuvo que aflojar los dedos para que no tirara de ella al inclinarse, y Dracenia se rio también, con un cansancio feliz que empezaba a dolerle en las mejillas.

Había pasado casi toda la noche intentando no acomodarle un mechón. Potter se lo levantaba cada vez que se pasaba la mano por la cabeza, cosa que hacía al dejar de saber qué responder. Ahora ya ni siquiera parecía estar intentándolo.

Le gustaba así.

La certeza le hizo perder un paso. Harry la sostuvo antes de que chocara con el hombro de una muchacha y Dracenia decidió que

había sido una corrección aceptable, teniendo en cuenta que había empezado la noche con el brazo mal puesto.

Neville les hizo sitio junto a una mesa donde habían dejado jarras de agua.

Tenía el cuello de la túnica torcido y estaba muy contento. Luna había descubierto que una pequeña flor de hielo conservaba su forma al sacarla de la copa, siempre que no intentara calentársela entre las manos. La sostenía sobre una servilleta para enseñársela.

—Se va a derretir —dijo Neville.

—Sí. Por eso quiero verla ahora.

Él se inclinó. Una gota le cayó en el puño y la limpió, riéndose de lo mal que había calculado el sitio.

Harry se sirvió agua. Dracenia bebió despacio, mirando la flor volverse transparente. Luna no pareció triste cuando perdió un pétalo. Dejó la servilleta sobre un plato vacío y le preguntó a Neville si quería regresar cuando empezara la siguiente canción.

Él miró el estrado y asintió antes de que los músicos terminaran de acomodarse.

Dracenia vio alejarse a los dos. No bailaban especialmente bien. Neville se detenía cuando creía haber cometido un error y Luna seguía moviéndose hasta que él descubría que podía continuar.

—¿Qué? —preguntó Harry.

Ella se volvió. Lo había encontrado mirándola a ella, no a los otros.

—Nada.

Harry sonrió de aquella manera que le impedía creer que no hubiera oído todas las versiones anteriores de la palabra.

Dracenia dejó su copa.

—No vas a quedarte aquí contando cuántos pasos hace mal Longbottom.

—Estaba descansando.

Ella le tendió la mano.

Harry terminó el agua de un trago y volvió con ella a la pista.

Pansy los interceptó más tarde, cuando Dracenia empezaba a sospechar que los zapatos elegidos por su madre tenían una opinión muy distinta acerca de cuánto debía durar una fiesta.

Su amiga llevaba el broche bien prendido y un mechón sobre los ojos, exactamente donde lo había querido. Pucey estaba detrás, buscando algo en los bolsillos.

—Perdió una apuesta —explicó Pansy.

Dracenia miró al muchacho.

—¿Qué hizo?

—Dijo que podía bailar una canción entera sin hablar de Quidditch.

Pucey sacó dos monedas.

—Tú nombraste a un jugador.

—Y tú me explicaste una jugada. Durante media vuelta.

Él le entregó el dinero. Pansy lo guardó con satisfacción y le pidió que la esperara mientras hablaba con su amiga.

Harry se apartó para saludar a Ron, que estaba junto a Parvati cerca del estrado. Weasley parecía estar disculpándose por algo. La muchacha lo escuchó, señaló el centro y lo llevó de vuelta cuando él terminó de hablar.

Dracenia no pudo oír nada más. Pansy ya estaba preguntándole por los zapatos.

—No me duelen —mintió.

—Te vi cambiar el peso tres veces mientras venía.

Dracenia bajó los ojos.

—Un poco.

Su amiga señaló una mesa libre.

—Siéntate antes de que tengas que quitarte uno a la mitad. Voy por algo para comer.

No le pidió un informe sobre Potter. Se sentó con ella hasta que Pucey regresó con el plato que había olvidado buscar. Al probar el primer pastelito, Pansy decidió que la espera había valido la pena.

Harry llegó con otro vaso de agua y lo dejó junto a Dracenia. No preguntó por qué estaba sentada. Se acomodó a su lado, aceptó uno de los pastelitos y tuvo que esperar a terminar de tragar para contestar a Pucey.

Dracenia descansó los pies debajo de la mesa. Pansy seguía discutiendo su apuesta y Harry la escuchaba con una diversión que a ella no le molestó compartir.

Fleur se detuvo junto a la mesa al volver de la pista. El pelo le caía sobre un hombro y llevaba las mejillas encendidas.

—¿Queda alguno?

Harry le ofreció el último pastelito y se levantó a buscar más.

La muchacha examinó un instante el broche de Dracenia.

—Es bonito.

Dracenia levantó la mano hacia la piedra.

—Me lo mandó mi padre.

Fleur asintió. Tenía una pulsera fina que no había dejado de acomodarse al bailar.

—Mi hermana eligió ésta. Dice que si la llevo me acuerdo de ella.

—¿Si no la llevas se te olvida?

Fleur soltó una risa breve.

—Eso le pregunté.

Dracenia sonrió. Podía imaginar a su propia madre añadiendo la pulsera al paquete y esperando que una hermana menor resultara algo menos difícil de complacer.

No le preguntó por el huevo ni por su puntuación. Fleur tampoco habló de Potter como si fuera un campeón que le hubiera tocado a ella para examinarlo de cerca.

Al regresar Harry, la visitante agradeció el dulce y fue a buscar a su compañero.

Harry dejó el plato sobre la mesa.

—Hiciste bien en abrirte al final —dijo Dracenia.

Él miró hacia la pista.

—Contra el dragón, Potter. Por donde ibas te alcanzaba la cola.

Harry volvió la cabeza.

—¿Eso fue un cumplido?

—Sobre tu vuelo. No te emociones.

Él se rio y se sentó a su lado.

Su padre seguiría teniendo una opinión sobre las personas con las que Potter se sentaba. Aquella noche, Harry había venido a sentarse con ella.

Tomó un pastelito antes de que Pansy se llevara todos los del mismo color.

La música empezó a hacerse más lenta hacia el final.

No porque los músicos se hubieran cansado. El hombre del instrumento más grande seguía moviendo los brazos como si pudiera continuar hasta el desayuno. Eran las parejas las que se acercaban un poco más y dejaban de intentar atravesar todo el espacio en una sola vuelta.

Harry se levantó.

—¿Podemos probar una sin correr?

Dracenia miró sus zapatos debajo de la mesa.

—Supongo que podremos soportarlo.

Volvieron al centro. Ella apoyó la mano en su hombro izquierdo, lejos de donde le habían curado la herida del dragón. Él lo notó; la miró un instante y después empezó a moverse.

Ya no necesitaba explicarle nada.

La nieve del techo caía detrás de su cabeza sin llegar a tocarlo. Dracenia podía distinguir el reflejo de una luz en el borde de sus lentes. Al girar, cambió de lado y le iluminó los ojos por un momento.

Había querido ganar muchas veces contra Potter. Había imaginado lo que diría al terminar un partido, una clase o una discusión. Nunca había sabido imaginar cómo sería una canción entera sin querer que llegara el final.

Harry la acercó apenas para dejar pasar a Cho y Cedric. Dracenia se movió con él y mantuvo la mano donde estaba.

No sonrió para que lo vieran desde la mesa.

Él estaba lo bastante cerca para verla.

Al acabar, Dumbledore recordó la hora de regreso con una amabilidad que no parecía admitir negociaciones.

Los alumnos empezaron a buscar capas y amigos. Pansy encontró a Dracenia junto a la entrada y le dijo que iría con Pucey hasta las escaleras de las mazmorras. Padma se despedía de su acompañante un poco más allá. Ninguna necesitaba que ella organizara el camino.

Dracenia recogió su abrigo del lugar donde lo había dejado. La bufanda había quedado debajo, con un extremo atrapado en una manga. Harry sostuvo el abrigo mientras ella se lo ponía y esperó a que sacara el pelo de dentro del cuello.

El vestíbulo estaba lleno.

—Por la galería hay menos gente —dijo él.

Era un rodeo corto que volvía a las escaleras, pasando junto a los arcos del patio. Dracenia conocía el camino. Miró a la multitud y luego a Harry.

—Vamos por ahí.

El frío la hizo encogerse al cruzar el primer arco.

Dentro del comedor no había notado cuánto había bajado la temperatura. Ahora el aire le llegaba al cuello y le enfriaba la piel que la tela del vestido no cubría. Se enrolló la bufanda deprisa. Un extremo quedó tan corto que volvió a escapársele en cuanto giró la cabeza.

Harry caminaba a su lado, sin prisa.

Detrás se oían voces y el golpe de una puerta. Más cerca, sobre el patio, una luz encantada seguía moviéndose entre las ramas. La música del comedor había terminado.

—Éste no llega —se quejó Dracenia, tirando del extremo equivocado.

Harry se detuvo bajo el arco donde el aire corría menos.

—Porque estás acortándolo más.

Ella bajó las manos.

—Ya lo vi.

Harry sonrió. Se acercó un poco y levantó una mano, esperando a que ella lo dejara. Dracenia alzó la barbilla apenas.

Él aflojó la vuelta, pasó la tela con cuidado y le acomodó los dos extremos sobre el abrigo. No tenía los guantes puestos. Dracenia vio sus dedos detenerse junto al cuello y levantó los ojos hacia su cara.

Harry estaba muy cerca.

Se quedó allí, mirándola, sin encontrar una broma. Dracenia tampoco quiso buscarla. Le sujetó suavemente una manga antes de que pudiera apartarse.

Él bajó la mirada hacia su mano y volvió a mirarla a los ojos.

Dracenia se acercó al mismo tiempo que Harry.

El beso fue breve. Sintió sus labios, la torpeza leve de haberse movido los dos y el calor que le subió a la cara cuando se separaron. Harry seguía sujetando un extremo de la bufanda.

Dracenia tampoco retiró la mano de su manga.

Él empezó a sonreír, sorprendido de una manera que a Dracenia le produjo unas ganas absurdas de reírse. Se le escapó una risa pequeña y Harry la acompañó sin pedirle que explicara nada.

—Eso no lo practicamos —dijo ella.

—No.

Harry dejó la bufanda en su sitio. Dracenia mantuvo los dedos en su manga un instante más, hasta que pudo soltarlos sin que pareciera que quería alejarse.

Volvieron a caminar juntos.

Al llegar a las escaleras, todavía había alumnos regresando. Dracenia se detuvo donde debían separarse. Harry miró el camino hacia Gryffindor y después volvió a ella, como si hubiera recordado demasiado pronto que existían dos salas comunes.

—Buenas noches, Dracenia.

Ella sintió otra vez aquella sonrisa, imposible de confundir con la que había preparado al bajar para el Baile.

—Buenas noches, Harry.

Esperó a que él subiera el primer tramo. Harry se volvió desde el descanso.

Dracenia lo saludó primero.

CAPÍTULO 31

Lo que se oía debajo

Harry

Harry se puso los lentes antes de recordar que todavía estaba acostado.

Del otro lado del dormitorio, Ron llevaba un rato peleándose con una manga. La levantó hacia la ventana, examinó el borde y acabó dejándola sobre el baúl.

—No vuelvo a ponerme eso.

—Hasta el próximo baile.

Ron lo miró con horror.

—No hay otro, ¿verdad?

Harry se rio contra la almohada. Había dormido poco y, por primera vez desde que salió su nombre del cáliz, no se había despertado pensando en una fecha. Quiso quedarse unos minutos más. Ron le lanzó un calcetín.

—Si quieres desayunar, levántate. No pienso traerte nada.

Al sentarse vio su túnica de gala, caída entre la silla y la cama. La recogió y la dobló con un cuidado que Ron observó sin entender.

—Ahora ya da igual que se arrugue.

—Ya sé.

No consiguió dejar de sonreír antes de llegar a la escalera.

El comedor parecía haber celebrado una fiesta en otro castillo.

Las mesas largas estaban en su sitio. Bajo el techo nublado había una guirnalda que los encargados todavía no habían retirado, y en un extremo, sobre un banco, dormía un pequeño montón de luces apagadas. Harry se sentó frente a Hermione.

Ella le pasó una jarra.

—¿La pasaste bien?

—Sí.

La respuesta salió tan deprisa que Ron levantó la cabeza del plato. Harry se sirvió para tener algo que hacer.

—Yo también —dijo Hermione.

Ron cortó un trozo de pan demasiado grande. Durante unos segundos sólo se oyó el cuchillo contra el plato.

—Estuve bastante pesado —admitió por fin.

Hermione lo miró.

—Sí.

—Ya lo sé. Por eso lo estoy diciendo.

Ella dejó la jarra al alcance de los dos. No le dio las gracias por advertir algo que habían vivido ambos. Ron bebió y preguntó si Krum había conseguido pronunciar el nombre de aquella torre. Hermione empezó a contestar, todavía con cautela, y Harry pudo comer sin tener que encontrar una frase que arreglara la mañana.

Al otro lado del comedor, Dracenia entró con Pansy.

Llevaba el uniforme y el pelo sujeto de cualquier manera, aunque seguramente había tardado mucho en dejarlo así. Harry levantó la vista antes de decidir si debía saludar. Ella lo vio. Se detuvo un instante y luego señaló su plato.

—Vas a untar el huevo, Potter.

Harry bajó los ojos. Tenía mantequilla en el cuchillo y una cucharada de huevo delante.

—Estaba probando algo.

—No me invites.

Se alejó con Pansy. Harry volvió a su pan. Hermione tenía una expresión que no quiso examinar; Ron, en cambio, estaba demasiado ocupado intentando comprender por qué alguien querría echar mantequilla a un huevo.

Pasaron la tarde del veintiséis jugando al ajedrez.

Harry perdió una torre, un alfil y la paciencia. Al inclinarse para ver por dónde podía escapar su reina, apoyó el codo sobre el caballo que Ron acababa de retirar. Se oyó un chasquido.

El caballo lo insultó desde la mesa.

Harry levantó el brazo.

—Lo siento.

—Pues quítate —pidió la pieza.

Ron la recogió. Una pata había quedado doblada bajo la base; el jinete seguía señalando a Harry con su espada, ofendidísimo.

—No le hagas un Reparo —dijo Ron, cuando vio que buscaba la varita—. Fred lo intentó con uno de papá y dejó de obedecer a las blancas.

Harry retiró la mano.

—Puedo llevarlo a arreglar.

—Hay un taller en Hogsmeade. George dice que le arreglaron un reloj.

—¿Y volvió a dar la hora?

—No sé si ésa era la parte que quería arreglar.

Harry envolvió el caballo en un pañuelo. Desde dentro, el jinete reclamó que al menos dejaran fuera la espada.

Hermione se sentó a leer a su lado. Tenía una carta de sus padres entre las páginas y otra hoja con preguntas para las cocinas. Harry le hizo espacio. No iba a conseguir que su reina viviera más de dos movimientos, aunque el caballo de Ron estuviera fuera de combate.

Las vacaciones siguieron pasando entre partidas, tareas aplazadas y paseos donde el frío acababa por meterlos otra vez al castillo. Una mañana Ginny y Colin los llevaron a ver unas fotografías. Luna había colocado sobre una de ellas un papel para impedir que la figura de Ron enseñara una caída que él insistía en llamar aterrizaje.

Harry escribió a Sirius antes de Año Nuevo. Le contó que la herida del hombro ya no le molestaba, que Ron volvía a ayudarlo y que había ido al Baile con Malfoy. Se quedó mirando aquel apellido. Lo dejó como estaba y pasó al torneo.

El huevo seguía sin darle una respuesta que pudiera escribir.

Lo llevaron al baño de Myrtle el primer viernes de enero.

La decisión había nacido después de que Hermione los sacara de la biblioteca por discutir sobre la palabra *voz*. Harry decía que el huevo gritaba. Ron que alguien tenía que estar gritando dentro, aunque fuera una persona diminuta muy enfadada. Hermione preguntó por qué ambos estaban tan seguros de que lo oían como se suponía que debía oírse.

Habían probado taparlo con una manta. Lo habían escuchado desde el otro extremo del dormitorio. Ron propuso enterrarlo y regresar por él en junio.

La posibilidad del agua había aparecido en un libro sobre comunicación entre criaturas acuáticas. Harry recordó las ventanas del barco de Durmstrang bajo el lago. Hermione señaló que no estaban buscando una embarcación, sino un lugar donde pudieran probar sin conseguir que los echaran.

Myrtle salió del lavabo al ver la palangana que llevaba Ron.

—Qué bonito. Ahora también vienen a lavar cosas.

Harry cerró la puerta detrás de sus amigos.

—Queremos escuchar algo.

—Pues a mí no me escucha nadie.

—Te estamos escuchando —dijo Hermione.

Myrtle la examinó con desconfianza. Luego vio el huevo bajo el brazo de Harry.

—¿Eso era lo que gritaba por las tuberías?

Ron dejó la palangana sobre un lavabo que no estaba rajado.

—Se oye lejos, entonces.

—Algunos intentamos estar tristes en paz.

Harry llenó el recipiente. Le prometió que sólo harían una prueba y esperarían fuera si ella quería quedarse sola. Myrtle pareció menos satisfecha de lo que habría estado si tuviera otra razón para protestar.

Se sentó sobre el borde del lavabo contiguo.

—No tires el agua al suelo. Después todos creen que fui yo.

Hermione sostuvo la palangana mientras Harry colocaba el huevo en el fondo. Ron se tapó las orejas antes de que él levantara la tapa.

El ruido cambió.

No se volvió agradable. Bajo el agua sonaba más apagado, y la palangana vibraba contra la porcelana. Harry acercó una oreja al borde.

—No entiendo.

Myrtle metió la cabeza en el agua, atravesando el metal como si no existiera. Volvió a salir con expresión ofendida.

—Por una vez, no están gritando.

Harry la miró. Hermione retiró la mano del borde para dejar de hacerlo temblar.

—Tal vez tienes que estar tú también debajo —dijo.

Ron miró el tamaño de la palangana y después la cabeza de Harry.

—No cabe.

—Una oreja sí —respondió Harry.

Se quitó los lentes, los dejó en las manos de Hermione y se inclinó. El agua estaba fría. Tuvo que apoyar una palma en la pared para no darse un golpe contra el grifo.

La música apareció en cuanto hundió el oído.

Eran voces. Varias, entrelazadas de una forma que le hizo olvidar por un momento que tenía la nariz peligrosamente cerca del lavabo. Lo llamaban hacia el lago, a un sitio al que no llegaban los pasos del colegio. Debía buscar algo que le haría falta. Una hora para encontrarlo y regresar.

Harry se enderezó demasiado deprisa. Ron lo sujetó por el hombro sano antes de que se llevara la palangana.

—¿Qué dice?

Harry apartó el pelo mojado de su oreja.

—Que tengo que bajar al lago.

Hermione le devolvió los lentes. Las gotas alcanzaron el cristal en cuanto se los puso.

—¿Debajo del agua?

Harry asintió.

Myrtle los miraba desde el lavabo. Ya no parecía tan dispuesta a inventar una queja.

—Ahí las voces suenan mejor —dijo.

Harry recordó lo que Myrtle les había contado cuando investigaban la Cámara. No quiso volver a preguntarle por su muerte sólo porque acababa de hablar de cosas bajo el agua.

—¿Podemos escucharlo otra vez?

Myrtle se apartó para que Ron se acercara.

—Pero esta vez no metas toda la cara, Weasley. No quiero que se convierta en una reunión permanente.

Tardaron en ponerse de acuerdo sobre las palabras.

Ron recordó una que Hermione no había oído. Ella tenía apuntado un plazo que a él le pareció imposible; Harry volvió a escuchar precisamente esa parte y salió del agua con la certeza desagradable de que la hora estaba allí, les gustara o no.

Cerraron el huevo antes de hablar de cómo hacerlo.

—No puedes aguantar una hora sin respirar —dijo Ron.

—Gracias.

—Quiero decir que no basta con practicar.

Hermione secó el borde del lavabo con un paño que Myrtle aceptó como parte de la disculpa. Dejó la lista junto a sus libros.

—Tiene que haber formas mágicas. Si no, no sería una prueba.

Harry miró su propia mano, húmeda hasta la muñeca. Había imaginado muchas cosas para febrero. Ninguna incluía bajar bajo la superficie oscura que veía desde las ventanas y quedarse allí mientras todo el mundo seguía respirando arriba.

—Tenemos que averiguar qué voy a buscar también.

—No te lo van a dejar junto a la orilla —observó Ron.

Hermione le dio con el paño en el brazo.

Harry soltó una risa, breve y poco convencida. Recogió el huevo. Antes de marcharse le preguntó a Myrtle si necesitaba que dejaran abierta una ventana.

—Los fantasmas no tenemos calor.

—Por el olor del agua.

Myrtle lo pensó y señaló una.

Harry la abrió. El aire frío entró sobre las baldosas. Ella permaneció junto al lavabo, sin acompañarlos hasta la puerta para exigir que volvieran.

El sábado fueron a mirar el lago.

Harry llevaba los guantes, pero tuvo que meterse las manos en los bolsillos después de unos minutos. Cerca del embarcadero el agua se movía entre pequeños bordes de hielo. Desde allí era difícil imaginar que hubiera casas, calles o siquiera un fondo por el que alguien pudiera andar.

Ron se agachó para tomar una piedra y la dejó donde estaba.

—No vas a llevar la Firebolt, supongo.

—No creo que le guste.

Hermione había empezado una lista de libros. Se le movía el papel con el viento y terminó guardándolo sin conseguir añadir la última palabra.

—Vamos a buscar antes de que cierre la biblioteca.

Harry siguió mirando el agua. Habían conseguido entender el huevo. Era un avance. No se parecía en nada al alivio que esperaba sentir cuando lo lograran.

Al volverse encontró a sus amigos esperando a unos pasos. Ron tenía la bufanda tapándole casi toda la cara; Hermione ya se había dado cuenta de que olvidó el paño de Myrtle dentro de la palangana.

—Luego lo devolvemos —dijo Harry.

Subió con ellos. Aquella tarde buscarían cómo respirar.



CAPÍTULO 32

La caja que no era suya



Dracenia

La bailarina se detuvo con un brazo en alto.

Dracenia dio cuerda otra vez. El movimiento era más corto de lo que recordaba; quizá Potter había dejado la caja abierta dentro de la bolsa y algo había terminado entrando entre las piezas. Se inclinó para mirar.

—Si vas a romperla, prefiero hacerlo yo —dijo Pansy desde la puerta.

Dracenia retiró los dedos.

—Estaba comprobando que funciona.

—Funciona. La oí desde la escalera.

Su amiga dejó los libros sobre la cama y se acercó. Había vuelto de Ravenclaw con un hilo azul en la manga y una mancha de tinta junto al pulgar. Dracenia le pasó la caja.

—Potter la devolvió esta mañana. La tenía guardada con sus cosas.

—¿Y te pidió que la escucharas entera antes de dármela?

Dracenia miró hacia su propio baúl.

—Quería saber si había estropeado algo.

Pansy bajó la tapa cuando acabó la música. No parecía preocupada por su propiedad.

—¿Qué pasó después del Baile?

Dracenia se enderezó.

—Ya te vi después del Baile.

—Sí. Estabas muy contenta para lo mucho que te dolían los pies.

—Potter es un idiota.

Pansy se quedó mirándola. Después guardó la caja dentro de su estuche, con una delicadeza que Dracenia habría agradecido mucho más si hubiera estado acompañada por cualquier otra conversación.

—Bueno —dijo.

—¿Bueno qué?

—Que mi caja funciona.

Dracenia le lanzó una almohada. Pansy la apartó con el codo y se sentó sobre ella antes de que pudiera pedírsela de vuelta.

No volvió a preguntar. Durante el resto de la tarde, aquello fue bastante peor que una pregunta.

El lunes llevaron los aros al aula y encontraron a seis niños esperando sin ganas de organizarse.

Uno de segundo había llegado antes con su hermano. Otro quería practicar con el hilo plateado porque el azul le parecía demasiado fácil. Iris, que iba con ellas desde el curso anterior, aseguró que no iba a quedarse si tenían que repetir lo del trimestre anterior.

Dracenia dejó la caja sobre la mesa.

—Entonces puedes irte.

Pansy levantó la cabeza.

La niña la miró, esperando que dijera algo. Dracenia ya estaba quitando la tapa, satisfecha de haber despejado al menos una dificultad.

—Tenemos otro recorrido —dijo Padma—. Primero hay que acomodarlo.

Los pequeños se acercaron. Pansy explicó dónde colocar los bancos mientras Dracenia separaba las plumas que no volverían a prestar. Le resultaba imposible entender por qué alguien usaba el material para un encantamiento distinto y después fingía no saber cómo se había torcido.

Al recibir una pluma, Iris miró a Dracenia antes de preguntar si también debía dejar la bolsa debajo de la mesa.

—No me preguntes cada vez que quieras moverte.

Iris cerró la boca.

Pansy dejó de extender el hilo.

—Puedes ponerla en la silla —le dijo—. Aquí no va a estorbar.

Dracenia notó el tono. Se quedó junto a la ventana, examinando un aro que no necesitaba examinar tanto.

La práctica empezó mal.

No porque el material fallara. Habían cambiado la altura de uno de los aros y los alumnos seguían mirando el lugar donde estaba antes de Navidad. Un niño se enfadó con su pluma. Iris, que esperaba hacerlo mejor que él, la mandó contra la madera y se quedó mirándola en el suelo.

Dracenia dio un paso para recogerla.

—Déjala —dijo Pansy.

Su amiga se agachó al lado de Iris y le pidió que señalara el recorrido con el dedo, sin magia. La niña marcó el lugar antiguo.

Pansy hizo mover el aro a su compañero. Esta vez Iris no perdió de vista dónde lo dejaba. Al intentarlo de nuevo, la pluma atravesó el centro y cayó unos centímetros después.

La muchacha se rio, sorprendida.

Dracenia apoyó otra vez el aro sobre la mesa. Podría haberle explicado todo aquello en la mitad del tiempo. También había tenido delante a la niña durante diez minutos sin enterarse de que no sabía qué estaba mirando.

Pansy no habló del asunto hasta que terminaron de guardar.

Padma se había llevado una hoja para preparar las sesiones siguientes. Dracenia recogió el extremo del hilo y encontró un nudo que alguien había apretado con ganas.

—La de segundo estaba buscando que la dejaran hacer lo que quisiera —dijo.

—¿Ya te aprendiste su nombre?

Dracenia levantó la vista.

—Por supuesto. Iris.

—Sólo te tomó un año. Ahora úsalo. Si cada pregunta te molesta, deja que nos las haga a nosotras.

El nudo no se soltó. Dracenia tiró demasiado fuerte y Pansy le quitó el hilo.

—Vas a romperlo.

—No estoy intentando romperlo.

—Tampoco ella estaba intentando molestarte.

Dracenia dejó las manos sobre la mesa. Tenía varias respuestas posibles y ninguna que le gustara lo suficiente para soportar la cara de Pansy al decirla.

Su amiga empezó a deshacer el nudo con una uña.

—Padma y yo queremos que dos de ellos aprendan a preparar el recorrido. No podemos estar aquí todas las tardes.

—Pensé que les gustaba.

Pansy la miró.

—También me gusta sentarme sin una caja encima. Y hacer mis tareas antes de la noche.

Dracenia pensó en las veces que había llegado buscando una compañera para practicar y encontrado a Pansy con los papeles del proyecto. Se había irritado con la actividad como si los papeles se la hubieran llevado a propósito.

—Puedo quedarme el jueves —dijo.

—Si vas a hablarles así, no.

La respuesta le dolió. Pansy no intentó retirarla.

Dracenia se puso a guardar las plumas, de una en una. Cuando encontró otra doblada, la dejó aparte en vez de discutir con quien ya se había marchado.

—Voy a intentar no hacerlo.

Pansy terminó de soltar el hilo.

—El jueves, entonces. Pero yo me voy a las seis.

Le pasó la caja pequeña. Dracenia la tomó con ambas manos y esperó a que su amiga recogiera los libros. No iban a dejar de enfadarse por aquello simplemente porque caminaran juntas al comedor.

Antes de salir, Pansy regresó para comprobar la ventana. Dracenia le sostuvo la bolsa mientras la cerraba.

La clase de Pociones del día siguiente dejó a media mesa oliendo a vinagre.

Dracenia había conseguido que su preparación conservara el color. El alumno del banco de atrás confundió un tapón con otro y dio por terminado un problema que apenas estaba empezando. El líquido subió por el cuello del frasco y Snape lo detuvo antes de que se volcara.

—Nadie toque esa mesa.

Se llevó el recipiente al despacho. Al abrir el armario, Dracenia vio varias botellas, una hilera de cajas y un frasco con plantas verdes suspendidas en agua. El profesor sacó una medida de polvo gris, volvió a cerrar y regresó al aula.

La espuma bajó.

Dracenia anotó la cantidad que había usado. No pensaba preguntar por qué la fórmula del libro no empezaba diciendo cómo evitar que otro alumno arruinara el aire de todos.

Potter, sentado con Weasley, había apoyado un pañuelo bajo la nariz. Su compañero intentaba copiar sin dejar de taparse.

—El antídoto es para el frasco, Potter —murmuró Dracenia al pasar—. Tú todavía tienes que respirar.

Él bajó el pañuelo.

—Gracias. No sabía si estaba incluido en la prueba.

Dracenia tuvo que mirar su propio libro para no reírse donde Snape pudiera verla.

Más tarde, el profesor le devolvió una anotación sobre el escudo. No la citó a otra demostración. Había subrayado el momento en que ella dejaba de corregir para esperar el segundo movimiento de Pansy.

Al margen escribió: *Esta vez, mire también detrás*.

Dracenia dobló la hoja. Le habría gustado recibir una observación que no pareciera dar por hecho su próximo error. La guardó de todas maneras.

Fleur la encontró el jueves, cuando salía con la caja del aula.

Pansy ya se había ido. Eran las seis y cinco; Iris acababa de recoger su última pluma después de acertar dos veces, y Dracenia llevaba diez minutos resistiéndose a explicar por tercera vez cómo se guardaba el hilo.

La visitante se apartó para dejarla pasar.

—¿Tú sola?

—Tengo dos manos.

Una esquina empezó a deslizarse. Fleur la sujetó antes de que Dracenia pudiera añadir algo peor.

—Eso estaba viendo.

Llevaron la caja entre las dos. Al llegar al banco, Fleur levantó la tapa lo suficiente para ver los aros.

—Mi hermana querría probarlos.

—¿Estudia contigo?

—Todavía no. Cree que va a saber hacerlo todo cuando llegue.

Dracenia se rio.

Fleur sacó de su libro una carta doblada. En el borde había un dibujo de una túnica azul y una niña que apenas alcanzaba a llenar las mangas.

—Gabrielle. Me pide que le guarde las cosas que voy a dejar de usar. Si le digo que le quedan grandes, contesta que ya crecerá.

Dracenia pensó en los zapatos que Narcissa insistió en probar antes del Baile.

—Por lo menos no te pide que se las arregles ahora.

—Lo pidió primero.

Fleur guardó la carta, sonriendo. No volvió a hablar de su hermana. Quiso saber qué hacían con las plumas torcidas y Dracenia le enseñó el compartimento donde las separaban. Una de ellas conservaba un giro que podía resultar útil si el alumno dejaba de esperar que volara recto.

La visitante probó con la mano antes de sacar la varita. La pluma pasó entre dos aros apoyados en la mesa y aterrizó sobre el cuaderno de Dracenia.

—Así no se guarda —observó ella.

Fleur la recuperó.

—Estaba comprobando que funciona.

Dracenia cerró la boca. Había oído exactamente aquello en su propia voz menos de una semana antes.

El atril que Padma había encargado estaría listo el sábado veintiuno.

La semana siguiente, la nota del taller llegó durante el desayuno. Pansy tenía planeado ir a buscar materiales a otra tienda; Padma se quedaría para una actividad de Ravenclaw. Dracenia se ofreció a recogerlo antes de que alguien decidiera que lo haría Iris.

—No pesa —le aseguró Pansy—. Y no hace falta que le expliques al señor cómo construirlo.

—Si lo hizo mal, se lo voy a decir.

—Si lo hizo mal, tráelo sin pagar el resto.

Dracenia guardó la nota, satisfecha con la diferencia. Su amiga parecía haber decidido que podían volver a discutir sin que cada réplica fuera una continuación del lunes.

En el corredor encontró a Potter con una palangana vacía.

—Espero que eso no sea para desayunar.

Él se detuvo. Tenía el pelo húmedo junto a una oreja y los lentes mal acomodados.

—La necesitaba para el huevo.

—Claro. Eso lo explica todo.

Harry sonrió. Dracenia sintió el impulso de acercarse un poco más y dejó la bolsa entre ambos para tener las manos ocupadas.

—¿Vas a Hogsmeade? —preguntó él.

—Tengo un encargo.

—Yo también.

Un grupo de alumnos bajó la escalera y tuvieron que hacerse a un lado. Potter levantó la palangana para no golpear a ninguno. Dracenia le sujetó el libro que se le estaba escapando bajo el brazo.

—De una cosa a la vez, Potter.

Él recuperó el libro con una sonrisa que le resultó difícil mirar mucho tiempo.

Al volverse encontró a Pansy junto al tablón. Su amiga había visto el intercambio. No parecía dispuesta a pedirle una explicación delante de él.

—El sábado tenemos hasta las cuatro —recordó solamente.

Dracenia asintió. Ya sabía la hora. Aquella mañana le gustó que todavía faltaran dos días.

CAPÍTULO 33

Nieve para llevar

Harry

El caballo de Ron llevaba media mañana quejándose del camino.

Harry terminó por sacarlo del pañuelo antes de llegar al puesto de Filch. La pieza levantó la espada hacia él, todavía con la pata doblada bajo la base.

—No fue un ataque —le recordó Harry.

El jinete lo llamó cobarde.

Ron soltó una carcajada. Hermione, que intentaba ponerse los guantes sin dejar caer el permiso, les pidió que no discutieran con el equipaje delante de todo el colegio.

El sábado veintiuno de enero había amanecido despejado. La nieve de los bordes del camino se había endurecido durante la noche y los alumnos bajaban hacia Hogsmeade pisando las huellas que dejaban los de delante. Harry guardó el caballo en el bolsillo del abrigo. Le molestó un poco descubrir que le agradaba más caminar despacio que adelantarse para conseguir un lugar junto a Ron.

No había visto a Dracenia todavía.

—El taller está junto a la tienda de plumas —le dijo su amigo—. Yo voy primero por los dulces. Si tardas, no te guardo los mejores.

—Ya me lo has dicho dos veces.

—Porque sigues preguntando por dónde era.

Hermione se detuvo ante una librería de segunda mano. Tenía anotados varios títulos y una disposición que prometía hacer muy larga la visita. Acordaron reunirse antes de comer y Harry siguió hacia el taller.

La pieza de ajedrez había empezado a golpearle el bolsillo.

Rook reparaba relojes, juguetes y objetos domésticos, según el letrero.

Debajo, alguien había añadido que no recibía jaulas ocupadas. Harry lo comprendió al entrar: una jaula vacía intentaba picotear el dedo del hombre que la sostenía. El señor Rook la mandó a un estante y le pidió que regresara por la tarde.

Dracenia estaba junto al mostrador.

Tenía un atril plegado entre las manos y escuchaba al dueño explicar por qué no debía intentar cerrarlo con un libro encima. Al ver a Harry bajó los ojos hacia su bolsillo.

—¿Eso acaba de amenazarte?

Él puso el caballo sobre la madera.

—Lo pisé con el codo.

Dracenia lo miró.

—Es impresionante lo mucho que alcanzas sin darte cuenta.

Rook recogió la pieza. El jinete intentó explicar el incidente con un número de víctimas bastante mayor que el real. El hombre esperó a que terminara y señaló una silla.

—Déjelo aquí. No es sólo pegarle la pata. Hay que conseguir que vuelva a reconocer el tablero.

—El caballo no quiere volver a ese tablero —protestó el jinete.

Harry se sentó. Dracenia seguía examinando el atril. Al desplegarlo había aparecido una pequeña mano de latón que sujetaba la esquina de una hoja sin tapar las palabras.

—Para Pansy y Padma —explicó, al verlo mirar—. Se cansaron de esperar que todos trajeran suficientes manos.

Harry señaló la silla libre junto a él. Dracenia no se sentó; dejó el atril allí y se acercó a una muestra de la ventana.

Había un paisaje blanco dentro de una bandeja de vidrio. Dos aros de cobre sostenían una nevada diminuta entre sí. Los copos caían sobre unas casas, desaparecían junto al segundo aro y volvían a empezar por arriba. El letrero prometía invierno sin charcos.

—Eso no va a servir hoy —dijo Harry, mirando la calle.

Dracenia sonrió.

—No lo pongas en el escaparate. Vas a arruinarle el negocio.

Rook levantó la cabeza.

—Para una tienda de ropa. Lo vienen a buscar mañana. Espere a verlo con luz.

Dejó al caballo en una caja acolchada y tocó el borde de la bandeja con la varita. Se encendieron las casas. La nieve tomó un brillo azul y empezó a girar alrededor de una torre minúscula.

Harry se inclinó hacia la muestra. Un copo desapareció bajo el aro de la derecha; al instante, otro nació sobre el de la izquierda. Parecían estar entrando y saliendo del mismo sitio por puertas distintas.

La campanilla de la entrada sonó.

Un hombre entró cargando un paquete demasiado largo. Dracenia se apartó para dejarlo pasar. El hombre quiso hacer lo mismo y golpeó con el extremo del paquete la base de la muestra.

El aro de la derecha se inclinó.

Harry oyó un crujido y dejó de ver las casitas.

La primera ráfaga lo obligó a cerrar los ojos.

No eran copos blandos. Había pedacitos de hielo entre la nieve, pequeños y duros, que golpearon el mostrador como un puñado de piedras. El hombre del paquete se agachó. Una niña, detrás de él, empezó a llorar.

Rook levantó la varita y cortó la nevada con un encantamiento. Durante un instante se despejó el aire.

El aro volvió a brillar.

La siguiente descarga salió hacia un estante. Una taza giró sobre el borde, cayó y se hizo pedazos junto a los zapatos de Harry.

Dracenia lo agarró de una manga para que se apartara.

—No te quedes delante.

Lo soltó en cuanto lo tuvo junto al mostrador. Ya llevaba la varita en la mano.

Rook intentó acercarse por la ventana. El hielo golpeó el vidrio por dentro y el hombre de la entrada perdió el equilibrio al tratar de sacar a la niña. El dueño se volvió para detener la puerta, que había quedado atrapada contra el paquete.

—¡No entren! ¡Aparten eso de ahí!

Harry vio la nieve caer al suelo. Seguía desapareciendo al tocar una franja brillante junto a la bandeja. El resto se acumulaba sobre la madera.

Otra ráfaga los alcanzó.

—¡Protego!

El hielo se abrió frente a Dracenia.

Harry vio pasar una línea de pequeños destellos hacia el piso, lejos de la cara del hombre agachado. Ella no los detuvo en el aire. Desvió el golpe, bajó la muñeca y volvió a mirar los aros antes de levantarla otra vez.

—¡Salga por ahí! —le gritó al cliente.

El hombre se arrastró detrás del mostrador. Rook consiguió liberar a la niña y la entregó a una mujer de la calle, que empezó a alejar a los curiosos.

Harry sacó su varita.

—¿Puedes parar eso?

—Lo estoy apartando, Potter. No es lo mismo.

La bandeja tembló. Una de las casitas se dio vuelta y quedó enterrada. Harry miró el aro inclinado: la nieve salía por el otro y pasaba de largo, por encima de donde debería haber entrado.

—Hay que levantar ése.

Dracenia se movió para verlo. Al hacerlo dejó un hueco y varios fragmentos alcanzaron la madera a la altura de su codo. Se apartó con un ruido de dolor.

—¡El de atrás! —confirmó Rook desde la puerta—. ¡No lo toquen con las manos!

Harry había empezado a extender una. La retiró.

Había usado el encantamiento levitatorio con cosas mucho más pesadas. Nunca con algo sujeto a una bandeja que vibraba mientras intentaba echarle hielo a la cara.

Apuntó al cobre.

El aro se levantó de un lado y golpeó la torre. Harry cortó el movimiento antes de tirar todo al suelo.

Dracenia lo miró por encima del hombro.

—De ese lado lo empujas más contra el borde.

Harry siguió la curva con los ojos. Necesitaba alzarlo desde atrás, donde la pata se había salido de su soporte. Si entraba por el frente, estaría sujetándolo justo por donde venía toda la descarga.

Se agachó y se deslizó entre la pared y una silla. Dracenia retrocedió con él, sin perder de vista la ventana.

La nieve volvió a brillar.

Ella alzó la varita un instante antes del golpe.

Harry sintió la ráfaga abrirse contra el escudo. Sólo le alcanzó una nube de polvo frío. Se le metió en el cuello y tuvo que apretar los dientes para no apartar la punta.

El cobre subió.

—Un poco hacia ti —dijo Dracenia.

Harry lo llevó hacia el soporte. La bandeja se sacudió y el aro resbaló contra la muesca sin entrar.

Dracenia cambió de apoyo. Tenía los nudillos muy blancos.

—No puedo quedarme así toda la mañana.

Harry dejó de intentar sujetarlo inmóvil. Esperó al temblor siguiente, levantó apenas el extremo y lo dejó caer cuando el soporte volvió debajo.

El aro encajó.

La nieve giró sobre sus cabezas, buscó la entrada de cobre y desapareció en una ráfaga tan rápida que Harry sintió tirarle del pelo.

Rook apuntó a la base.

La luz se apagó.

Durante unos segundos nadie dijo nada. Desde la caja acolchada, el caballo de Ron exigió una explicación.

Harry acabó sentado en el suelo, riéndose sin muchas ganas de levantarse.

Dracenia tenía nieve en el pelo. Se la sacudió con una mano y dejó la varita sobre el mostrador para flexionar los dedos. Algunos mechones húmedos se le habían pegado a la mejilla; parecía a punto de reírse y de regañarlo al mismo tiempo.

—¿Desde cuándo sabes hacer eso? —preguntó Harry.

Ella lo miró.

—Desde antes de que decidieras ofrecerle la cara.

Harry volvió a reírse. Le pasó un paño que Rook había dejado a su alcance. Dracenia se secó la muñeca y examinó el pequeño enrojecimiento cerca del codo.

—¿Te lastimaste?

—No mucho.

Rook se acercó para verla. No intentó revisar el brazo sin pedirlo; Dracenia le mostró dónde había recibido el golpe y aceptó el ungüento que sacó de un cajón.

El hombre del paquete volvió a disculparse. Había dejado la mercancía afuera. La niña seguía con su madre, que asomó para decir que estaba bien y que alguien debía cambiar el lugar de aquella muestra.

Rook miró la bandeja, ahora llena de casitas torcidas.

—No pienso ponerla ahí otra vez.

Les pidió que esperaran mientras apartaba los cristales del piso. Después terminó de reparar el caballo y envolvió el atril, al que no había llegado la nieve. Harry pagó por el ajedrez. Dracenia quiso

descontar la espera del precio del encargo; el dueño le señaló el ungüento que todavía llevaba en la mano.

Ella guardó las monedas que le quedaban sin discutir más.

En la calle, Harry tuvo que detenerse para sacudirse la nieve del cuello. El caballo, desde su bolsillo, anunció que estaba listo para combatir de nuevo.

—Te perdonó —observó Dracenia.

—Creo que sólo quiere que me siente del otro lado.

Encontraron a Pansy y Ron cerca de la tienda de dulces. Dracenia entregó el atril antes de explicar qué había pasado. Pansy la hizo mostrar el brazo, examinó el envoltorio y decidió que aquello podía esperar hasta que dejaran de congelarse en la calle.

Ron miró las manchas blancas en el abrigo de Harry.

—Siempre te pierdes lo más tranquilo.

Hermione salía de la librería con un paquete. Ron fue a ayudarla. Pansy los siguió para preguntar por un libro que Padma había encargado, y Dracenia miró hacia las Tres Escobas.

—Necesito sentarme donde no nieve.

Harry abrió la puerta para dejarla entrar.

Consiguieron una mesa pequeña, cerca de una pared caliente.

Dracenia dejó el paquete del ungüento junto a su bebida y se acomodó de lado para no apoyar el brazo contra un respaldo mojado. Harry se quitó los guantes. En la mesa de al lado discutían si el aparato había estallado o si alguien había intentado vender una ventisca.

—Mañana dirán que trajimos un dragón —murmuró él.

Dracenia empezó a sonreír. Luego se inclinó un poco.

—Tienes algo aquí.

Harry se frotó la mejilla equivocada.

—Del otro lado. Déjame.

Le rozó la piel con el pulgar, quitando una mancha azul del polvo de la muestra. Harry se quedó quieto. El dedo estaba frío; ella lo retiró al ver la pequeña marca sobre su propia mano.

—Pareces recién salido de Encantamientos.

Él buscó algo que contestar. Dracenia bebió antes de que lo encontrara, contentísima de haberlo dejado sin una respuesta.

Harry miró su codo.

—Snape te ha enseñado bastante.

—Puedes intentar decirlo sin esa cara.

—No era por Snape.

Dracenia dejó de mover la copa.

Él iba a añadir algo sobre el segundo escudo, pero volvió a pensar en la ventana, la nieve y el ruido que se oía mejor dentro del agua.

—Ya entendimos el huevo —dijo.

Ella levantó los ojos.

—¿Y?

Harry le contó lo del lago. Al principio era fácil decirlo allí: la mesa estaba seca, tenía los pies calentándose y podía ver las manos de Dracenia alrededor de su bebida.

—¿Una hora? —preguntó ella.

Harry asintió.

—Espero que tu gran plan no sea aguantar hasta ponerte azul.

—Todavía no tengo un gran plan.

Dracenia abrió la boca, preparada para otra burla. Harry se quitó los lentes para secar una gota que no estaba en el cristal.

—No sé qué voy a hacer, Malfoy. Hay hechizos. Hermione encontró algunos. Pero que existan no significa que yo pueda usarlos tanto tiempo.

Ella se quedó callada.

—Y no sé lo que voy a buscar. Ni cuánto hay que bajar. Desde arriba se ve muy poco.

Dracenia tomó la servilleta que él había dejado y la acercó sin decirle que estaba limpiando el mismo lente por segunda vez.

—Habrá algo más que un encantamiento.

—Estamos buscando.

—Debería haberme presentado yo al Torneo.

Harry soltó una carcajada.

—No tienes diecisiete.

—Eso no significa que no lo hiciera mejor que tú, Potter.

—Llevas cinco minutos diciéndome que no tengo un plan.

—Exactamente. Yo ya tendría uno.

—Yo también puedo mirar —añadió Dracenia.

Harry volvió a ponerse los lentes.

Ella levantó la barbilla antes de que tuviera que agradecerlo.

—No he dicho que vaya a encontrártelo todo. Ya tengo tareas.

—Yo también.

—Pues empieza por secarte la otra oreja. Todavía te está escurriendo.

Harry se pasó la servilleta por el pelo. Esta vez se rio antes de terminar.

Cuando sus amigos entraron, Dracenia había encontrado la manera de apoyar el brazo sin que le molestara y Harry estaba enseñándole al caballo de Ron dónde debía dejar de golpear el bolsillo. No habían resuelto la prueba. Le costó menos decirlo cuando Hermione preguntó qué habían estado hablando.

Al salir, Dracenia esperó un momento junto a la puerta. Harry le sostuvo el abrigo mientras recogía el ungüento.

—El próximo encargo lo escoges tú —dijo ella.

—¿No te gustó éste?

Dracenia lo empujó suavemente con el hombro al pasar.

Harry volvió con Ron al camino del castillo. Por encima de Hogsmeade, la nieve de verdad caía tan despacio que casi parecía haber decidido portarse bien.



CAPÍTULO 34

Un momento más



Dracenia

El lunes ya había tres versiones de la nevada del taller.

En una, Potter había roto una ventana. En otra, Dracenia había congelado al dueño. Goyle preguntó durante el desayuno si todavía podían ir a mirar al hombre, y ella le quitó el programa del torneo que estaba usando para apoyar el vaso.

—No hay nadie congelado.

—Eso dijo Zabini.

—Pues que vaya Zabini.

Pansy se sentó a su lado. Había probado el atril la noche anterior y estaba demasiado contenta con las pequeñas manos de latón para interesarse por una versión nueva de la aventura. Le enseñó una hoja con un borde sujeto sin romperse.

—Iris va a explicar el primer recorrido.

Dracenia dejó el programa sobre sus propias piernas.

—¿Ya se lo dijiste?

—Lo propuso ella.

—Ah.

Pansy tomó una tostada. Le había quedado una pequeña marca en el dedo, allí donde el atril apretó cuando intentó cerrarlo con la hoja dentro.

Dracenia miró la marca y luego el paquete.

—No se cierra con cosas encima.

Su amiga volvió la cara hacia ella, muy despacio.

—Ya lo descubrí.

Dracenia se rio. Pansy le dio con la hoja en la rodilla antes de guardarla.

Le molestó encontrar tan poco sobre respiración acuática en los libros de Pociones.

Había maneras de conservar un cuerpo, de cerrar una herida y de mantener suspendida una preparación que no debía recibir aire. Ninguna servía para hacer que Potter se sentara una hora bajo el lago y regresara con ganas de discutir.

Empezó por la biblioteca, en una mesa desde la que podía ver los estantes sin tener que levantarse para cada título. A la tercera referencia inútil sacó el cuaderno verde y escribió las palabras que iba a dejar de buscar.

Fleur pasó detrás de ella con un volumen enorme.

Dracenia tapó su hoja con el brazo.

La visitante miró el gesto y siguió andando.

Aquello la hizo sentirse más ridícula que si le hubiera preguntado algo.

No era ilegal buscar cómo respirar. Tampoco era obligación suya anunciar a todo el colegio a quién intentaba ayudar. Dejó la hoja descubierta y siguió leyendo, muy tiesa.

Un rato después encontró a Potter entre los estantes.

Weasley llevaba dos libros. Granger, cuatro. Harry sostenía uno abierto con un dedo en el índice y tenía una cara que Dracenia empezaba a reconocer en personas que habían pasado demasiado tiempo buscando lo mismo.

—Si te caen todos ésos encima, no hace falta que bajes al agua —le dijo.

—Ya se lo dije —respondió Weasley.

Dracenia miró a Granger.

—¿Piensas dejarle una hora libre para leerlos?

Harry cerró el suyo.

—Lleva días ayudándome, Malfoy.

—No he dicho que no.

—Pues podrías dejar de hablarle así.

Dracenia sintió el calor en la cara antes de conseguir una respuesta. Granger no parecía agradecida de que Harry interviniera; parecía cansada de tener que volver a oírlo.

—Si quieres ése, ya terminé —dijo, señalando el libro bajo el brazo de Dracenia—. No tiene lo que buscas.

—No sabes lo que busco.

Granger miró la portada sobre peces mágicos. No discutió. Siguió hacia la mesa con los otros.

Dracenia se quedó donde estaba hasta que la señora Pince le pidió que no bloqueara el estante. Al apartarse se encontró deseando que Potter hubiera sonreído como el sábado. No había dicho nada gracioso que le diera una razón para hacerlo.

Guardó el libro y tomó otro, de plantas.

La carta de Narcissa llegó el miércoles.

Su madre había oído hablar del incidente de Hogsmeade por una conocida que compraba en la misma tienda. Preguntaba por el codo y por qué su hija consideraba más importante describir un atril que mencionar que había necesitado un ungüento.

Dracenia se miró el brazo. La marca apenas se distinguía.

Escribió que no había sido grave. Al releerlo, dibujó una línea debajo de *no* y luego se irritó consigo misma: aquello sólo conseguiría que Narcissa preguntara qué entendía ella por grave.

Terminó explicando el golpe y cómo lo habían atendido. No contó lo de las Tres Escobas.

Lucius añadió unas líneas en una hoja distinta. Había preguntado a Rook por la muestra, por el estado del taller y por el precio de una reparación que, según él, no debía haberles cobrado completa.

También quería saber quién había decidido quedarse dentro.

Dracenia dejó la carta sobre la mesa. Podría escribir que Potter tuvo la idea del aro. No era una mentira. Tampoco respondía a la pregunta de si ella había salido cuando podía hacerlo.

Me quedé porque podía desviar el hielo, puso al fin. *Nos hizo falta poco tiempo. El dueño estaba ayudando a una niña a salir.*

No prometió no volver a quedarse nunca. Todavía no sabía qué haría si otra vez tuviera delante a una persona que necesitaba pasar.

Antes de cerrar el sobre añadió que Snape seguía corrigiendo su escudo. Su padre quería noticias de eso también. No pensaba regalarle un motivo para creer que las clases de Potter eran lo único que ocurría en Hogwarts.

El jueves dejó que Iris explicara el recorrido.

Le costó más de lo que estaba dispuesta a contar.

La niña empezó por una indicación que Dracenia habría dejado para el final. Después se detuvo porque su compañero había apoyado el codo sobre el hilo. Pansy estaba al otro extremo del aula, recogiendo una caja con Padma, y no levantó la cabeza para intervenir.

Dracenia esperó.

Iris apartó el codo del niño con dos dedos.

—Así no puede moverse.

Él lo retiró. La pluma salió por debajo de su mano, atravesó el primer aro y chocó contra el segundo. Nadie se rio.

Dracenia abrió la boca.

La cerró cuando vio a Iris señalar el aro equivocado y empezar otra vez.

Al terminar, la muchacha le pidió una pluma distinta. Dracenia se la pasó sin acompañarla de una explicación. Iris fue a buscar a su compañero antes de que pudiera arrepentirse.

—No dijiste nada —observó Pansy al acercarse.

—Estaba bastante claro.

Su amiga sonrió. Le dejó las hojas para que las sostuviera mientras cerraba el atril, esta vez sin nada encima.

Padma propuso que intercambiaran una sesión con los alumnos de Durmstrang que habían empezado a ayudar. Dracenia hizo una pregunta sobre los horarios en vez de decidir por ellas qué día quedaba mejor.

No estuvo de acuerdo con la primera respuesta. Discutieron un rato, cómodamente, y terminaron dejando libre la tarde que Pansy había reservado para ir a ver un ensayo de música.

Dracenia no se había enterado de que quería ir.

El domingo se quedó en la biblioteca hasta que empezaron a encender las lámparas.

Había encontrado una nota sobre plantas que modificaban temporalmente el cuerpo de quien las comía. La lista era poco útil: algunos efectos duraban minutos, otros requerían una preparación que no estaba descrita allí, y uno convertía la lengua en algo con lo que Dracenia no pensaba sugerirle a nadie que intentara nadar.

Tomó dos títulos para buscar al día siguiente.

Potter la alcanzó junto a la puerta.

—¿Vienes a cenar?

Dracenia miró el reloj. No se había dado cuenta de que estaba sentada con un guante puesto y el otro sobre el libro.

—Tengo que devolver esto.

Él esperó mientras la señora Pince revisaba los volúmenes. Al salir, Harry llevaba un papel doblado en la mano.

—Le pregunté a Flitwick por el encantamiento de la burbuja —dijo—. Me recomendó empezar sin agua.

Dracenia recogió sus guantes.

—Es una buena forma de comprobar cuánto tardas en ahogarte.

—Sí. Dijo casi eso.

La risa les llegó a los dos al mismo tiempo. No había nadie en el tramo de corredor donde se detuvieron para dejar pasar un carro

de libros. Harry le tomó uno de los volúmenes que ella aún llevaba y lo acomodó mejor bajo su brazo.

—¿Y el codo?

Dracenia levantó la manga lo suficiente para mostrarle la piel.

—Ya está.

Él le miró el brazo y luego la cara. Había una distancia pequeña entre ambos, mucho menor que la que dejaban cuando discutían delante de Weasley. Dracenia supo que Harry iba a acercarse un instante antes de que lo hiciera.

Quiso quedarse quieta.

No le salió.

Retrocedió apenas, lo suficiente para tocar con la bolsa la pared. Harry se detuvo de inmediato y bajó la mano que había empezado a levantar.

—Perdón.

Dracenia miró el libro que él sostenía. Tenía una esquina doblada contra la palma.

—No has hecho nada.

Harry asintió. Se hizo un poco a un lado, dándole espacio, y volvió el volumen para que pudiera tomarlo.

Dracenia lo recibió. El corazón le golpeaba de una manera absurda para un corredor en el que no estaba pasando nada peligroso. Podía haber bromeado. Le dio miedo escoger una frase que él creyera de verdad.

Harry miró hacia la escalera.

Ella lo alcanzó por la mano.

—Espera.

Él volvió la cara.

Dracenia sostuvo sus dedos. No los apretó mucho. Harry dejó el papel de Flitwick en el bolsillo y se quedó junto a ella, sin preguntarle qué tenía que esperar.

Por el corredor lejano sonó una campana. Dracenia pasó el pulgar sobre una costura de su guante, que había quedado entre sus manos, y encontró por fin dónde mirar sin querer irse.

—Pansy dice que el atril funciona bien —dijo.

Harry sonrió.

—Me alegro de que alguien haya comprado algo que no quisiera matarnos.

Dracenia se rio. Esta vez no se apartó cuando su hombro rozó el de él.

Fueron hacia las escaleras con el libro entre ambos y las manos todavía juntas. Antes de llegar al corredor lleno de alumnos, ella aflojó los dedos. Harry la soltó sin convertirlo en una pregunta.

Al entrar al comedor no buscaron una mesa donde sentarse juntos. Potter encontró a Ron y Hermione, y Dracenia fue a dejar el libro junto a Pansy.

Su amiga le hizo sitio. Había vuelto del ensayo con ganas de contar algo que no tenía ninguna relación con él.

Dracenia dejó los guantes sobre sus rodillas y la escuchó.

CAPÍTULO 35

Para Diggory

Dracenia

Longbottom no parecía estar teniendo un buen día.

Llevaba tierra en una oreja, el cuello de la túnica mal doblado y una maceta que alguien había envuelto con demasiado papel. Al dejarla sobre el banco del invernadero, Dracenia vio que una de las hojas brillaba a través de un agujero.

Neville apartó el papel antes de que ella pudiera preguntar.

—No la toques.

Dracenia retiró la mano.

—No iba a tocarla.

Él miró sus dedos y luego la planta.

—Bueno.

La respuesta le resultó irritante porque no parecía necesitar que ella aceptara nada más. Neville abrió su cuaderno, comparó dos dibujos y empezó a retirar un poco de tierra de un costado.

La clase ya había terminado. Pansy había salido con Padma; Sprout atendía a dos alumnos junto a la puerta del invernadero contiguo. Dracenia debía estar camino del castillo, pero aquella mañana Neville había identificado en menos de un minuto por qué tres ejemplares de una misma planta estaban creciendo de maneras distintas.

Ella había buscado una plaga. Él había movido una maceta hacia la luz.

Dracenia dejó la bolsa sobre el banco.

—Necesito preguntarte algo.

Neville alzó la cabeza. La miró con una cautela que le quitó parte de las ganas de empezar.

—¿Sobre qué?

—Una planta. Que sirva para estar bajo el agua.

Neville volvió los ojos a la maceta que tenía delante.

—Ésta no.

—No te estaba preguntando por ésa.

—Hay muchas que crecen bajo el agua.

Dracenia apretó la correa de la bolsa. Había imaginado una pregunta sencilla, una respuesta y quizá el nombre de un libro. No una conversación en la que cada palabra abriera otra dificultad.

—Para una persona —precisó—. Que pueda respirar. Un buen rato.

Neville dejó la pequeña pala.

—¿Para quién?

—Para Diggory.

Lo dijo sin detenerse. El nombre de Cedric había estado disponible en cuanto necesitó uno que no hiciera a Longbottom levantar las cejas por una razón distinta.

Él frunció el ceño.

—¿Te lo pidió?

—Estoy ayudándolo a buscar. ¿Hay alguna o no?

Neville miró la insignia que llevaba en el abrigo. Sólo mostraba el nombre de Cedric. Dracenia había olvidado que seguía prendida allí desde una salida al patio.

—Podrían servir las branquialgas —dijo él—. Pero depende.

Dracenia sacó su pluma.

—¿De qué?

—Primero sujeta esto.

Le pasó un borde del papel que envolvía la maceta. Dracenia se quedó con él en la mano, ofendida durante un instante por haber recibido una tarea en vez de una explicación.

La hoja luminosa se inclinó hacia el agujero.

Ella levantó el papel para darle sitio.

Neville necesitó unos minutos para terminar.

Retiró una raíz que estaba creciendo contra la pared de la maceta y cambió la tierra de un lado. La planta dejó de inclinarse. En las hojas se encendió una luz tenue, demasiado verde para parecer el reflejo del vidrio.

—Sprout me dejó cuidarla —explicó—. Estaba en una caja. La trajeron con otras y nadie sabía cuál había recibido agua.

—Podías preguntarle al que la trajo.

—Ya no estaba.

Dracenia miró el dibujo de su cuaderno. Había tachado una hoja enferma y añadido dos marcas al borde de la maceta.

No había esperado que Longbottom escogiera quedarse con el trabajo más difícil de una caja que ni siquiera era suya.

Él se limpió las manos en un paño.

—Las branquialgas cambian cómo respiras. No es una poción. Se comen.

Dracenia hizo una mueca antes de poder evitarlo.

Neville la vio.

—No tienes que comértelas tú.

—Ya sé. Sigue.

Él buscó entre sus libros y sacó uno con la cubierta protegida por una funda. Había una marca cerca del final. Dracenia reconoció la letra de Moody en una dedicatoria de la primera página, pero Neville pasó de largo antes de que pudiera leerla entera.

Se detuvo frente a un dibujo de un manojo oscuro.

Las hojas parecían dedos demasiado largos.

—Éstas. No se parecen mucho cuando están secas.

Dracenia se inclinó. Bajo el dibujo había una figura humana con unas hendiduras junto al cuello. Volvió a mirar el nombre.

—¿Cuánto dura?

—Cerca de una hora, según esto. No es igual para todo el mundo.

—Tiene que durar una hora.

Neville la miró.

—No cambia porque lo digas así.

Dracenia abrió la boca y la cerró. Longbottom volvió al texto.

—Hay que comprobar que estén bien conservadas. Si el frasco se secó, no basta con echarle agua otra vez. Y esto dice que las manos y los pies cambian también.

Ella se acercó un poco más al dibujo. No estaba segura de qué cara pondría Potter al ver aquello. Tuvo que esconder una sonrisa detrás de la pluma.

—Diggory sabe nadar —dijo.

—Eso no te lo pregunté.

Por primera vez, Neville parecía a punto de reírse.

Dracenia anotó el nombre de la planta, el aspecto y la página. Cuando intentó copiar la cifra de duración, él puso un dedo junto a la línea siguiente.

—Eso también.

—Lo estoy leyendo.

—Pero no lo estás apuntando.

La advertencia se refería a los cambios del cuerpo cuando terminaba el efecto. Dracenia imaginó a Harry lejos de la orilla, intentando respirar de pronto como si nunca hubiera tenido branquias.

Copió la frase completa.

Sprout los encontró todavía junto al banco.

Neville le enseñó la maceta. La profesora examinó una raíz, pasó el dedo sobre la tierra y sonrió de una forma que cambió la cara del muchacho antes de decirle nada.

Dracenia esperó mientras hablaban de dónde dejarla durante la noche. No interrumpió para preguntar por las branquialgas. Cuando Sprout se volvió hacia ella, le mostró el nombre en el cuaderno.

—¿Se pueden conseguir aquí?

La profesora lo leyó.

—No las cultivamos en estos invernaderos. Las que utilizamos para una demostración llegaron conservadas.

—¿Y quedan?

—No. ¿Para un trabajo de Pociones?

Dracenia tardó una fracción de segundo.

—Para una consulta.

Sprout la miró por encima del cuaderno.

—Entonces procure que la consulta incluya cómo reconocer una muestra utilizable. Longbottom puede enseñarle la ilustración ampliada. La del margen es poco clara.

Neville ya estaba buscando esa página.

La profesora volvió a la maceta y le indicó dónde quería encontrarla al día siguiente. Después los mandó a comer antes de que decidieran quedarse allí toda la tarde.

Dracenia dejó que Neville cerrara el libro.

—¿Me lo prestas?

Él vaciló.

Ella estuvo a punto de decir que podía comprar otro. Miró la funda, las marcas de las páginas y la manera en que Neville sostenía el lomo.

—Te lo devuelvo mañana.

—Necesito copiar una cosa esta noche.

Dracenia apretó los labios.

Neville señaló una mesa vacía.

—Puedes copiar ahora la parte que te falta.

Se sentaron. Dracenia tuvo que mover su propia bolsa para que él pudiera apoyar el libro sin doblarlo. Le fastidió tardar más. Le habría fastidiado mucho más marcharse sin saber lo que acababa de explicarle.

Al salir, Neville se quedó junto al camino, buscando un guante.

Lo tenía dentro de la maceta vacía.

Dracenia lo vio antes que él. Se lo pasó sin hacer el comentario que ya estaba preparando, y Neville le dio las gracias con una naturalidad que la dejó sin saber si debía sentirse satisfecha o insultada.

—No le digas que coma más para que dure más —añadió él.

Dracenia alzó los ojos.

—No pensaba darle de cenar eso.

Neville sonrió por fin.

—Por si acaso.

La sonrisa se le quedó un momento al echarse la bolsa al hombro. Luego siguió hacia Gryffindor, con el libro apretado contra el pecho.

Dracenia observó sus notas.

No había preguntado por Potter. No había tenido que mentirle sobre el lago, sobre la duración o sobre para qué servía la planta. El nombre que usó seguía allí, al principio de todo, esperando que nadie fuera a comprobarlo con Diggory.

Guardó el cuaderno y se fue por el otro camino.

La primera tienda respondió que no tenía existencias.

La segunda envió un catálogo donde las branquialgas aparecían al lado de ingredientes que parecían haber sido dibujados para quitarle a cualquiera las ganas de usarlos. El ejemplar del catálogo estaba seco. Dracenia lo tachó con tanta fuerza que Pansy levantó la cabeza.

—¿Ahora qué te hizo el papel?

—Nada.

Su amiga sostuvo la mirada.

—Estoy buscando una planta.

—Ya veo. ¿Y hay que amenazarla para que aparezca?

Dracenia le dio con el borde de la hoja en un brazo. Pansy apartó el catálogo para apoyar su propia lista.

—El sábado necesitamos la mesa de la ventana. Padma quiere revisar los materiales con Marek. Si vas a dejar todos tus libros ahí, muévelos antes.

—Puedo dejarlos del otro lado.

—Ahí es donde van las cajas.

Dracenia miró el espacio. Había conseguido que sus tres volúmenes, las cartas y el tintero ocuparan la mesa entera sin parecerle suficiente.

Los recogió.

Pansy se sentó cuando por fin tuvo dónde poner los codos. Llevaba una nota de Pucey doblada entre sus libros. Dracenia la reconoció por el dibujo horrible de una escoba que había visto ya en otra ocasión.

—¿Siguen apostando?

—No sobre Quidditch. Dice que no fue justo.

—Perdió él.

—Eso mismo dije yo.

Dracenia se rio. Pansy le enseñó el segundo dibujo, que pretendía representar un pastelito y tenía más parecido con un zapato. Lo examinaron con una seriedad que no consiguió durar.

Cuando terminaron de guardar, Dracenia escribió una tercera solicitud. Esta vez especificó que necesitaba una muestra viva, conservada en agua, y preguntó cuándo podían entregarla.

No incluyó el nombre de Cedric. A la tienda no le hacía falta saberlo.

El nueve de febrero llegó una respuesta menos desagradable.

Podían conseguir branquialgas. No garantizaban la fecha del siguiente envío. Había que confirmar disponibilidad antes de pagar.

Dracenia leyó la carta dos veces. La segunda le produjo menos alegría.

Quedaban quince días.

Encontró a Potter en el corredor después de Herbología. Tenía una cuerda enrollada bajo el brazo y estaba discutiendo con Weasley sobre cuánto tiempo había conseguido mantener un encantamiento. Granger llevaba una lista que se doblaba por la mitad de tantas correcciones.

Harry la saludó con una pequeña inclinación de cabeza. Dracenia sintió ganas de contarle el nombre de la planta, el libro, las tiendas, todo lo que había tardado en conseguir aquella carta.

Miró la promesa sin fecha que sostenía.

No quería añadirle otra cosa que pudiera parecer una solución hasta que llegara la hora de necesitarla.

—¿Cómo van? —preguntó.

Harry miró la cuerda.

—Mejor que el lunes.

—Eso no me dice mucho.

—A mí tampoco.

Lo dijo con una sonrisa cansada. Dracenia dobló la carta y la guardó.

—Voy a seguir buscando.

Él asintió. No le pidió que prometiera encontrar algo.

Aquello le hizo desear con mucha más fuerza poder llevárselo.

CAPÍTULO 36

El tiempo que faltaba

Harry

La burbuja duró hasta que Ron estornudó.

Harry llevaba varios minutos sentado junto a una tina vacía, intentando no pensar en nada que no fuera el borde del encantamiento alrededor de su cabeza. Había llegado a olvidar la presión sobre las orejas. Al oír el ruido se volvió por reflejo y la superficie transparente se deshizo contra su frente.

Ron bajó el pañuelo.

—Perdón.

Hermione miró el reloj.

—Más que ayer.

Harry se quitó los lentes. No estaban mojados. Aquello había dejado de parecerle una ventaja.

—Mañana intenta estornudar cuando ya haya salido del lago.

Ron se sentó sobre una silla que habían apartado de la tina.

—Puedo decirle a Karkaroff que me haga cosquillas antes de empezar.

Harry soltó una risa y acabó tapándose la cara. Hermione dejó de anotar el tiempo para mirarlo.

—No está saliendo tan mal.

—Aquí no tengo que nadar. Ni buscar nada. Ni esquivar a nadie con tentáculos.

—Todavía no sabemos si habrá tentáculos —señaló Ron.

Hermione le dio el reloj.

—Cuenta tú la próxima vez.

El diez de febrero faltaban dos semanas para la prueba. Harry ya conseguía mantener el encantamiento mientras caminaba, aunque le costaba conservar el aire al agacharse. Flitwick había examinado un intento después de clase y le corrigió un movimiento. No había fingido que aquello bastaba para permanecer bajo el agua durante una hora.

Harry volvió a ponerse los lentes.

—Una vez más. Después buscamos otra cosa.

Buscar otra cosa había producido dos montones de libros.

En uno estaban los que no servían. En el otro, los que podían servirle a alguien que tuviera mucho más tiempo. Hermione se enfadó cuando Ron propuso usarlos para averiguar cuánto tardaban en hundirse.

—Estoy cansado de leer cosas que empiezan diciendo que es dificilísimo —se defendió él.

Harry lo entendía. Había encontrado una transformación que no podían practicar sin una persona capaz de revertirla y una preparación cuya elaboración llevaba más días de los que le quedaban. No necesitaba que el libro le asegurara que funcionaba después de explicarle por qué no llegaría a utilizarla.

Neville los encontró repartiendo las devoluciones.

Llevaba su cuaderno de Herbología. Una de las hojas tenía pegado un pétalo que brillaba muy poco, como si estuviera demasiado cansado para terminar de apagarse.

Hermione lo miró.

—¿Es de la planta del invernadero?

Neville asintió, contento de que se acordara.

Les contó cómo había conseguido enderezarla. Ron dejó de jugar con el reloj para escuchar. Harry tuvo que pedirle que repitiera una parte: había pasado varios días leyendo sobre plantas sin pensar en nadie que tuviera una viva delante.

—¿En tu libro hay alguna que cambie cómo respiras?

Neville se quedó quieto. Después abrió el cuaderno por la marca.

—Las branquialgas. Sí. Espera, te lo traigo.

Regresó con el volumen que Moody le había dado en otoño. Hermione se inclinó antes de que terminara de ponerlo sobre la mesa.

Harry miró el dibujo. Las hendiduras del cuello le produjeron un escalofrío tan desagradable como útil.

Neville les explicó las condiciones que importaban. No se apresuró al ver a Harry consultar la fecha del calendario. Le hizo volver a la advertencia sobre el final del efecto y esperar mientras señalaba el dibujo de los pies.

Ron abrió mucho los ojos.

—Por lo menos nadarías mejor.

Harry le dio una patada suave bajo la mesa.

Neville terminó de explicar la conservación. Podían copiar lo que necesitaran y mirar la lámina más grande antes de devolver el libro. Hermione ya estaba revisando la referencia de un catálogo.

Por primera vez aquella semana, Harry tuvo algo que parecía una posibilidad distinta de practicar el mismo encantamiento hasta quedarse sin tiempo.

—Gracias, Neville.

Su amigo se acomodó la funda del volumen.

—Averigua antes de comértelas si son de verdad.

Ron apartó el lápiz del dibujo de los pies.

—Eso no se me va a olvidar.

No encontraron las plantas en la despensa del colegio.

Dobby los recibió en las cocinas con una bandeja tan grande que Harry intentó quitársela de las manos antes de saludar. El elfo se apartó, ofendido.

—Dobby puede llevarla.

—Ya sé. Parecía que iba a caerse.

—Porque el señor Ron estaba debajo.

Ron se hizo a un lado. Dobby dejó la bandeja donde la esperaba otro elfo y volvió con una sonrisa menos severa.

Hermione preguntó por Winky antes de sacar la lista.

No estaba allí. Había ido a descansar a una habitación donde no tenía que pasar todo el tiempo junto al ruido de los platos. Dobby parecía satisfecho de haber conseguido que aceptara marcharse un rato. No dijo que estuviera mejor.

Harry le mostró el nombre de las branquialgas.

—¿Has visto algo así entre las cosas que traen?

El elfo leyó despacio. Conocía muchos rincones del colegio, pero no una cocina que necesitara aquel ingrediente para preparar la cena.

—Dobby puede preguntar.

—Si tienes tiempo —añadió Harry.

El elfo levantó la cara. Pareció encontrar divertida la aclaración, aunque no se rio.

Hermione le pidió permiso para dejar una hoja sobre las condiciones de trabajo de quienes quisieran hablar con ella. Dobby la examinó.

—No junto a las firmas —advirtió—. Ya les dijo la señorita que no quiere despedirlos.

—Por eso la hice distinta.

Se quedaron un rato ajustando el encabezado. Ron y Harry comieron algo en un banco cercano, mirando cómo Hermione aceptaba tachar una frase que le parecía perfectamente clara. No había dejado de estar preocupada por febrero. Tampoco había dejado de tener cosas que hacer aunque él quisiera estar preocupado todo el día.

Al marcharse encontraron a Winky junto al corredor de servicio. Llevaba una tela doblada con tanta fuerza que las manos parecían escondidas dentro.

Ron tenía una carta de Percy sobresaliendo del bolsillo. El nombre de Crouch había quedado visible en una línea.

La elfa se detuvo.

Hermione se acercó lo suficiente para hablarle sin obligarla a levantar la cabeza.

—¿Quieres sentarte un momento?

Winky negó.

Miró otra vez la carta y se alejó por el corredor. Dobby la siguió, sin llamarla desde atrás para que todos volvieran la cara.

Harry esperó hasta perderlos de vista.

—¿Qué dice Percy de Crouch?

Ron sacó el papel.

Su hermano explicaba que el señor Crouch seguía enviando instrucciones y que la oficina podía funcionar sin que él estuviera allí para vigilar cada trámite. Lo contaba como un elogio al trabajo de ambos. Harry recordó la forma en que Crouch había callado a Winky en el bosque.

—¿Hace cuánto no lo ve?

Ron buscó la fecha. No estaba.

—Puedo preguntarle.

Guardó la carta sin hacer una broma sobre el número de páginas que recibiría a cambio.

El domingo bajaron al embarcadero sin la tina.

Harry había guardado el libro de plantas junto a las respuestas de dos tiendas. Una no enviaba muestras en aquella época. La otra podía pedirlas, pero no antes de marzo. Hermione seguía buscando mientras Ron le ayudaba a probar qué podía hacer si tenía que volver deprisa.

Se sentaron sobre un tramo seco de madera. Había señales nuevas cerca de la orilla, más allá de donde los alumnos tenían permiso para acercarse. Un funcionario pasó en una barca junto a dos profesores. Uno de ellos guardó el remo y empezó a empujar contra el fondo con una pértiga.

Ron lo señaló con la barbilla.

—Ahí sube el fondo.

Harry siguió su mirada. Se veía una franja de roca más clara antes de la oscuridad del centro.

—¿Cómo lo sabes?

—El de atrás ya puede llegar con la pértiga. Antes estaba usando el remo.

No era un mapa del lago entero. Era una forma de regresar a un sitio donde pudiera apoyar los pies antes de llegar a la playa. Harry miró de nuevo la pendiente.

Ron pasó un extremo de la cuerda por su propio cinturón.

—Si tienes que llevar algo, mejor que no se te vaya cada vez que uses las manos.

Harry tomó el otro extremo. Habían pedido una cuerda para ensayar agarres, no permiso para meterse al agua helada. Se levantó sobre el muelle y probó a moverse con un bulto de mantas sujeto al costado. Ron tiró de él lo suficiente para cambiarle la dirección.

Harry perdió un paso.

—No voy a llevarte a ti.

—Podrías ganar puntos por la dificultad.

Ensayaron hasta que Harry encontró una forma de sujetarlo que no le inmovilizara el brazo de la varita. Después tuvieron que desatar un nudo que Ron había apretado demasiado.

Al regresar, Hermione los esperaba con otra carta.

Tampoco garantizaban la entrega.

Harry la leyó y siguió caminando. Quedaban menos de dos semanas. Todavía podían encontrar una muestra. Todavía podía mejorar el encantamiento. Se había cansado de que las dos cosas fueran verdad sin convertirse en un plan.

Moody lo detuvo después de Defensa.

Le preguntó por su preparación mientras guardaba los objetos de la clase en un arcón. Harry vio tres cierres abiertos y oyó algo moverse al fondo. No era raro que un profesor de Defensa tuviera cosas que no convenía tocar; aun así, se apartó cuando Moody cerró la tapa.

—¿Sigue con la burbuja?

Harry asintió.

—Y estamos buscando una planta.

Moody lo miró con el ojo normal. El azul giró hacia la puerta.

—¿Le preguntó a Longbottom por ese libro?

—Ya lo vimos.

—Entonces siga buscando. No va a servirle una respuesta que se quede en la página.

No ofreció una muestra ni un hechizo que terminara la conversación. Harry se marchó con el mismo problema. Al llegar a la escalera recordó que él no había mencionado el libro, sólo una planta.

Moody se lo había dado a Neville. Podía acordarse de lo que contenía.

Harry siguió bajando, incómodo de todas formas.

Hermione estaba recortando un artículo cuando volvió a la sala común.

Rita Skeeter había vuelto a escribir sobre los campeones. Había una frase sobre Harry y su preparación entre varias observaciones

sobre las personas con las que se lo había visto. Reconoció unas palabras que él había dicho en las Tres Escobas, sin intención de contárselas a ningún periódico.

—Podía oírlas alguien de la mesa de al lado —dijo Ron.

Hermione dejó las tijeras.

—Sí. Pero quiero saber quién se las cuenta.

Harry se sentó con ellos. No había visto a Rita en Hogsmeade. Eso no demostraba que no hubiera estado, ni que no preguntara después. Lo apuntó al reverso de la carta de la tienda, junto a la fecha.

Ron sacó la respuesta que estaba preparando para Percy. Hermione le prestó una hoja más limpia y le pidió que preguntara también cuándo esperaba volver Crouch al colegio.

Harry guardó el recorte.

El lunes veinte llegó una hoja de los organizadores. Pedía nombres de alumnos del colegio con quienes pudieran ponerse en contacto para los preparativos, sin orden de preferencia. Harry escribió los de Ron y Hermione. Se acordó de lo que Malfoy había dicho en las Tres Escobas sobre querer participar. Sonrió al escribir su nombre.

Ron le pasó un sobre sin intentar leer por encima. Harry lo cerró y lo dejó con la correspondencia de los campeones.

Abrió otra vez el cuaderno azul. En la primera página del trabajo nuevo escribió las cosas que ya sabía hacer sin esperar que ninguna resolviera por sí sola el lago: mantener el rumbo, soltar una cuerda, cortar un hilo con Diffindo, iluminar sin levantar la varita a la altura de sus propios ojos.

Hermione había practicado el encantamiento seccionador con él aquella semana. Ron quiso añadir que también sabía quejarse durante ocho minutos sin que se le rompiera la burbuja.

Harry le quitó la pluma.

Se quedó leyendo su propia lista hasta que dejó de parecerle tan corta.



CAPÍTULO 37

El frasco del estante bajo



Dracenia

La última tienda contestó el martes, durante el desayuno.

No recibirían ejemplares vivos antes del viernes por la tarde. Podían mandar un preparado seco, muy apreciado para ciertos ungüentos, o conservar el dinero hasta el siguiente envío.

Dracenia pidió que se lo devolvieran.

Leyó la carta por segunda vez mientras Pucey trataba de convencer a un compañero de que un hipogrifo podía servir como transporte de un equipo entero. Pansy le preguntó si quería las tostadas que estaba aplastando bajo el sobre.

—¿Tú crees que todas las tiendas se ponen de acuerdo?

—Para no venderte cosas, probablemente.

Dracenia apartó la carta de la mantequilla. Tenía una respuesta, sabía dónde había una muestra y llevaba días esperando que alguna de esas dos cosas dejara de ser inútil.

En Pociones no miró el armario hasta que Snape se volvió hacia el pizarrón.

Estaba cerrado.

Encontró a Dobby aquella tarde en la entrada de las cocinas. Llevaba un calcetín morado sobre otro verde y estaba tratando de sacar una tetera de entre dos platos que no dejaban de discutir.

—El del borde dorado dice que el otro está desportillado —explicó, sin que ella preguntara—. El otro lo sabe.

Dracenia tomó la tetera para que pudiera separar los platos.

—Necesito hablar contigo.

Dobby miró primero la tetera y después a ella.

—Ya estamos hablando.

—De algo importante.

Él acomodó el último plato sobre un trapo y le indicó una esquina del banco, lejos de una olla que escupía vapor. Dracenia dejó la tetera.

—Potter necesita respirar debajo del agua.

—Dobby lo sabe. Harry Potter ha preguntado por unas plantas.

Aquello le produjo un alivio tan rápido que casi se sentó.

—Se llaman branquialgas. No hay frescas en los invernaderos. Las tiendas no las van a traer a tiempo.

—Dobby también preguntó aquí. No se cocinan.

—Ya. Pues el profesor Snape tiene un frasco.

Dobby dejó de alisar el trapo.

Dracenia oyó el golpecito de una cuchara dentro de la olla. Había imaginado esa conversación de varias formas. En ninguna llegaba tan pronto a la parte en que Dobby simplemente la miraba.

—En sus reservas privadas —añadió.

—Eso hace más difícil pedirle.

—Sí.

—¿La señorita Malfoy ya le pidió?

—No va a regalarle ingredientes a Potter para el Torneo.

—¿Ya le pidió?

Dracenia apretó los dedos sobre el borde del banco.

—No.

Dobby esperó.

—No me mires así. Lo conozco.

—Dobby también.

Detrás de ellos, alguien sacó del horno una bandeja de pan. El olor llenó de pronto aquel rincón. Dracenia miró los calcetines del elfo, muy distintos de las prendas que había usado en su casa.

—No te estoy dando una orden.

—Dobby no recibiría una orden.

—Ya sé.

Él ladeó la cabeza.

—Pero ha venido a explicar muy bien dónde está el frasco.

Dracenia bajó la vista. Una de las tablas del banco tenía una quemadura con forma de cuchara.

—Si te descubren, puedes perder el trabajo.

—Dobby hablará por Dobby si lo descubren.

Lo dijo sin levantar la voz. A ella no le gustó que aquella frase le recordara lo fácil que había sido, durante años, hablar por él.

—Puedo decir que fui yo.

—Si no fue usted, sería mentira.

Dracenia volvió a mirarlo.

—Eres bastante molesto cuando quieres.

—Dobby tiene tardes libres.

La olla soltó otro resoplido. Dracenia se rio por la nariz, a pesar suyo.

Le explicó lo que había visto: el frasco bajo, a la izquierda, con las plantas verdes sumergidas. Snape lo había sacado dos veces para preparar un bálsamo. El jueves tenía una sesión con ella después de clase; a esa hora solía revisar también sus mezclas de la semana.

—Yo no puedo abrir ese armario —dijo Dobby—. El profesor guarda cosas peligrosas.

—Lo sé.

—Puedo llegar por el paso donde recogemos los recipientes. Pero no atravesar una puerta cerrada sólo porque usted tenga prisa.

Ella asintió. La solución, que desde la mesa del desayuno había parecido tan próxima, adquirió el tamaño exacto de una habitación donde Snape podía volverse en cualquier momento.

Dobby pidió ver sus notas. Dracenia se las dio. Él leyó la cantidad, la necesidad de mantener la planta húmeda y la advertencia sobre los ejemplares secos.

—Dobby quiere ayudar a Harry Potter —dijo al fin—. Voy a mirar. Si no puedo, no puedo.

Dracenia tuvo que aceptar esa respuesta.

El jueves, Snape no abrió el armario durante los primeros veinte minutos.

Dracenia sostuvo la varita mientras una bolita de madera saltaba entre los extremos de la mesa. Debía desviarla hacia una caja, no devolverla contra la pared. Le salió dos veces y falló la tercera porque oyó un roce junto a la rejilla de servicio.

La bolita le golpeó un nudillo.

—La puerta no va a atacarla, señorita Malfoy.

—No estaba mirando la puerta.

Snape extendió la mano. La bolita se detuvo.

—Lo noté.

Dracenia flexionó el dedo. Había ido dispuesta a inventar una duda sobre sus deberes. Ahora tenía una mucho menos cómoda: si Snape podía darse cuenta de aquello con una mirada, ¿qué estaban haciendo?

Él revisó su pergamino de Pociones, señaló un error en una proporción y se dirigió al armario. Las cerraduras hicieron dos chasquidos distintos.

Dracenia miró su propia hoja con tanto empeño que las cifras dejaron de tener sentido.

Snape sacó el frasco de plantas y un mortero, los dejó en el extremo de la mesa auxiliar y vertió un poco del líquido en un recipiente. Después se volvió hacia su caldero pequeño, que empezaba a soltar una espuma blanquecina.

Algo gris se movió bajo el banco de servicio.

Dracenia apoyó un dedo en la cifra que él había marcado.

—Profesor, si reduzco esto, ¿no se corta la mezcla al enfriarse?

No era una pregunta fingida. Le habría gustado hacerla sin sentir el corazón dentro de la garganta.

Snape volvió la cabeza.

—Se corta si añade la sal antes de retirar el calor. Está en la línea anterior.

Se acercó para señalarla. Dracenia vio, más allá de su manga, una mano muy delgada apoyarse en el borde de la mesa auxiliar.

El frasco no se movió. Las hojas, sí.

—Lea.

Dracenia bajó los ojos al pergamino.

Leyó la instrucción en voz alta. Tropezó en una palabra que conocía perfectamente.

Cuando Snape regresó a su caldero, Dobby ya no estaba. Había una gota sobre la madera. El profesor la limpió con un movimiento seco y guardó el frasco.

El resto de la sesión duró catorce minutos. Dracenia sintió cada uno.

Al despedirla, Snape le devolvió su trabajo con la corrección de la sal subrayada.

—El domingo, sin ese error.

Dracenia tomó la hoja.

—Sí, profesor.

La confianza en aquella respuesta le cayó peor que una sospecha.

Dobby la esperaba detrás del tapiz del pasillo de las cocinas. Tenía las manos húmedas y un pequeño tarro tapado sobre las rodillas.

Las plantas se movían lentamente en el agua.

—No cerraba bien —dijo, tocando la tapa—. Ya cierra.

Dracenia se agachó. El olor que salió cuando él la levantó un poco era fuerte, como el de las piedras que se quedaban al descubierto cuando bajaba el agua del estanque.

Se parecían al dibujo de Neville. Miró los filamentos, el color y las pequeñas bolsas translúcidas. No era una prueba de que nada pudiera salir mal. Al menos era una planta viva.

—¿Te vio?

Dobby negó.

—Pero puede contar lo que falta.

—Va a contarlo.

Dracenia extendió la mano hacia el tarro y la retiró.

—Potter sabe para qué sirven. Ha estado buscándolas también. Dáselas tú.

—Dobby pensaba hacerlo.

Ella se enderezó antes de contestar algo que habría sonado como una orden más.

—Quería decir… Sí. Bien.

Dobby cubrió el tarro con el trapo. Había que conservarlo fresco hasta la mañana, lejos del calor de los hornos. Eligió él mismo un hueco junto a la despensa fría y explicó que no iba a dar a Harry una planta que se hubiera secado por la noche.

Dracenia se quedó hasta verlo guardar el recipiente.

Al salir de las cocinas, las piernas le pesaban. Potter podría respirar. Todavía tendría que saber qué hacer una vez dentro, pero no llegaría a la orilla con ocho minutos de aire y una hora por delante.

Snape había confiado en ella. No conseguía sentirse orgullosa del todo.

En el dormitorio, Pansy estaba cortando una cinta para el atril. Había extendido un pañuelo bajo los recortes para no tener que pescarlos después de la colcha.

Dracenia dejó la bolsa al pie de la cama y se quitó los zapatos.

—Pásame las tijeras pequeñas —pidió Pansy.

Dracenia se las alcanzó y recogió un trozo de cinta antes de que cayera dentro de su zapato.

Alguien llamó a la puerta.

CAPÍTULO 38

Antes de la orilla

Harry

El jueves por la noche, Hermione no volvió a la sala común.

Había dejado sus libros junto a la silla de Harry y una nota: McGonagall necesitaba su ayuda aquella noche, estaba bien y no tenían que esperarla. Ron la leyó dos veces.

—Espero que no quieran que yo prepare el desayuno —dijo.

Harry intentó reírse. El estómago no le dejaba mucho espacio.

Sobre la mesa había una carta llegada aquella tarde. La tienda había encontrado branquialgas, pero no podía hacerlas llegar antes del sábado. Harry alisó una esquina que había doblado tantas veces que empezaba a romperse.

La burbuja era lo único que podía hacer por sí mismo. Ocho minutos en movimiento. Nueve, si no tenía que cambiar de dirección demasiado rápido. Habían probado a renovarla antes de que se agotara; al romper la primera para formar otra, se quedaba sin protección. Eso no importaba en un aula seca. Bajo el lago, sí.

—Podrías entrar, mirar y salir —dijo Ron.

—Ya sé.

—Lo digo en serio.

Harry apartó la carta.

—Yo también.

No se habían peleado. Aun así, Ron tardó un poco en sentarse a su lado.

—No vas a encontrar una hora dentro de ese sobre.

Harry lo dejó en la mesa.

Revisaron las cosas que permitirían llevarles. Una varita, el traje de baño, lo necesario para su propia forma de respirar y nada que permitiera salir volando sobre la prueba. La organización daría a cada campeón un cinturón con una tira corta de remolque y una señal de emergencia. Ninguno había sabido aún para qué servía la tira.

Ron examinó el dibujo del cierre.

—Es como el nudo que probamos en el muelle. Si tiras de este lado, se suelta. Del otro, se aprieta.

Harry lo practicó con la cuerda que habían usado en el embarcadero, hasta que pudo hacerlo sin mirar. Después guardó el cuaderno azul.

Ginny se acercó a devolverle una pluma. Había visto a Hermione salir con McGonagall, tranquila, y quería que Harry lo supiera antes de que inventara algo peor. Colin ofreció tomarle una fotografía a la mañana siguiente.

—Mejor cuando salga —dijo Harry.

—Entonces no te peines antes. Se va a perder el trabajo —añadió Ron.

Harry le lanzó un cojín. Ron lo atrapó contra el pecho, más aliviado de lo que intentó parecer.

Durmió mal y se despertó antes de que sonara el reloj.

En el dormitorio, las cortinas de Neville se movían con una corriente. Harry se puso las gafas, miró el paquete de libros y sintió que le faltaba algo. Tardó en recordar que ya no tenía dónde buscar.

Bajó a desayunar con Ron. Había muy pocos alumnos. Un grupo de Hufflepuff había llegado temprano para pintar un cartel que todavía decía solamente CED.

Harry no pudo comer las salchichas. Ron le cambió el plato por unas tostadas.

—Aunque sea eso.

Dobby lo encontró cuando salían al vestíbulo.

Venía deprisa, con una bufanda demasiado larga enrollada alrededor de la cintura. Llevaba un tarro apretado entre las manos.

—Harry Potter tiene que ver esto.

Harry bajó los ojos. Las plantas verdes se enredaban en el agua como cabellos.

—¿Son…?

—Branquialgas frescas —dijo Dobby.

Ron se inclinó para mirar. Harry tomó el tarro y sintió el agua fría a través del vidrio.

Durante un momento no pudo decir nada.

Después preguntó de dónde habían salido.

Dobby se irguió cuanto le permitía su tamaño.

—De las reservas del profesor Snape.

Ron dejó escapar un sonido ahogado.

—¿Él te las dio?

Dobby negó.

Harry miró al elfo. Había una costura nueva en el extremo de su bufanda y una pequeña rozadura en uno de sus nudillos.

—Dobby…

—Dobby decidió traerlas. No se las ha mandado nadie.

Harry sostuvo el recipiente con las dos manos. Ya no tenía ganas de abrirlo a toda prisa.

—No quiero que te echen por esto.

—Dobby tampoco quiere que lo echen. Pero no quería ver a Harry Potter entrar sin aire.

Ron miró el reloj del vestíbulo.

Harry desenroscó la tapa. El olor era el mismo que describía el libro. Sacó un filamento con dos dedos y vio las bolsas transparentes. Neville había insistido en ellas. El color no bastaba.

—¿Han estado siempre en agua?

—Siempre.

—¿Y esto es una porción?

Dobby le mostró dónde la había separado, siguiendo la cantidad anotada. No le prometió que duraría exactamente una hora. Harry ya sabía que el libro tampoco lo prometía.

Se quedó mirando las plantas, húmedas y feas, que de pronto le daban una posibilidad real.

—Gracias.

Dobby sonrió. Harry se agachó antes de que empezara a hacer una reverencia y le apretó el hombro.

—Luego hablamos de Snape. No voy a dejarte solo con eso.

—Primero vuelva del lago —dijo Dobby.

El aire cortaba al salir del castillo.

Ron caminó con Harry hasta el límite de la zona de competidores. Neville los alcanzó junto al sendero. Miró la planta y reconoció las pequeñas bolsas casi antes de que Harry terminara de abrir el tarro.

—No te las comas todavía. El libro decía poco antes de entrar.

—Lo tengo apuntado.

—Ya, pero… —Neville se frotó las manos—. Quería decirlo otra vez.

Harry le enseñó la hoja doblada dentro de la toalla. Ron miró hacia el agua.

—Y si no encuentras el fondo, no sigas bajando sólo porque sí.

—No pensaba hacerlo.

Ron levantó una ceja.

Harry guardó el tarro con algo más de cuidado.

Desde allí se veía la franja de piedras claras que habían observado días antes. Desaparecía bajo el agua y continuaba formando una pendiente, menos abrupta que la zona del embarcadero. Harry la siguió con la vista hasta donde dejó de distinguirla.

Ron le dio un golpe breve en el brazo antes de dejarlo pasar.

Dentro de la tienda, Cedric ya se había puesto el cinturón. Krum estaba sentado con los ojos cerrados; sus dedos se movían apenas sobre las rodillas. Fleur se trenzaba el cabello. Tenía un pequeño listón entre los dientes y se lo quitó para preguntarle a un auxiliar si Madame Maxime había llegado.

—Ya está en las gradas.

Fleur anudó el final de la trenza con tanta fuerza que tuvo que aflojarlo.

Bagman entró con una tabla y una sonrisa que parecía destinada a un día mucho más cálido. Detrás de él, Pomfrey llevaba cuatro pequeños discos rojos.

—En las profundidades del lago encontrarán algo que cada uno de ustedes considera invaluable —anunció Bagman—. Deberán recuperarlo y traerlo al punto de salida. Tienen una hora.

—Los guardianes custodiarán lo que buscan —añadió Pomfrey—. Pase lo que pase con el tiempo, todo volverá a la orilla.

Harry miró el cinturón, todavía sin saber qué iba a tener que sujetar con él.

—¿Qué es?

—Lo reconocerá cuando llegue —dijo Bagman.

Pomfrey lo interrumpió antes de que pudiera convertir aquello en un chiste.

—Si necesita auxilio, rompe el disco. No tiene que subir para hacerlo. Hay personal dentro y fuera del agua.

Pomfrey comprobó el encantamiento de abrigo de los cuatro trajes. Ayudaría a conservar el calor del cuerpo; las manos y la cara seguirían expuestas. Harry se frotó los dedos mientras ella terminaba.

Un auxiliar comprobó el cinturón de Harry. La tira se recogía sobre sí misma al soltarla y terminaba en un lazo ajustable. También podía abrirse de un tirón. Harry lo probó con los dedos entumecidos. Después aseguró la varita a su muñeca con un cordón corto. Había perdido bastantes cosas por no tener una mano libre; ésa no podía ser una de ellas.

Los límites de la zona estaban marcados por boyas. La búsqueda no exigiría cruzar el lago entero. Sí atravesar agua abierta, una

franja de rocas y vegetación y una hondonada donde vivían los guardianes acuáticos que colaborarían con la prueba.

Cedric preguntó qué ocurría si alguien quedaba enredado. Krum abrió los ojos para escuchar. Los discos servían también para eso. El tiempo, la recuperación de lo asignado y la manera de afrontar las dificultades contarían para los jueces; pedir ayuda supondría una penalización según el caso.

Harry escuchó hasta el final. Ninguna de aquellas instrucciones le dijo si las branquialgas empezarían a funcionar antes de que se le acabara el aire.

Bagman salió para anunciar los puntos con los que llegaban los campeones: cuarenta para Harry y Krum, treinta y nueve para Fleur y treinta y ocho para Cedric. El ruido de las gradas atravesó la lona.

Cedric se acercó mientras Harry guardaba la varita en el cinturón.

—¿Encontraste algo?

Harry le mostró el tarro.

—Eso espero.

Cedric hizo una mueca al ver las plantas.

—No me guardes para el almuerzo.

Harry se rio. Era más fácil reírse allí que dentro de la tienda, junto a la silla vacía que Hermione podría haber ocupado.

Salieron los cuatro.

El viento levantaba pequeñas crestas oscuras sobre el lago. Las voces llegaban desde muy arriba, donde alumnos envueltos en bufandas buscaban sitio en las gradas. Harry distinguió una mancha de cabello rojo y un brazo que se agitaba. Ron había conseguido colocarse junto a Neville.

Destapó el tarro.

Fleur fijó la vista en el agua. Cedric levantó la varita hacia su propio rostro. Krum flexionó los hombros, preparándose para algo que Harry prefirió no mirar todavía.

Las branquialgas estaban frías y resbaladizas. Harry se las llevó a la boca.

Sabían peor de lo que olían.

CAPÍTULO 39

Donde no llegaban las voces

Harry

Harry tragó justo antes de que sonara la señal.

Nada ocurrió.

El agua le golpeó las pantorrillas con una fuerza que no esperaba. Dio otro paso. A su derecha, Cedric se hundió con una burbuja transparente alrededor de la cabeza. Fleur avanzó unos metros más antes de desaparecer. Krum dejó una estela de espuma.

Harry quiso tomar aire y no pudo.

Se llevó las manos al cuello. Algo se abría a ambos lados, debajo de las orejas. El viento parecía meterse por allí sin llegar a ninguna parte. Oyó que alguien gritaba su nombre desde las gradas.

No intentó contestar. Se arrojó de frente al agua.

El primer impulso fue cerrar la boca y volver a subir. El pecho se le contrajo. Dejó entrar agua, horrorizado, y aquella necesidad terrible de respirar cedió de golpe.

Se quedó suspendido sobre las piedras, a una profundidad donde todavía habría podido ponerse de rodillas.

Respiró otra vez.

El agua pasó por las aberturas de su cuello. Era tan extraño que olvidó mover los brazos. Veía sus manos frente a él, los dedos

unidos por una membrana delgada. Los pies también habían cambiado; al impulsarse, avanzó mucho más de lo que esperaba y tuvo que frenar con las palmas.

Unos zapatos enormes se movían sobre la plataforma de salida. Las voces habían desaparecido. Sólo le llegaban golpes apagados y el ruido de su propia sangre.

Harry tocó la varita. Seguía en el cinturón.

Luego nadó hacia las boyas.

Al principio, el lago parecía vacío.

La claridad gris se deshacía poco a poco bajo sus pies. Había piedras, tallos pardos y pequeños peces que se apartaban de su sombra. Harry probó una patada más larga. Los pies le respondieron bien; las manos, menos. Al tratar de girar como lo habría hecho en la superficie, se inclinó demasiado y terminó mirando hacia arriba.

El cielo era una lámina temblorosa.

Se enderezó, molesto consigo mismo. No tenía que aprender a nadar otra vez. Sólo dejar de hacerlo exactamente igual.

Una cuerda de las boyas bajaba a un peso de piedra. Harry la siguió unos metros, comprobó la dirección de la orilla y continuó. Aún podía distinguir el color claro del fondo por donde habían practicado Ron y él. Se obligó a recordarlo antes de entrar en la franja de rocas.

Allí cambió la luz.

Las paredes de piedra no eran muy altas, pero le cortaron la vista hacia los lados. Crecían plantas largas en las grietas. Se movían con una corriente que Harry no sentía hasta que pasaba junto a ellas; entonces le tiraba del hombro y lo desviaba.

Encendió la varita.

La luz descubrió burbujas prendidas en los tallos y algo pequeño que se escondió bajo una raíz. Harry mantuvo la punta baja para no deslumbrarse con lo que flotaba frente a sus gafas.

Detrás de una roca había una abertura entre dos paredes. Cabía por allí. Al otro lado creyó ver una sombra alejarse, quizá otro campeón.

Pasó primero la cabeza.

Una mano verde le agarró la muñeca.

Harry tiró hacia atrás y golpeó la roca con el codo. La criatura salió de entre los tallos: pequeña, de cara aplanada, con dedos larguísimos y dientes que parecían demasiados para aquella boca.

Un grindylow.

Reconoció la cara aplanada del libro que Hermione había dejado entre sus cosas. Ningún dibujo le había enseñado cuánto dolía que esos dedos se cerraran sobre su piel.

Otro le sujetó el tobillo.

Harry se impulsó con el pie libre. La primera criatura se aferró más, pero la segunda no pudo sostenerse en la membrana resbaladiza. Cayó contra las plantas y volvió de inmediato.

No debía tirar de todos los dedos a la vez. Hermione le había hecho leer ese párrafo dos veces; ahora entendía por qué. Apretó uno contra el borde de la roca, sin ofrecerle la otra mano, y forzó la punta hacia atrás.

El grindylow abrió la boca. Soltó.

Harry retrocedió antes de que pudiera agarrarlo de nuevo. Uno de sus pies se enredó en los tallos. La varita iluminó otras dos caras que salían de abajo.

Rompió la planta con una patada y nadó hacia arriba.

Las criaturas lo siguieron hasta el borde superior de las rocas. Allí se quedaron, agarradas a las grietas, mirándolo con ojos amarillos.

Harry no esperó a averiguar si podían alejarse más.

Cuando se detuvo, la muñeca le ardía. Tenía tres marcas pequeñas y una línea de sangre que el agua borraba en cuanto aparecía. Miró alrededor. La abertura tentadora seguía abajo, apenas visible.

Volvió a orientarse por la luz de la superficie y rodeó la pared en vez de buscar otro atajo.

Pasaron varios minutos sin que viera a nadie.

El encantamiento de su traje no impedía que el agua le enfriara la cara y las manos. Moverse ayudaba, pero no podía ir siempre a la misma velocidad. Cada roca que lo obligaba a cambiar de rumbo le recordaba la hora que estaba gastando.

Había dejado de oír incluso los golpes de la plataforma.

Encontró una lanza antes de encontrar a quien la sostenía.

La punta apareció a su izquierda, entre dos plantas. Harry frenó tan bruscamente que se dobló sobre sí mismo.

La persona que salió detrás tenía el rostro gris, el cabello verde oscuro y unos ojos que seguían cada movimiento de la varita. Una cola poderosa la mantenía inmóvil. No sonreía.

Harry bajó la luz.

El guardián lo examinó, señaló el emblema sujeto al cinturón y después un sendero de piedras que descendía entre las algas. Otros dos se movieron a lo lejos.

No estaban invitándolo a acercarse a una criatura de un libro. Estaban dejándolo entrar en un lugar que era suyo.

Harry siguió el sendero.

Las primeras construcciones surgieron del fondo como montones de roca. Al acercarse distinguió puertas bajas, redes tendidas entre postes y vasijas sujetas para que no se las llevara la corriente. Una criatura pequeña se asomó por una abertura y desapareció cuando un adulto la hizo retroceder.

Harry contuvo las ganas de mirar dentro.

Una línea de piedras blancas rodeaba una zona despejada al pie de una pared. Sobre ella se habían colocado cuatro asientos de madera, separados unos de otros y sujetos al fondo. Había guardianes a ambos extremos.

Reconoció primero el cabello de Hermione.

Flotaba alrededor de su cara. Tenía los ojos cerrados y una cinta ancha sobre el pecho, ajustada al respaldo. Parecía dormida en una silla que hubiera perdido el suelo.

Harry se acercó tanto que uno de los guardianes adelantó la lanza.

Entonces vio a Dracenia.

Estaba en el asiento siguiente, con la cabeza ligeramente inclinada. Su cabello se movía más despacio que el de Hermione. Sin los ojos abiertos ni la barbilla levantada, parecía demasiado quieta.

Harry se quedó mirándola.

Había escrito su nombre junto al de Ron y al de Hermione. No había imaginado que aquello significara encontrarla allí.

Se acercó por el lado que el guardián dejó libre. Le tocó la mano.

Estaba tibia.

La sorpresa le aflojó el pecho. No tenía que adivinar si el hechizo seguía funcionando. Podía sentirlo.

Buscó el cierre de la cinta. Había una pieza de madera con una marca igual a la de su cinturón. Delante del asiento de Hermione, la marca era distinta. Harry señaló la suya. El guardián apartó la lanza y asintió una sola vez.

Antes de soltar a Dracenia, extendió la tira de remolque. Le costó pasarla bajo sus brazos: ella flotaba contra el respaldo y la corriente la devolvía cuando él trataba de separarla. Harry se sujetó con un pie a la base del asiento, deslizó el lazo y lo cerró sobre la tela.

Comprobó que no le presionara el cuello.

Después abrió la cinta del respaldo.

Dracenia se apartó despacio. El cabello le cubrió la cara. Harry se lo retiró con los dedos y vio una pequeña arruga entre sus cejas, casi la misma que tenía al encontrar un error en sus apuntes.

Se imaginó lo que diría si pudiera verlo batallando con aquel cierre.

La sostuvo un momento por el hombro antes de girar.

Cedric apareció sobre la pared, dentro de su burbuja. Traía un rasguño en el brazo y señaló a Cho, sentada en el extremo. Harry levantó la mano libre para indicarle que estaba bien. Cedric vio a Dracenia, miró el lazo y se dirigió hacia Cho sin perder tiempo.

Harry empujó el fondo con los pies.

La resistencia fue mayor de lo que esperaba. Dracenia no pesaba como habría pesado en tierra, pero su cuerpo se atravesaba cuando él cambiaba de dirección. Acortó la tira y la colocó a un lado, con el hombro casi junto al suyo. Así pudo avanzar sin que las piernas de ella lo golpearan.

Estaba saliendo del claro cuando vio el asiento más pequeño.

Gabrielle tenía las manos abiertas sobre el regazo.

Harry miró hacia el sendero.

No había nadie.

Cedric pasó junto a él con Cho y señaló hacia arriba. Harry respondió con un movimiento de cabeza. Todavía le quedaba tiempo; no sabía cuánto. Las branquias seguían abiertas y respiraba sin esfuerzo.

Podía marcharse.

Los guardianes estaban allí. Pomfrey había dicho que todo volvería a la orilla, y acababa de comprobar el calor de la mano de Dracenia. Gabrielle no estaba muriéndose delante de él.

Pero no le gustó verla sola en aquella silla.

Esperó.

Un rato después llegó Krum.

Harry lo reconoció por el cinturón y los brazos. Había transformado la cabeza y el cuello en los de un tiburón; el resto seguía siendo humano. Se movía con potencia, aunque le costó girar frente al asiento de Hermione y tuvo que apoyarse en la pared.

Abrió su cierre sin ayuda. Al pasar, vio a Harry, a Dracenia y a la niña que seguía en el asiento. Señaló a Gabrielle y después el camino de salida.

Harry negó con la cabeza. Fleur aún no llegaba.

Krum hizo un gesto de impaciencia. Tocó su propio cinturón, como si quisiera recordarle la hora, y se marchó con Hermione.

El agua removida por su paso levantó una nube de arena.

Harry se acercó a uno de los guardianes. Señaló a Gabrielle y luego a su propio cabello, tratando de representar la trenza de Fleur.

La mujer que tenía delante comprendió al segundo intento. Habló con otro guardián, que llegó desde las rocas con un disco rojo roto en la mano. La respuesta fue un ademán hacia la superficie y los dos brazos cruzados.

Fleur había salido.

Harry tocó el lazo que lo unía a Dracenia. Le quedaba una mano libre y una tira corta de cinturón. Miró la pendiente de arena que ascendía por el lado opuesto al sendero de rocas.

No parecía tan difícil.

Le señaló a la guardiana que llevaría también a Gabrielle.

Ella negó. Apuntó hacia sus compañeros y luego hacia arriba: ellos se harían cargo. Harry entendió. También vio que el guardián del extremo empezaba a recoger una red con la que podían subir el asiento entero.

Tenía que irse.

En vez de hacerlo, apartó a Dracenia lo suficiente para acercarse a la niña.

La guardiana le cerró el paso con el brazo. Harry señaló otra vez la salida y sostuvo el lazo, mostrando que no iba a llevársela suelta. Esperaron varios latidos, mirándose. Por fin la mujer retiró el brazo y se colocó junto al asiento, vigilando lo que hacía.

Harry soltó la presilla que recogía el extremo sobrante de la tira. Quedó un tramo más largo, pero no un segundo lazo. Tendría que sujetar a Gabrielle él mismo.

Pasó el brazo de la niña por encima de su hombro y la sostuvo por el torso. Pesaba menos que Dracenia; eso lo hizo sentirse más seguro de lo que debía.

La guardiana abrió el cierre y le señaló el disco rojo.

Harry asintió.

No recibió una sonrisa por haberlo intentado.

La pendiente era más larga de lo que parecía.

Al principio avanzó bien. Dracenia flotaba a su izquierda, unida al cinturón, y Gabrielle iba del otro lado, sostenida contra él. Cada tanto Harry tenía que corregir la posición de alguna de las dos. No podía usar los brazos para nadar, pero los pies seguían impulsándolo con fuerza.

Dejó atrás las últimas piedras blancas.

Un guardián lo acompañó hasta la salida del poblado. Luego permaneció allí, con la lanza apoyada en el hombro, mientras Harry continuaba hacia la parte somera. Otro pasó por encima de ellos en dirección a la orilla. Sabían qué estaba haciendo. Eso no aligeraba la resistencia del agua.

Harry fue contando patadas. A las treinta dejó de hacerlo: cada vez que miraba a Gabrielle perdía la cuenta.

La primera contracción le cerró una branquia por un instante.

Se detuvo, sorprendido. Entró agua otra vez, pero menos. Miró hacia arriba. La superficie estaba demasiado lejos para subir con las dos sin saber exactamente hacia dónde.

No podía detenerse.

Volvió a impulsarse. Se inclinó para mantener a Gabrielle con la cara hacia arriba, aunque sabía que no lo necesitaba todavía. Dracenia giró hacia él y la tira le cruzó el muslo. Harry la apartó con una rodilla.

El esfuerzo empezó a dolerle en las pantorrillas.

Las rocas bajas aparecieron delante. Reconoció el color pálido del fondo, pero no la línea que debía seguir. Desde la orilla había parecido continua. Allí abajo se dividía en varias franjas, separadas por plantas.

Harry escogió la que subía hacia la claridad.

Un tallo largo se enganchó en el extremo de la tira.

Tiró una vez. El cinturón le apretó la cintura y Dracenia dejó de avanzar.

Harry volvió la cabeza. La planta había quedado entre la correa y el cierre de ella. Cuanto más tiraba, más se ajustaba.

Dejó de hacerlo.

Le soltó la mano a Gabrielle sólo lo necesario para sujetarla con el antebrazo. La varita salió del cinturón con dificultad; tenía los dedos cada vez menos anchos, y el cuero le había rozado la muñeca herida.

Apartó el cuerpo de Dracenia del tallo. La mano le temblaba. No debía apuntar hacia la tira, ni hacia ella.

Se acercó hasta ver una sección libre de la planta, por debajo del nudo.

Intentó pronunciar el encantamiento. Las palabras salieron deformadas por el agua, sin efecto. Harry apretó la varita, la colocó más cerca y lo repitió, obligándose a terminar los sonidos.

El tallo se partió.

Dracenia quedó libre y el movimiento arrastró a Harry hacia atrás. Perdió el agarre de Gabrielle.

La niña se alejó a menos de un brazo, girando muy despacio.

Harry soltó la varita para atraparla por la manga. El cordón que había añadido a su muñeca durante la preparación se tensó y mantuvo la varita con él.

La agarró.

Entonces quiso tomar una bocanada de aire.

El impulso lo asustó más que las criaturas entre las rocas.

Las branquias estaban cerrándose. Los dedos habían recuperado casi del todo su forma normal. Harry vio el disco rojo junto a la hebilla y lo arrancó con la mano libre.

Lo rompió contra una piedra.

La luz salió como una flor roja que se abría bajo el agua.

Se impulsó otra vez, ya sin intentar ahorrar fuerzas. El fondo subía. Podía verlo. Había piernas moviéndose más adelante y una sombra que descendía en su dirección.

Un hombre con una burbuja alrededor de la cabeza se acercó por el lado de Gabrielle. Harry no quiso soltarla hasta que el hombre le mostró el brazalete de los auxiliares y le sostuvo el brazo con firmeza.

Harry asintió y la entregó.

Libre de aquel peso, dio dos patadas más. Dracenia llegó a su lado. Sus pies tocaron grava; trató de ponerse de pie y una rodilla cedió.

Alzó la cabeza.

El aire le raspó la garganta.

Tosió, con agua en la boca y una mano clavada en la grava. La correa seguía unida a Dracenia. Un segundo auxiliar lo ayudó a incorporarse mientras el primero subía con Gabrielle.

Harry quiso decir que estaban bien. Le salió otra tos.

Lo hicieron avanzar hasta la línea de llegada. Alguien soltó su cinturón. Las gradas estallaron en un ruido tan enorme que al principio no lo reconoció como voces.

Buscó a Dracenia entre las mantas.

Pomfrey la había acostado sobre una camilla. Tocó su frente con la varita; Dracenia abrió los ojos, tomó aire con brusquedad y trató de apartar la mano que le acomodaba el cabello.

Harry empezó a reírse y a toser a la vez.

Ron lo alcanzó antes de que terminara la primera taza caliente.

—¡Rompiste el disco!

Harry levantó la vista. Ron tenía el rostro tan blanco que sus pecas se veían distintas.

—Sí.

—Ya lo vi. Todo el mundo vio la luz y luego no salías.

Harry bajó la taza. No había pensado en cómo se vería desde arriba.

—Se me acabó el tiempo.

—No me digas.

Ron se sentó a su lado y le metió otra manta sobre los hombros con demasiada fuerza. Neville, detrás, miraba la muñeca que Pomfrey acababa de vendar.

Hermione llegó con el cabello húmedo. Le habían explicado parte de lo sucedido antes de despertarla, y el resto lo había visto desde la tienda de atención.

—Había guardianes con Gabrielle.

Harry miró hacia la otra camilla.

Fleur estaba arrodillada junto a su hermana. Tenía un vendaje en el tobillo y sostenía las dos manos de Gabrielle, aunque la niña estaba intentando alcanzar una taza.

—Ya sé —dijo Harry.

—Entonces, ¿por qué…?

No supo contestar sin que sonara peor. Se había quedado esperando. Luego había pensado que podía llevarlas a las dos. No había habido un instante en que decidiera gastarse todos los minutos que le quedaban.

—Creí que me alcanzaba.

Hermione cerró la boca. Ron miró el vendaje.

—La próxima vez, créelo un poco menos —dijo.

Harry asintió. Le dolía la pierna que había quedado bajo el agua al arrodillarse y todavía sentía un hueco raro a los lados del cuello.

Se le había soltado Gabrielle mientras Dracenia seguía atada a su cinturón. Podía haber puesto en peligro a las dos, cuando los guardianes ya tenían lista la red.

Fleur se acercó cuando Pomfrey le permitió levantarse. Le explicó, con frases cortas y el acento más marcado, que dos grindylows la habían sujetado junto a las rocas. Había conseguido liberar a uno; el otro le torció el tobillo. Ella misma había roto su señal antes de que empeorara.

—Sabía que irían por Gabrielle —dijo.

Harry volvió a asentir.

Fleur miró hacia su hermana y después le apretó el hombro. No le dijo que había hecho bien en quedarse tanto tiempo. A Harry le alegró que tampoco tuviera que explicar nada más.

Dracenia seguía al otro lado de la tienda, envuelta en una manta que no combinaba con nada. Pansy le sostenía un calcetín mientras ella discutía con el otro.

Cuando lo vio mirarla, levantó las cejas.

Harry alzó su taza.

Ella miró la muñeca vendada. Dejó de forcejear con el calcetín durante un momento.

Los llamaron para los resultados antes de que pudieran acercarse.

Cedric había completado el recorrido en el menor tiempo y recibió cuarenta y siete puntos. Cuando anunciaron la hora y cuatro minutos de Harry, Ron apretó los labios. Harry terminó con cuarenta y cinco: los jueces habían valorado la recuperación de ambas participantes y las dificultades del regreso, pero le descontaron por exceder la hora y necesitar ayuda al final. Krum obtuvo cuarenta y Fleur veinticinco, pese a no haber terminado, por el tramo recorrido y su respuesta al ataque.

Bagman levantó la tabla con los totales. Harry y Cedric estaban empatados con ochenta y cinco; Krum tenía ochenta y Fleur sesenta y cuatro.

El público aplaudió. Harry se alegró por Cedric y tuvo que admitir que también se alegraba de no estar último.

Después vio a Ron recogiendo del suelo la toalla que él había dejado caer. Neville lo ayudaba. Hermione discutía con un auxiliar que quería llevársela a otra fotografía.

Harry volvió con ellos antes de que Bagman pudiera encontrarle un sitio frente a las cámaras.



CAPÍTULO 40

Lo que no se había llevado el agua



Dracenia

Lo último que Dracenia recordaba era la mano de Madame Pomfrey sobre su frente.

Lo primero fue la misma mano, el aire frío y una voz que le pedía que no se incorporara todavía.

Quiso preguntar cuánto tiempo había pasado. Le salió una tos pequeña, bastante indignante. Le apartaron el cabello de la boca y la envolvieron en una manta. Desde algún lugar llegó un aplauso que pareció dirigirse a todo el mundo menos a ella.

—¿Ya terminó?

—Para usted, sí —dijo Pomfrey.

Dracenia miró sus manos. Las tenía húmedas. No recordaba el agua, ni a Potter, ni nada que pudiera unir el despacho de aquella mañana con la camilla.

Había aceptado saber que sería así. La noche anterior, McGonagall le había repetido que podía negarse. Potter había dado tres nombres, sin orden de preferencia; Granger participaría para Krum y Weasley seguía disponible si ella no quería hacerlo. Dracenia había pedido que le explicaran otra vez qué pasaría bajo el agua.

Pomfrey había respondido a sus preguntas y a las de Granger: sueño protector, respiración, guardianes y tiempo de sobra para sacarlas aunque los campeones no llegaran. Gabrielle también lo había escuchado en francés, de Madame Maxime.

Dracenia pidió hablar con Narcissa antes de decidir. Su madre escuchó las condiciones desde la chimenea y preguntó también por el frío.

—¿Quieres hacerlo?

—Sí. ¿Tú lo harías?

—Pediría exactamente lo que acabamos de pedir.

Narcissa dio su consentimiento después de confirmar que Pomfrey estaría a cargo y que Dracenia podía retirarse hasta antes del encantamiento. Lucius estaba fuera; ella se lo explicaría cuando regresara. Dracenia dijo que sí con miedo todavía.

Ahora que estaba despierta, le molestaba no haber podido hacer nada.

Pansy apareció con la bolsa que la había ayudado a preparar la noche anterior. Los calcetines gruesos sobresalían por arriba; había insistido en que los llevara. Le contó que Harry había salido tarde, que también había traído a Gabrielle y que había pedido auxilio cerca de la orilla.

Dracenia buscó con la mirada hasta encontrarlo. Estaba sentado bajo dos mantas, con el cabello aplastado y una venda en la muñeca.

—¿Está herido?

—La muñeca. Y tiene un golpe en la rodilla. Pomfrey ya lo vio.

Dracenia empezó a levantarse.

Pansy le puso la bolsa sobre las piernas.

—Primero los calcetines.

—Sé ponerme unos calcetines.

—Entonces deja de intentar meter los dos pies en el mismo.

Dracenia bajó la vista. Estaba sosteniendo uno solo.

Más tarde, con las manos calientes y el cabello por fin seco, pudo hablar con Fleur.

Gabrielle estaba sentada junto a su hermana, comiendo un panecillo. Había decidido que dormir bajo el lago había sido menos interesante de lo que esperaba. Fleur le ajustó el cuello del abrigo por tercera vez.

—No tienes que comprobarlo tanto —dijo la niña.

Fleur retiró las manos, ofendida de una manera que Dracenia conocía bastante bien.

—Estaba torcido.

Gabrielle le ofreció la mitad del panecillo. Su hermana la aceptó sin dejar de mirarla.

Dracenia se sentó al otro lado. Preguntó por el tobillo de Fleur, no por el puesto que había obtenido. Fleur le mostró el vendaje con una mueca.

—Mañana voy a caminar mejor que ellos —dijo, mirando a un par de alumnos que se asomaban a la entrada.

—Eso tampoco es muy difícil.

Fleur se rio y se recorrió para hacerle sitio a la bolsa. Gabrielle y Dracenia compararon lo poco que recordaban. Fleur las escuchó quejarse de las preguntas sobre el fondo del lago: ninguna de las dos había visto nada. Cuando contó cómo había tenido que soltarse del primer grindylow, ambas dejaron de protestar.

Gabrielle quiso saber si el broche verde se lo había regalado Potter.

Dracenia abrió la boca.

—El señor Malfoy —dijo Fleur, antes de que contestara—. Y ahora tú vas a ponerte esta bufanda.

Gabrielle dejó que su hermana la envolviera. Dracenia agradeció el cambio de tema sin ofrecer ninguna explicación.

Al salir, Fleur le tocó brevemente el codo.

—Gracias por preguntarme por la pierna.

No añadió nada sobre Potter. Dracenia se alegró de que hubiera podido preguntarle algo que no tuviera que ver con él.

Snape la llamó antes de la cena.

Había esperado la convocatoria toda la tarde. Aun así, al ver su nombre en el aviso tuvo que leerlo dos veces.

Dobby ya estaba en el despacho. Llevaba la bufanda limpia y tenía las manos enlazadas delante del cuerpo. Sobre la mesa había un frasco vacío más pequeño que el del armario.

Dracenia cerró la puerta.

—No lo obligué —dijo.

Snape levantó lentamente los ojos.

—Todavía no le he preguntado nada.

Dobby la miró de reojo.

Dracenia se quedó de pie junto a la silla.

El profesor había revisado sus reservas después de la prueba. Faltaban ingredientes, y entre ellos una porción de branquialgas.

Dobby había confirmado haber tomado esa porción. Las otras ausencias seguían sin explicación.

—Dobby no tomó nada más —dijo el elfo.

—Eso tendrá que aclararse. Ahora estamos hablando de lo que sí tomó.

Snape se dirigió a Dracenia.

—¿Sabía usted de dónde salieron las plantas de Potter?

Ella sintió la tentación, pequeña y cobarde, de limitarse a decir que lo sabía desde esa mañana.

—Se lo dije yo. Que estaban aquí.

—Ya veo.

—Y le hice una pregunta mientras él las sacaba.

La pluma de Snape dejó de moverse.

Dracenia mantuvo la barbilla levantada. Le costó más no apartar los ojos.

—La pregunta sobre su preparación.

—Sí.

El profesor miró el pergamino que ella había llevado el jueves. Estaba en una esquina de la mesa, con el error corregido. No se lo devolvió.

—Se acabó su acceso a este despacho sin supervisión. Las sesiones particulares quedan suspendidas por una semana. Después hablaremos de si está preparada para retomarlas.

Dracenia abrió la boca y volvió a cerrarla.

Había imaginado perder puntos. Aquello le dolió de otra manera.

Dobby quiso explicar que él había decidido tomar las plantas. Snape lo dejó terminar.

—El director hablará con usted sobre su trabajo y la restitución de lo sustraído. No soy yo quien decide sus condiciones de empleo.

—Dobby irá —respondió él—. Y puede conseguir otras plantas cuando lleguen.

Dracenia pensó en ofrecer dinero. Snape la miró antes de que lo dijera.

—El precio del frasco no es lo único que se ha perdido, señorita Malfoy.

El silencio que siguió fue peor que si hubiera levantado la voz.

Al despedirlos, no le pidió que prometiera no volver a hacerlo. Dracenia salió con esa ausencia clavada bajo las costillas.

En el pasillo, Dobby se acomodó la bufanda.

—No tenías que esperar aquí solo —dijo ella.

—Dobby no estaba esperando a que usted lo salvara.

Ella lo miró. Dobby no parecía enfadado, sólo cansado.

—Ya sé —dijo, y esta vez no añadió nada.

Lo acompañó hasta la escalera. Antes de separarse, él le contó que Harry le había preguntado por el agua del tarro, la cantidad y el estado de las plantas antes de aceptarlas.

Dracenia sintió un alivio absurdo.

Al menos Potter había escuchado a alguien.

Sus padres llegaron el sábado, después del desayuno.

La visita había quedado concertada con el colegio la noche anterior. Narcissa se lo había dicho en una nota breve. La letra de su madre era tan regular como siempre; Dracenia había reconocido la preocupación en la falta de comentarios sobre cualquier otra cosa.

Los encontró en una sala próxima al despacho de McGonagall. Había té servido y una ventana desde la que no se veía el lago.

Lucius se levantó en cuanto entró.

No empezó a hablar. La tomó por los hombros y la miró de arriba abajo, como si necesitara comprobar por su cuenta lo que Pomfrey ya les había dicho. Dracenia soportó la inspección durante tres segundos antes de abrazarlo.

Él la apretó con tanta fuerza que la hebilla de su capa se le clavó un poco en la mejilla.

—Estoy bien —murmuró ella.

Lucius tardó en soltarla.

Narcissa le apartó un mechón del rostro y le tomó las manos. Estaban calientes. Sólo entonces la hizo sentarse.

—Tu madre me lo contó al regresar el jueves —dijo Lucius—. Ayer, antes de que pudiera hablar contigo, ya estaban preparando esa exhibición.

—Podían llamarme.

—Tú habías aceptado pasar la noche con los participantes y no querías que interrumpieran los preparativos —dijo Narcissa—. Pedí que te avisaran de que habíamos hablado. El mensaje no llegó antes de que te durmieran.

Lucius dejó los guantes sobre la mesa.

—Ese es sólo uno de los problemas.

Dracenia miró los guantes. Su padre los había dejado perfectamente alineados.

—Yo dije que sí.

—Eso no convierte en sensata la propuesta.

—Me explicaron lo que iban a hacer.

—Y aun así permitiste que te ataran en el fondo de un lago.

Dracenia levantó la cabeza.

—No estaba despierta. Había un encantamiento. Y guardianes.

—Potter salió después de la hora.

—Yo seguía protegida.

—Potter necesitó ayuda.

—Porque quiso traer también a Gabrielle.

Lucius hizo un gesto corto con la mano, como si el nombre de otra niña no tuviera sitio en aquella discusión. Dracenia sintió que se le calentaba la cara.

—Era la hermana de Fleur.

—Sé quién es. Estoy hablando de ti.

—Yo también estaba allí.

El silencio los dejó mirándose a través de la mesa. Narcissa apartó una taza que ninguno había tocado.

—Yo escuché las condiciones y di mi consentimiento —dijo—. No fue una decisión que tomara el colegio a mis espaldas.

Lucius se volvió hacia ella.

—Ya lo hemos hablado.

—Y sigues diciéndolo como si no lo hubiéramos hecho.

Narcissa mantuvo la voz baja. Dracenia había visto a su padre enfrentarse a muchas personas; rara vez lo había visto quedarse sin una respuesta inmediata.

Él tomó los guantes y volvió a dejarlos.

—Hay colegios donde no necesitan poner a nuestra hija en peligro para entretener a las familias de otros alumnos.

Dracenia dejó de mirar la mesa.

—No voy a irme.

—No he dicho que esté decidido.

—Lo estás diciendo así.

—He dicho que hay otras opciones.

—Pues ésta no.

Lucius se levantó y fue hasta la ventana. Dracenia no sabía si había llevado la discusión demasiado lejos. Una parte de ella quiso levantarse también, acercarse y hacer alguna broma que arreglara su expresión. Otra parte seguía oyendo la palabra «otros», como si Gabrielle fuera una niña por la que nadie de aquella familia tuviera que preocuparse.

Narcissa esperó hasta que él volvió a mirarlos.

—No vamos a retirarla hoy. Ya se lo dije a la profesora McGonagall.

—Narcissa.

—Puedes pedir un informe. Yo también quiero uno. Pero no vamos a entrar en su dormitorio con un baúl.

Dracenia soltó el aire sin querer.

Lucius lo oyó. La miró con una dureza que se deshizo un poco al llegar a su cara.

—¿Eso es lo que pensabas que haría?

Ella tardó en contestar.

—No sabía.

Su padre regresó a la silla. Se sentó sin acomodarse la capa.

—Me dijeron que habías salido tarde. Que habían pedido auxilio. Hasta que pude hablar con Pomfrey, no supe qué te había pasado.

Narcissa había ido con él a la chimenea para pedir noticias. Dracenia lo supo por la manera en que dejó de mirar la taza.

Lucius apoyó una mano abierta sobre la mesa.

—No quiero volver a esperar una respuesta así.

Dracenia miró los dedos de su padre. Habían sujetado su primera escoba, pagado las otras, firmado cartas que abrían puertas antes de que ella llegara. También habían puesto un diario en sus cosas.

No podía dejar de recordarlo porque ahora él tuviera miedo.

Pero tampoco dejó de querer acercarse.

Le puso la mano encima.

—Yo tampoco quería asustarte.

Lucius la sostuvo sin apretar.

—Entonces escucha cuando te digo que algo es peligroso.

Dracenia levantó la vista.

—Puedo escucharte sin hacer todo lo que quieres.

Él retiró un poco la barbilla. La mano permaneció donde estaba.

No resolvieron aquello. Lucius pidió el informe y habló de las condiciones que exigiría para cualquier nueva participación. Narcissa señaló cuáles ya estaban previstas y cuáles debían consultar con Dracenia. Ella se negó a prometer que evitaría a Harry.

Al despedirse, su padre volvió a abrazarla. Dracenia seguía enfadada cuando le rodeó la espalda con los brazos.

Encontró a Harry después del almuerzo, en el corredor que llevaba al patio cubierto.

Estaba con Ron y Hermione. Los tres tenían un periódico abierto. Hermione dobló una página antes de que Dracenia pudiera leerla y se la guardó bajo el brazo. No parecía una invitación a preguntar.

Ron miró a Harry.

—Voy por el tablero. No lo rompas esta vez.

—Yo no rompí el tablero.

—Dale tiempo —dijo Dracenia.

Ron resopló y se fue con Hermione. No le había sonreído, pero tampoco se había quedado a vigilarla. Dracenia no supo si debía agradecerlo o sentirse insultada.

Harry se apoyó contra la pared. Tenía la venda más pequeña.

—¿Tus padres?

—Han decidido que el lago no reúne los requisitos para ser mi dormitorio.

Harry sonrió apenas.

Ella miró la muñeca.

—¿Duele, Harry?

—Sólo si hago esto.

Movió la mano y puso una mueca.

—Entonces no hagas eso, idiota.

Él dejó de moverla. Dracenia se apoyó a su lado, sin tocar el vendaje.

Durante un momento oyeron a los alumnos que pasaban por el patio. Una ráfaga de aire levantó una esquina del periódico que Hermione llevaba lejos, por la escalera.

—Dobby fue a ver al director —dijo Harry.

Dracenia lo miró.

—Ya lo sé.

—Me dijo que también habías hablado con Snape.

Ella bajó los ojos al borde de su manga.

—Una semana sin las sesiones.

Harry se enderezó.

—No te pedí que…

—No. Ya sé.

La respuesta salió más cortante de lo que quería. Respiró y añadió:

—No me obligaste. Y Dobby tampoco necesitaba que yo le dijera qué hacer.

Harry la miró un instante. No parecía saber cuánto podía preguntar.

—Gracias por buscar —dijo al fin.

Dracenia se frotó con un dedo el pliegue de la manga.

—La próxima vez escucha también la parte en que la planta deja de funcionar.

—La escuché.

—Pues te faltó hacerle caso.

Harry quiso contestar. Después miró su vendaje y se quedó callado.

Dracenia acercó la mano. Él no se movió cuando le rozó los dedos sanos, y ella los tomó un momento, fuera del paso de los demás.

No necesitó acercarse más.

Cuando Ron los llamó desde el otro extremo del corredor, Harry respondió que ya iba. Dracenia soltó su mano y le alisó, con un tirón breve, una esquina de la bufanda que se había quedado doblada.

—Estaba mal puesta —dijo.

—Claro.

Ella levantó la barbilla, dispuesta a discutir si hacía falta. Harry sonreía de una manera bastante insoportable.

Lo dejó ir con sus amigos antes de que pudiera decírselo.

CAPÍTULO 41

Lo que quedaba del lago

Harry

El domingo, Harry descubrió que podía levantar una jarra de jugo sin que le doliera la muñeca. Lo comprobó dos veces. A la tercera, Ron puso el vaso debajo.

—¿Ya puedes mover esa muñeca? —preguntó Ron.

—Sí.

—Entonces deja de hacer esa cara.

—¿Qué cara?

—La de alguien que está pensando en meterse otra vez al lago.

Harry bajó la mano.

—No estaba pensando eso.

—Bien. Porque la próxima vez voy a cobrarte por preocuparme.

El jugo llegó al borde del vaso. Ron se lo quitó y bebió antes de que Harry pudiera contestar. Al otro lado de la mesa, Hermione tenía abierto el libro de Encantamientos sobre una servilleta limpia.

—Pomfrey dijo que no cargaras nada pesado hasta mañana.

—Era una jarra.

—Con tu suerte, podía tener un calamar dentro —dijo Ron.

Harry se rio y por fin dejó de probar la muñeca. Le habían retirado la venda el sábado; todavía conservaba una marca rojiza donde el arnés lo había rozado. Lo extraño era estar desayunando mientras dos alumnos de primero, sentados a varios lugares de distancia, discutían si había peleado con una sirena. Uno sostenía que sí. El otro, que las sirenas no podían alejarse del fondo porque tenían el pelo atado a las piedras.

—Puedes decirles que estás aquí —sugirió Hermione.

—Prefiero enterarme de quién ganó.

En la mesa de Hufflepuff, Cedric escuchaba algo que le decía Cho y se reía sin mirar hacia Gryffindor. Harry sintió una punzada absurda de envidia. No por los ochenta y cinco puntos que compartían, sino porque Cedric parecía saber qué hacer con las manos cuando todos lo observaban.

Se levantaron con tiempo para recoger los materiales de la biblioteca. Harry debía entregar un ensayo de Transformaciones que había empezado antes de la prueba y terminado con una letra tan mala que ni él estaba seguro de haber escrito «pluma». Ron llevaba el suyo enrollado. Del extremo asomaba una pata dibujada.

—Es un ejemplo —dijo al ver que Hermione lo miraba.

—Tiene cinco dedos.

Ron guardó el pergamino más adentro.

Encontraron a Neville en el vestíbulo, bajo el tablero donde seguían expuestos los resultados. Alguien había añadido a lápiz unas burbujas junto al nombre de Harry; Filch las estaba borrando con una furia que prometía trabajo para quien las hubiera dibujado.

Neville preguntó por la duración del efecto de las branquialgas. Harry empezó a responder, pero se interrumpió al recordar el agua cerrándose sobre su boca.

—No lo medí muy bien al final.

—Tampoco era buen momento para sacar un reloj —dijo Neville—. Quería anotarlo porque el libro da un margen, no una hora exacta.

Harry le contó lo que recordaba: el tirón en el cuello, las manos cambiando, el momento en que había tenido que buscar aire. Neville no parecía interesado en una hazaña. Preguntó cuánto había comido y si las plantas seguían húmedas. Harry acabó inclinándose sobre su cuaderno para dibujar el tamaño del manojo.

—Gracias —dijo Neville—. Esto sirve más que la descripción del libro.

—Tu descripción me sirvió a mí.

Neville sonrió y cerró el cuaderno con cuidado. No añadió que se lo había advertido. Harry se alegró de eso.

Por la tarde bajó con Ron y Hermione a las cocinas. Había pensado en llevarle a Dobby algo, hasta que Ron preguntó qué se le regalaba a alguien que trabajaba rodeado de comida. Harry había acabado por escoger una caja de caramelos todavía cerrada entre las provisiones de su baúl. Dobby podía elegir si quería compartirlos.

Lo encontraron contando cucharas junto a un estante. Llevaba dos calcetines de colores distintos y una expresión concentrada que no cambió hasta que terminó la hilera.

—Ciento doce —dijo—. Ahora Dobby puede hablar.

Harry le tendió la caja. Dobby la hizo sonar junto a su oreja y la aceptó encantado.

—¿Te metieron en problemas? —preguntó Harry.

Dobby miró a Hermione, luego a Ron, y regresó a él.

—Dobby habló con el director. Dobby no va a volver a entrar al almacén del profesor Snape.

—Yo puedo pagar las plantas.

—Dobby ya está pagando las plantas.

Lo dijo sin enojo, pero Harry bajó la mano del bolsillo.

—No quería que...

—Harry Potter puede darle las gracias a Dobby sin comprarle su problema.

Ron encontró de pronto interesantísimo el estante de las sartenes. Hermione no disimuló su satisfacción.

Dobby explicó que devolvería el valor de lo que había tomado con una parte de su sueldo. Conservaba su trabajo y sus días libres. Dumbledore le había preguntado si alguien lo había obligado, y Dobby había contestado que no. Harry quiso preguntar por Dracenia, pero el elfo ya estaba abriendo los caramelos.

—Dobby eligió mal dónde conseguirlas. Las branquialgas fueron buenas.

—Sí —dijo Harry—. Mucho.

No sabía cómo decirle que se había alegrado de verlo aquella mañana, y que después, bajo el agua, había tenido demasiado miedo para acordarse de darle las gracias. Terminó contándole lo de Neville y su cuaderno. Dobby escuchó con atención y pidió que Harry le preguntara si las plantas podían cultivarse en una tina.

—¿Para otra prueba? —preguntó Ron, alarmado.

—Para no tener que robarlas, señor Weasley.

Hermione soltó una risa. Un elfo que pasaba con una bandeja también se rio, aunque se tapó la boca al ver que Dobby lo había oído.

Winky estaba sentada cerca del fuego. Tenía una taza entre las manos y no se unió a ellos. Cuando Hermione se acercó a saludarla, Winky recogió los pies bajo la silla.

—Winky está descansando.

Hermione se detuvo.

—No voy a pedirte nada.

La elfa no parecía creerle. Harry reconoció la mirada que había puesto otras veces al oír el apellido Crouch.

—¿Hay noticias de tu antiguo amo? —preguntó antes de pensar si debía hacerlo.

Winky apretó tanto la taza que una gota cayó sobre su falda.

—El señor Crouch sabe lo que hace.

No era una respuesta a su pregunta. Harry esperó, pero Dobby le tocó el codo y señaló la puerta con la cabeza. Salieron poco después, sin probar el pastel que un cocinero había envuelto para ellos hasta llegar al corredor.

—No le gusta que le pregunten —dijo Hermione, bajito.

—¿A ti te gustaría? —replicó Ron—. Cada vez que hablamos de él, se pone peor.

Hermione no contestó enseguida. Partió el pastel en tres con el borde de la servilleta; el trozo de Harry quedó torcido y enorme.

—Creí que preguntar era mejor que fingir que no estaba.

Harry tomó su pedazo. A él también le había parecido eso. Ahora no estaba seguro.

El lunes, Snape volvió a mencionar las desapariciones de su almacén. No miró solamente a Harry. Recorrió las mesas con los ojos y se detuvo en varios alumnos, lo cual resultó peor: nadie sabía si estaba advertido o acusado.

Dracenia pesó sus ingredientes sin alzar la cabeza. Trabajaba con Pansy. Cuando Harry pasó junto a ellas para buscar agua, vio una corrección roja en su informe y la boca apretada de Malfoy. No se parecía a alguien cuyas consecuencias hubieran terminado con la visita de sus padres.

Harry no quiso preguntárselo delante de todos. Tampoco iba a decirle a Snape que había más cosas que él no había robado: ya lo sabía y no le había servido de mucho.

Esa noche sacó el Mapa del Merodeador del fondo de su baúl.

Lo extendió sobre la cama con las cortinas cerradas. Había pasado demasiado tiempo sin usarlo. El castillo se desplegó bajo la punta de su varita, escaleras y corredores que conocía, habitaciones que aún no sabía encontrar sin el dibujo. Primero localizó el aula de Pociones. Snape se movía cerca del almacén. No había nadie más dentro.

Ron se coló entre las cortinas con una bolsa de galletas.

—Si estás buscando una manera de bajar ahí, no cuentes conmigo.

—No voy a bajar.

Quería ver quién se acercaba. Era una idea bastante pobre, descubrió después de unos minutos: el mapa mostraba personas, no lo que llevaban en los bolsillos, y no podía quedarse despierto noche tras noche mirando un cuarto vacío. Aun así, siguió recorriendo el pergamino.

Más arriba, Karkaroff avanzaba hacia las mazmorras. Snape salió al corredor antes de que llegara al aula. Los dos nombres se quedaron juntos, lejos del almacén.

—Mira.

Ron dejó de masticar.

—Otra vez él.

—No parece que Snape quiera recibirlo.

Harry siguió los nombres un momento. Karkaroff avanzó; Snape retrocedió hasta la curva. El mapa no podía decirles de qué hablaban ni por qué el director de Durmstrang seguía buscándolo.

—Percy todavía no contesta —murmuró Ron—. Si Crouch no vuelve, éste va a terminar discutiendo con todos.

Doblaron el mapa al oír pasos en el dormitorio. Harry lo guardó bajo la almohada. No había encontrado al ladrón y sólo había añadido otra pregunta a las que ya tenían.

Al día siguiente buscó a Moody después de clase. No quería que volviera a caer sobre Dobby la sospecha de los robos, y había algo tranquilizador en hablar con el único profesor que parecía dar por hecho que alguien quería hacerle daño.

—¿Karkaroff tiene alguna razón para buscar tanto a Snape? —preguntó.

El ojo azul se fijó en él. El otro siguió mirando los objetos amontonados en el escritorio.

—¿Quién te lo ha dicho?

Harry vaciló. Había preparado una respuesta menos mala en el corredor; al entrar se le había olvidado.

—Lo vi en algo.

Moody apoyó ambas manos en el borde de la mesa.

—Potter.

Harry recordó a Dracenia suspendida en el aire, convertida en una gata blanca. Había sido injusto, y le costó imaginarse mostrándole algo suyo al hombre que había hecho aquello.

Pero Moody sí se había tomado en serio el peligro del Torneo y era un auror. Quizá pudiera encontrar al ladrón antes de que volvieran a culpar a Dobby.

Harry terminó sacando el mapa. No le gustó hacerlo, pero le gustaba menos que el profesor pensara que había seguido a un juez. Lo activó y explicó sólo cómo se leían los nombres y los lugares. No habló de los autores.

El rostro de Moody cambió. Acercó el pergamino a su ojo normal, después lo alejó.

—Esto no deberías enseñárselo a cualquiera.

—Por eso se lo enseño a usted.

Moody no respondió enseguida. Le pidió que señalara dónde había visto a Karkaroff. Harry puso el dedo junto al corredor de Pociones.

—Podría ser útil para comprobar quién entra donde no debe —dijo el profesor—. Y para evitar que tú te pongas a buscarlo solo. Déjamelo unos días.

Harry sostuvo todavía una esquina.

—Es mío.

—Te lo devolveré. No necesito quedarme con tus juguetes.

No sonó como una burla. Moody había apartado un libro para dejar un espacio limpio sobre la mesa. Harry soltó el mapa.

—¿Y Karkaroff?

—Karkaroff tiene muchas razones para estar nervioso. Tú no vayas detrás de él por los pasillos.

Harry salió sin una respuesta clara. En la escalera se volvió, pero ya se oía el golpe de la puerta del despacho.

Hermione se enfadó cuando se enteró.

—Podrías habernos avisado antes.

—No sabía que iba a pedírmelo.

—Eso no significa que tuvieras que dárselo.

Ron estaba menos seguro. Moody era un auror. Si alguien podía encontrar al ladrón, era él. Sin embargo, escribió a Percy aquella misma tarde, y Harry añadió en su carta a Sirius que había prestado algo importante a un profesor y que esperaba no haberse equivocado. No puso lo del mapa en el exterior ni mencionó a su padrino delante de nadie.

El viernes, Hedwig regresó con una nota breve. Sirius quería saber más, recomendaba no alejarse del castillo y había dibujado un perro espantoso en una esquina. Harry lo miró un buen rato antes de darse cuenta de que llevaba sus gafas.

Ron se asomó por encima de su hombro.

—No se parece a ti.

—Gracias.

—Le faltan las orejas.

Harry le lanzó la almohada con la mano que ya no le dolía.

CAPÍTULO 42

Una frase que nadie había oído

Harry

Hermione no quería el desayuno. Quería la revista que Lavender sostenía por encima de su plato.

Harry llegó cuando las dos estaban en lados opuestos de la mesa, con Parvati entre ellas y una jarra a punto de caer. Al ver su mano extendida, Lavender le pasó el ejemplar a Hermione sin protestar. Eso inquietó a Harry más que una discusión.

La portada mostraba a una bruja sonriendo bajo un sombrero cubierto de rosas. Dentro, Rita Skeeter había dedicado dos páginas a explicar que Hermione se estaba divirtiendo con él y con Viktor Krum.

Harry alcanzó a leer su propio nombre, «corazones» y «ambición» antes de que Hermione doblara la revista.

—¿Lo vas a leer otra vez? —preguntó Harry.

—Ya lo leí —dijo Hermione.

—Entonces, ¿por qué sigues mirándolo?

—Porque quiero saber de dónde sacó algo que no le conté a nadie.

Harry miró la página.

—Puede habérselo inventado.

—Parte sí. Ése es el problema. Hay otra parte que no.

Hermione abrió de nuevo la revista y señaló un párrafo con tanta fuerza que casi lo perforó. La periodista afirmaba que Krum le había pedido que lo visitara durante las vacaciones. Después venían una descripción de Hermione que no se parecía a ella y varias insinuaciones sobre pociones que Harry no quiso acabar de leer.

—¿Te invitó? —preguntó Ron, que acababa de sentarse.

—Sí. Y eso no le da derecho a escribirlo.

—No dije que…

—Ya sé lo que no dijiste.

Ron se quedó con la boca abierta. La cerró, tomó una tostada y la dejó otra vez.

—Bueno, tiene gracia que diga que nos engañas a todos. Te vemos haciendo tareas hasta que te quedas dormida.

Hermione hizo un ruido pequeño. No llegó a ser una risa, pero desdobló los hombros.

Harry se sentó a su lado. Recordaba el artículo anterior de Rita y la manera en que había convertido una conversación en otra cosa. Ahora, sin embargo, la periodista había utilizado una frase que Hermione aseguraba haber oído sólo a Krum.

—¿Dónde te lo preguntó?

—En los terrenos. Después de hablar de la prueba. No había nadie cerca.

—¿Estás segura?

Hermione lo miró.

Harry notó lo mal que había sonado.

—Quiero decir, alguien pudo pasar sin que lo vieran.

—Eso es lo que estoy intentando averiguar.

Guardó la revista en su bolsa y sacó el horario. Tenían Herbología. Le temblaron un poco los dedos al abrochar la hebilla; cuando Harry hizo ademán de ayudarla, ya había terminado.

La primera carta llegó el lunes.

Hermione la abrió mientras Ron discutía con Seamus por un cuchillo de mantequilla. Harry vio que apartaba el rostro del pergamino como si oliera mal. Luego lo dobló y lo metió en el bolsillo.

La segunda no se guardó con tanta facilidad. El sobre estaba lleno de un polvo que empezó a humear sobre el plato. Harry le agarró la muñeca antes de que lo tocara; Hermione se soltó para sacar la varita y apartar el sobre con un encantamiento. Una mancha marrón creció en el mantel.

McGonagall llegó antes de que terminara el siseo.

—Nadie se acerque a eso.

Hermione estaba de pie, furiosa, con la silla empujada contra Ron.

—No lo toqué.

—Lo he visto, señorita Granger. Aun así, venga conmigo.

Harry quiso acompañarla. Hermione negó con la cabeza, no para apartarlo, sino porque la profesora ya estaba llamando a un elfo para retirar el mantel. Se fue con la bolsa al hombro y la barbilla alta. La mitad del Gran Comedor la siguió con los ojos.

Ron tenía en la mano el primer sobre.

—¿Quién le escribe esto a alguien que no conoce?

Harry leyó tres palabras. Le bastaron para querer encontrar a la persona que las había escrito.

Antes de la primera clase, McGonagall les explicó que las cartas de remitentes desconocidos pasarían una revisión antes de llegar a Hermione. La profesora no prometió detener los artículos. Sí les dijo dónde llevar los sobres y a quién avisar si aparecía otro envío peligroso.

Eso no impidió que, en el invernadero, dos alumnas de otro grupo dejaran de hablar cuando Hermione entró. Tampoco evitó que alguien pronunciara «poción» desde atrás de un saco de tierra.

Harry se volvió tan rápido que tiró una maceta vacía.

—Repítelo.

Había demasiadas caras para saber quién había sido. Hermione se agachó a recoger los fragmentos.

—Harry, no.

—Lo escuchaste.

—Y ahora todos nos están mirando.

La profesora Sprout les llevó una escoba. No había oído la palabra, sólo el ruido. Harry limpió la tierra mientras Hermione colocaba los pedazos grandes sobre la mesa. Le ardían las orejas. Quería hacer algo útil y había logrado que ella también tuviera que ayudarlo.

Más tarde, Hermione se lo dijo sin levantar la voz:

—Si empiezas a pelear por mí cada vez que alguien murmure, no vamos a hacer otra cosa.

—No me voy a quedar escuchando.

—Pues quédate conmigo. Es bastante más molesto para ellos.

Harry tardó un instante en entenderla. Luego recogió su bolsa y la acompañó a Transformaciones.

Krum los esperaba al salir de la biblioteca dos días después. No llevaba escolta de alumnos ni parecía dispuesto a posar para las miradas que despertó en el corredor.

—Quiero hablar con Hermione.

Ron cruzó los brazos.

Hermione lo miró a él, después a Harry.

—Puedo hablar sola.

Se apartaron hasta una ventana. Harry fingió leer un anuncio sobre el uso de los telescopios, pero oyó a Krum decir que no había contado la invitación a ningún periodista. Hermione respondió que lo sabía. Eso hizo que Harry dejara de fingir: se había pasado dos días buscando cómo podía haberse enterado Rita, sin pensar que Krum también tendría motivos para sentirse traicionado.

Krum habló un poco más. Hermione soltó una risa breve. Cuando regresó con ellos, el campeón ya bajaba la escalera.

—Va a pedirle a la revista que retire lo de las pociones —dijo.

—¿Le harán caso? —preguntó Ron.

—Probablemente publiquen su carta con otra cosa horrible debajo.

—Entonces que no la mande.

—Puede decidirlo él.

Ron pateó una piedrita pegada a la suela. No discutió. Al llegar al siguiente tramo de escalones le ofreció a Hermione un bollo envuelto que había guardado del almuerzo.

—No tiene polvo.

Ella lo aceptó y le dio la mitad.

Aquella noche extendieron sobre una mesa la revista, una copia del artículo anterior y una hoja en blanco. Hermione escribió las

frases que Rita no podía haber adivinado. Harry añadió dónde las habían dicho. Ron puso una cruz junto a cada lugar donde alguien podría haberse escondido sin volverse invisible.

Las Tres Escobas tenía ventanas. Los terrenos tenían arbustos. Cualquier explicación cabía en una lista demasiado larga.

—Podría usar un encantamiento para oír —dijo Harry.

—O alguien le cuenta cosas —añadió Ron.

—Entonces tendríamos que encontrar a alguien que estuviera en todos esos sitios.

Hermione dejó la pluma. Llevaba un buen rato sin morderse el labio, y Harry lo agradeció.

Ginny pasó detrás de ellos y dejó dos sobres cerrados sobre la mesa. McGonagall ya los había revisado. Uno venía de una lectora que aseguraba conocer «a las chicas como ella»; el otro contenía una tarjeta de disculpa de alguien que había creído la primera noticia y luego se había arrepentido.

Hermione se quedó mirando esa última.

—Al menos una persona —dijo Ron.

—Sí.

La guardó aparte. El otro sobre fue directo al fuego.

Colin apareció con un dibujo que un compañero de primero quería entregar al periódico escolar que soñaban con hacer. En él, un sombrero de periodista perseguía a tres estudiantes con una pluma descomunal.

—¿Puedo usar sus nombres? —preguntó.

Hermione observó la caricatura.

—El mío, no.

Colin asintió enseguida, sorprendido de que se lo hubiera tomado tan en serio.

—Entonces lo cambiamos.

Harry lo vio alejarse. Era una pregunta tan sencilla que no entendía cómo a Rita no se le había ocurrido hacerla nunca.

El jueves, Moody le devolvió un ensayo con una buena calificación y no mencionó el mapa.

Harry esperó hasta que el aula estuvo casi vacía.

—¿Ya terminó de mirarlo, profesor?

—Todavía no. Hay accesos que conviene comprobar.

—Podría ayudar.

Moody se inclinó hacia él. El ojo azul dio una vuelta que hizo a Harry mirar involuntariamente su nuca.

—No te lo pedí para que siguieras recorriendo pasadizos.

Harry quiso contestar que él no había ofrecido recorrer nada. No lo hizo. Recordó que, el año anterior, Sirius había sido el hombre al que todos buscaban y Peter el nombre que nadie esperaba encontrar. El mapa no servía sólo para salir después del toque de queda.

—Es importante para mí —dijo.

Moody lo estudió con el ojo normal.

—Lo tengo guardado. No va a perderse.

No era lo que Harry había preguntado. Salió irritado y estuvo a punto de volver para exigirlo. La idea de discutir con Moody delante de quienes esperaban la siguiente clase terminó de quitarle las ganas.

En el corredor encontró a Dracenia tratando de sacar un libro atascado de su bolsa. Lo había metido de lado y la hebilla se negaba a soltar una esquina.

—Gran preparación para el Torneo —dijo al verlo—. ¿Practicas cómo salir de una habitación?

Harry le quitó la bolsa, aflojó la correa y se la devolvió.

—Practico cómo rescatar libros.

Dracenia miró el volumen libre. No le dio las gracias de inmediato. Se acomodó un mechón detrás de la oreja y bajó la voz.

—Granger no preparó ninguna poción.

—Ya lo sé.

—Había dos idiotas preguntando dónde conseguirla. Les dije que probaran a lavarse.

Harry soltó una risa antes de poder evitarlo.

—Qué amable.

—No exageres, Potter.

Se fue sin pedir que transmitiera el comentario. Harry tampoco pensaba hacerlo: Hermione no necesitaba que cada cosa acabara convirtiéndose en una conversación sobre Malfoy. Cuando llegó a la sala común, la encontró tachando la mitad de un folleto.

—¿Otra carta?

—No. Mi diseño es horrible.

Sobre la mesa había una insignia de papel con tantas letras que Harry tuvo que acercársela a la nariz.

—Tiene toda la información.

Hermione la miró de frente, como si ese elogio la hubiera ofendido más que cualquier crítica.

—Ese es el problema.

La dejó junto a una caja de alfileres y regresó a su lista de lugares. Harry abrió su ensayo. Fuera, el viento traía lluvia contra el vidrio y las últimas manchas de nieve se deshacían en los terrenos. Habían pasado sólo unos días desde el lago, pero el castillo ya parecía ocupado en otras cosas. Hermione seguía recibiendo cartas. El mapa seguía en el despacho de Moody. Y en el tablero del vestíbulo, junto a los puntos, alguien había escrito con letra mucho más pequeña la fecha de la prueba que faltaba.



CAPÍTULO 43

Las letras pequeñas



Dracenia

Dracenia había ocupado una mesa entera para copiar su informe de Pociones sin que nadie le volcara tinta encima. Tenía dos libros abiertos, una caja de pesas y la esperanza de que el trabajo le dejara la tarde libre. Por eso tardó unos segundos en admitir que Hermione Granger se había detenido frente a ella y no pensaba marcharse.

—Malfoy, necesito un favor.

—Qué comienzo tan desagradable.

—Es sobre unas insignias.

Dracenia levantó la vista.

—No pienso fabricarte una que diga POTTER ES MARAVILLOSO.

—No son para Harry.

—Entonces podrían interesarme.

Hermione le enseñó el diseño.

Dracenia lo examinó.

—Son horribles.

—Gracias.

—Las letras son demasiado pequeñas. Y ese color no se ve sobre el uniforme.

—¿Puedes arreglarlas?

Dracenia la miró durante varios segundos.

—Si le cuentas a Potter que te ayudé, Granger, te hechizo.

Hermione sonrió.

—¿Eso significa que sí?

—Significa que tienes muy poca discreción.

Hermione dejó una caja sobre el extremo libre de la mesa. Dracenia alcanzó a poner el frasco de tinta a salvo antes de que lo golpeara.

—¿Desde cuándo traes todo preparado antes de preguntar?

—Desde que conozco a Harry y a Ron.

La caja contenía discos de hojalata, alfileres, un rollo de cinta azul y tres diseños peores que el primero. Dracenia sacó el más grande con dos dedos. Hermione había escrito el nombre completo de su asociación alrededor del borde; dentro, dos manos diminutas se estrechaban sobre una escoba.

—¿Eso es una escoba o una enfermedad de la piel?

—Una escoba.

—Quítala.

—No voy a quitarlo todo.

—No hace falta. La mitad ya no se ve.

Hermione recogió el dibujo antes de que Dracenia pudiera señalarle algo más. Guardó dos modelos, pero dejó el tercero entre ellas. Había una terquedad familiar en ese gesto: no había venido a entregarle el proyecto para que se lo devolviera terminado.

Dracenia comprobó el reloj. Le faltaban cuatro pulgadas de informe.

—¿Cuántas quieres?

—Primero una que funcione.

Era una respuesta bastante razonable. Dracenia se molestó un poco.

Le mostró el tamaño que debían tener las letras. Si el uniforme era negro, el fondo oscuro no servía de nada; con un borde claro se podía conservar el azul. El nombre completo quedaría en los folletos. En la insignia cabían cuatro palabras: DERECHOS DE LOS ELFOS.

Hermione las copió y alejó la hoja hasta el otro lado de la mesa. Por primera vez podía leerlas sin inclinarse.

—Eso sí —admitió.

Dracenia sacó una moneda para marcar el círculo. No llevaba consigo las antiguas insignias; aun así, recordaba demasiado bien el tamaño de las letras amarillas y la facilidad con que habían cambiado al tocarlas. Hermione también. Lo supo por la manera en que miró su varita.

—No quiero que tengan dos mensajes distintos.

—Ya sé que no quieres que diga lo otro.

—Quiero saber qué vas a poner antes de que lo encantes.

Dracenia dejó la moneda sobre el pergamino. Durante un momento quiso recoger sus cosas. Granger le pedía ayuda y luego la vigilaba como si esperara una trampa.

Pero había pedido exactamente la clase de insignias que Dracenia había utilizado para hacer una trampa.

—Pues mira —dijo, empujando la hoja hacia ella.

Hermione leyó el lema. Después leyó el reverso que Dracenia proponía: una flecha y «PREGUNTA AQUÍ». La flecha serviría para atraer la mirada hacia quien la llevara, no para señalar a ningún elfo.

—Eso parece que pueden hacerles preguntas a ellos —objetó Hermione.

—La va a llevar un alumno, Granger.

—Algunos querrán dárselas a los elfos.

Dracenia pensó en Winky con una de aquellas cosas prendida a la ropa y supo que la arrancaría antes de escuchar una sola palabra.

—Entonces pon «INFÓRMATE».

Hermione lo anotó.

Trabajaron en silencio durante unos minutos. O, más bien, Dracenia corrigió el círculo mientras Hermione intentaba que el alfiler dejara de girar. Había conseguido moverlo con magia, pero no mantenerlo cerrado sin aplastarlo. Dracenia estuvo a punto de resolverlo por ella; se contuvo al ver cómo Hermione volvía a medir la distancia.

—Lo estás apretando demasiado. Va a atravesar la tela.

—Ya me di cuenta.

—Un poco tarde para la manga.

Hermione miró el agujero que acababa de hacerse. Metió un dedo por él, suspiró y dejó el alfiler sobre un paño.

La segunda vez funcionó. La tercera, también. Hermione le pasó el disco.

—Ahora el cambio.

Dracenia había preparado aquel encantamiento tantas veces que el movimiento le salió antes de terminar de decidir cómo explicarlo. Las letras brillaron, se encogieron y reaparecieron al dorso.

Demasiado pequeñas.

Hermione alzó las cejas.

—No digas nada —advirtió Dracenia.

—No he dicho nada.

—Se te oye.

Corrigió el tamaño. Esta vez el lema permaneció quieto al frente; sólo al dar un toque con el dedo aparecía la invitación a informarse. No parpadeaba. No gritaba. Tampoco perseguía al lector por la mesa, una posibilidad que Hermione había tachado de inmediato.

Dracenia le tendió el prototipo.

—Tu asociación acaba de volverse legible.

Hermione lo examinó con una atención casi ofensiva. Después levantó la varita.

—Quiero aprender a repetirlo.

—Te dije que haría una.

—Me dijiste que tenía poca discreción.

Dracenia la miró con disgusto. Hermione no sonrió esta vez; ya estaba colocando el segundo disco sobre el paño.

Tuvieron que abandonar la biblioteca cuando un alfiler se cerró con un chasquido demasiado fuerte y la señora Pince apareció entre los estantes. No quiso saber para qué servían las insignias. Señaló la caja como si hubiera encontrado un nido de insectos.

Se trasladaron a una mesa del corredor de Encantamientos, donde al menos nadie esperaba silencio absoluto. Dracenia recogió su informe por debajo de todos los dibujos.

—Si saco una mala nota, voy a poner tu nombre en el encabezado.

—No puedes sacar una mala nota por esto. Lo has copiado dos veces.

—¿Estabas leyendo?

—Está delante de mí.

Hermione señaló una medida en el último párrafo. Dracenia siguió su dedo y vio que había intercambiado dos cifras al pasar en limpio. La corrigió sin darle las gracias. Un minuto después, cuando Hermione realizó bien el encantamiento de las letras, Dracenia no tuvo nada que objetar.

Aquello resultó bastante incómodo para las dos.

Una vez que tuvieron seis insignias útiles, Hermione empezó a hablar del reparto. Había pensado en pedir a los elfos que llevaran algunas para mostrar que apoyaban la campaña.

—Winky no va a querer —dijo Dracenia.

—No tiene que hacerlo.

—Entonces no vayas a explicarle por qué debería querer.

Hermione dejó el disco que estaba limpiando.

—No necesito que tú me enseñes cómo hablarles.

Dracenia sintió que la cara se le calentaba. Había muchas respuestas posibles, casi todas desagradables. Miró el agujero en la manga de Granger y eligió una que al menos no fuera un insulto.

—Dobby me ha dicho que no más de una vez. Te lo va a decir a ti también.

—Ya lo hizo.

Eso la hizo levantar la vista.

Hermione empujó un folleto hacia ella. Había tachado una frase que prometía decidir mejores condiciones para los elfos. Debajo había escrito que quería preguntarles cuáles necesitaban.

—No estoy de acuerdo con todo lo que ellos creen —dijo—. Pero no puedo arreglarlo sin escuchar.

Dracenia recorrió el párrafo. Podía oír a su padre riéndose de aquella hoja. No lo había oído nunca discutir sus condiciones con un elfo. Pensó también en Dobby negándose a aceptar una orden suya y se enfadó con la facilidad con que ambos recuerdos habían aparecido juntos.

—No pongas una túnica en el dibujo —dijo al fin—. Algunos van a pensar que quieres echarlos.

Hermione bajó la mirada al margen. Allí había empezado a dibujar una prenda.

—Podemos preguntar antes de imprimirlo.

Dracenia no dijo «podemos». Tampoco la corrigió.

Dobby llegó poco después llevando una cesta de paños. Se detuvo cuando Hermione lo llamó, miró la mesa y luego a cada una, con una lentitud irritante.

—Ningún comentario —dijo Dracenia.

—Dobby no ha dicho nada.

Hermione hizo un ruido que se parecía mucho al que había hecho en la biblioteca.

Le enseñaron las insignias. Dobby tocó el disco con una uña y vio cambiar el mensaje. Luego les preguntó qué tendrían que hacer los elfos para conseguir una.

—Nada —respondió Hermione—. Son para quienes quieran apoyar la campaña.

—¿Y si un elfo no quiere llevarla?

—No la lleva.

—Eso debe decirlo la señorita Granger cuando vaya a las cocinas.

Hermione lo escribió en el borde de su folleto. Dracenia desvió la mirada para que no la pillaran complacida.

Dobby pidió una de las seis, después de leer las dos caras. No prometió repartir las otras. Las sostuvo un momento para observar cómo estaban hechas y devolvió la caja.

—Dobby va a usar ésta cuando no esté trabajando. Los alfileres se atoran en los paños.

Se la guardó y siguió su camino. Hermione lo miró irse con una expresión mucho más tranquila que la que tenía cuando había llegado a la biblioteca.

—Parece que funciona —dijo.

—El alfiler o tu campaña.

—El alfiler, Malfoy. No te emociones.

Dracenia soltó una risa por la nariz, involuntaria. Hermione recogió los folletos sin aprovecharla.

Cuando guardaban los materiales, escucharon la voz de Potter al otro extremo del corredor. Hablaba con Weasley de algo que tenía demasiadas escamas para interesarle a Dracenia. Hermione cerró la caja; Dracenia puso su informe encima.

Harry se detuvo al verlas.

—¿Qué hacen?

—Un informe —dijo Dracenia.

Hermione levantó su propio montón de hojas.

—Yo estaba trabajando en las insignias.

No era mentira. Era, de hecho, una respuesta mucho mejor que la suya.

Harry miró de una a otra. Ron se había acercado a examinar una pesa que Dracenia aún no guardaba.

—Ésta se parece a la de Snape.

—Porque es una pesa, Weasley.

—Sólo decía.

La dejó exactamente donde estaba. Hermione anunció que iba a dejar la caja en la torre y se marchó con él. Harry se quedó el tiempo suficiente para tomar el libro que Dracenia no conseguía acomodar sobre el resto.

—¿Hasta la escalera?

—Sólo si no vas a sacudirlo.

Caminaron juntos sin hablar del lago. Potter seguía moviendo la mano con normalidad y no tenía ese gesto de dolor que había intentado ocultar el sábado. Dracenia se dio cuenta de que había vuelto a comprobarlo y apartó la vista hacia una ventana.

—¿Qué tal tu informe? —preguntó Harry.

—Excelente.

—Eso ya lo sabía.

No consiguió saber si se estaba burlando. Le quitó el libro al llegar al descanso y se fue antes de que él pudiera ver que le había dado risa.

Pansy la esperaba en la sala común con una pila de tarjetas de práctica y una taza de té frío. Había reservado el sillón de al lado con un libro tan pesado que nadie había querido moverlo.

—¿Dónde estabas?

—Haciendo el informe.

Pansy miró la mancha azul en uno de sus dedos.

—¿Con tinta para metal?

Dracenia cerró la mano.

—No preguntes.

—Perfecto. Necesito que revises estas tarjetas y no pienso compartir toda la tarde con otro secreto tuyo.

Le pasó la mitad. En la primera, Iris había dibujado una varita apuntándose a sí misma. Dracenia le dio vuelta y escribió «AL OTRO LADO» en letras grandes.

Pansy se rio.

Trabajaron hasta que la sala se llenó. El informe quedó por fin terminado entre las dos, sin más errores en las medidas. Antes de subir al dormitorio, Dracenia encontró en el bolsillo un disco que no había guardado con el resto.

No tenía ningún mensaje todavía. Lo dejó en su caja de materiales, bajo las pesas, y cerró la tapa.



CAPÍTULO 44

Fuera de la línea



Dracenia

Snape no le devolvió la llave del armario. No había ninguna llave que devolver, en realidad, pero Dracenia seguía notando la falta de aquel acceso como si le pesara en el bolsillo.

Había cumplido la semana de suspensión. La primera sesión después del castigo consistió en veinte minutos de preguntas y una práctica tan breve que llegó al dormitorio de peor humor que cuando había salido. La segunda duró una hora. En ninguna estuvo sola con los materiales.

—No confunda reanudar el trabajo con haber recuperado todos sus privilegios —le dijo Snape cuando ella miró hacia el estante cerrado.

—Sólo estaba buscando el reloj, profesor.

Él alzó la vista al reloj que colgaba del lado contrario.

Dracenia se concentró en guardar la varita.

Habían trabajado defensas sencillas, primero contra objetos y después contra hechizos. Snape la hizo repetir una protección hasta que dejó de mover el codo antes de tiempo. Con el Patronus había tardado mucho más: desde aquellos primeros consejos de Lupin, había acumulado tardes enteras de intentos que no daban resultado. Ahora, por fin, podía repetirlo y no pensaba contárselo a cualquiera.

—Una defensa que pueda repetir le será más útil que un resultado espectacular por accidente.

Dracenia sabía lo que significaba «por accidente» en su boca. Se fue con el hombro cansado y dos correcciones anotadas. Potter la encontró al día siguiente mirando aquella hoja entre clases.

—¿Te enseñó a arrugar el pergamino así?

Ella lo alisó contra su libro.

Harry preguntó si podía ayudarlo a practicar. No lo hizo con una sonrisa especial ni con un pretexto complicado: los organizadores todavía no habían anunciado la tercera prueba y él no quería llegar sin saber otra vez por dónde empezar.

Dracenia contestó que tendría que aprender a dejar de poner la cara donde iban los hechizos.

—Podríamos empezar por eso —dijo Harry.

Aceptó antes de que pudiera arrepentirse.

El domingo doce de marzo, el aula pequeña de Encantamientos olía a madera encerada. Habían apartado las mesas hasta dejar una franja de suelo libre entre la puerta y la pared del fondo. El banco de las prácticas del baile seguía bajo la ventana; la caja de música no estaba. Pansy la había recuperado y Dracenia no había tenido ninguna intención de pedírsela.

Harry llegó con una bolsa de cojines prestados. Hermione había insistido en revisar la lista de hechizos y se había negado, según él, a admitir «cualquier cosa que Malfoy quiera probar» como una categoría segura.

—Qué desconfiada —dijo Dracenia.

Harry miró el espacio vacío.

—A mí me pareció razonable.

Ella le indicó dónde dejar los cojines. No iban a servir para lanzar a nadie contra la pared: eran blancos que podían mover sin hacerse daño. Habían pedido permiso para usar el aula y practicar encantamientos defensivos; no lo tenían para convertirla en una arena de duelos.

Dracenia marcó dos posiciones a varios pasos de distancia. Si alguno decía «alto», las varitas se bajaban. Nada a la cara. Nada de hechizos que no hubieran acordado. Potter aceptó con una seriedad que le quitó las ganas de burlarse.

Empezaron con un cojín que Harry debía detener antes de que cruzara la línea de tiza. Su primer Impedimenta lo dejó suspendido el tiempo suficiente para que girara y cayera de canto. El segundo salió tarde: la almohada le pegó en el pecho y lo hizo reír.

—No estaba listo.

—El cojín no puede esperar a que estés cómodo.

Harry recogió el blanco y se lo devolvió flotando. Lo lanzó hacia ella sin contar. Dracenia lo frenó, pero tuvo que dar un paso atrás para hacerlo.

—Eso fue trampa.

—El cojín tenía prisa.

Le dio con él en el hombro antes de dejarlo en su sitio.

Harry aprendía deprisa. Eso no la sorprendía tanto como la molestaba que algunas correcciones le bastaran una sola vez. Con otras, en cambio, era desesperante. Al retroceder seguía una línea recta, concentrado en el blanco hasta acercarse demasiado a las mesas. Tenía buenos reflejos y parecía confiar en que le alcanzarían para todo.

Dracenia le lanzó un encantamiento leve a la manga. Harry levantó el escudo, consiguió desviar la luz y chocó con el borde de una mesa.

—Otra vez —dijo Dracenia.

Harry bajó la varita.

—Llevamos veinte minutos.

—Y sigues retrocediendo en línea recta.

—Porque alguien está intentando lanzarme hechizos.

—Qué observador, Potter.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Harry volvió a ponerse en posición.

Dracenia se acercó para corregirle el ángulo de la muñeca.

—Así. Si mantienes el brazo tan abierto, cualquiera puede ver cuándo vas a lanzar.

—¿Cuándo aprendiste tantas cosas?

—Mientras tú estabas ocupado metiéndote en problemas.

—También he aprendido algunas cosas haciendo eso.

—Por supuesto. Cómo sobrevivir por pura suerte.

Harry sonrió.

—¿Y qué haría sin ti, Malfoy?

Ella levantó la barbilla.

—Prefiero no imaginarlo.

Lo dijo sin pensar más allá de la broma. Entonces se encontró muy cerca de sus gafas, con los dedos todavía apoyados en su muñeca y las dos varitas apuntando al suelo. Le soltó la mano. No quería que Harry confundiera una corrección con otra cosa;

tampoco estaba segura de que ella no hubiera empezado a confundirlas.

—Descanso —anunció.

Harry dejó la varita sobre el banco.

—Ahora sí me estás dando un cumplido.

—No te acostumbres.

Dracenia lo miró un momento. Harry seguía sonriendo.

Esta vez fue ella quien se acercó.

Apoyó su varita junto a la de él antes de acortar el último paso. Harry dejó de sonreír apenas, lo suficiente para mirarle la boca. No retrocedió. Cuando Dracenia levantó la cara, él se inclinó hacia ella.

El beso fue breve. Al apartarse, Dracenia descubrió que Potter parecía haberse olvidado por completo de lo que iban a practicar.

—¿Eso también venía en la lista de hechizos? —preguntó Harry.

—No. Ése fue un error de cálculo.

—Pues podrías volver a equivocarte.

—Concéntrate, Potter.

—Lo estoy intentando.

Dracenia se rio antes de poder componer una respuesta. Bajó la vista al banco, donde habían dejado las varitas. No tenía prisa por recoger la suya.

Harry tomó el vaso de agua que habían dejado en el alféizar y se lo ofreció. Dracenia bebió un poco, consciente de que él seguía allí, a su lado, sin pedirle que explicara nada.

Eso ayudó.

Se quedaron mirando el patio. Abajo, dos alumnos perseguían una hoja que el viento parecía elegir siempre antes que ellos. Harry

señaló a uno justo cuando perdía el gorro. Dracenia se tapó la boca para no reírse demasiado fuerte.

—También sé hacer un Patronus —dijo Dracenia.

Harry levantó las cejas.

—¿Uno completo?

—No, Potter. Sólo aprendí a pronunciar las palabras para impresionarte.

—¿Y qué forma tiene?

Dracenia sonrió.

—Quizá algún día tengas el honor de verlo.

—¿Por qué? ¿Te da vergüenza?

—Ahora definitivamente no voy a enseñártelo.

Harry abrió las manos, todavía sonriendo. Dracenia dejó el vaso en el alféizar. Le había llevado demasiado tiempo conseguirlo para permitir que Potter lo convirtiera en una apuesta; además, le gustaba tener algo que él quisiera ver.

—Vamos a volver a empezar —dijo al fin.

—¿Desde qué parte?

Ella le entregó su varita por el mango.

—La difícil.

Harry aceptó el arma con una sonrisa que le duró hasta la primera almohada.

El siguiente ejercicio tenía dos blancos. Dracenia movía un cojín a la altura de su pecho y dejaba que el otro se acercara desde un costado. Harry debía detener el primero sin perder de vista el segundo. Si retrocedía hasta la tiza del fondo, perdía.

La primera vez fue un desastre. Harry trató de levantar el escudo y lanzar Impedimenta al mismo tiempo; no hizo bien ninguna de las dos cosas. El cojín lateral le golpeó la cadera.

—Uno después del otro —dijo Dracenia.

—Lo sé.

—Tu varita no.

Lo intentaron otra vez. Harry se movió a la izquierda, esquivó el segundo blanco y detuvo el primero. Dracenia, que lo había seguido con su propia varita para mantener el objeto en el aire, tardó en recuperar el ángulo. Él lo vio.

La tercera vez no apuntó al cojín que llegaba de frente. Usó Wingardium Leviosa sobre el que esperaba a su derecha y lo cruzó en el trayecto del otro. Los dos chocaron con un ruido blando y cayeron juntos. Harry salió de la línea antes de que Dracenia pudiera levantar de nuevo el blanco.

—Los tenías que detener —protestó ella.

—Están detenidos.

—No así.

—¿Había una lista?

Dracenia miró los cojines en el suelo. Le habría gustado que existiera una lista.

—Si fueran dos hechizos no podrías hacer eso.

—Si fueran dos hechizos, no tendrían relleno.

Se quedaron callados. Luego ella asintió una sola vez y cambió el ejercicio: un blanco físico y un encantamiento anunciado. Harry ya no pudo resolverlo igual. Tuvo que elegir el paso lateral, levantar Protego y aceptar que el cojín le rozara la manga.

Dracenia vio la diferencia. Él también. Se notó en el modo en que volvió a colocarse sin que ella se lo pidiera.

Más tarde intercambiaron los puestos. Dracenia quería demostrar que podía anticipar el objeto y el hechizo. En la segunda ronda miró demasiado la mano de Harry y él cambió el blanco a última hora. El cojín le dio en la rodilla.

—Lo vi —dijo ella.

—Entonces lo dejaste pasar por educación.

Dracenia le lanzó el cojín con las manos. Harry lo atrapó riéndose.

Terminaron antes de cansarse lo suficiente para empezar a cometer errores peligrosos. Una de las patas del banco había dejado un surco en el polvo. Harry se agachó a limpiarlo; Dracenia retiró las marcas de tiza. El aula fue recuperando su aspecto de habitación olvidada, demasiado tranquila para lo que había pasado allí.

Él guardó la lista de Hermione.

—Ron quiere probar los dos blancos. Dice que puede hacerlo sin levantarse de la silla.

—Voy a llevar tres.

—Le va a encantar.

Dracenia levantó uno de los cojines para entregárselo. Harry lo tomó por el mismo borde y ninguno soltó enseguida. Se miraron con una torpeza nueva que, por alguna razón, no resultaba desagradable.

—Hasta mañana —dijo él.

—No llegues tarde.

—¿A clase?

—A lo que sea que hagas, Potter.

Harry se fue con los cojines bajo un brazo. Dracenia contó hasta diez antes de salir detrás de él, no porque hubiera una razón

sensata para hacerlo, sino porque necesitaba unos segundos sin su cara delante.

El lunes, Snape le preguntó por la última corrección de su informe. Dracenia explicó el error de las cifras y cómo lo había detectado. No dijo que Granger había puesto el dedo encima. Le molestó advertir que omitía ese detalle con la misma rapidez con que habría exigido a Potter reconocer una buena corrección suya.

Después tuvo que volver a intentarlo en la práctica. El encantamiento le salió limpio la primera vez y torcido la segunda. Snape levantó una ceja.

—¿Algo la distrae, señorita Malfoy?

—No, profesor.

Él esperó.

Dracenia repitió el movimiento más despacio. Esta vez no imaginó la sonrisa de Harry antes de terminar.

Por la noche Pansy la encontró tratando de estudiar en el sillón. Dracenia llevaba varios minutos en la misma página y había subrayado una palabra que no tenía ninguna importancia.

Su amiga se sentó con una bolsa de botones de madera para las tarjetas de Iris.

—¿Me ayudas a separarlos?

Dracenia cerró el libro. Había esperado una pregunta mucho más peligrosa.

Pansy volcó la bolsa sobre sus rodillas y le pasó los botones claros. Estuvieron un rato escogiendo tamaños, discutiendo si los pequeños se perderían demasiado pronto. Dracenia colocó uno azul entre los blancos sin darse cuenta.

Pansy lo retiró y se lo puso en la palma.

—Éste no.

—Ya lo vi.

Su amiga le dedicó una mirada escéptica, pero siguió con lo suyo.

Dracenia agradeció no tener que contarle nada todavía. Le dio vuelta al botón azul entre los dedos y sonrió hacia el libro cerrado, donde nadie podía verla bien.



CAPÍTULO 45

La salida más cercana



Dracenia

Fred Weasley no dijo que necesitara dinero. Eso habría permitido a Dracenia negarse antes de llegar al final del corredor. Dijo que necesitaba una opinión, y ella cometió el error de preguntar sobre qué.

Diez minutos después estaba frente a un banco de madera con un listón rojo atado al respaldo. Potter aguardaba junto a la ventana, con la misma cara que ella debía de haber puesto al entrar. George tenía un pequeño tablero en las rodillas y una caja de piezas de latón.

—Necesitamos a alguien que nos diga si funciona —dijo Fred.

—Y a alguien que nos diga cuándo dejar de probarlo —añadió George.

Dracenia miró el objeto que habían puesto sobre la mesa.

—Qué tranquilizador. Ya saben que necesitan supervisión.

—Por eso vinimos a buscarte.

—¿Y por qué está Potter aquí?

Harry levantó la mano.

—Yo también quiero saberlo.

George sonrió.

—Por si necesitamos a alguien acostumbrado a los accidentes.

—Entonces trajeron a la persona correcta —dijo Dracenia.

—No estoy de acuerdo —contestó Harry.

Sobre la mesa había una tira de madera articulada, con una campanilla en un extremo y dos ruedas numeradas. Junto a ella habían dejado tornillos, una sierra pequeña y cuerda para sujetar las piezas durante el montaje. No parecía gran cosa. Fred levantó la tira con las dos manos, como si estuviera presentando una joya.

—El Despedidor.

Dracenia miró a Potter. Potter miró la puerta.

—No se vayan todavía —pidió George—. También sirve para visitas que no se quieren ir.

Fred lo ilustró sentándose en el banco y haciendo un gesto desmayado de aburrimiento. George fijó la tira debajo del asiento. Giró una rueda hasta el uno y colocó una placa de latón en el umbral de la puerta, a unos pasos.

La campanilla sonó. El banco levantó dos patas, después las otras dos, y avanzó con Fred encima. No se deslizaba: caminaba, torpe y solemne, haciendo que su ocupante se balanceara a cada paso. Dracenia se rio antes de poder fingir que no le impresionaba.

Al colocar las patas delanteras junto a la placa, el banco se detuvo. George tocó la campanilla y regresó vacío hasta la marca inicial.

—No atraviesa puertas cerradas —explicó—. Tampoco debería bajar escaleras. Si pierde la placa, se para.

—«Debería» es la palabra más interesante —dijo Harry.

Fred volvió con las manos en los bolsillos.

—Por eso lo probamos aquí. Suelo plano, nadie debajo, ninguna visita imprescindible.

El salón estaba en un extremo poco usado del tercer piso. Habían retirado los muebles del centro y dejado las ventanas cerradas. La puerta daba a un corredor ancho con dos aulas vacías antes del descanso de una escalera. No había ningún precipicio inmediato al otro lado, lo cual hizo que Dracenia se relajara un poco.

George le mostró las ruedas. Una retrasaba el movimiento; la otra ajustaba el recorrido. El producto debía poder ponerse en distintas sillas sin necesidad de encantarlas cada vez. La animación la sostenía la tira, no el dueño de la casa.

—¿Y cómo se baja el invitado? —preguntó Dracenia.

Fred extendió un pie hasta el suelo.

—Así.

—Tu madre va a comprar diez —dijo Harry.

Los gemelos lo miraron.

—Nuestra madre va a utilizar a sus hijos —dijo George—. Sale más barato.

La segunda prueba la hicieron con la tira sujeta a una silla. Dracenia se sentó, por decisión propia, antes de que Potter pudiera insinuar que no se atrevía. La campanilla sonó demasiado cerca de su oído. La silla dio dos pasos y ella agarró los brazos, sorprendida por el movimiento.

No era desagradable. Se parecía a bajar de una escoba que aún no hubiera decidido quedarse quieta.

—Más despacio —ordenó.

George anotó algo.

—¿Una velocidad para Malfoy?

—Una velocidad para no derramarle el té a nadie.

La silla se detuvo frente a la placa. Harry aplaudió dos veces, sin mucho entusiasmo. Dracenia se levantó y le señaló el asiento.

Él probó a moverse hacia un lado. La silla corrigió su equilibrio. Entonces puso los pies en el suelo y se levantó antes de llegar: el mueble se detuvo de golpe, indeciso, hasta que George hizo sonar la campanilla otra vez.

Eso no estaba resuelto.

Fred quería que continuara hasta el umbral aunque la persona se hubiera bajado. George quería que esperara, porque un invitado de verdad podía volverse a sentar. Discutieron dos minutos sin pedir opinión a ninguno de los otros. Dracenia se encontró interesada a pesar suyo: no parecía que estuvieran improvisando bromas para entretener a Potter. Habían pasado muchas horas haciendo que aquella cosa funcionara.

En una hoja, debajo de las medidas, vio una suma tachada. Al lado aparecía el apellido Bagman.

Fred le dio vuelta al papel.

—Esa parte no es la demostración.

—Mi padre conoce…

—No —dijo George.

Dracenia levantó la cabeza. Él no lo había dicho con una sonrisa.

—No sabes qué iba a decir.

—Lo suficiente.

Fred recogió la silla. Por primera vez no tuvo un comentario listo. Dracenia sintió una ofensa caliente, inmediata; luego miró la suma tapada y decidió que no tenía por qué insistir. Si los Weasley querían seguir siendo pobres por orgullo, podían hacerlo sin su ayuda.

Potter no pareció de acuerdo con algo, aunque no dijo qué. Le dio a George un tornillo que había caído al suelo y preguntó cuánto pesaba el banco.

La demostración continuó.

El fallo apareció cuando George añadió el retorno automático.

Había construido una segunda placa para señalar el punto de partida. Era más pequeña y tenía una muesca para distinguirla de la primera. El banco debía llegar al umbral, esperar a que el ocupante se levantara y regresar solo. Así el dueño de casa no tendría que ir a buscar el mueble después de despedir a la visita.

Dracenia se había apartado junto a la pared. Harry sostenía la placa grande mientras Fred ajustaba la tira debajo del banco y George sujetaba la pequeña cerca de su marca de tiza.

—Vacío primero —dijo George.

Fred hizo sonar la campanilla.

El banco avanzó hasta Harry. Esperó. Regresó hacia George.

Dracenia ya estaba pensando en pedirles que terminaran cuando George se agachó a recoger un tornillo. Movió la placa al hacerlo.

El banco giró.

—Quieto —dijo George.

La pata más cercana le pisó el borde de la túnica. Él tiró de la tela y retrocedió. La placa seguía en su mano.

El banco avanzó otra vez.

Harry bajó la suya hasta el suelo. El mueble se dio vuelta, recorrió medio salón y volvió a cambiar de dirección cuando George intentó alejarse del respaldo.

Fred hizo sonar la campanilla. El banco se detuvo durante un segundo. Después las patas de atrás arrancaron primero, con un chasquido que hizo vibrar la madera.

—Eso no lo hacía —dijo.

—Ya me di cuenta —contestó George.

Uno de los extremos de la tira se había desprendido. Dracenia alcanzaba a ver el latón brillando por debajo, cada vez que el asiento se levantaba.

Harry puso su placa en el centro de la habitación.

—¿Y si las dejamos juntas?

George se acercó para hacerlo. El banco retrocedió hacia él; la placa pequeña se le escapó y cayó bajo una pata. Se oyó un golpe seco. Cuando el banco volvió a levantarse, la pieza quedó prendida en una astilla del travesaño trasero, lejos de las patas delanteras que debían alcanzarla.

Durante un momento nadie se movió.

El mueble dio un paso para alcanzar la placa que ahora llevaba debajo. Después otro.

Dracenia entendió lo que iba a pasar antes de que Fred terminara de maldecir.

El banco salió de la habitación.

George corrió detrás. Harry tomó su placa y lo siguió. Fred recogió una herramienta de la mesa y se volvió hacia Dracenia.

—Avísale a cualquiera que venga por la escalera.

No le pidió que salvara el invento ni que se quedara admirándolo. Le había dado una tarea que hacía falta.

Dracenia salió corriendo.

El corredor amplificaba el ruido de las patas. El banco iba de costado, empujado por la placa torcida, raspando la pared. George intentó un Finite sobre la tira. La campanilla enmudeció y el banco perdió el impulso hacia Harry, pero siguió persiguiendo el punto de retorno que llevaba clavado debajo.

—Dos encantamientos —gritó George—. He cortado uno.

Dracenia pasó por el lado interior, pegada a las puertas, y llegó al descanso antes que el mueble. Una escalera acababa de acomodarse para bajar hacia el piso inferior. Arriba venían tres alumnos con una pecera vacía y una cesta de plantas.

—¡Esperen ahí!

Uno siguió bajando. Dracenia levantó la varita y cerró de golpe la puerta de un aula vacía, junto a él. El portazo lo detuvo.

—¡Que esperen!

Esta vez la escucharon.

Detrás, Harry había enganchado una cuerda en un extremo del banco. Intentó sujetarla alrededor de una columna corta que sostenía un jarrón. El mueble tiró; el jarrón se inclinó y Harry soltó la cuerda antes de llevárselo todo.

Dracenia agarró la vasija con ambas manos. Pesaba bastante más de lo que aparentaba.

—¡Potter!

Él la vio y desvió la punta de su varita hacia el banco. Lo levantó apenas unos centímetros. Las patas siguieron caminando en el aire, absurdamente rápidas. Harry dio un paso de lado para apartarlo del tramo que bajaba, pero el asiento empezó a girar, demasiado largo para controlarlo con facilidad en aquel espacio.

George se arrodilló sin acercar las manos a las patas.

—Más alto. Sólo un poco.

Fred se colocó del otro lado, mirando la tira suelta. Dracenia dejó el jarrón en el suelo y volvió hacia ellos. Desde allí podía ver la placa pequeña, doblada y prendida bajo el travesaño. El banco trataba de alcanzarla incluso suspendido.

—La lleva pegada —dijo.

—Sí —respondió George—. Y no puedo romper el encantamiento mientras siga unida a la tira. Lo fijamos demasiado bien.

Fred miró la herramienta de su mano. Era una pequeña sierra encantada. Luego miró la madera más gruesa del banco.

—Filch va a matarnos.

—Primero lo bajo yo —dijo Harry, con esfuerzo—. Pesa.

El banco descendió un palmo de golpe. Una pata rozó la rodilla de George. Él se apartó, pero perdió el equilibrio y terminó sentado sobre los talones.

Dracenia le tendió el brazo para levantarlo. George lo tomó sin mirarla. Fred ya se había decidido.

—No cortes el banco —le dijo su hermano.

—No voy a cortar el banco.

George vio dónde apuntaba la sierra y abrió la boca. La cerró enseguida.

Fred puso la herramienta contra el centro de la tira, el mecanismo donde habían montado las dos ruedas. Era la pieza trabajada con más cuidado, con letras pequeñas marcadas a mano alrededor de los números.

—George, sujeta el extremo.

Harry mantuvo el asiento flotando lo justo. Dracenia alzó Protego entre las patas y la escalera para desviar las astillas si

saltaban hacia quienes esperaban arriba. No podía sostener el banco con aquel escudo ni pensaba intentarlo.

La sierra zumbó.

La primera rueda salió despedida y golpeó su protección con un chasquido. Dracenia no apartó la varita. Fred apretó los dientes y terminó de atravesar la madera. George arrancó el extremo cortado con la placa prendida.

Las patas se quedaron quietas.

—Ya —dijo George.

Harry bajó el banco hasta el suelo. Lo dejó caer la última pulgada y apoyó las manos en las rodillas, respirando fuerte.

El silencio que siguió duró muy poco.

—¿Se puede pasar? —preguntó el alumno de la pecera.

Dracenia bajó la varita.

—Depende. ¿La pecera camina?

El niño la miró horrorizado. Harry empezó a reírse. Se rio tanto que tuvo que sentarse en el banco recién inmovilizado, lo que hizo que Fred le gritara que se levantara inmediatamente.

Dracenia acabó riéndose también, con la mano todavía temblorosa alrededor de la varita.

Filch encontró cuatro alumnos, un banco arañado y una sierra que intentaban guardar demasiado deprisa.

No necesitó más explicaciones para enfadarse. Aun así, George se las dio. Fred admitió que el mecanismo era suyo. Harry dijo que los había ayudado y Dracenia, antes de decidir si quería que la incluyeran, ya estaba señalando el jarrón que habían conseguido salvar.

Filch lo examinó y encontró una astilla en la base.

—Perfecto —murmuró ella.

La profesora McGonagall no se rio del nombre del producto. Miró el corredor, comprobó que nadie estuviera herido y pidió a los gemelos que le explicaran por qué habían considerado necesario probar un mueble animado junto a una escalera.

—Estaba dentro del salón —dijo Fred.

—Lo cual no explica su presencia aquí.

George abrió las manos, negras de polvo.

—Ésa era la parte que no funcionaba.

El castigo incluyó reparar el banco sin volver a animarlo y ayudar a Filch a dejar el corredor como estaba. Los gemelos tendrían además que enseñarle a Flitwick el mecanismo antes de hacer otra prueba. Dracenia imaginó la cara de Snape al enterarse y lamentó no haberse quedado con su informe de Pociones.

Pasaron la tarde quitando marcas de madera de la pared. Fred trabajó en el banco, silencioso, con los dos pedazos del invento a sus pies. George llevaba una hoja arrugada en el bolsillo y la sacaba de vez en cuando para tachar algo.

Harry le preguntó si podían reconstruirlo.

—Podemos —dijo George—. Con otra pieza.

Nadie preguntó cuánto costaba. La suma había dejado de estar a la vista, pero Dracenia la recordaba.

—La próxima placa tiene que quedarse fija —dijo ella.

Fred levantó la cabeza.

—La próxima visita tendrá que prometer que no se mueve.

—Entonces será mucho más fácil convencerla de irse.

Él la miró un segundo. Después soltó una carcajada breve y volvió a lijar.

Cuando acabaron, George guardó los restos en la caja en vez de tirarlos. Harry llevaba una mancha de polvo en la nariz. Dracenia se la señaló desde lejos, sin limpiársela, y él se frotó el lado equivocado.

Los gemelos cargaron el banco hasta su sitio. Esta vez no caminó por su cuenta.

—La opinión final —dijo Fred, ya en la puerta.

Dracenia miró la tira rota.

—No lo vendan todavía.

—Qué difícil eres.

—Me trajeron para decirles cuándo parar.

George asintió con una gravedad que le recordó a Pansy.

—En eso ha sido excelente.

Se fueron antes de que pudiera decidir si era un cumplido. Harry salió con ella y ambos miraron por costumbre las patas del banco una última vez.

Al llegar a la escalera, Dracenia preguntó si Bagman les debía dinero de verdad.

Harry perdió la sonrisa.

—Sí.

—¿Y sigue haciéndolos esperar?

Él asintió.

Desde el piso inferior llegó la risa de Fred, seguida por una discusión sobre quién cargaría la caja. Dracenia no volvió a ofrecer el nombre de su padre. Miró la astilla que tenía prendida en una manga, la sacó con cuidado y la dejó en el bolsillo para no tirarla al suelo que acababan de limpiar.



CAPÍTULO 46

El campo sin porterías



Dracenia

La primera señal de que iban a quitarles el campo fue un hombre con botas amarillas, parado donde debían caer las sombras de los aros.

Dracenia lo vio desde el aire. Llevaba una cuerda entre las manos y discutía con Hagrid, que sostenía una estaca del tamaño de una escoba. Madame Hooch hizo sonar el silbato antes de que Dracenia pudiera acercarse a mirar mejor.

—La práctica termina en diez minutos. Nadie cruza la zona marcada.

Había banderines junto al borde norte. Dracenia ya los había visto; lo que no sabía era por qué necesitaban tantos ni por qué alguien estaba midiendo el mejor lugar del castillo para volar.

Pucey la llamó desde el otro extremo. Le quedaban tres intentos para encontrar una pelota pequeña encantada que cambiaba de altura, mucho más lenta que una Snitch pero difícil de distinguir contra la luz. La perdió dos veces porque miró hacia las estacas.

En el tercero dejó de intentar adivinar dónde aparecería. Siguió la trayectoria de Pucey, que la había lanzado, y esperó el reflejo sobre el césped.

La atrapó tan cerca del suelo que le rozó el pasto una manga.

—Al fin —dijo Pucey cuando aterrizó.

—Puedo devolvértela en la cara si quieres comprobar el reflejo.

Él le quitó la pelota de la mano con una sonrisa. No era Potter. No necesitaba que cada vuelo terminara recordándoselo.

Hooch les explicó, al guardar las escobas, que ciertas zonas del campo iban a cerrarse para preparar la última prueba. Tendrían horarios limitados hasta que empezaran los trabajos mayores. Después no podrían entrar.

Dracenia levantó la mano aunque no estaban en un aula.

—¿Y las prácticas de vuelo?

—Se organizarán en otro espacio, cuando sea seguro.

—¿De este tamaño?

La profesora la miró hasta que dejó de preguntar.

Salió con la Nimbus bajo el brazo, molesta con el Torneo por primera vez en varios días por una razón que no tenía nada que ver con Harry.

Fleur la esperaba junto a una de las columnas del vestíbulo. Tenía una carta abierta y una expresión que hizo a Dracenia acercarse con menos prisa.

—Gabrielle me escribió —dijo Fleur.

—¿Volvió a pedirte que le guardaras toda tu ropa?

—Ahora quiere saber si Hogwarts tiene otro lago.

Dracenia soltó una risa.

—Dile que el primero ya causó suficientes problemas.

—Eso le dije.

Fleur guardó la carta.

—También me preguntó si podría aprender a volar aquí.

Dracenia levantó la cabeza.

—Eso sí me parece una pregunta importante.

Fleur se rio. Se apartaron para dejar pasar a dos alumnos con un baúl que se negaba a subir el escalón. Dracenia sostuvo la puerta sin dejar de mirar la carta que Fleur guardaba en el bolsillo.

—¿Está bien?

—Sí. Habla del agua cuando quiere. Yo no le pregunto todas las veces.

Dracenia entendió el tono. No hacía falta otra explicación del lago ni de lo que Potter había intentado hacer. Fleur le preguntó, en cambio, si la Nimbus tenía que estar tan pulida para funcionar.

—No. Pero no voy a dejarla llena de barro.

—Gabrielle va a pensar que volar consiste en limpiar.

—Depende de lo mala que sea aterrizando.

Terminaron sentadas en un banco de piedra del patio, lejos del que los Weasley habían conseguido devolver a su sitio. Fleur quería contestar la pregunta de su hermana con algo más útil que «cuando seas mayor». Dracenia le explicó los ejercicios de equilibrio de Hooch, el error de apretar demasiado las rodillas y lo difícil que era enseñar a alguien a no mirar sus propios zapatos.

Fleur anotó dos cosas. La tercera la tachó porque Dracenia había empezado a describir un giro que ninguna principiante debía intentar.

—No voy a mandarle eso.

—Todavía no había terminado.

—Ya habías llegado a la caída.

Dracenia sonrió. Era agradable hablar de una escoba con alguien que no empezara por mencionar quién la había comprado.

En abril el césped se llenó de margaritas pequeñas, y los alumnos volvieron a sentarse fuera después del almuerzo, aunque los bancos siguieran húmedos. Las lechuzas entraban con menos barro. En Herbología había que abrir las ventanas para soportar el calor de las bandejas.

Dracenia descubrió que tenía tres trabajos pendientes el mismo día y que Pansy ya había terminado dos. Lo consideró una provocación.

—No te obligué a pasar una tarde persiguiendo muebles —dijo su amiga.

Padma, sentada enfrente, levantó la vista.

—¿Ese banco era suyo?

—No era de nadie cuando empezó a correr —contestó Dracenia.

Pansy le pasó un libro sin compadecerla.

Compartían una mesa de la biblioteca. Dracenia tenía su ensayo abierto; Pansy escribía a su prima y Padma sostenía la hoja en la que Iris terminaba un dibujo. Iris había llegado a devolver un diccionario y acabó quedándose con ellas.

En el papel, un caballo alado mordía la manga de Karkaroff. El director tenía una expresión que Iris había conseguido dibujar demasiado bien.

—Ésa es la cara que pone cuando Krum no le contesta —dijo Padma.

Pansy bajó la carta para verla.

—Le falta tirar de la manga del otro lado.

Dracenia quiso mirar sin dejar su pluma. Una gota de tinta cayó donde no debía.

—Ese cuello está demasiado corto.

—¿El del caballo o el del profesor? —preguntó Iris.

Padma se tapó la boca. Pansy escondió la cara detrás de la carta y Dracenia tuvo que bajar la cabeza sobre su ensayo para que la señora Pince no la viera reír.

Padma quería enviarle el dibujo a su primo. Iris no lo soltó.

—Cuando termine las alas. Todavía no.

Cuando las mayores recogieron sus cosas, Iris todavía buscaba otro lápiz. Padma prometió pasar por la hoja después de cenar.

Al salir se cruzaron con Krum. Llevaba un libro bajo el brazo y caminaba lo bastante despacio para leer una nota metida entre las páginas. Varios alumnos se apartaron para dejarlo pasar. Él casi no levantó la cabeza hasta que Padma lo saludó.

Dracenia pensó que debía de estar cansado de oír su apellido.

—Van a cerrar el campo —le dijo.

Krum la miró, atento por primera vez.

—Ya me dijeron.

—Qué desperdicio.

—Para ellos no.

Señaló con el mentón el tablero del Torneo. No parecía más contento que ella. Cuando Padma le preguntó si había pensado en practicar en el espacio de vuelo que Hooch preparaba cerca del castillo, Krum quiso saber cuánto medía, de dónde venía el viento y si había árboles en la entrada. Las preguntas eran concretas. Dracenia participó hasta olvidar que estaba hablando con un jugador al que había visto desde las gradas de una Copa Mundial.

Después él se fue con su libro. Ninguno había hablado de Granger.

Una tarde de lluvia, Harry apareció en la práctica con Ron y dos blancos de madera. Hermione había dibujado números grandes en ellos para que pudieran distinguirlos sin ponerse de acuerdo antes de cada lanzamiento.

Dracenia había imaginado una sesión bastante distinta. Lo notó en cuanto vio a Weasley sentarse sobre una mesa y morder una manzana.

—¿Éste es tu método de preparación?

—Todavía no he empezado —dijo Ron.

Harry le entregó los blancos y le sonrió. A Dracenia le gustaba esa cara. No pensaba decírselo delante de Weasley. Ron los puso en movimiento de forma irregular, dejando uno quieto y acelerando el otro cuando Harry se confiaba. No tenía la precisión de Snape ni la insistencia de Dracenia. Tenía una facilidad irritante para descubrir hacia dónde quería moverse Potter y estorbarle exactamente allí.

Harry acabó acorralado contra la pared sin recibir un solo golpe fuerte. Ron levantó las manos.

—Yo no te llevé. Fuiste tú.

Dracenia se rio. Harry le señaló el suelo libre.

—Prueba.

Ella lo hizo mejor durante medio minuto. Después Ron fingió dejar caer un blanco y lo recuperó cuando Dracenia ya miraba el otro. El disco le golpeó el escudo demasiado cerca del hombro.

—Eso es bastante molesto —admitió.

—Gracias —dijo Ron, satisfecho.

Hermione llegó al final para recoger sus apuntes y comprobar que seguían enteros. Tenía una insignia azul prendida en la bolsa. Dracenia la vio al mismo tiempo que Harry.

—Éstas sí se leen —comentó él.

—Ya te dije que iba a arreglarlas —respondió Hermione.

No miró a Dracenia al decirlo. Ella se ocupó de guardar un cojín demasiado despacio. Ron preguntó si podía tener uno de los discos de práctica para entrenar con Ginny; Hermione le pidió que dejara de golpear el canto de su libro con él.

La conversación siguió sin ella. Dracenia sintió un alivio tan absurdo que tuvo que fingir interés en un nudo de la bolsa.

A mediados de abril, Lucius le mandó unos guantes nuevos para volar. Eran excelentes. Suaves donde debían serlo, firmes en la palma, hechos exactamente a su medida. Dracenia los sacó de la caja y se los probó antes de leer la carta.

Su padre preguntaba por las clases, comentaba una nota de Narcissa y sugería que se concentrara en actividades menos expuestas durante el resto del trimestre. La frase venía rodeada de otras tan normales que tardó en decidir si estaba hablando del vuelo, de Potter o de ambos.

Había un segundo sobre. Narcissa le preguntaba si la costura del guante anterior había vuelto a lastimarle el pulgar y le recordaba que podía escribirle por separado si necesitaba hacerlo.

Dracenia se quedó mirando aquella última línea.

Quería a su padre. Lo imaginó eligiendo el cuero, comparando dos tamaños con una impaciencia que el vendedor habría tomado por desprecio y que ella habría reconocido como cuidado. No le

gustó pensar que aceptar los guantes pudiera parecerse a aceptar la sugerencia de quedarse quieta.

Se los quitó y redactó dos cartas.

A Lucius le agradeció el regalo, le contó la nota de Pociones y le dijo que el campo iba a cerrarse por la prueba. No prometió dejar de practicar. A Narcissa le contestó lo del pulgar y añadió una pregunta sobre cómo pedir un permiso de vuelo durante el verano sin que la conversación acabara convertida en otra discusión sobre seguridad.

Pansy la vio sellar los sobres.

—¿Buenas noticias?

Dracenia movió los dedos dentro de un guante.

—Son muy buenos.

Pansy no fingió que hubiera respondido a su pregunta.

Antes de que terminaran de retirar las porterías, Dracenia fue a mirar el campo una vez más. No podía entrar: la cuerda se extendía ahora de un lado a otro y Hagrid trabajaba junto a varios adultos. Aún no había un laberinto. Sólo tierra removida, herramientas y filas de plantas pequeñas que parecían incapaces de hacerle daño a nadie.

Cedric estaba apoyado en la cerca exterior, sin escoba.

—Se ve más grande sin los aros —dijo cuando ella se acercó.

Dracenia miró el vacío sobre el césped.

—Se ve peor.

Él asintió, como si pudiera estar de acuerdo con las dos cosas.

Cho lo llamó desde el camino. Cedric levantó una mano para avisar que ya iba, pero todavía tardó un poco en apartarse de la

cerca. Dracenia comprendió que no se había detenido allí para que alguien lo felicitara por los puntos.

—¿Sabes qué van a poner? —preguntó.

—No más que tú.

Ella miró las plantas, las estacas y el ancho del campo. Cedric siguió su mirada y su expresión se volvió más seria.

—Bueno —dijo—. Al menos ya conocemos el suelo.

Se fue con Cho. Dracenia permaneció un momento más, con las manos enguantadas apoyadas en la cerca. Había pasado meses queriendo tener otra oportunidad de volar contra Potter. Ahora el campo desaparecía bajo algo que ninguno de los dos podía ver terminado todavía.

Al regresar al castillo, se quitó los guantes para no mancharlos con la tierra húmeda del camino. Los llevó en la mano hasta el dormitorio.



CAPÍTULO 47

Pan para cuatro



Harry

Sirius había escrito que podían llevar comida. Ron interpretó aquello como una medida de emergencia y consiguió meter en su bolsa suficiente pan para que nadie pudiera acusarlos de no haberla atendido.

Harry llevó pollo frío. Hermione añadió fruta, un frasco de agua y una servilleta limpia. Los tres discutieron por el espacio hasta que tuvieron que sacar los libros que, por costumbre, Hermione había puesto al fondo.

Era una salida autorizada a Hogsmeade. Lo que no figuraba en ningún permiso era el tramo que harían después, siguiendo las instrucciones de la carta. Sirius había llegado a las montañas hacía poco y no quería entrar en el pueblo como hombre. Harry había leído dos veces esa frase, aliviado de saberlo cerca y preocupado por lo que significaba estarlo.

Lo encontraron como perro en una curva del camino. Ron iba a llamarlo cuando Hermione le apretó el brazo. El perro levantó una oreja y se alejó, indicándoles que lo siguieran.

La subida les quitó las ganas de hablar. Al llegar a una abertura entre las rocas, Harry tenía tierra dentro de un zapato y Ron maldecía la cantidad de pan que había considerado imprescindible.

Buckbeak los esperaba más al fondo. Harry se inclinó antes de avanzar; el hipogrifo lo observó y le devolvió el saludo. Sólo entonces dejó la bolsa junto a una piedra plana.

Sirius recuperó su forma humana lejos de la entrada. Estaba más delgado de lo que Harry recordaba en sus mejores días, pero sus ojos se iluminaron al verlo. Le apretó el hombro antes de aceptar el paquete de comida.

—¿Has estado comiendo bien? —preguntó Harry.

Sirius miró el pan que tenía en la mano.

—Hoy sí.

—No me refiero a hoy.

—Ya me había dado cuenta.

Harry se sentó.

—Podrías dejar que alguien te ayudara.

Sirius levantó una ceja.

—Eso iba a decirte yo.

Ron dejó la bolsa entre ambos con un golpe sordo.

—Primero coman. Pesa muchísimo.

Eso resolvió la discusión durante un rato. Buckbeak recibió su porción lejos de los dedos de Ron. Hermione escogió una piedra desde la que podía ver la entrada sin sentarse en la humedad. Harry se encontró contándole a Sirius lo de su ensayo, antes de recordar que no había subido hasta allí para hablar de notas.

Sirius escuchó de todas formas. Quiso saber si Neville seguía con sus plantas y si Ron había arreglado el caballo del ajedrez. Harry le contó lo justo de la visita a la tienda y sintió calor en las orejas cuando Ron sonrió mirando el pan.

—¿Qué? —preguntó Harry.

—Nada.

Hermione desenvolvió la fruta con una discreción tan exagerada que Sirius se dio cuenta de que faltaba algo.

—Después me cuentas —dijo.

No sonó como una orden. Harry estuvo a punto de hacerlo allí mismo. En cambio, sacó la carta de Percy.

Percy había contestado con dos páginas y media. Según Ron, habría necesitado sólo dos líneas para decir que no había visto al señor Crouch en persona desde hacía meses.

Sirius leyó las partes señaladas. No se rio de las fórmulas con que Percy justificaba la ausencia de su jefe. Eso preocupó a Harry.

—Recibe instrucciones —explicó Ron—. Dice que reconoce la letra.

—Puede ser verdad —dijo Sirius.

—Karkaroff sigue buscando a Snape —añadió Harry.

Contó dónde había visto los nombres en el mapa y cómo había terminado prestándoselo a Moody. Hermione no lo interrumpió para decir que ya se lo había advertido. Harry habría preferido casi eso a su silencio.

Sirius se limpió las manos antes de tocar la carta.

—¿Los oíste hablar?

Harry negó con la cabeza.

—Los vi en el mapa. Sólo los nombres.

—Entonces sabes dónde estaban. No por qué se reunieron.

—¿Crees que no tiene importancia?

Sirius miró hacia la entrada. Le costó un momento responder.

—No he dicho eso. Pero hay que averiguar más antes de acusar a alguien.

Harry sintió una irritación dirigida a sí mismo. Había tenido el pergamino en las manos. Podría haber esperado, mirar quién salía, comprobar algo. En cambio, lo había soltado sin saber cuándo lo recuperaría.

—Voy a pedírselo otra vez.

—Bien. Y no te metas en su despacho a buscarlo. Si insiste en guardarlo por seguridad, que te diga hasta cuándo.

Ron bajó la mirada hacia su rodilla como si esa última posibilidad no se le hubiera ocurrido nunca.

Sirius dobló la carta de Percy.

—Crouch tenía un hijo. Se llamaba igual que él.

Harry levantó la cabeza.

—¿Y está en Hogwarts?

—No. Murió en Azkaban.

La palabra hizo que Hermione dejara de mover la servilleta. Sirius no se apresuró a continuar. Dio un trago de agua y miró el pan que había quedado sobre la piedra.

Les contó lo que recordaba del padre: los juicios, la dureza, las decisiones que habían celebrado quienes querían acabar con los mortífagos a cualquier precio. A Sirius lo habían encerrado sin juicio. Lo dijo con la voz más seca que había usado en toda la tarde.

—¿Lo conociste allí? —preguntó Harry.

—Al hijo. Lo vi llegar. Su madre fue a visitarlo con Crouch. Después supimos que el chico había muerto.

—¿Qué había hecho?

Sirius se tomó un momento antes de contestar. Dijo que lo habían condenado junto con otros seguidores de Voldemort por

torturar a dos aurores. No dio detalles. Harry se quedó pensando en un padre que enviaba a su hijo al mismo lugar donde había encerrado a Sirius.

—Eso no demuestra que el señor Crouch de ahora esté haciendo algo —señaló Hermione.

—No. Demuestra que hay cosas sobre él que Percy no pone en sus cartas.

Ron hizo una mueca. No estaba claro si por su hermano o por Crouch.

Harry quiso unir aquella historia con Winky sentada junto al fuego. La elfa defendía a su antiguo amo incluso después de que la despidiera. Había llorado al oír su nombre y se negaba a explicar por qué. No parecía sólo que extrañara el trabajo.

—Ella sabrá más —dijo.

—Probablemente —respondió Sirius—. Eso no significa que vaya a contarlo.

Hermione miró sus propias manos. Harry supo que estaba pensando en la última vez que habían bajado a las cocinas.

El nombre de Bagman cambió la conversación. Ron contó lo que había podido averiguar de los gemelos sin dar la impresión de estar interrogándolos: la apuesta, el pago que no llegaba, las promesas.

Sirius frunció el ceño.

—¿Y le sigue ofreciendo ayuda a Harry?

Harry asintió. No le gustó oír los dos hechos juntos.

—Puede querer que gane —dijo Ron.

—Eso parece.

—Pero es juez —protestó Harry.

Sirius lo miró con una paciencia que le recordó demasiado poco a un profesor.

—También es la persona que no les paga a tus amigos.

Harry desvió los ojos. Había visto a Bagman reír y dar palmadas en los hombros, preocupado de verdad cuando un campeón tardaba en aparecer. Costaba encajar esa imagen con la caja de piezas rotas que los gemelos habían cargado de vuelta a su sala común.

Hermione preguntó por Bertha Jorkins.

—Bagman dice que era olvidadiza —explicó—. Y sigue desaparecida.

Sirius se quedó muy quieto.

—Yo la conocí en el colegio. No era precisamente alguien que olvidara lo que le convenía recordar.

No presentó eso como una prueba. Les contó una anécdota breve: Bertha seguía a otros alumnos para enterarse de sus secretos, luego se sorprendía cuando se enfadaban con ella. Ron dijo que Rita la habría contratado. Hermione no se rio.

Harry recordó el sueño del verano, la voz de Voldemort y la sensación de que alguien estaba preparando algo lejos de allí. Se le enfrió la boca a pesar de que no corría viento dentro de la cueva.

—¿Crees que tiene que ver con él?

Sirius lo miró de frente.

—No tengo cómo saberlo. Dumbledore conoce lo que me has contado. No guardes algo nuevo sólo porque creas que ya lo preocupaste bastante.

Harry se tocó la frente por costumbre. No le dolía.

Hablaron también de Karkaroff. El director de Durmstrang estaba cada vez más irritable; varios alumnos lo habían visto

buscar a Snape fuera de las clases. Sirius no fingió que Snape le inspirara confianza. Sus palabras se endurecieron, y Hermione le recordó que Dumbledore sí confiaba en él.

—Lo sé —dijo Sirius.

No añadió «por eso yo también». Harry agradeció que no hiciera un discurso, pero habría querido una respuesta menos incómoda.

—¿Y Moody?

—Sabe perseguir a la gente peligrosa. No siempre sabe dejar de perseguirla cuando acaba el trabajo.

Sirius se pasó la mano por el pelo. Había hablado mucho más de lo que Harry esperaba, y aun así la lista de cosas que no sabían parecía mayor que al llegar.

Antes de irse, Ron y Hermione bajaron a comprobar el camino. Harry sabía que le estaban dejando unos minutos y no los desperdició fingiendo que no.

—¿Vas a quedarte aquí mucho tiempo?

—Lo necesario.

—Eso no es una fecha.

—No tengo una buena.

Sirius recogió las migas con el borde de la servilleta. Harry quiso hablarle de un lugar con ventanas y una cocina en la que nadie tuviera que estar escondido. No encontró una manera que no sonara como una promesa que no podía cumplir.

—Podemos traer más comida.

—Que Ron no cargue todo el pueblo.

Harry sonrió. Sirius se inclinó para cerrar la bolsa y vio el paquete que aún no habían abierto.

—¿Esto qué es?

—Para ti. No para Buckbeak.

Era una tarta pequeña, aplastada de un lado por el trayecto. Sirius la observó como si Harry hubiera traído algo mucho más difícil de conseguir.

—Ron se sentó encima —explicó Harry.

—Le daremos el lado plano.

Se rieron. Después Sirius lo abrazó con un brazo, rápido y fuerte, sin pedirle que fuera valiente ni cuidadoso ni otra cosa durante aquellos segundos. Harry se quedó quieto hasta que lo soltó.

—¿Malfoy sigue sin darte un minuto de paz? —preguntó su padrino al apartarse.

Harry miró la entrada.

—No mucho.

Sirius sonrió con demasiada comprensión.

—Bueno. Procura que no te haga olvidar a los demás.

—No lo hace.

Harry lo dijo más rápido de lo que pretendía, pero era verdad. Allí abajo estaban Ron y Hermione, esperándolo con las bolsas vacías. Dracenia no había tenido que perder nada para que él quisiera venir a ver a Sirius.

Su padrino asintió. No pidió detalles.

El lunes Harry volvió a buscar el mapa.

Moody escuchó su petición sin dejar de revisar una caja cerrada. Cuando levantó la cabeza, el ojo azul ya estaba fijo en él.

—Potter, te dije que lo tendría unos días.

—Han pasado bastantes.

Moody cerró la caja.

—Y he encontrado cosas que comprobar. Con el Torneo en marcha no quiero perder de vista los accesos.

Harry sintió la tentación de disculparse. La apartó.

—Quiero que me diga cuándo va a devolverlo.

El profesor se quedó en silencio. Finalmente le prometió devolverlo al terminar el Torneo. Harry no quería esperar tanto. Moody señaló el registro de accesos que tenía sobre la mesa y le dijo que era una ayuda para mantener el castillo vigilado. Harry acabó aceptando, aunque no dejó de sentir que le habían ganado la discusión.

Esa tarde escribió a Sirius lo acordado. Se quedó mirando el espacio vacío de su baúl antes de cerrarlo: no podía usar el mapa para seguir investigando mientras lo tuviera Moody. Había aceptado prestárselo a un auror precisamente para que buscara lo que él no sabía encontrar.

Ron lo encontró en las escaleras.

—¿Te lo dio?

Harry negó con la cabeza.

—Entonces vamos a practicar. Hermione dice que ya encontró un hechizo para saber dónde está el norte.

—Sé dónde está el norte.

—Desde el aula, seguramente.

Tenía razón. Harry lo siguió. Al entrar, Hermione había dejado una varita sobre su palma abierta. Pronunció el encantamiento de orientación y la punta giró hasta quedar quieta. Ron intentó hacerlo y recibió un golpe en la nariz al inclinar la mano.

Harry se rio; después lo probó él.

La varita tardó en decidirse, pero al fin señaló la ventana correcta. Era una cosa pequeña, mucho menos impresionante que detener un hechizo. La repitió hasta que consiguió hacerla funcionar sin mirar los árboles de fuera.

CAPÍTULO 48

Un hombre en el borde del bosque

Harry

La última semana de mayo, Harry entró al campo por un hueco entre setos que ya le llegaban al pecho. Hagrid les había dicho que crecerían mucho más. A Harry le bastó ver la primera bifurcación para desear que se quedaran de aquel tamaño.

Los cuatro campeones habían sido convocados antes de cenar. Cedric llevaba las mangas arremangadas; Fleur se apartaba una rama que trataba de prenderse en su cabello. Krum miró una vez hacia los aros desmontados y después al sendero.

Bagman les explicó la prueba. La Copa estaría en el centro. Quien llegara hasta ella y la tomara ganaría. Los obstáculos no se limitarían a encontrar el camino.

Harry había esperado algo así desde que vio las primeras plantas, pero oírlo en voz alta le revolvió el estómago. No había una escoba que pudiera llamar ni una superficie de agua que pudiera calcular desde fuera.

Los puntos determinarían la salida: él y Cedric entrarían juntos; Krum después; Fleur sería la última. Bagman prometió darles por escrito el intervalo exacto y las instrucciones de emergencia. Los

setos les impedirían ver las gradas, así que no debían contar con que alguien adivinara desde allí que necesitaban ayuda.

Fleur preguntó cómo señalarían su posición. Cedric quiso saber si podrían cambiar de camino después de encontrar un obstáculo. Krum preguntó qué ocurriría si dos señales aparecían a la vez.

Harry escuchó las respuestas. Estaba agradecido de que los demás pensaran en esas cosas antes de que a él se le ocurrieran demasiado tarde.

Al terminar, Cedric se quedó con Bagman para preguntar por una marca del plano. Fleur regresó hacia el carruaje. Krum alcanzó a Harry junto a la salida y le pidió hablar un momento.

Caminaron hacia el sendero que bordeaba el bosque. Aún había luz; se oían voces cerca de la cabaña de Hagrid, al otro lado del terreno despejado. Harry no habría elegido aquel lugar para conversar, pero Krum parecía querer alejarse de cualquiera que pudiera reconocerlos.

—Hermione dice que siguen llegando cartas —dijo.

—Menos.

—Ella dice que menos no es ninguna.

Harry lo miró. Era exactamente algo que Hermione diría.

Krum quería saber si la revista había retirado las mentiras. Harry respondió que no. Se había limitado a publicar nuevas historias, como si eso borrara las anteriores.

—Le escribí —dijo Krum.

—Hermione me contó.

—No contestaron.

Harry pateó una piedra fuera del sendero.

—Supongo que escribir que te equivocaste vende menos.

Krum asintió. Había algo agradable en su manera de quedarse callado sin exigir que Harry llenara el silencio. Hablaron de volar durante un par de minutos, de lo extraño que resultaba perder de vista el suelo cuando la niebla cubría un campo, hasta que Harry oyó una respiración entre los árboles.

Al principio creyó que era una criatura.

Un hombre salió de la sombra y apoyó una mano en el tronco más cercano. Tenía el traje roto, los zapatos cubiertos de barro y una barba irregular que no se parecía en nada al rostro afeitado del señor Crouch.

Pero era él.

Harry se quedó quieto.

—¿Señor Crouch?

El hombre lo miró sin reconocerlo. Después sus ojos se fijaron en la cicatriz.

—Potter.

Quiso avanzar. La rodilla le falló y Krum lo sujetó antes de que cayera. Crouch trató de apartarse, murmurando que había trabajo pendiente, cartas para enviar, algo que Weatherby debía corregir.

Harry sintió que el nombre le daba un golpe pequeño en el pecho. Percy.

—Vamos a buscar ayuda —dijo—. Está cerca el castillo.

Crouch le agarró la manga con tanta fuerza que Harry tuvo que inclinarse.

—Dumbledore. Necesito… Tengo que decirle…

Miró por encima del hombro de Krum hacia los árboles. El miedo le cambió la cara.

—Me escapé.

Krum y Harry intercambiaron una mirada.

—¿De dónde? —preguntó Harry.

Crouch empezó a hablar de su hijo. De una culpa que debía haber confesado. Luego dijo el nombre de Bertha Jorkins y algo sobre una muerte. Las palabras se mezclaban con disculpas dirigidas a una persona que no estaba allí.

Harry no entendía qué parte era un recuerdo y cuál estaba ocurriendo ahora.

—¿Quién murió?

—Está más fuerte —murmuró Crouch—. Potter... Dumbledore...

Se aferró a la túnica de Krum y dejó de mirar a Harry. Era imposible llevarlo andando sin arrastrarlo.

—Yo voy —dijo Harry—. Sé dónde encontrar al director.

Krum asintió. Estaba sosteniendo a Crouch por debajo del brazo, firme sobre el sendero.

—No tardo.

Harry corrió hacia el castillo.

No fue a la cabaña: desde allí tendría que explicar todo otra vez y enviar a alguien hasta Dumbledore. Subió la pendiente más corta, cruzó el vestíbulo y encontró a Snape saliendo de un corredor.

Por una vez se alegró de verlo.

—El señor Crouch está junto al bosque. Está enfermo. Krum se quedó con él. Necesita al director.

Snape no sonrió ni lo acusó de inventar una excusa. Le hizo repetir el lugar mientras ya se dirigía a la escalera. En el siguiente descanso envió un mensaje de luz que se perdió antes de que Harry pudiera distinguir su forma.

Dumbledore apareció cuando todavía les faltaba otro tramo.

Harry contó lo que había visto bajando a su lado. Tuvo que dejar de hablar para respirar. El director no lo hizo esperar a que terminara todos los detalles antes de salir.

Habían tardado unos minutos en volver al sendero. Harry aún tenía el pecho ardiendo por la carrera.

Crouch no estaba.

Krum yacía de costado entre la hierba y la tierra, a pocos pasos del lugar donde lo habían dejado. Harry se lanzó hacia él. Dumbledore lo detuvo con una mano y se arrodilló primero.

—Respira.

Harry sintió que volvía a hacerlo él también.

El director alzó la varita. Krum se movió, abrió los ojos y trató de incorporarse demasiado rápido. Tenía tierra pegada a la mejilla.

—Desde atrás —dijo, con una voz que no parecía suya.

—¿Viste quién? —preguntó Dumbledore.

Krum negó con la cabeza. Recordaba a Crouch hablando. Un ruido detrás. Nada más.

Harry miró los árboles. Cualquiera podía estar allí, escuchándolos.

Dumbledore llamó a Hagrid con un hechizo y le indicó que buscara a Snape para avisar a Pomfrey y a Karkaroff. Harry quiso protestar cuando lo mandó quedarse junto a Krum.

—Ya ha hecho lo que debía al traerme —dijo el director—. No voy a enviar a otro alumno al bosque.

Se alejó sin correr, la varita levantada. Harry lo vio detenerse ante un arbusto y escuchar algo que él no podía oír.

Moody llegó desde el lado del castillo, con el abrigo abierto. Dijo que Snape lo había avisado de la búsqueda. El ojo azul giró hacia la

oscuridad de los árboles y Harry sintió un alivio inmediato: si había alguien escondido, aquel ojo podría encontrarlo.

No lo encontró delante de él.

Hagrid se llevó a Krum apoyado en un hombro. Harry los siguió porque Dumbledore se lo ordenó y porque Krum aún caminaba como si el suelo se moviera. Desde el castillo, la luz de las ventanas parecía muchísimo más lejos que antes.

—No entiendo por qué Crouch quería hablar conmigo —dijo Harry.

—Quizá no quería hablar contigo —respondió Hermione.

—Dijo mi nombre.

—Sí. Pero también estaba intentando pedir ayuda, ¿no?

Harry dejó el pergamino.

—Ojalá hubiera entendido qué necesitaba.

Hermione volvió a mirar las notas.

—Eso no significa que no podamos averiguarlo.

Era el día siguiente. Había escrito todo lo que recordaba antes de acostarse y lo había vuelto a leer al despertar. Ahora algunas palabras le parecían menos seguras. Hermione le hizo subrayar sólo las que había oído con claridad.

Ron se quedó mirando «Weatherby».

—Percy va a odiar esto.

No hablaba del nombre. Harry lo entendió por la forma en que dobló la carta de su hermano, la que llevaban semanas tratando de interpretar.

Krum seguía en la enfermería. Había hablado con Dumbledore y no podía identificar al atacante. Harry fue a verlo con Hermione después de comer. Ninguno le preguntó por el Torneo.

—Lo dejé contigo —dijo Harry cuando pudo hablar.

Krum lo miró desde la almohada.

—No lo perdiste tú.

—Pero si hubiera…

—Si no hubieras vuelto, seguiría ahí.

Harry no encontró qué contestar. Hermione puso una jarra de agua al alcance de Krum y cambió de tema sólo después de que él lo pidiera.

Durante los días siguientes hubo profesores junto a los límites del bosque. No prohibieron cada salida al patio ni fingieron que no había ocurrido nada. Les recordaron que no se acercaran a la zona cerrada y pidieron a quienes hubieran visto a Crouch que lo comunicaran.

No apareció ningún testigo que Harry conociera.

La tercera prueba seguía fechada para el veinticuatro de junio.

La cicatriz le dolió cuatro noches después.

Harry estaba dormido cuando la habitación del sueño se abrió en una oscuridad distinta. No podía ver toda la silla. Oía una voz que reconocía demasiado bien y el sonido de algo arrastrándose por el suelo. Había otra persona, encogida junto al brazo del sillón. La voz habló de un error corregido y de un muchacho al que todavía esperaba.

Harry despertó con la mano en la frente. Ron se había incorporado en la cama de al lado.

—¿Otra vez?

No necesitó explicar a qué se refería. Harry asintió. Buscó las gafas a tientas y tardó más de lo normal en encontrarlas.

Escribió primero el sueño. Después pidió ver a Dumbledore: contó a McGonagall lo de la cicatriz y el director lo recibió aquella misma mañana.

En el despacho había una palangana de piedra sobre una mesa lateral. Una luz plateada subía de ella, iluminando por debajo el borde de varios libros. Dumbledore lo escuchó sin interrumpir mientras Harry hablaba del sueño, la voz y el dolor.

Cuando terminó, el director le hizo preguntas muy concretas. Harry pudo responder algunas. De otras sólo recordaba una impresión.

—¿Era Crouch quien estaba en el suelo?

—No lo sé.

Le molestó tener que decirlo. Dumbledore no intentó convertir aquello en una certeza.

El director había estado examinando recuerdos de la guerra y del señor Crouch. Harry miró la luz del recipiente.

—¿Ahí dentro?

Dumbledore asintió. Se llamaba Pensadero. Los recuerdos podían observarse sin depender de que una persona volviera a contarlos cada vez. Eso no los convertía en explicaciones de lo que nadie había visto.

Harry preguntó por el hijo de Crouch.

El director se quedó mirándolo un momento.

—Sirius me contó algo —añadió Harry—. Y él habló de su hijo en el bosque. Creo.

Dumbledore se levantó. No le ofreció la vida entera de Crouch como si estuviera abriendo un libro de clase. Le advirtió que el recuerdo que quería revisar contenía hechos de otras personas, algunos muy dolorosos.

—Si lo vemos, no son cosas para repetir en los corredores.

Harry aceptó. Había pensado que estaba preparado para ver un juicio. No estaba preparado para el ruido de las cadenas.

Antes, Dumbledore le mostró un fragmento de otro proceso. Lo había escogido al oír que Harry mencionaba las visitas de Karkaroff a Snape: no para explicar lo que ninguno había presenciado en los corredores, sino para que entendiera que se conocían desde mucho antes del Torneo.

Karkaroff aparecía más joven, sin sus pieles ni su seguridad de director. Daba nombres a cambio de que revisaran su encarcelamiento. Harry reconoció unos pocos. Cuando oyó el de Snape, miró a Dumbledore por reflejo y luego al Dumbledore del recuerdo, que se había levantado para responder.

El profesor de Pociones había pertenecido a los mortífagos. Después había trabajado contra Voldemort, antes de su caída. Dumbledore había respondido por él.

Harry no supo cuál de las tres cosas le resultaba más difícil de imaginar.

Salieron del fragmento antes de continuar. La palangana quedó quieta, con el reflejo de la ventana moviéndose despacio sobre la plata.

—¿Por qué cambió de lado? —preguntó Harry.

—Eso no me corresponde contárselo.

—Pero usted le cree.

—Sí.

Harry pensó en las veces que Snape lo había castigado sin escuchar y en las veces que había visto algo que nadie más notaba. No consiguió juntar a los dos con el hombre del que hablaba aquel recuerdo. Tampoco podía decidir que una cosa borraba la otra.

—¿Karkaroff lo busca por eso?

—No hemos oído sus conversaciones. Sería un error fingir que sí.

Harry bajó la vista. Era una respuesta molesta porque no le dejaba ninguna acusación lista. Dumbledore esperó a que dijera si quería seguir con el recuerdo de Crouch.

Harry asintió. Esta vez miró con cuidado dónde ponía la mano.

Se encontró en una sala de piedra, de pie junto a Dumbledore. Abajo había varias sillas. Los acusados no podían levantarse.

El Crouch del recuerdo era más joven. Seguía teniendo la misma postura rígida, pero no parecía enfermo ni perdido. Hablaba para que todos lo oyeran.

Una mujer junto a él se cubría la boca con un pañuelo. Uno de los acusados la miraba sin dejar de pedirle ayuda. Era casi un muchacho. Harry tardó en reconocer que ése debía de ser el hijo.

Después oyó el apellido Longbottom.

No vio el ataque. Nadie se lo mostró. Oír la acusación, los nombres de las víctimas y la respuesta de la sala fue suficiente para que se le pusieran frías las manos.

El joven negaba haber participado. La mujer de pelo oscuro sentada junto a él no negaba nada: tenía una expresión que Harry recordaría incluso sin saber su nombre. Cuando la sentencia fue pronunciada, el padre no miró a la mujer del pañuelo.

Harry quiso salir antes de que se llevaran a los acusados. Dumbledore lo notó. El despacho volvió a formarse alrededor de ellos, con la luz limpia de la mañana y un pájaro removiéndose en su percha.

Durante unos segundos Harry siguió oyendo las cadenas.

—Neville —dijo al fin.

Dumbledore asintió.

Harry sabía que vivía con su abuela. Había oído algunas cosas, esquivado otras por no hacer preguntas que parecieran una intromisión. No había entendido lo que significaban.

El director le explicó sólo lo necesario: sus padres vivían, pero el daño que les habían hecho no se había curado. Neville podía elegir cuándo hablar de ello.

Harry miró sus zapatos. Había llegado queriendo saber más sobre Crouch y ahora sentía que había abierto una puerta en el dormitorio de otro alumno.

—No voy a decirlo.

—Lo sé.

Preguntó si el hijo había sido culpable. Dumbledore no le dio una seguridad que el recuerdo no podía proporcionar. Sí confirmó la condena y la muerte que constaba después en Azkaban.

Harry pensó en la voz del hombre del bosque, hablando como si una parte de su vida siguiera ocurriendo en otro sitio.

—Entonces podía estar recordándolo.

—Podía. También podía intentar contarme algo que no consiguió decir.

Hablaron de Bertha Jorkins y de las ausencias que el Ministerio seguía explicando por separado. Dumbledore no estaba satisfecho con esas explicaciones. Tampoco afirmó saber qué las unía.

Harry repitió las palabras del bosque que todavía no había conseguido ordenar. Dumbledore separó lo que había oído de lo que temía que significara, sin descartar sus temores. Iban a seguir buscando a Crouch. Si Harry recordaba algo más, tenía que decírselo.

Salió con esa instrucción y las piernas pesadas. No había resuelto lo ocurrido en el bosque. El recuerdo tampoco había convertido al hombre que buscaban en alguien fácil de entender.

En el descanso se encontró con Neville, que llevaba una bandeja cubierta de tierra.

—Cuidado —le dijo Neville, apartándola un poco—. Si la inclino, se escapan las semillas.

Harry se hizo a un lado. Por un instante no supo cómo mirarlo sin que algo cambiara en su cara.

—¿Quieres que abra la puerta?

Neville asintió, agradecido por una ayuda que no necesitaba explicación.

Harry sostuvo la hoja de madera hasta que pasó la bandeja entera. Después lo siguió hacia la escalera, escuchando cómo le contaba que algunas semillas podían esperar años antes de encontrar el sitio adecuado.



CAPÍTULO 49

La mesa de Iris



Dracenia

Pansy llevaba tres días diciendo que no.

No podía ayudarla a repasar aquella tarde. No quería escoger por ella los ingredientes del ejercicio de Snape. Y no, no iba a preguntarle a Pucey si tenía una pelota de práctica que aún cupiera en el espacio reducido donde Hooch les permitía volar.

Dracenia comprendía las tres razones. No por eso le gustaban.

La encontró en el dormitorio, extendiendo unas tarjetas sobre la cama. Había cambiado el orden que usaban desde abril. Ahora los ejercicios más difíciles aparecían al principio, marcados con un círculo de tinta naranja.

—¿Puedes venir el jueves? —preguntó Dracenia.

—No. Iris va a dirigir la sesión.

—¿La vas a dejar sola?

—Con Padma cerca, sí.

—Pensé que querías ayudarla.

—Quiero que aprenda a hacerlo sin mí.

Dracenia consideró aquello.

—Qué concepto tan desagradable.

Pansy se rio.

—Deberías probarlo alguna vez.

Le entregó las tarjetas naranjas. Dracenia miró la primera y reconoció la letra de Iris debajo de una corrección de Padma.

—Éste es demasiado difícil.

—Por eso va primero. No queremos que la mitad se quede esperando mientras los demás terminan.

—Antes lo hacías al revés.

—Antes no había funcionado.

Dracenia volvió a leer el ejercicio. No tenía una objeción mejor que ésa.

Pansy guardó el resto de las tarjetas en una carpeta. Había una nota de Pucey metida entre dos hojas; se la llevó al bolsillo sin permitirle leerla.

—Puedo ir yo —dijo Dracenia.

—Puedes mirar.

—Qué generosa.

—Y puedes esperar a que Iris termine una frase antes de corregirla.

Dracenia dejó las tarjetas sobre la cama con más cuidado del necesario.

El aula estaba casi llena cuando llegó. Iris ocupaba la mesa de delante, donde Pansy solía apoyar los materiales. Había puesto los suyos en una fila impecable. Al ver a Dracenia se le cayó una pluma.

—No vine a examinarte —dijo Dracenia.

Iris la recogió.

—Ya sé.

No era verdad. Padma, sentada cerca de la ventana con un libro cerrado, le hizo a Dracenia una seña para que ocupara la silla de al lado.

Empezaron con el movimiento de un encantamiento de sujeción. Iris lo demostró sobre una cinta y la cinta se pegó al borde equivocado de la mesa. Dos alumnos pequeños se rieron. Ella se quedó quieta, con la varita todavía levantada.

Dracenia abrió la boca.

Padma le tocó la manga.

Iris respiró por la nariz, despegó la cinta y volvió a intentarlo. Esta vez salió bien.

—Por eso no hay que mover la mano al final —dijo, algo más alto de lo necesario.

Los dos que se habían reído se pusieron a probar. Uno consiguió pegarse el codo al pupitre y tuvo que pedir ayuda.

Dracenia cruzó una pierna sobre la otra para no levantarse.

La sesión no fue impecable. Iris perdió el orden de las tarjetas, olvidó una indicación y tardó demasiado en darse cuenta de que una niña estaba usando el giro del ejercicio anterior. Pero cuando el grupo empezó a hablar al mismo tiempo, golpeó suavemente la mesa con la caja de madera y los hizo mirarla.

—Uno por uno. No puedo escuchar a todos.

No sonó como Pansy. Sonó como Iris, molesta y lo bastante segura de su molestia para no disculparse.

Dracenia terminó inclinándose hacia Padma.

—Eso estuvo bien.

—Díselo después.

Al acabar, Iris se acercó con la caja apretada contra el pecho. Dracenia habría podido señalarle cinco errores. Miró las tarjetas, el pupitre ya limpio y la cinta que seguía pegada donde debía.

—La próxima vez pon algo pesado encima de las hojas. Había corriente.

Iris bajó la vista a su carpeta.

—Sí.

—Y funcionó lo de pedirles que hablaran por turnos.

La niña levantó la cabeza.

Dracenia se puso de pie antes de que aquella expresión le exigiera decir algo más.

Padma salió con ella al corredor.

—Pansy va a querer saber que no cambiaste todas las tarjetas.

—Podrías sorprenderla y no contárselo todo.

Padma sonrió. Dracenia no estaba segura de haber ganado aquella conversación.

Su propia prueba con Snape le dio bastante menos satisfacción.

Debía sostener un escudo después de cambiar de posición, sin anticipar con el hombro el movimiento de la varita. Había practicado tanto que el cuerpo sabía hacerlo cuando no pensaba en ello. Al saber que el profesor la observaba, el codo decidió volver a su sitio anterior.

El primer hechizo le rozó la manga.

—Otra vez —dijo Snape.

Dracenia obedeció. La segunda protección resistió; la tercera no.

Al terminar, él le permitió preparar sola los materiales de la siguiente sesión, sobre la mesa que tenía delante. No le abrió el almacén. Dracenia entendió la diferencia y se enfadó consigo misma por haber esperado algo más.

Antes de salir preguntó cuándo podrían intentar las protecciones con más blancos en movimiento. Snape miró su varita.

—No todo mejora porque se acerque una fecha, señorita Malfoy.

—No preguntaba por el Torneo.

—Entonces no tendrá dificultad en esperar.

Ella se llevó su hoja de ejercicios y la dejó junto a los libros de exámenes. Seguían siendo los exámenes de cuarto, no una demostración pública de cuánto podía aprender en un año. Cuando Pansy entró, la encontró repitiendo un problema de Aritmancia que había dado por resuelto demasiado pronto.

—¿Iris lo hizo bien? —preguntó su amiga.

Dracenia tardó en responder porque estaba tachando una suma.

—Sí.

Pansy dejó la bolsa en la cama.

—¿Y?

—Eso. Lo hizo bien.

Su amiga sonrió, pequeña y satisfecha. No se volvió para comprobar si Dracenia la estaba mirando.

La carta de Lucius llegó con el papel perfectamente liso a pesar de la lluvia que empapaba a la lechuza.

Su padre no estaba satisfecho con la respuesta del colegio a la aparición de Crouch. Dracenia conocía la noticia que se había

comunicado a los alumnos y los rumores que la habían multiplicado; no sabía lo que Harry había contado en privado ni pretendía averiguarlo con una pregunta casual.

Lucius ofrecía escribir de nuevo a la dirección. Quería que ella estuviera lejos de los preparativos de la prueba. No mencionó el apellido Potter hasta el último párrafo, donde pareció incluirlo con la misma indiferencia con que habría añadido una fecha.

Dracenia leyó ese párrafo dos veces y después dejó la carta boca abajo.

La de Narcissa llegó al día siguiente. Su madre había concertado una conversación breve por la chimenea y quería que llevara sus notas del trimestre para discutir el verano. No «las preocupaciones de su padre», no «sus amistades». Sus notas.

Dracenia acudió con ellas.

Narcissa apareció entre las llamas del salón autorizado con un vestido que su hija reconocía. Ver un pedazo de su casa detrás del fuego hizo que quisiera estar allí durante un instante: no para abandonar Hogwarts, sino para sentarse en su propio dormitorio y dejar de responder preguntas.

Su madre le preguntó por el pulgar de los guantes, por Pansy y por la sesión de Snape. Dracenia se encontró contando la parte en que había fallado antes de decidir si quería hacerlo.

Narcissa no pareció alarmada.

—¿Y después?

—Lo repetí.

—Bien.

Lucius entró al fondo de la habitación. No venía a interrumpir, o al menos quiso que lo pareciera. Se acercó al fuego cuando Dracenia lo saludó.

—Tu madre me dice que has mantenido las prácticas de vuelo.

—Hasta donde se puede.

Él preguntó por la escoba y escuchó de verdad. Durante unos minutos Dracenia pudo hablar de un giro, del terreno disponible y de una corrección de Hooch sin sentir que estaban negociando otra cosa.

Después Lucius mencionó la última prueba.

—No tienes ninguna obligación de ponerte en medio.

Dracenia apoyó las notas en sus rodillas.

—Voy a estar en las gradas.

—Eso espero.

—Lucius —dijo Narcissa.

No levantó la voz. Él la miró, y durante un momento Dracenia vio el mismo gesto de sus conversaciones de casa: su padre conteniendo una respuesta, su madre esperando que realmente la contuviera.

—Lo del lago no se repite —añadió Dracenia.

—Es precisamente lo que queremos evitar.

Ella quiso decir que no era la misma situación. No era ella quien competía. Quien estaba obligado por el Cáliz no podía sencillamente recibir una carta de sus padres y volver a casa.

Terminó diciendo sólo:

—No puedo hacer que no participe.

Lucius bajó los ojos hacia sus manos. Cuando volvió a mirarla, su expresión no era más amable, pero sí menos preparada.

—No te estoy pidiendo que lo hagas.

Dracenia lo creyó a medias. La otra mitad de la frase seguía en la carta que había dejado boca abajo.

Narcissa retomó las fechas del verano. Hablaron de un permiso de vuelo y de una visita de Pansy. Dracenia se despidió sin una pelea y sin haber aceptado lo que no quería aceptar. Al cerrarse la conexión, el cuarto le pareció más frío que antes.

En la última semana de preparación, la biblioteca olía a pergamino caliente. Los alumnos se acercaban a las ventanas buscando aire y terminaban moviéndose otra vez cuando el sol les daba de frente.

Dracenia encontró a Granger corrigiendo una lista de hechizos. Tenía dos insignias azules en la bolsa, no puestas como una colección, sino enganchadas por los alfileres para llevarlas a otra parte.

—Ésa se está soltando —dijo Dracenia.

Hermione la apartó de la tela.

—Iba a arreglarla.

Dracenia extendió la mano. Granger vaciló antes de dársela. El cierre estaba doblado; no era un fallo del encantamiento. Dracenia lo enderezó, hizo una prueba con el dedo y devolvió el disco.

—¿Siguen legibles?

—Sí.

No era una invitación a quedarse. Dracenia miró la hoja y vio el nombre de un encantamiento que Potter había usado en clase. Podría haber hecho un comentario sobre cómo lo sujetaba mal. Se acordó de que él también practicaba con sus amigos y dejó la lista donde estaba.

—No le pongas más de los que pueda recordar —dijo.

Hermione alzó la vista.

—Ya lo sé, Malfoy.

Era irritante que la conociera lo suficiente para responder así y no lo suficiente para que dejara de molestarle.

La víspera de la prueba, Fleur apareció en el corredor con una trenza nueva y una pila de notas dobladas. Había rechazado una entrevista y no parecía arrepentida.

—Gabrielle quiere que traiga la Copa —dijo.

Dracenia sonrió.

—Petición modesta.

—Le dije que no podía prometerlo.

—¿Y qué contestó?

—Que al menos no olvidara la escoba.

Ambas se rieron. Fleur llevaba semanas preparándose para una prueba en la que no serviría ser la mejor en todo: tendría que escoger cuándo seguir y cuándo cambiar de camino. Dracenia la escuchó hablar de un encantamiento que le costaba mantener y se sorprendió de que se lo contara sin rodeos.

—No voy a decírselo a Potter —aclaró.

Fleur la miró con una pequeña arruga entre las cejas.

—No estaba pensando en él.

Dracenia cerró la boca. Después tuvo que reírse otra vez, aunque esta vez le dio bastante menos gusto.

De regreso al dormitorio encontró una tarjeta de Iris sobre su cama. Sólo tenía tres palabras: «Salió a tiempo». Debajo, una cinta de color estaba pegada en el lugar correcto.

Pansy se la había dejado sin comentario.

Dracenia la apoyó junto a sus guantes. Ordenó los libros del día siguiente, guardó los apuntes de Snape y comprobó que no le quedara ninguna tarea pendiente que pudiera terminar antes de dormir.

No encontró ninguna.

Se sentó en la cama un rato, escuchando cómo Pansy discutía con alguien al otro lado de la puerta por una toalla que no era suya. Luego se levantó y fue a ver si podía ayudar sin mandar a todo el mundo.

CAPÍTULO 50

Donde no llegaban las gradas

Harry

El veinticuatro de junio, Harry se despertó antes que los demás y pasó varios minutos escuchando a Ron roncar.

Había imaginado que la mañana de la última prueba se sentiría distinta. El dormitorio tenía la misma luz, el baúl seguía atascándose si lo cerraba con una manga fuera y alguien había dejado un calcetín sobre el borde de su cama. Harry lo apartó con dos dedos. No era suyo.

Encontró la lista de hechizos en el bolsillo de la túnica. Estaba gastada en los dobleces, con una mancha de agua que había borrado parte de una palabra. Ya no necesitaba leerla entera. Eso le dio algo parecido a tranquilidad durante unos segundos.

En el desayuno, Ron le pasó primero el pan y luego el plato.

—Tienes que comer.

—Estoy comiendo.

—Estás cortando lo mismo desde que llegamos.

Harry miró el trozo que tenía enfrente. Ron no exageraba.

Hermione había decidido no hacerle preguntas de repaso. Lo anunció con tanta seriedad que Harry tuvo ganas de darle las gracias. Cinco minutos después se quedó mirando su varita y tuvo

que morder una tostada para no mencionar el último movimiento que habían practicado.

Ginny se sentó junto a Neville. Le contó a Ron que Fred y George seguían discutiendo el nombre de su invento y que ninguno quería admitir que «El Despedidor» había empezado a darles mala fama antes de llegar a venderse. Harry soltó una risa. Durante un momento pudo pensar en un banco andando por un corredor en vez de en los setos que habían terminado de crecer.

Colin se acercó con su cámara y preguntó antes de levantarla.

Harry dijo que sí. Ron se acomodó junto a él y Hermione intentó retirar la lista que tenía medio asomada de la bolsa. El destello los encontró a los tres riéndose de algo que no sobreviviría en la fotografía. Harry se alegró de que la cámara pudiera quedarse con una parte.

Neville le deseó suerte cuando se levantaron. No le dio ningún consejo nuevo. Luna, que había ido a buscar a Ginny, observó el plato de Harry.

—Podrían dejar que terminara de desayunar.

—Llevamos media hora intentándolo —dijo Ron.

—Qué cansado —respondió Luna, mirando a Harry.

Él se rio y acabó por comer el último trozo de pan.

El laberinto había borrado casi todo lo que conocía del lugar. Los setos se alzaban muy por encima de su cabeza y las gradas, llenas de colores, parecían rodear un bosque cortado en ángulos. Se oían los pasos de la gente sobre la madera y, de vez en cuando, una exclamación que viajaba de un extremo a otro sin que Harry supiera qué la había provocado.

En la zona de preparación, Cedric cerraba la hebilla de su protección de antebrazo. Cho estaba a su lado. Krum movía la muñeca despacio; Fleur escuchaba a una compañera de Beauxbatons y asentía sin perder de vista la entrada.

Los jueces confirmaron los puntos: ochenta y cinco para Harry y Cedric; ochenta para Krum; sesenta y cuatro para Fleur. El intervalo sería de seis segundos por punto de diferencia. Harry y Cedric entrarían juntos. Krum, medio minuto después. Fleur tendría que esperar dos minutos y seis segundos desde la primera salida.

Harry hizo la cuenta otra vez, aunque ya la sabía.

Cada campeón recibió las mismas instrucciones. Si no podían continuar, debían lanzar chispas rojas por encima del seto y permanecer en el lugar si era posible. Los profesores estaban repartidos por el perímetro y entrarían por los accesos de servicio. No había manera de que el público siguiera cada movimiento desde las gradas.

La señal no era una vergüenza ni una garantía contra cualquier herida. Era una forma de pedir ayuda antes de que un problema se volviera peor.

Harry miró la altura del verde. Se prometió recordarlo.

Al volver junto a sus amigos, Dracenia lo esperaba al borde del espacio reservado. Pansy estaba a unos pasos, hablando con Hermione sobre algo que ninguna pareció querer repetir cuando él se acercó.

—¿Tienes todo? —preguntó Dracenia.

Harry se tocó el bolsillo.

—Varita. Creo que sí.

—Qué preparación tan admirable.

—También tengo los hechizos que me enseñaste.

—Entonces procura recordarlos.

Harry sonrió.

—¿Vas a estar mirando?

—Alguien tiene que comprobar si has aprendido algo.

—No me hagas reír antes de entrar.

Dracenia se cruzó de brazos.

—No me hagas ir a buscarte, Potter.

—No eres campeona.

—Eso ya me lo recordaste en Hogsmeade.

Harry bajó la cabeza, todavía sonriendo. Ella sacó una hoja seca que se le había prendido en la manga; la sostuvo un instante y la dejó caer fuera del camino.

—Y tú no vayas a hacerlo todo corriendo —añadió.

—Si alguien me persigue, voy a correr.

—Entonces elige bien para dónde.

No intentó entrar con él ni prolongar la despedida. Se apartó cuando llamaron a los campeones. Harry pudo despedirse de Ron y Hermione sin que nadie lo apresurara más de lo necesario.

—Al norte no está siempre la salida —le recordó Ron.

—Lo sé.

—Lo digo por cuando te pongas nervioso.

Hermione le apretó el hombro.

—Y mira el suelo.

Harry asintió. No quiso prometerles nada complicado. Se colocó junto a Cedric, frente a una abertura tan estrecha que tendrían que entrar uno detrás de otro.

Cedric le ofreció el puño. Harry lo golpeó con el suyo.

Sonó el silbato.

El ruido de las gradas no desapareció de golpe. Se fue apagando mientras caminaban entre las hojas, hasta quedar reducido a una vibración lejana. Harry oyó sus propias botas sobre la tierra. El aire olía a savia y a humedad atrapada.

En la primera división, Cedric eligió la izquierda. Harry fue por la derecha. Ninguno intentó convencer al otro.

El sendero giró pronto hacia dentro. Harry encendió la varita, aunque todavía había luz sobre el laberinto, porque abajo las ramas la cortaban en franjas. Vio un caracol enorme pegado a una hoja y lo rodeó antes de decidir si formaba parte de la prueba.

El primer obstáculo no lo esperaba: un tramo cubierto de hojas secas sobre una zanja estrecha. La luz descubrió el hueco antes que su pie. Harry se detuvo y buscó un lugar donde saltar. Demasiado ancho para hacerlo sin carrera; demasiado cerca de la curva para coger impulso.

Había ramas caídas al borde. Escogió una larga, la levantó con Wingardium Leviosa y la apoyó de lado a lado. El centro crujió al tocar la tierra. No serviría de puente para su peso.

Harry la miró un momento. Después la cruzó en diagonal, no para caminar sobre ella, sino para empujar las hojas y ver dónde terminaba de verdad el hueco. A un lado era mucho más estrecho.

Retrocedió dos pasos. Saltó allí, rozó el borde con una bota y cayó de rodillas al otro lado.

La tierra le raspó la palma libre. Se levantó sin perder la varita.

No era elegante. Tampoco había nadie allí para exigirle que lo fuera.

Un silbato lejano debió de anunciar la salida de Krum. Harry comprobó el norte con la varita y siguió por el corredor que lo acercaba, según su cálculo, hacia la parte central. No podía ir en línea recta. Tuvo que doblar dos veces y encontró un callejón cerrado por un tejido de ramas gruesas.

Las tocó con un palo antes de acercar la mano. Se cerraron sobre la madera y la partieron.

Harry retrocedió.

Podía probar un hechizo o buscar otra ruta. El laberinto no le daba puntos por atravesar cada cosa que encontraba. Volvió hasta la última bifurcación y escogió el camino más largo, molesto por haber perdido tiempo y algo aliviado por no haber dejado un dedo entre las ramas.

Entonces oyó su nombre.

La voz venía de la izquierda. Sonaba como Ron, lejos, tratando de no gritar.

Harry se quedó inmóvil.

Otra vez: su nombre, con la misma pausa antes de la última sílaba.

No respondió. Ron estaba fuera, en las gradas. La repetición era demasiado exacta, como un ruido que volvía al golpear una pared. Harry bajó la luz hasta el suelo. Vio pequeñas flores pálidas dentro del seto; cada vez que una se abría, la voz sonaba de nuevo.

Se alejó sin tocarlas. Aun sabiendo de dónde venía, le costó no girar la cabeza cuando lo llamaron una tercera vez.

La niebla empezó a la altura de sus zapatos.

Harry no la vio llegar. En un tramo podía distinguir la tierra; en el siguiente sólo veía blanco hasta las rodillas. Levantó más la varita y encontró, al otro extremo, una figura demasiado alta.

El frío le apretó el pecho antes de que pudiera pensar. Las hojas perdieron color. Oyó una voz de mujer, un grito que no pertenecía a aquel campo.

Se le doblaron las rodillas.

La figura avanzó. Harry obligó a su mano a mantenerse arriba. Tenía el corazón golpeándole en la garganta y la certeza horrible de que no llegaría a recordar nada que pudiera servirle.

Luego vio el borde de una túnica negra rozar una flor sin moverla.

Un boggart. Podía serlo. No tenía tiempo de decidir si la diferencia importaba.

Pensó en Sirius recibiendo la tarta aplastada y en el brazo que lo había rodeado antes de despedirse. No eligió un recuerdo perfecto. Eligió uno que todavía le daba ganas de volver.

—Expecto Patronum.

La primera luz tembló. Harry sostuvo la varita y repitió el encantamiento con toda la voz que le quedaba.

El ciervo salió hacia delante y llenó el sendero. La figura oscura se contrajo al recibirlo, cambió de forma durante un parpadeo y desapareció entre un golpe de humo y hojas sacudidas.

Harry apoyó una mano en el seto. Se pinchó con una espina y la retiró de inmediato.

El frío se había ido. Le temblaban las piernas igual.

Esperó hasta poder caminar sin tropezarse. Después siguió, más despacio, con la luz de la varita temblando sobre el suelo.

Más adelante encontró agua. No era un estanque: corría por un canal que atravesaba el sendero y desaparecía bajo los setos. Tenía apenas un palmo de profundidad. Harry lo iluminó desde un lado y vio que en el centro había una piedra negra, perfectamente lisa.

No la pisó. Probó el fondo con la rama que aún llevaba y sintió un tirón. La madera se deslizó hacia la piedra como si algo la atrajera.

Dejó que se fuera. La rama golpeó la superficie negra y quedó prendida allí.

Harry buscó los bordes del canal. Había barro, raíces y espacio suficiente para pasar por donde la corriente entraba. No intentó levantar la piedra. Usó Impedimenta sobre el tramo de agua que cruzaría, consiguiendo una lentitud rara, un pequeño abultamiento que apenas duró. Le bastó para saltar desde el borde sin que la corriente le arrancara la bota al caer.

Terminó con un pie empapado. La piedra siguió allí, con la rama como una trampa demasiado visible para el siguiente que llegara.

Fleur apareció en una abertura a su derecha, separada de él por un seto bajo que luego volvía a subir. Tenía una manga rasgada y la varita entre los dedos, firme.

—Por ahí no —dijo al verlo mirar una franja azulada en el suelo—. Me ha costado salir.

Harry bajó la luz. La tierra parecía blanda y brillante, casi bonita.

—Hay una zanja detrás —le advirtió él—. Y algo en el agua que tira de la madera.

Fleur asintió. No le preguntó por la Copa ni por Cedric. Levantó la varita y un soplo de aire apartó la niebla del corredor que había

elegido. Harry vio un paso seguro antes de que ella se perdiera en la curva.

Quería ganar. No había vuelto de donde fuera que había estado para esperar que otro le despejara el camino.

Harry escogió la dirección contraria, orientándose una vez más. El centro debía de estar hacia el oeste desde allí. Lo dijo en voz baja para recordarlo. Una hoja le rozó la oreja y se volvió sobresaltado.

Era sólo una hoja.

Un grito cortó el aire.

No sonaba como las flores. Tenía un quiebre, una respiración entre dos palabras que Harry no distinguió. Corrió hasta la esquina, frenó antes de doblar y asomó sólo la cabeza.

Krum estaba al otro extremo. Fleur retrocedía frente a él, rechazando un destello con un movimiento que Harry alcanzó a reconocer. El siguiente hechizo golpeó la rama sobre su hombro. Ella se apartó, respondió y obligó a Krum a retroceder medio paso.

Harry abrió la boca para gritarles que pararan.

Krum alzó la varita otra vez. Su cara no parecía enfadada. Era lo peor de todo: no había esfuerzo ni vacilación en la manera en que volvió a apuntar.

Fleur miró hacia una raíz que se movía junto a su tobillo. Aquella fracción de segundo bastó. La luz roja la alcanzó por un costado y cayó contra la pared de hojas.

—¡Krum!

Harry salió de la esquina con Protego preparado. El hechizo que recibió le golpeó el escudo tan fuerte que lo hizo dar un paso atrás.

No siguió retrocediendo en línea recta. Se movió hacia la abertura por la que había llegado, buscando el ángulo sin acercarse a Fleur.

Algo pasó por encima del hombro de Krum. Cedric había aparecido en el otro extremo y acababa de errar un encantamiento de desarme. Krum giró hacia él.

Harry aprovechó el movimiento.

—Impedimenta.

Lo frenó el tiempo justo. Cedric volvió a lanzar, esta vez un hechizo aturdidor. Krum cayó de rodillas y después de frente, sin poner las manos.

Harry corrió primero hacia Fleur. Respiraba. Tenía una raspadura junto a la sien y la varita aún sujeta entre los dedos. Harry no intentó despertarla a golpes ni arrastrarla a ciegas.

Cedric envió una señal roja. Luego otra, sobre Krum, para marcar las dos posiciones separadas por unos pocos pasos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Harry lo contó mientras apartaban una raíz de la manga de Fleur. No sabía por qué Krum había hecho aquello. Haberlo visto no lo convertía en algo que entendiera.

Un silbato respondió desde fuera. Después oyeron la voz de Hagrid llamando hacia la luz. Cedric gritó que había dos campeones heridos y que seguían respirando.

—¡No los muevan! —llegó la respuesta.

Esperaron hasta ver la primera abertura entre las ramas. Hagrid entró acompañado de una bruja del equipo de auxilio. Harry se apartó para que llegara a Fleur.

—Krum la atacó —dijo, con la garganta seca.

La mujer levantó la cabeza. Le pidió que no se alejara sin decir hacia dónde iba y que informara al salir. Hagrid ya estaba comprobando a Krum. Ninguno de los dos sabía todavía por qué había ocurrido ni qué más podía estar pasando en el laberinto.

Cedric señaló el sendero que seguía hacia dentro. La auxiliar asintió sin quitar la vista de Fleur.

Harry vaciló.

No estaban solos, ni abandonados junto al agua, ni esperando que él cargara con todos. Los adultos habían llegado y tenían las manos donde hacía falta. Cedric le tocó el brazo.

Harry siguió con él.

Volvieron a separarse en la siguiente bifurcación. No hicieron un acuerdo. Aún eran rivales y la Copa seguía delante de alguno de los dos.

Harry caminaba con un zumbido en los oídos. Krum había hablado con él en el sendero, se había quedado con Crouch, había pasado por la enfermería. No encajaba con el rostro vacío que acababa de ver.

Se obligó a mirar el suelo.

Una abertura estrecha lo llevó hasta una verja baja enredada en raíces. Podía ver a través de ella una luz dorada, todavía lejos. La Copa, o algo que quería parecerlo.

Harry probó un encantamiento de corte en una rama delgada. Se separó y volvió a crecer antes de caer. No siguió disparando. El zumbido de las hojas le recordó el primer callejón, y le pareció que estaban cerrándose por encima de su cabeza.

La verja no tenía cerradura. Tenía dos barras horizontales, una a cada lado, fuera del alcance de una sola mano.

Harry usó la varita para empujar la más lejana. El metal se movió y las raíces cedieron un poco. Al soltar la barra, regresó a su lugar.

Necesitaba mantener las dos arriba.

Podía pedir ayuda, retroceder o encontrar algo con que sujetarlas. Miró la manga mojada, el barro y las ramas que crecían demasiado rápido. Entonces se quitó el cinturón.

Lo pasó alrededor de la primera barra y del borde de la verja, tiró hasta dejarlo tenso y cerró la hebilla. La barra quedó levantada. Harry movió la otra con la varita.

El hueco se abrió lo suficiente para que pasara de lado. Una rama le raspó el antebrazo. No se detuvo a sacar el cinturón: la barra cedió detrás de él y la verja volvió a cubrirse de verde.

Al otro lado había una pendiente corta hacia un espacio de tierra clara. La luz dorada venía de allí.

Harry dio un paso.

El suelo se hundió bajo su bota.

Saltó hacia atrás, pero el borde cedió también. Cayó de costado y se agarró de una raíz saliente. La varita golpeó la tierra sin soltársele de la mano. Debajo no había un pozo sin fondo; había una zanja llena de tallos duros que se movían buscando sus piernas.

Harry levantó una rodilla. Uno de los tallos le atrapó la bota. Tiró por reflejo y el nudo apretó más.

Se quedó quieto.

No era exactamente la planta que había conocido en primero, o al menos no quería fiarse de que lo fuera. Pero tirar estaba empeorándolo. Aflojó el pie, apuntó al tallo y lanzó el encantamiento de corte desde cerca. Necesitó dos intentos. La bota quedó libre justo cuando la raíz de la que colgaba empezó a deslizarse fuera de la tierra.

—¡Harry!

Cedric apareció al otro lado de la zanja, a unos pasos de la luz. Tenía la túnica abierta en un hombro y una mano ensangrentada.

Harry gritó que no se acercara al borde.

Cedric se arrodilló más lejos, sacó la varita y le lanzó una cuerda conjurada que cayó corta la primera vez. La segunda llegó hasta la muñeca de Harry. Él la sujetó sin enrollársela alrededor de la mano lastimada.

La raíz cedió.

Harry dejó de tener apoyo. El tirón de la cuerda le golpeó el hombro y Cedric se deslizó medio palmo antes de afirmarse con las botas. Entre ambos consiguieron que Harry apoyara una rodilla en la tierra firme.

Salió arrastrándose y quedó boca arriba, respirando como si otra vez no hubiera suficiente aire.

Cedric no lo dejó descansar mucho.

El borde se movía detrás de ellos.

Harry se incorporó. La tierra que acababa de cruzar se estaba cerrando en una red de raíces nuevas, empujándolos hacia una segunda franja inestable. Cedric alzó un escudo para desviar las ramas más próximas mientras Harry buscaba con la luz un sitio donde pisar.

—Por ahí no —dijo Harry—. Brilla igual que el otro borde.

Señaló una línea más oscura, junto a una piedra. Cedric lo siguió. El escudo cedió al recibir una rama demasiado gruesa y Harry la detuvo con Impedimenta, lo justo para que ambos pasaran debajo. No intentó sostenerla después.

Llegaron a la tierra clara al mismo tiempo.

La Copa estaba sobre un pedestal bajo, a unos pasos. No parecía una ilusión. Harry podía ver las marcas del metal, las asas, la luz reflejada en la cara de Cedric.

Durante un instante quiso correr.

Cedric también lo quiso. Se notó en el movimiento de su pie, en cómo miró el espacio entre ellos y el pedestal. Ninguno estaba demasiado herido para alcanzarlo.

Harry se llevó una mano al costado. Le dolía respirar hondo.

—Tu mano —dijo.

Cedric la miró como si acabara de recordarla.

—Una rama.

Se limpió la sangre en la túnica. No se acercó a la Copa mientras lo hacía.

Harry pensó en los primeros segundos, cuando habían entrado juntos con los mismos puntos. En la zanja que no había visto, la cuerda y la rama detenida sobre sus cabezas. No había una cuenta sencilla que pudiera llevar en voz alta.

—Podemos agarrarla los dos —dijo.

Cedric lo miró. Todavía tenía el cuerpo inclinado hacia el pedestal, preparado para llegar primero si decidía hacerlo.

—¿Compartir?

Harry asintió.

No añadió que aquello sería más noble ni más justo para el colegio. Tenía ganas de salir, encontrar a sus amigos y saber qué había pasado con Fleur y Krum. También tenía ganas de ganar. Las dos cosas podían ser verdad.

Cedric miró la Copa, como si todavía calculara si podía llegar antes que él. Luego soltó una respiración corta y sonrió, cansado.

—De acuerdo. Pero no voy a dejar que digas que me esperaste.

—Iba a decir lo mismo.

Caminaron hasta el pedestal. Harry notó la falta del cinturón y pensó que Ron se reiría cuando se enterara. Las gradas seguían sin oírse. Sólo las hojas moviéndose detrás y el roce de sus propios pasos.

Cedric alzó una mano hacia un asa. Harry hizo lo mismo al otro lado.

El metal estaba frío.

Después el suelo dejó de estar debajo de sus pies.

CAPÍTULO 51

Un lugar que no debía existir

Harry

Harry cayó sobre una rodilla. La Copa golpeó una piedra y se inclinó, todavía prendida a sus dedos, hasta que consiguió soltarla. Cedric aterrizó a su izquierda con un golpe de botas y una exclamación ahogada.

El olor había cambiado. Ya no había hojas verdes ni tierra removida, sino hierba vieja y humedad de piedra. Harry alzó la cabeza. Una cruz torcida se recortaba contra el cielo; detrás había otras, pequeñas y grandes, distribuidas sin el orden que hubiera esperado de una prueba.

—Esto no es Hogwarts —dijo Cedric.

Harry ya tenía la varita en la mano.

—No.

Cedric miró las lápidas.

—¿Crees que es parte de la prueba?

Harry oyó algo moverse más allá de los árboles.

—No lo sé.

—Entonces no nos separemos.

Cedric se acercó lo suficiente para que sus hombros casi se tocaran. Seguía sangrándole la mano. Se había envuelto un pedazo

de manga alrededor y sostenía la varita con la otra, apuntando hacia el ruido.

Harry buscó las gradas, un acceso entre los setos, cualquier cosa que les dijera por dónde volver. El cielo estaba abierto sobre ellos. No había montañas donde debían estar.

Una figura apareció junto al muro bajo del cementerio. Traía algo apretado contra el pecho. Harry distinguió una mano pequeña fuera de la tela y pensó, confundido, que podía ser un niño.

Cedric adelantó un pie.

—¿Quién está ahí?

La cicatriz le ardió a Harry antes de que llegara la respuesta. Se dobló, con la varita todavía levantada pero sin poder ver su punta. Una voz aguda, salida de lo que el hombre llevaba en brazos, dio una orden muy breve.

El otro alzó la varita.

Cedric se movió delante de Harry.

El destello verde iluminó sus dedos abiertos. Cayó sin terminar el movimiento, una rodilla primero, después todo el cuerpo. Su varita rebotó contra una lápida.

Harry quiso decir su nombre. No consiguió más que una bocanada de aire.

Cedric tenía los ojos abiertos. Un instante antes había estado allí, tan cerca que Harry podía oírlo respirar. Ahora no había ningún movimiento en su pecho, ninguna mano buscando apoyo. La tela que le envolvía la herida empezó a soltarse.

—Cedric.

El hombre dejó su carga en el suelo.

Harry intentó levantar la varita. Un golpe de luz se la arrancó de los dedos. La vio caer cerca de la Copa y se lanzó hacia ella, pero algo se cerró alrededor de su brazo y lo tiró hacia atrás.

La cuerda le apretó las costillas al arrastrarlo. Se golpeó contra la esquina de una sepultura, perdió el aire y terminó de pie sólo porque lo sostenían las ataduras. La piedra estaba fría contra su nuca.

—¡Suéltame!

El hombre se acercó para ajustar la cuerda. Al hacerlo se le apartó la capucha.

Harry vio el rostro redondo, la piel brillante de sudor y, junto a su garganta, una mano a la que le faltaba un dedo.

Peter Pettigrew.

Por un segundo el cementerio y la casa de los gritos se mezclaron. Ron en el suelo, una rata que había dejado de serlo, Sirius diciéndoles lo que había pasado. Harry había impedido que lo mataran.

—Tú —dijo, y la palabra le hizo daño al salir.

Peter miró por encima del hombro. Tenía la boca entreabierta, como si también le faltara aire. No respondió.

Harry tiró del brazo. La cuerda se ciñó más sobre el lugar donde se había lastimado en el laberinto. Trató de girar el cuerpo para sacar una mano; Peter levantó la varita y el nudo subió hasta dejarle los codos pegados al torso.

—No hagas eso —murmuró.

Harry lo miró sin entender que pudiera decirle algo así.

—Lo mataste.

Peter bajó los ojos apenas. Después le metió un trozo de tela entre los dientes.

Harry sacudió la cabeza. La tela le rozó el fondo de la lengua y tuvo que luchar contra las ganas de vomitar. Peter se apartó antes de que pudiera morderle la mano.

Había una serpiente junto a la sepultura. Harry la vio pasar entre la hierba, tan gruesa que las hojas se abrían a su alrededor. Quiso levantar los pies y descubrió que también tenía los tobillos sujetos. El animal rozó una de sus botas sin detenerse.

Más allá seguía Cedric.

Harry dejó de mirar la serpiente.

Peter movía un recipiente grande desde el otro lado de la tumba. Harry lo oía arrastrarse sobre las piedras, detenerse, avanzar otra vez. No podía seguirlo con la cabeza; cada vez que intentaba girar, una de las cuerdas le raspaba el cuello.

La Copa estaba de lado, a unos pasos del lugar donde habían llegado. Su varita se veía junto a ella, una línea oscura en la hierba. La de Cedric había quedado más lejos, debajo de la cruz torcida.

Harry fijó los ojos en la suya y trató de llamarla sin hablar.

Nada se movió.

Lo intentó otra vez, con todo el esfuerzo que le quedaba. La madera no obedeció. Harry cerró los dedos contra la piedra hasta lastimarse la palma raspada. No sabía hacer aquello. Quererlo más no iba a enseñárselo a tiempo.

El recipiente apareció dentro de su campo de visión. Era un caldero ancho, lo bastante grande para que alguien se metiera en él. Peter lo acomodó frente a la sepultura y encendió el fuego. Las llamas le iluminaron la cara desde abajo; Harry vio que estaba llorando o sudando demasiado para distinguir una cosa de la otra.

La voz volvió a sonar desde la tela.

—Peter. No tienes toda la noche.

El hombre se agachó enseguida.

Harry había oído esa voz en sueños. La había oído en una habitación donde no debía haber estado y años antes, saliendo de otro cuerpo, muy cerca del suyo. El dolor de la frente le volvió a quitar claridad al aire.

Voldemort.

Peter desenvolvió la carga.

Harry apartó la mirada, pero ya había visto suficiente: una cabeza que se movía sobre un cuello demasiado delgado, dedos contraídos, unos ojos rojos que lo encontraron entre las cuerdas. Aquello respiraba con dificultad. Necesitaba que el otro hombre lo alzara y aun así parecía capaz de hacer que todo el cementerio se acomodara a su voluntad.

Harry oyó a Peter tragar saliva.

—Podríamos... si esperáramos un poco...

—No.

No hubo grito. Peter se levantó con la criatura entre las manos.

Harry tiró de las cuerdas de nuevo. El borde de la lápida le raspó la espalda. Si pudiera soltarse un brazo, sólo uno, llegaría a un nudo. Tal vez pudiera golpeárselo contra una esquina hasta romperlo. Buscó esa esquina con los dedos, doblando la muñeca hacia un lugar donde ya no tenía espacio.

El dolor le subió por el antebrazo y lo obligó a parar.

Peter depositó la criatura en el caldero.

El líquido saltó contra el borde. Harry miró sin poder evitarlo, esperando que no volviera a moverse, que el cuerpo pequeño se hundiera y aquello acabara por algún error de Peter. El agua dejó de agitarse.

La esperanza le duró lo que tardó el hombre en buscar un cuchillo.

La tumba contra la que estaba sujeto tenía un nombre. Harry sólo alcanzaba a ver algunas letras cuando bajaba los ojos: Riddle, cortado por la cuerda que le cruzaba el pecho.

Peter se arrodilló junto a la tierra. Pronunció una fórmula en voz baja. Harry no entendió todas las palabras, pero oyó «padre» y después un apellido que conocía. La tierra se abrió en una línea fina.

Algo pálido ascendió entre los terrones.

Harry dejó de tirar.

El fragmento cayó dentro del caldero. El fuego cambió de color y Peter retrocedió para no recibir el primer estallido. Había movimientos debajo de la superficie, aunque ya no se veía el cuerpo que había puesto allí.

El hombre sostuvo el cuchillo con la mano izquierda. Miró la derecha, la del dedo ausente, y empezó a negar con la cabeza. Se le movían los labios sin que saliera ninguna palabra.

Harry supo lo que iba a hacer por la manera en que alzó el brazo sobre el borde.

Cerró los ojos.

El grito lo hizo empujar la cabeza contra la piedra. No pudo taparse los oídos ni dejar de oír el golpe que vino después. Cuando volvió a mirar, Peter estaba encorvado, sosteniéndose el brazo con la mano que aún conservaba. El cuchillo había caído al suelo.

Harry empezó a respirar por la nariz, demasiado rápido. La tela de la boca estaba húmeda y le costaba tragar. Peter se quedó un momento mirando el borde del caldero, con una incredulidad que

Harry no pudo soportar: como si alguien lo hubiera obligado desde fuera a hacer algo que no sabía que iba a hacer.

La superficie brilló con más fuerza.

Peter recuperó el cuchillo.

Esta vez se dirigió hacia Harry.

Él sacudió la cabeza antes de que llegara. Intentó encoger el brazo, pegarlo más a su cuerpo, cualquier cosa para apartarlo de aquel filo. Peter movió una de las cuerdas con un hechizo y le dejó el codo expuesto.

—No te muevas.

Harry habría querido gritarle que no podía. Sólo le salió un sonido ahogado.

El corte le llegó caliente, distinto del raspón de las ramas. Harry volvió la cara hacia el lado contrario y sintió que le corría sangre por dentro de la manga. Peter sostuvo un frasco bajo la herida. Le temblaba tanto que parte cayó a la tierra.

Harry miró la mano que lo sujetaba, los dedos apretando cerca del corte, y se acordó de aquella rata metida entre las cosas de Ron. Habían dormido a su lado. Habían comido con él debajo de la mesa.

Peter le apartó el frasco de la piel.

Al alejarse dejó sobre la cuerda una mancha que Harry no pudo dejar de mirar.

El hombre vertió la sangre en el caldero. Ya no parecía capaz de mantenerse de pie. Se apoyó en el borde, se quemó y retrocedió con otro gemido. A Harry le llegó el olor de la tela chamuscada.

No había nada de una clase de Pociones en aquello. Nadie iba a retirar el fuego si el preparado cambiaba demasiado rápido. Nadie había preparado una camilla al otro lado de una puerta.

Harry buscó de nuevo a Cedric.

La manga que le envolvía la mano se había soltado por completo. Los dedos descansaban abiertos sobre la tierra.

El caldero dejó de hacer ruido.

Harry alzó la cabeza. El silencio era tan repentino que por un momento creyó que había dejado de oír. Veía el fuego y la boca abierta de Peter, pero no el movimiento del agua.

Después llegó el vapor.

Se extendió entre las lápidas y le humedeció las gafas. Harry parpadeó, tratando de distinguir lo que ocurría dentro. No quería verlo. No podía mirar otra cosa.

Peter se arrastró hasta una prenda negra que había dejado sobre una piedra. La recogió con los dientes y la mano que le quedaba. Se le cayó una vez antes de conseguir alzarla.

Una figura surgió del caldero.

Primero fue una mano larga sujetando el borde. Después un hombro, el rostro y un cuerpo que ya no necesitaba que lo cargaran. La mano no buscó a Peter para sostenerse. Lo apartó cuando se acercó demasiado pronto con la túnica.

Harry dejó de notar el dolor del corte durante un segundo.

El hombre se puso de pie. Era alto, más alto de lo que Harry había imaginado al escuchar la voz del cuerpo pequeño. La piel le devolvía la luz del fuego de una manera que lo hacía parecer apartado de todo lo demás. Al girar la cabeza, los ojos rojos se fijaron inmediatamente en Harry.

No hubo un instante de duda sobre quién lo había estado esperando.

Peter se esforzó por vestirlo con una mano. El otro no lo ayudó. Se miró los dedos, los cerró despacio, probó la fuerza de la nueva muñeca y extendió la palma.

—La varita.

Peter recogió del suelo la que había usado antes del destello verde. Se la ofreció temblando.

Voldemort la tomó.

Harry vio la diferencia en cuanto la sostuvo. El objeto que había obedecido a Peter parecía estar por fin en el lugar para el que había esperado toda la noche.

Quiso que alguien supiera dónde estaba. Ron, Hermione, Dumbledore. No para que llegaran en aquel segundo: sólo que supieran que Cedric no se había perdido y que él no había decidido desaparecer de la prueba.

Intentó mover la cabeza hacia la Copa. La cuerda no se lo permitió.

Voldemort bajó la varita. Con la otra mano le retiró la tela de la boca, sin prisa.

Harry tosió. Le dolió tanto el pecho que tuvo que inclinarse contra las ataduras para recuperar el aire.

—Mírame —dijo Voldemort.

Harry ya lo estaba mirando.

CAPÍTULO 52

Los nombres detrás de las máscaras

Harry

Voldemort se acercó hasta que Harry tuvo que levantar la cara para seguir viéndolo.

El fuego había quedado detrás de él. De cerca, sus ojos parecían más pequeños y terribles: no necesitaba abrirlos mucho para que Harry sintiera que no podía esconderse de ellos.

—Seguías vivo —dijo—. Todo ese tiempo.

Harry apretó los dientes. Quería apartar la cara, pero Voldemort le puso un dedo bajo la mandíbula. No se quemó. No retrocedió como había retrocedido Quirrell al tocarlo.

El dedo estaba frío.

—Esto era lo que necesitaba de ti.

Voldemort miró la sangre de la manga. Harry intentó tragarse la saliva y sintió el sabor de la tela que había tenido en la boca.

Peter seguía en el suelo. Hizo un sonido pequeño, suplicante, y alzó el brazo herido. Voldemort se volvió hacia él con una impaciencia tan corriente que a Harry le dio más miedo que un grito.

—No te he olvidado.

Pero no lo curó todavía. Le tomó el otro brazo, le subió la manga y apoyó un dedo sobre una marca oscura.

Peter se encogió.

Harry vio moverse la calavera sobre su piel y recordó la que habían visto sobre las tiendas en agosto. Entonces había sido enorme, una señal que todos miraban desde abajo. Allí cabía bajo la mano de un hombre.

—Ahora veremos quién ha estado esperando —dijo Voldemort.

Soltó a Peter.

Durante unos segundos no pasó nada. Harry oyó una rama golpeando el muro y agua cayendo del borde del caldero. Después, más allá de las tumbas, sonó un chasquido.

Un hombre acababa de aparecer donde antes sólo había hierba.

Llegó otro. Luego dos más, separados por un par de lápidas. Todos llevaban el rostro cubierto. Uno vaciló al ver a Harry y bajó la cabeza enseguida. Nadie preguntó por el muchacho tendido junto a la Copa.

Harry empezó a contarlos. Perdió la cuenta cuando Voldemort se movió delante de él.

Los recién llegados fueron acercándose hasta formar un círculo abierto. No había prisa en sus movimientos, pero sí algo que Harry reconocía: el cuidado de no equivocarse delante de alguien que estaba esperando un error.

Voldemort los obligó a mirarlo uno por uno. A algunos les habló por el apellido. A otros les dejó acercarse lo suficiente para arrodillarse antes de preguntarles dónde habían estado durante los años en que él no tenía cuerpo.

Las respuestas se confundieron. Había excusas sobre el Ministerio, sobre quienes los vigilaban, sobre cuánto habían deseado saber de él. Voldemort escuchó a un hombre hasta que terminó. Después lo hizo caer con un solo movimiento de varita.

El grito llenó el espacio entre las tumbas.

Harry apretó el cuerpo contra la piedra. No quería seguir mirando. Tenía que mirar para saber cuándo podía moverse, quién estaba cerca de la Copa, por dónde podría correr si las cuerdas llegaban a aflojarse.

El grito terminó tan de golpe como había empezado. Nadie se agachó a ayudar al hombre.

—Lucius.

Harry volvió los ojos hacia la voz.

El hombre situado junto al muro levantó la cabeza. Voldemort le indicó que se quitara la máscara.

Lucius Malfoy la retiró con una mano.

No estaba lejos. La luz del fuego le alcanzaba un lado de la cara, el cabello claro recogido hacia atrás, la boca tensa. Harry conocía aquel rostro. Lo había visto en Hogwarts, lo había oído hablar; no podía confundirlo con otra persona porque estuviera asustado.

—Mi señor —dijo Lucius.

Voldemort lo dejó inclinarse antes de responderle.

Harry sintió que algo se le hundía por dentro.

El padre de Dracenia.

Quiso mirar hacia Cedric, pero la voz de Lucius lo retuvo. Estaba ofreciendo explicaciones, eligiendo las palabras con la misma precisión con que otros habrían escogido dónde poner el pie en un suelo roto. Voldemort le hizo una pregunta sobre el tiempo que había pasado libre y Lucius no fingió no entenderla.

No estaba allí como prisionero. No buscó una manera de avisar a Harry ni de acercarse a él. Cuando Voldemort lo dejó ocupar su sitio en el círculo, lo hizo.

Harry dejó de esperar que alguno de los hombres fuera distinto por haberle visto la cara.

Se repitió el apellido una vez, sin querer. Después la punta de una varita se alzó a su derecha y ya no pudo pensar en nada que no estuviera delante de él.

Peter recibió una mano nueva.

La plata apareció sobre el brazo mutilado, se cerró alrededor del extremo y tomó la forma de dedos que se movían al mismo tiempo que la expresión de su cara. Peter abrió y cerró el puño, incrédulo. La sangre seguía en su manga.

Voldemort no quiso agradecimientos largos. Lo apartó y habló de Harry.

Los mortífagos volvieron el rostro hacia la lápida.

Harry sintió sus miradas sobre la camisa rota, las cuerdas y la herida. La vergüenza le llegó mezclada con el miedo, una rabia imposible contra su propio cuerpo por no poder dejar de temblar.

Voldemort les contó que un niño no lo había vencido por saber más magia que él. Harry oyó hablar de su madre y tuvo ganas de gritarle que no la nombrara. La voz siguió, fría, explicando una protección que ahora había usado para sí mismo.

Después cortó las ataduras.

Harry cayó hacia delante. Peter lo agarró del hombro y lo puso de pie, sin esperar a que pudiera afirmarse. Una cuerda quedó colgando de su bota hasta que la pisó con el otro pie y la arrancó.

Su varita llegó a las manos de Peter. Éste se la puso entre los dedos con una torpeza que casi la dejó caer.

Harry la sujetó.

La madera seguía siendo la misma. Era una cosa ridícula en la que fijarse, pero durante un instante le sirvió para saber dónde terminaban las manos del otro hombre y dónde empezaban las suyas.

No había una salida al alcance. Cedric quedaba a su izquierda, la Copa algo más allá. Entre ellos y él se interponían tres mortífagos. Voldemort estaba enfrente.

—Enséñales —dijo—. Tantos han creído que debían temerte.

Harry alzó la varita.

El dolor lo alcanzó antes de que pudiera pronunciar nada.

No fue como el corte, ni como la cicatriz. Se le cerraron las manos y cayó al suelo sin poder protegerse. Sintió cada piedra a través de la túnica y, al mismo tiempo, algo mucho peor que no estaba en ningún lugar que pudiera agarrar.

Gritó. No pudo impedirlo.

Cuando terminó, seguía oyéndose respirar con pequeños ruidos que le daban vergüenza. Se había mordido el labio. Voldemort esperaba a que lo mirara.

Harry quiso hacerse pequeño, desaparecer entre las lápidas. No quería que lo vieran otra vez. Tenía la varita debajo de la mano y no sabía si podría cerrar los dedos sin que le dolieran.

Voldemort le apuntó otra vez.

—Imperio.

Una voz muy cerca le ordenó levantarse.

El mundo se volvió más sencillo de repente. Podía hacerlo. Podía dejar que le dijeran dónde poner los pies, qué responder, cuándo levantar la cabeza. El dolor se alejaba si no discutía.

Su cuerpo empezó a obedecer. Harry ya se estaba incorporando, con la varita floja entre los dedos. Sólo había visto aquella maldición actuar sobre un insecto; no sabía cómo detenerla, y por un instante ni siquiera quiso hacerlo.

Harry vio a Cedric de reojo.

No.

La palabra no salió de su boca. Se quedó dentro, pequeña y furiosa. Si dejaba que aquella voz decidiera, no volvería a elegir nada. Ni siquiera dónde mirar.

Le temblaron las rodillas. Cayó sobre una de ellas y se quedó allí en vez de completar la orden.

Voldemort cambió de expresión.

La dulzura se rompió. Harry recuperó el dolor entero y, con él, el aire frío del cementerio. Se incorporó a medias, sorprendido de haber podido desobedecer una sola orden; no sabía si conseguiría hacerlo otra vez.

Alguien se rio nerviosamente detrás de una máscara. Dejó de hacerlo en cuanto Voldemort giró la cabeza.

Harry se movió.

No corrió hacia la Copa. Todavía había hombres delante.

Se apartó hacia el tramo donde las tumbas crecían más juntas. El primer hechizo golpeó la tierra detrás de su talón. Se agachó junto a una losa inclinada y notó el impacto siguiente como un golpe seco al otro lado de la piedra.

Las voces se acercaron.

Harry buscó un hueco bajo el muro. No había ninguno. Quiso contar cuántos pasos lo separaban de Cedric y perdió la cuenta al oír la túnica de Voldemort rozar la hierba.

Podía quedarse allí hasta que lo encontrara.

Podía salir y tratar de quitarle la varita.

No había una tercera idea esperando a que se calmara. Harry se levantó con el hombro pegado a la losa, eligió el lado donde esperaba menos luz y apuntó.

—Expelliarmus.

El verde vino hacia él.

Harry no alcanzó a pensar que su hechizo era demasiado pequeño. Las dos luces se encontraron y su varita tiró de la mano como si alguien hubiera sujetado el otro extremo.

El golpe le subió hasta el codo. Se afirmó con ambos pies, sujetando la madera con las dos manos. Algo dorado quedó tendido entre él y Voldemort, más sólido que un reflejo y demasiado brillante para mirarlo de frente.

Voldemort también lo estaba viendo.

Por primera vez desde que había salido del caldero, parecía no haber elegido lo que ocurría.

La línea vibró. Se abrieron otras a su alrededor, curvas de luz que se cruzaron por encima de las lápidas. Harry oyó a los mortífagos apartarse, gritar preguntas. Voldemort les ordenó que esperaran.

Su varita ardía.

Harry tuvo ganas de soltarla. El calor era insoportable en la palma raspada y los dedos empezaban a resbalar. Dentro de la luz

se movían puntos más intensos, acercándose a su extremo. Cada vez que llegaban más cerca, la madera se sacudía con más fuerza.

Los miró hasta que le dolieron los ojos.

Hacia el otro lado. Tenían que ir hacia el otro lado.

No sabía por qué. Sólo sabía que no podía recibirlos.

El primero se detuvo. Harry apoyó la punta de una bota contra la piedra y empujó con el cuerpo entero, como si eso pudiera ayudar a su mano. Sintió que la vibración cambiaba. Los puntos avanzaron despacio hacia Voldemort.

El ruido se hizo más agudo, casi un canto. Harry lo reconoció sin poder buscar el recuerdo completo: alas rojas, la Cámara y una herida que había dejado de matarlo.

Se aferró a ese sonido.

De la otra varita salió un grito que no venía de ninguna garganta cercana. Después unos restos pálidos de cuerda, una mano de humo y algo que empezó a tener una cara.

Cedric.

Harry se quedó sin aliento. La figura se separó de la luz, gris y demasiado clara al mismo tiempo. No llevaba la herida envuelta ni la tierra pegada como su cuerpo, allá, junto a la Copa. Lo miró y Harry quiso llamarlo.

No pudo soltar una sola mano para acercarse.

Vino otro hombre, mayor, apoyado en un bastón. Luego una mujer que miró a Harry y dijo llamarse Bertha Jorkins. Él conocía el nombre, aunque nunca la había visto. Le atravesó el miedo sin convertirse todavía en una explicación.

La varita siguió vibrando.

Cuando apareció su madre, Harry empezó a llorar sin darse cuenta.

Era más joven de lo que la había imaginado al oír su voz en los peores recuerdos. No podía tocarla. Ella se acercó lo suficiente para mirarlo a través de la luz y Harry se encontró esperando algo imposible, una cosa tan sencilla como que le pusiera una mano en la frente.

Su padre salió después.

Lo reconoció por el pelo, por las gafas, por una forma de inclinar la cabeza que había visto en las fotografías y que nunca había podido seguir más allá del marco.

—No te quedes cuando se rompa —le dijo James, muy cerca—. Tienes que volver.

Miró hacia el lugar donde había quedado el metal.

—La Copa, Harry. Intenta llegar hasta ella.

Harry negó con la cabeza, sin saber si estaba negándose a irse o a quedarse. Le dolían tanto los brazos que ya no podía distinguir una mano de la otra.

Su madre miró hacia la Copa.

—Mira dónde vas a correr, Harry.

Cedric estaba a su lado. Su voz le llegó menos nítida, pero Harry entendió lo que le pedía.

—Mis padres no saben dónde estoy. No me dejes aquí.

Harry miró por encima de su hombro. Vio el cuerpo y, más allá, el metal tendido en la hierba.

Asintió.

No supo si alguno llegó a verlo.

Rompió la unión antes de que las manos dejaran de sostenerlo.

La luz se abrió en pedazos y Harry cayó de lado. Las figuras no desaparecieron enseguida: se movieron hacia Voldemort, le taparon la vista durante los segundos que Harry necesitaba para encontrar la tierra con las botas.

Corrió por el borde de las tumbas, donde los hombres habían tenido que separarse al formarse la luz. Un destello le pasó por encima del hombro. Otro rompió una esquina de piedra a su derecha y le llenó la cara de polvo.

Harry agachó la cabeza. Cedric estaba detrás de una sepultura baja, cerca del lugar donde habían aterrizado. La Copa había rodado al otro lado.

Saltó un borde de piedra y cayó junto al cuerpo.

La mano de Cedric estaba fría.

Harry la agarró por la muñeca, tiró y descubrió que no iba a poder cargarlo. No con un brazo, no mientras intentaba levantar también la varita. Se movió de rodillas para colocarse entre él y las luces que venían.

La Copa quedaba fuera de su alcance.

Voldemort gritó algo. Los otros dejaron de lanzar durante un instante; Harry oyó pasos donde antes había voces. No miró para saber quién se acercaba.

Apuntó a la Copa.

—Accio.

El metal se levantó y vino hacia él, golpeando una piedra en el camino. Harry guardó la varita en el bolsillo de la túnica y extendió la mano libre.

La otra no soltó a Cedric.

Tocó el asa con los dedos abiertos.

El tirón lo arrancó del suelo. Alcanzó a sentir que el peso de Cedric venía con él antes de que las tumbas, la hierba y las máscaras desaparecieran.

No había visto irse a sus padres.

CAPÍTULO 53

El hombre que enseñaba Defensa

Harry

Harry volvió con la cara contra el césped.

Lo primero que oyó fue un aplauso. Después muchos, un golpe de sonido que le cayó encima antes de que pudiera levantar la cabeza. Cedric pesaba contra su brazo. Harry seguía sujetándole la muñeca y tenía una mano metida en el asa de la Copa.

Alguien gritó su apellido.

Harry intentó decir que no.

Unas botas se detuvieron frente a él. El aplauso empezó a romperse en preguntas, voces sueltas, pasos bajando de las gradas. Una mano buscó la suya sobre Cedric y Harry se aferró más fuerte.

—Lo traje.

No sabía a quién se lo estaba diciendo. Necesitaba que alguien lo supiera antes de que intentaran quitárselo.

Dumbledore se arrodilló delante de él. Harry lo reconoció por las gafas antes que por la voz. El director le apartó un mechón húmedo de la frente y miró hacia el cuerpo.

Harry movió los labios.

—Voldemort.

Las manos del profesor no se detuvieron, pero algo cambió en su cara.

—¿Dónde, Harry?

Él no pudo responder. Había un hombre tratando de llegar hasta Cedric. Lo sujetaron un momento para que no cayera encima de los dos. Amos Diggory se soltó y terminó de rodillas en el suelo, llamando a su hijo como si estuviera demasiado lejos para oírlo.

Harry soltó la muñeca.

La señora Diggory se quedó de pie detrás de su marido. Tenía una mano en el hombro de alguien, aunque parecía no saber que la estaba usando para sostenerse. Cuando pudo acercarse, fue directamente hacia Cedric.

Harry no encontró un sitio donde poner las manos.

Quiso levantarse. Las piernas le respondieron a medias y una voz grave, conocida, le dijo que no lo intentara solo.

Moody lo estaba sosteniendo por debajo de un brazo.

Harry se agarró a él sin pensar.

Caminaron hacia el castillo por el borde de la multitud. Moody repetía que necesitaba atención, que le dejaran paso. Había profesores volviéndose, tratando de detener a quienes bajaban, alumnos que querían mirar y otros que ya se alejaban sin saber adónde.

Harry encontró una cara conocida junto al camino y la perdió antes de estar seguro de quién era. Una mano con la manga verde intentó acercarse. Alguien la hizo retroceder.

No podía atender a todo aquello. La voz de Amos lo seguía alcanzando a intervalos, incluso cuando ya habían subido los primeros escalones.

Moody lo llevó por el vestíbulo. Harry esperaba que doblara hacia la enfermería. En cambio siguieron hasta el corredor de Defensa.

—Pomfrey —dijo Harry.

—Ya viene.

La respuesta le bastó durante unos pasos. Después volvió a querer preguntar. El hombro le dolía tanto que lo único que salió fue una respiración áspera.

La puerta del despacho se cerró detrás de ellos.

Moody lo sentó en una silla y le puso un vaso en la mano. Harry no bebió. Tenía tierra pegada a los dedos y un corte que se había vuelto a abrir con el asa de la Copa.

—¿Volvió? —preguntó el profesor.

Harry levantó la cara.

El ojo azul estaba fijo en él. Moody no miraba la herida ni el lugar donde la túnica se había rasgado. Esperaba una respuesta.

—Sí.

El hombre se quedó inmóvil. Después sonrió.

Harry bajó el vaso despacio.

—¿Dónde está la enfermera?

Moody le preguntó por los hombres que habían llegado al cementerio. Quería saber qué habían hecho cuando Harry reapareció con la varita en la mano. No preguntó si podía respirar mejor ni si quería que fueran a buscar a Ron.

Harry miró la puerta.

El profesor se interpuso.

—No has entendido todavía.

Harry apoyó el vaso en el borde de la mesa. Le temblaba la mano. Pensó en levantarse y vio que el bastón de Moody había quedado cruzado delante de su silla, cerrándole el paso por el lado más ancho.

La voz que había oído todo el curso no había cambiado. Eso lo confundía más que si el rostro hubiera empezado a deshacerse.

—Yo tenía que llevarte hasta él —dijo Moody.

Harry lo miró.

No pudo juntar esas palabras con la persona que tenía enfrente.

El ojo azul giró hacia la pared. Moody dejó de sonreír y buscó la varita dentro del abrigo.

Harry trató de sacar la suya.

La puerta cedió antes de que ninguno de los dos terminara el movimiento. Una luz pasó por encima de su hombro. Moody cayó contra la mesa, arrastrando papeles y el vaso, y terminó en el suelo.

Harry se quedó con la mano dentro del bolsillo.

Dumbledore entró primero. Snape le quitó la varita al hombre caído; McGonagall apartó el bastón y se arrodilló junto a Harry.

—Ya está —dijo—. No se levante todavía.

Harry miró a Dumbledore. El profesor estaba observando a Moody con una expresión que nunca le había visto en clase ni al oírlo hablar de un castigo. No parecía sorprendido de haberlo atacado. Parecía furioso de haber tenido que hacerlo.

—Le pedí que esperara a Pomfrey en el campo —dijo, más para los otros dos profesores que para Harry—. Minerva, avísele dónde estamos. Severus, registre la petaca y las llaves.

McGonagall mandó un mensaje desde la puerta y regresó enseguida a su lado.

Habían visto a Moody apartarlo. Lo habían seguido.

Harry apoyó la espalda en la silla. Sólo entonces notó que estaba tratando de respirar sin hacer ruido.

La petaca tenía un líquido espeso que no olía a nada que Harry quisiera beber. Snape lo examinó sin acercarlo a los labios.

Dumbledore se agachó junto al baúl grande del despacho. Había varias cerraduras, cada una distinta. Probó una de las llaves y lo abrió. Harry vio libros; cuando cambió de llave, el fondo ya no estaba en el mismo lugar.

La última abertura descendía mucho más.

Harry se inclinó sin querer.

Había un hombre dentro.

No un dibujo, no otro objeto extraño de los que Moody coleccionaba. Un hombre encogido sobre el suelo de un compartimento profundo, cubierto apenas por una manta. Tenía el cabello cortado a mechones desiguales y una de las cuencas vacía.

Harry dejó de mirar al cuerpo de fuera y volvió a mirar al de dentro.

No podía ser.

Dumbledore bajó al compartimento. Le habló al hombre, comprobó su respiración y lo envolvió antes de ayudarlo a subir con magia. Snape retiró la mesa del centro para dejar espacio. La profesora McGonagall sujetó el respaldo de la silla de Harry cuando él trató de apartarla.

Madame Pomfrey llegó mientras colocaban al hombre en una camilla.

—Alastor —dijo, y esa sola palabra aclaró algo que Harry no había querido entender.

Lo atendieron sin esperar a tener toda la explicación. Estaba vivo. Había pasado meses allí, enfermo y privado de lo que necesitaba, mientras otro usaba su ropa, sus cosas y su voz.

Harry volvió los ojos hacia el suelo.

El rostro del hombre inconsciente empezaba a cambiar.

Las cicatrices se hicieron menos hondas, el pelo retrocedió, la piel perdió las marcas que Harry había aprendido a no mirar demasiado. El ojo azul se desprendió con un ruido pequeño y rodó hasta tocar la pata de la mesa. Nadie se agachó a recogerlo todavía.

El hombre que quedó allí tenía otro cabello, otra edad y una cara que Harry había visto muy poco tiempo antes.

Encadenado en una sala de piedra.

—El hijo —dijo Harry.

Snape lo miró y luego a Dumbledore.

El director asintió una vez.

—Barty Crouch.

Pomfrey quiso llevarse a Harry con la camilla. Él señaló al hombre del suelo.

—Dijo que me llevó hasta él.

—Lo hemos oído —respondió McGonagall.

—Necesito saber.

Dumbledore miró a la enfermera. Ella examinó a Harry allí mismo, le hizo beber agua de un vaso limpio y le detuvo la sangre del brazo antes de aceptar que se quedara unos minutos más. Si empezaba a marearse, se iría. No era una negociación sobre cuánto dolor podía soportar.

Snape salió para conseguir una poción. McGonagall preparó otra silla cerca de la puerta, con una manta sobre el respaldo, y Harry comprendió que habían decidido no dejarlo de pie aunque quisiera.

Crouch estaba sujeto cuando despertó. Dumbledore se colocó frente a él. Las preguntas empezaron una vez que Snape le administró la poción, unas pocas gotas cuyo nombre Harry alcanzó a oír.

Veritaserum.

Harry esperaba resistencia, una carcajada, algo que pudiera reconocer como un enemigo. Crouch respondió con una voz sin fuerza. Eso lo obligó a escuchar cada palabra.

Su madre lo había sacado de Azkaban. Ella, enferma, había tomado su aspecto y se había quedado dentro. Su padre había ocultado al hijo y construido la noticia de la muerte de su esposa fuera de la prisión. Winky había cuidado del muchacho escondido.

Harry pensó en la silla vacía del palco.

Cuando Dumbledore preguntó por la Copa Mundial, Crouch habló de la capa de invisibilidad y de una varita que sobresalía de un bolsillo. La de Harry. La había robado sin que él notara nada.

Snape dejó de escribir un instante al oír lo del bosque y la Marca. Volvió al pergamino cuando Crouch explicó que quería castigar a los mortífagos que se habían permitido vivir libres mientras él seguía encerrado.

Harry sintió náuseas.

El rostro de Winky apareció detrás de la puerta, acompañado por un elfo que la había llevado hasta allí. Habían pedido su presencia al saber quién era el hombre; no sabían qué parte de su historia podría reconocer. Ella avanzó sólo hasta verlo.

El grito que dio hizo que Harry se incorporara.

McGonagall salió a su encuentro. Winky no quería alejarse ni mirar. Repetía el nombre de su antiguo amo, corrigiéndose a mitad de la frase como si hubiera más de uno y escoger al equivocado pudiera empeorarlo todo.

Dumbledore esperó a que la llevaran a la habitación contigua. No la hizo confirmar cada cosa delante de Harry.

La declaración siguió.

Bertha había descubierto al hijo en casa de Crouch. El padre había intentado borrar ese descubrimiento. Voldemort lo había recuperado al interrogarla.

—¿Dónde está Bertha? —preguntó el director.

Crouch respondió sin cambiar de tono.

Harry se agarró al borde de la manta. Acababa de verla salir de una varita. Ya sabía lo que iba a decir y aun así le dolió oírlo.

Después vino la llegada de Voldemort a la casa, la maldición sobre el padre, los mensajes obligados al Ministerio. Percy había reconocido una letra auténtica. Eso no significaba que quien escribía hubiera podido decidir lo que ponía.

Ron tenía que saberlo. Harry quiso retener aquella parte con claridad, una cosa concreta que pudiera contarle cuando terminara.

Dumbledore no dejó que la explicación avanzara sin detenerse. Preguntó fechas, nombres y lugares. Snape tomaba notas. McGonagall corrigió una pregunta para separar lo que Crouch había hecho de lo que le habían contado.

Harry no podía seguirlos todo el tiempo. A veces miraba la petaca y recordaba al profesor levantándola después de clase. Había visto ese mismo movimiento muchas veces sin preguntarse qué contenía.

—¿Todo este tiempo? —preguntó Harry.

Dumbledore no respondió enseguida.

Harry miró la petaca sobre la mesa.

—¿Desde septiembre?

—Sí, Harry.

Harry volvió la cabeza hacia la puerta.

Había estado meses aprendiendo de aquel hombre.

Habían atacado al verdadero Moody antes del comienzo del curso. La poción multijugos le permitía conservar su apariencia mientras tuviera cabello para prepararla. Mantenerlo vivo también le había servido para aprender de él, preguntarle recuerdos, corregir maneras de hablar.

—¿Para qué le enseñó a defenderse? —preguntó McGonagall.

—Necesitaba que llegara vivo a la Copa.

—Y que confiara en usted —dijo Dumbledore.

—Venía a buscarme cuando tenía dudas.

Harry apretó la manta contra las rodillas.

—Me advirtió de Karkaroff.

—Así tenías a quién vigilar.

—¿Y usted?

—A mí me enseñaste el mapa.

Crouch no había alzado la voz. Harry miró la petaca, incapaz de reconocer en aquel hombre la preocupación que había creído oír tantas veces.

Crouch explicó el nombre introducido en el Cáliz y el encantamiento que había confundido al objeto para que aceptara una candidatura adicional. No había un colegio impreso en el papel

de Harry. Lo que habían examinado los profesores era precisamente lo que él había preparado para dejarles.

Harry se acordó de la pluma de Rita siguiéndolo por la sala. Todos habían estado mirándolo a él, pidiéndole que explicara una decisión que otro había tomado.

Había empujado pistas hacia distintos alumnos. Había entregado un libro a Neville esperando que Harry acudiera a él. No había decidido cada paso que los demás dieron después.

—¿Las plantas? —preguntó Harry.

Dumbledore formuló la pregunta completa por él.

Crouch dijo lo que había esperado conseguir con el libro. No sabía cómo había terminado la porción en manos de Harry antes de la prueba. La había visto funcionar; le había bastado con eso.

Harry pensó en Dobby defendiendo su elección y en Dracenia saliendo del despacho de Snape después de admitir la suya. No habían sido palabras que aquel hombre les hubiera puesto en la boca.

La pregunta siguiente fue por el señor Crouch.

El hijo habló del mapa.

Harry lo miró.

Estaba en uno de los compartimentos del baúl. Snape lo encontró doblado junto a notas y un juego de llaves. Crouch lo había usado para vigilar quién entraba en los terrenos. Cuando vio llegar a su padre, se acercó escondido; esperó a que Harry corriera por ayuda y atacó a Krum desde atrás.

Después mató al hombre que lo había mantenido encerrado.

Harry cerró los ojos. Volvió a ver la mano aferrándose a su manga, la boca tratando de terminar una frase.

—Lo encontró —dijo.

Dumbledore esperó.

—Con lo que yo le di.

El director lo miró de una manera que Harry no pudo sostener.

—Él decidió usarlo para eso.

No lo dijo como si bastara para que Harry dejara de pensar en ello. Se volvió hacia Crouch y preguntó dónde había dejado el cuerpo.

La respuesta hizo que McGonagall se llevara una mano a la boca. Snape salió a transmitir la orden de búsqueda con el lugar preciso. No enviaron a ningún alumno.

Harry supo entonces por qué el hombre había podido llegar tan deprisa al sendero, tan dispuesto a ayudar a buscar a alguien que ya no encontrarían andando.

La última parte fue la Copa.

Crouch había intervenido en su colocación antes de la prueba. La había convertido en el camino hacia Voldemort. Dentro del laberinto había quitado algunos obstáculos del trayecto que Harry recorría y había obligado a Krum a atacar a otros campeones.

No había podido anticipar que Harry y Cedric llegarían juntos.

Harry se quedó mirando el mapa doblado. Había corredores que conocía de memoria. Durante meses el castillo había parecido inmenso y, a la vez, un lugar que podía aprender. De pronto era un dibujo que alguien había extendido para buscar a un hombre y matarlo.

Madame Pomfrey regresó de acompañar al verdadero Moody a la enfermería. No preguntó si habían terminado.

—Ahora viene conmigo.

Harry intentó levantarse y el suelo se inclinó. McGonagall lo sostuvo antes de que tuviera que pedirlo.

Dumbledore dejó a la profesora a cargo del prisionero y se acercó al otro lado. Harry salió entre él y la enfermera, sin mirar de nuevo la cara que ya no se parecía a la de su profesor.

En la escalera quiso saber si Winky estaba sola.

—Hay alguien con ella —respondió Pomfrey.

Harry asintió. No pudo pensar una pregunta más.



CAPÍTULO 54

El sitio que quedó vacío



Dracenia

La última vez que Dracenia vio moverse los setos antes del regreso de Harry, él todavía estaba dentro.

No podía verlo. Llevaba un rato corrigiendo en silencio a quienes señalaban una luz o una rama y aseguraban saber de qué campeón se trataba. Desde las gradas sólo llegaban ruidos sueltos y, cuando el viento cambiaba, fragmentos de los avisos de los profesores.

Pansy había apoyado los codos en las rodillas. Padma estaba en la fila de abajo con Iris, que fingía no ponerse de puntas cada vez que alguien se levantaba.

—Si sigues haciendo eso, acabarás viéndolo desde el suelo —le dijo Pansy.

La niña se sentó de golpe. Dracenia se habría reído otro día. En aquel momento estaba intentando recordar cuánto tiempo había transcurrido desde la segunda señal roja.

La primera respuesta de auxilio había sido un silbato. Después, los profesores se habían acercado a uno de los accesos laterales. Fleur salió acompañada, consciente ya pero tan pálida que Dracenia se levantó antes de pensar qué iba a hacer.

Madame Maxime llegó hasta ella. Una alumna de Beauxbatons le puso una capa sobre los hombros. Fleur dijo algo que Dracenia no oyó y se volvió hacia el hueco por donde la habían sacado.

Krum apareció después, apoyado en Hagrid.

En las gradas se extendió un murmullo, se partió en distintas explicaciones y volvió a empezar más alto. Dracenia vio a dos muchachos discutir sobre quién había lanzado el primer hechizo, aunque ninguno había estado dentro.

Pansy le tocó el brazo.

—No saben nada.

Dracenia asintió y siguió de pie hasta que Hooch pidió que despejaran el pasillo.

Sólo quedaban dos campeones.

Miró al otro lado del campo. Cho estaba junto a varios alumnos de Hufflepuff, inclinada para escuchar lo que decía uno de ellos. Más arriba, el señor Diggory tenía una mano apoyada en la baranda. No parecía interesado en sentarse.

Dracenia volvió a mirar la entrada.

El aplauso empezó en las filas más bajas.

Harry había aparecido fuera del laberinto. Dracenia alcanzó a ver el brillo de la Copa y un cuerpo caído, otra manga junto a la suya, y durante un segundo pensó que ambos habían perdido el equilibrio al llegar.

Se enderezó.

Harry no se levantaba.

Pansy se puso de pie a su lado. Una voz detrás preguntó si había ganado Potter. Otra dijo que Diggory estaba con él. Dracenia

apartó una mano de la baranda y la volvió a poner porque no recordaba haberla movido.

Dumbledore estaba arrodillándose.

El señor Diggory empezó a bajar. Su mujer fue detrás. Había demasiadas personas entre ellos y los campeones; Dracenia los perdió durante un instante y se desplazó hacia la escalera para seguir mirando.

Entonces oyó la voz del padre.

No era un grito de celebración.

Dracenia dejó de avanzar. Pansy chocó suavemente con su espalda y la sujetó por una manga. Abajo, un profesor intentaba apartar a los alumnos del césped. Había gente corriendo en direcciones contrarias.

Cho descendió hasta el último escalón y se quedó allí. Una amiga la alcanzó, le habló al oído y Cho negó con la cabeza, una vez, con tanta fuerza que Dracenia pudo verlo desde arriba.

Harry seguía junto a Cedric.

Cuando por fin se movió, alguien tuvo que ayudarlo.

Dracenia bajó.

No escogió un camino entre todas aquellas personas. Fue encontrando huecos, un escalón libre, una espalda que se apartaba. Pansy venía con ella. Al llegar al suelo vio la cara de Harry y olvidó lo que pensaba decir.

Tenía tierra pegada a las gafas. La boca estaba herida. Parecía no estar mirando a la misma distancia que los demás.

—Potter.

No sabía si la había oído.

Un profesor la detuvo con un brazo cuando intentó acercarse. No la empujó. Le señaló el espacio que tenían que dejar para que pasaran quienes atendían a los heridos.

—Necesita que lo vean. Atrás, por favor.

Dracenia quiso decir que podía caminar con él. Miró la sangre de la manga y la protesta se le quedó sin salir.

Moody lo llevaba hacia el castillo.

Al otro lado estaban arrodillados los padres de Cedric.

Dracenia vio a Sprout acercarse a ellos y bajar despacio al suelo, sin pedir que se levantaran. La profesora le habló a la señora Diggory. Ella no parecía escucharla todavía.

Pansy le tomó la mano.

Dracenia no se la quitó.

No les permitieron entrar en la enfermería.

Al principio nadie pudo decirles siquiera si Harry estaba allí. Dracenia escuchó la pregunta de Ron desde el corredor y se acercó antes de decidir si debía hacerlo. Hermione estaba con él, muy recta, sosteniendo su bolsa con ambas manos.

—No ha llegado —decía Ron.

Dracenia lo miró.

—Lo traía Moody.

—Ya lo sé.

Hermione se volvió hacia la puerta al oír pasos. No eran los que esperaban. Una enfermera auxiliar pasó con materiales y les pidió que no se amontonaran.

Dracenia dio un paso a un lado. Quedarse allí se volvió extrañamente difícil: no había nada que pudiera corregir, nada que

se hiciera más rápido porque ella encontrara la palabra adecuada para exigirlo.

Una mujer pelirroja llegó con Bill Weasley y preguntó por Harry. Ron se acercó a su madre con la boca apretada. Ella le puso las manos en los hombros antes de mirar a Hermione.

Dracenia se sintió fuera de un círculo que tenía derecho a existir.

Pansy la llevó unos pasos más allá, junto a la ventana del descanso.

—Si te dicen algo, me lo dices —pidió Dracenia, mirando a Ron.

Él tardó un segundo en responder.

—Sí.

No le pidió que se fuera. Ella tampoco intentó quedarse a su lado como si eso le diera un lugar en la familia.

Esperaron.

Un grupo de alumnos bajó escoltado hacia sus salas comunes. Padma se detuvo junto a Pansy; tenía que llevar a Iris con los demás. Hablaron en voz muy baja, acordaron dónde encontrarse y se despidieron sin hacer de aquella conversación una cosa pequeña. Dracenia oyó a Pansy preguntar si todos los de su grupo estaban acompañados.

No todos habían visto lo mismo. Algunos lloraban por lo que habían oído contar.

Más tarde llegó la noticia de que Harry estaba siendo atendido. Dracenia dejó de apoyarse en el vidrio. Quiso preguntar dónde, con quién, cuánto tardaría.

La mujer que transmitía el mensaje no tenía esas respuestas para ella.

Madame Pomfrey la encontró todavía cerca de la escalera.

Dracenia se enderezó tan rápido que Pansy se levantó también.

—Señorita Malfoy, ¿le han indicado que regrese a su sala común?

—Quiero saber si está bien.

La enfermera no respondió con una mentira amable.

—Está recibiendo la atención que necesita.

—¿Puedo verlo?

—Ahora no.

Dracenia abrió la boca. Pomfrey esperó, seria, sin apartarse del paso.

—No voy a hacerle preguntas —dijo al fin.

—Eso no es lo único que tengo que considerar.

Pansy tocó la parte de atrás de su brazo. Dracenia respiró y asintió una vez, con rabia contra un límite que entendía perfectamente.

La enfermera la miró un momento más.

—Si él desea una visita y su estado lo permite, se lo diré. No antes.

Dracenia no volvió a discutir.

Permaneció allí hasta que les dieron permiso para esperar en una sala cercana. El castillo había ido quedándose callado de una manera distinta al silencio del toque de queda. Se abrían puertas, se oían mensajes a medias. Las personas que cruzaban no preguntaban por qué no estaban dormidas.

Pansy encontró un vaso de agua. Dracenia lo tomó y descubrió que le dolía la mano de haberla cerrado demasiado tiempo.

—No tienes que quedarte —le dijo.

Pansy se sentó de nuevo.

—Ya sé.

Dracenia bebió sin añadir nada.

Cuando Pomfrey regresó, le dijo que podía entrar un momento.

Harry estaba despierto. Había recibido atención y hablado ya con el director. Ron y Hermione habían estado con él; no tenía que repetir nada para nadie. La enfermera dejó claras las condiciones antes de abrir la puerta.

Pansy esperaría fuera.

Dracenia pasó sin hacer ruido. La lámpara más cercana a la cama tenía la luz baja. Harry ya no llevaba la túnica rota; había vendas limpias y un vaso sobre la mesa. La manta estaba recogida a un lado, como si alguien hubiera tenido que acomodarla varias veces.

Él miraba la ventana.

—¿Puedo quedarme un momento? —preguntó Dracenia.

Harry apartó los ojos de la ventana.

—Sí.

Dracenia se acercó a la cama. Tenía preparadas demasiadas preguntas y ninguna le pareció adecuada.

—No tienes que contarme nada ahora —dijo.

Harry bajó la mirada.

—No sé por dónde empezar.

—Entonces no empieces.

Ella acercó una silla.

—Puedo quedarme callada, Potter.

Harry la miró.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—No te acostumbres.

No sonrió como en el aula. La expresión cambió apenas, un movimiento que no llegó a quitarle el cansancio de los ojos. Dracenia apoyó las manos en sus propias rodillas para no empezar a acomodar cosas que él no le había pedido.

El silencio duró un poco.

Harry dejó de mirar la ventana. Ella también la miró, sólo para que no tuviera que sostener sus ojos todo el tiempo. Fuera estaba oscuro. No había ninguna cosa útil que decir sobre eso.

—Pansy está fuera —murmuró Dracenia.

Harry asintió.

Al otro lado de la sala, una silla se movió. Pomfrey se acercó sin apresurarse y Dracenia comprendió que el momento había terminado.

Se puso de pie.

—Voy a dejarte dormir.

Harry levantó un poco la mano sana. No llegó a buscarla. Dracenia acercó sus dedos a los de él y esperó a que fuera Harry quien los cerrara.

Los soltó primero cuando él aflojó.

No le dijo que todo iba a estar bien.

Pansy la esperaba con el vaso vacío sobre la mesa.

Dracenia cerró la puerta de la enfermería con cuidado. Su amiga se levantó y tomó las dos bolsas.

—Está despierto —dijo Dracenia.

Pansy asintió. No preguntó qué había contado.

Bajaron juntas. En un corredor encontraron a Sprout acompañando a dos muchachas de Hufflepuff. Una llevaba un suéter doblado entre los brazos y lloraba sin cubrirse la cara. Dracenia se hizo a un lado para dejarlas pasar.

El suéter tenía el nombre de Cedric escrito en una etiqueta interior.

Dracenia miró hacia el suelo hasta que dejaron de oírse sus pasos.

Cuando llegaron a la sala común, nadie estaba jugando ni discutiendo una nota. Había alumnos sentados demasiado juntos, otros solos en sillones que no solían ocupar. Pansy le dejó la bolsa sobre el respaldo de una silla.

Dracenia tomó papel para escribir a su madre.

No sabía qué parte de lo ocurrido había llegado ya a casa. Escribió que estaba a salvo, que había visto a Harry, que Cedric había muerto. Tuvo que detener la pluma después de esa última frase.

Pansy se quedó cerca hasta que terminó.

CAPÍTULO 55

Lo que el ministro no quiso escuchar

Harry

Antes de la visita de Dracenia, antes de que le acercaran la poción para dormir, Harry había visto a Sirius salir de detrás de un biombo.

Madame Pomfrey acababa de terminar con el brazo. Le había limpiado la tierra, cambiado la ropa y comprobado el hombro con un movimiento que lo hizo apretar los dientes. Cuando por fin quedó apoyado contra las almohadas, Dumbledore le preguntó si podía contarles lo esencial de lo ocurrido.

Sirius se sentó al otro lado sin hacer preguntas.

Harry miró la venda. Era blanca, mucho más blanca que cualquier cosa que recordara del cementerio.

—Cedric no sabía —dijo.

Dumbledore esperó.

—Ninguno de los dos. Pensamos que podíamos haber llegado a otra parte de la prueba.

La mano de Sirius se movió sobre la manta y quedó allí. Harry se agarró a ella antes de seguir.

Contó las lápidas y la figura que se había acercado. Se detuvo cuando llegó al destello verde. El director le dijo que podían hacer una pausa y Harry negó con la cabeza, aunque no consiguió continuar de inmediato.

No necesitaban que describiera a Cedric tendido con todo detalle. Dumbledore le preguntó quién había lanzado el hechizo y Harry pudo decir ese nombre. Peter. Voldemort había dado la orden.

Después llegó el caldero.

Sirius apretó la mano sobre la suya al oír lo de la sangre. Harry lo miró. Su padrino aflojó los dedos enseguida.

—Perdón.

Harry negó con la cabeza. No quería que lo soltara.

Contó el regreso y la convocatoria. Cuando dijo el apellido Malfoy, Dumbledore no buscó una manera distinta de preguntarlo.

—¿Le vio el rostro?

—Se quitó la máscara. Y habló. Lo reconocí.

El director asintió. Harry no tuvo que defender la frase frente a ellos ni explicar por qué sabía quién era Lucius. Dumbledore anotó el nombre junto a los otros que pudo recordar.

Al hablar del duelo, la voz se le quebró. Le resultaba más fácil describir el dolor que volver a ver a su madre tan cerca.

—Salieron de su varita —consiguió decir.

Dumbledore levantó los ojos.

Harry señaló su propia varita sobre la mesa. La madera parecía completamente normal. No había ninguna marca del calor que casi le había hecho soltarla.

El director pronunció un nombre: Priori Incantatem.

Sirius lo repitió en voz baja, como una pregunta.

Las dos varitas contenían plumas del mismo fénix. Dumbledore lo sabía por Ollivander, que le había escrito al vender la de Harry años antes. El ave era Fawkes.

Harry miró al profesor.

—¿La mía?

—La suya y la de Voldemort.

Aquello lo hizo estremecerse. Le desagradó imaginar que hubiera una cosa de Voldemort dentro de un objeto que guardaba junto a la cama. Dumbledore vio hacia dónde miraba y dejó que tomara la varita antes de seguir.

No le había pertenecido al otro hombre. Compartían un origen, y al obligarlas a enfrentarse habían provocado un efecto excepcional: una de las varitas había empezado a mostrar rastros de la magia de la otra, desde los más recientes hacia atrás.

—Cedric habló —dijo Harry.

Tuvo que aclararlo. No podía dejar que lo explicaran como un ruido sin palabras.

—No había vuelto a vivir, Harry —respondió Dumbledore, con cuidado—. Era un eco. Conservaba algo de quien había sido.

Sirius dejó caer la mirada sobre la manta.

Harry no preguntó si volverían a aparecer sus padres al intentarlo otra vez. La pregunta estuvo allí, dolorosamente clara. No consiguió hacerla.

Contó que los ecos le habían dado tiempo. Que Cedric le había pedido regresar. Que había alcanzado la Copa sin soltarlo.

Después dejó de hablar.

Dumbledore cerró las notas. No le pidió que repasara lo que había omitido. Sirius se quedó un rato más, hasta que Harry pudo respirar sin tener que decidir cada vez cómo hacerlo.

Ron entró con Hermione cuando el director salió para hablar con los profesores. Sirius se había apartado para mantener su presencia reservada. La señora Weasley aguardó a que Pomfrey terminara de acomodar los biombos y se acercó con el rostro muy pálido.

Harry había pensado que no podría soportar que nadie más lo tocara. Cuando ella puso los brazos alrededor de él, se agarró a su manga.

No tuvo que decir nada. Le resultó imposible, de todos modos.

Hermione dejó una caja de pañuelos cerca. Ron retiró del borde de la mesa la ropa ensangrentada que alguien había doblado allí sin pensar. Harry lo vio hacerlo y cerró los ojos, agradecido de que su amigo no le preguntara si quería conservarla.

Más tarde llegó la visita breve de Dracenia. Después se fue. Harry seguía sin haberle contado lo que había visto y no tenía fuerzas para empezar otra vez.

Pomfrey le dio la poción. Bebió una parte y dejó que la oscuridad llegara antes de terminar el vaso.

Lo despertó la voz de McGonagall.

Al principio no supo dónde estaba. Tenía una mano debajo de la manta, buscando la varita, y el cuerpo convencido de que si se incorporaba demasiado despacio alguien lo sujetaría a la piedra otra vez.

Ron estaba junto a la cama.

—Aquí —dijo, y le puso las gafas al alcance—. Está aquí.

Harry se las colocó. Las voces venían de la entrada.

El ministro había llegado. Dumbledore estaba con él, junto a Snape y McGonagall. La profesora hablaba con una furia que le hacía perder palabras a mitad de las frases.

Había llevado un dementor.

Harry se quedó quieto.

Fudge decía que necesitaba protección para entrar donde retenían a un criminal. McGonagall le recordó que le había advertido que no lo hiciera. La criatura se había lanzado sobre Crouch en cuanto lo vio. Habían conseguido apartarla, pero demasiado tarde.

Harry entendió antes de que terminaran de explicarlo.

El beso. La criatura le había quitado el alma.

El muchacho del recuerdo. El hombre atado en el despacho. El profesor que había fingido ser otro todo el año. Seguía teniendo un cuerpo, pero ya no podría responder a ninguna pregunta.

Fudge no parecía tan horrorizado por eso como por la manera en que Dumbledore lo estaba mirando.

—Era un asesino —insistió.

—Y un testigo al que aún debían escuchar —dijo el director.

Snape llevaba las notas tomadas en el despacho. Las puso sobre una mesa sin ofrecérselas como si fueran un arma. Había tres profesores que habían oído la confesión. El verdadero Moody estaba vivo, herido, al otro lado de la sala. Harry era capaz de mostrar dónde le habían sacado la sangre.

Nada de aquello hizo que Fudge dejara de negar con la cabeza.

Podía aceptar un impostor. Podía aceptar un ataque organizado contra Harry. Cuando Dumbledore dijo que el plan había devuelto a Voldemort a un cuerpo, el ministro retrocedió hacia una explicación más cómoda: Crouch estaba trastornado. Harry

acababa de sufrir algo terrible. Necesitaban tiempo antes de afirmar ciertas cosas.

Harry dejó las gafas bien puestas sobre la nariz.

—Yo lo vi.

Todos se volvieron.

Pomfrey se colocó cerca de la cama, sin taparlo.

Fudge lo miró de una manera que Harry no había visto al principio del curso. Ya no buscaba qué palabras usar para tratarlo como a un muchacho importante. Parecía estar buscando cuál de las cosas que había oído podía ser un error suyo.

—Sé que está usted alterado.

—Se levantó delante de mí. No lo soñé.

El ministro empezó a hablar de noticias publicadas, de lo joven que era Harry, de historias anteriores que la prensa había recogido. Harry sintió el mismo enojo que en el invernadero, pero sin fuerzas para levantarse y encontrar a quien murmuraba.

—Rita no estaba allí.

Hermione alzó la cabeza.

—Él sí —dijo.

Fudge la miró apenas. Volvió al director.

Harry quiso gritar. La garganta le dolía y estaba cansado de que las personas importantes tuvieran que repetirse sus palabras para que existieran.

—Lucius Malfoy estaba con ellos —dijo—. Le vi la cara.

El ministro se puso rígido.

—El expediente del objeto entregado a su hija no demuestra…

—No estoy hablando del diario.

Harry tuvo que detenerse para respirar. La señora Weasley se acercó, pero no le pidió que se callara.

—Estaba en el cementerio. Voldemort lo llamó por su nombre. Él se quitó la máscara.

Dumbledore repitió exactamente esa distinción. La sanción anterior no convertía en falso el testimonio nuevo ni lo resolvía por adelantado. Había que investigar, proteger y actuar.

Fudge no prometió ninguna de las tres cosas con claridad.

Snape dio un paso adelante. Se subió la manga izquierda y mostró la Marca.

Harry la reconoció. Le volvió el recuerdo de Peter extendiendo el brazo.

El profesor explicó que había ardido esa noche. Karkaroff también la llevaba; había huido. No era una noticia que les hubiera contado un alumno ni una impresión nacida del cansancio.

Fudge no sostuvo mucho tiempo la mirada sobre la piel.

La discusión dejó de pertenecer a Harry. El ministro acusaba al director de provocar un pánico; Dumbledore le exigía que mirara las consecuencias de no hacer nada. Habló de los dementores, de quienes Voldemort podría reunir si el Ministerio le dejaba el camino libre, de personas a las que no podían abandonar porque resultara impopular protegerlas.

Harry no recordaría cada frase. Sí recordaría que la voz de Dumbledore se volvió más baja al dejar claro que no iba a esperar permiso para empezar a defenderse.

Al marcharse, Fudge dejó un aviso sobre la entrega del premio. Lo sostuvo unos segundos junto al sombrero, incómodo por tener que tratar aquel asunto después de los otros.

La bolsa de mil galeones quedaría a disposición de Harry, sin ceremonia.

Harry miró el papel.

No lo tocó.

Dumbledore esperó a que la puerta estuviera cerrada.

No dijo que todo estuviera perdido. Empezó a repartir tareas.

Bill salió para hablar con Arthur. La señora Weasley se quedó junto a Harry y confirmó que podían contar con ellos. McGonagall fue a buscar a Hagrid y a Madame Maxime. Snape permaneció en silencio, con la manga ya en su sitio.

Sirius apareció cuando las personas que no debían verlo se habían apartado. Harry se incorporó un poco al reconocerlo, olvidándose de que quería mantenerse quieto.

Molly lo miró. Dumbledore explicó lo imprescindible antes de que el miedo pudiera convertirse en un grito. Ron se quedó muy cerca de su madre; Hermione, al otro lado de la cama. Nadie se levantó para detener a Sirius.

Snape y su padrino se miraron como si todavía hubiera una casa derrumbándose alrededor de ellos.

—Esta noche no —dijo Dumbledore.

Los dos volvieron los ojos hacia él.

—Necesito que trabajen. No que se perdonen.

Harry dejó de esperar una discusión que no habría podido soportar. Sirius se apartó del paso de Snape. No hubo una sonrisa ni un gesto que fingiera arreglar los años anteriores.

Su padrino tenía que avisar a Lupin y a otras personas que Dumbledore nombró en voz baja. Harry quiso pedirle que no se fuera todavía. Sirius lo vio antes de que lo dijera y se acercó a la cama.

—Voy a escribirte.

Harry asintió sin mirarlo.

Sirius le puso una mano en el hombro, lejos del lado dolorido.

—No voy a desaparecer.

Harry levantó la cara entonces. Su padrino esperó a que pudiera asentir de verdad antes de alejarse. Volvió a ser un perro junto a la puerta y salió sin que nadie en el corredor viera a un hombre buscado.

Snape habló con Dumbledore después. Harry no oyó una explicación de adónde iba. Vio que el profesor aceptaba algo peligroso por la manera en que el director dejó de mirar los papeles y lo miró sólo a él.

La Marca quedaba escondida bajo la manga.

Cuando se fue, la enfermería pareció demasiado grande.

Pomfrey regresó con el resto de la poción. Harry la bebió acompañado por Ron y Hermione, que no intentaron llenar el silencio. La señora Weasley acomodó la manta una última vez.

Antes de dormirse oyó preguntar por Winky. No estaba con el prisionero cuando llegó el dementor; seguía en la habitación contigua, acompañada. Pomfrey iba a verla después de dejar a Harry instalado. Alguien tendría que explicarle lo ocurrido sin abandonarla luego con la noticia. Dobby había pedido que le avisaran dónde podía encontrarla. Nadie prometió que él sabría hacerla sentirse mejor.

Harry quiso preguntarle a Ron si seguiría allí cuando despertara. Se quedó dormido antes de conseguirlo.

Por la mañana había una jarra nueva y pan junto a la cama.

Harry estuvo mirándolos sin reconocer qué tenía de extraño aquella escena hasta que recordó la última vez que había desayunado. Ron pasándole el plato. Hermione tratando de no hacerle otra pregunta de repaso. Cedric en otra mesa.

No tocó el pan.

Ron le acercó el vaso. Harry bebió porque era más fácil que explicar que no tenía hambre.

El director había comunicado a las casas que Cedric había muerto, que Harry estaba atendido y que no debían alimentar los rumores. La explicación completa no iba a darse junto a cada mesa del desayuno. Habría familias a las que avisar y alumnos que necesitaban oír algo antes de encontrárselo en una revista.

—Todo el mundo va a saberlo —dijo Harry.

Hermione no contestó enseguida.

—Todo el mundo va a oírlo.

Harry la miró.

—No es lo mismo —añadió ella.

Ron se sentó al otro lado de la cama.

—Nosotros te creemos.

Harry bajó los ojos.

Por primera vez aquella mañana, las palabras de Ron le parecieron algo que podía conservar.

Hermione sacó una hoja. No para pedirle que dibujara el cementerio. Quería escribir, si él estaba de acuerdo, lo que sabía con certeza de la manipulación del Torneo y guardar separado lo que todavía eran preguntas.

Harry aceptó ayudar más tarde. No podía esa mañana.

Ella guardó la pluma sin protestar.

Al levantarse para dejar pasar a Pomfrey, se detuvo junto a la ventana. Harry vio que seguía con los ojos un escarabajo que caminaba por el marco interior. Hermione le puso un vaso encima y pidió a Ron una hoja para deslizarla por debajo. No parecía asustada. Parecía haber encontrado algo que llevaba mucho tiempo buscando.

Harry cerró los ojos antes de verla guardarlo.

Un rato después le devolvieron el mapa, revisado entre los objetos recuperados del despacho. Harry no lo abrió. Lo dejó bajo la almohada, con la mano encima durante un momento antes de retirarla.

Había sido suyo cuando lo prestó. Seguía siéndolo.

No sabía todavía cuándo volvería a querer extenderlo.



CAPÍTULO 56

El apellido que llevaba



Dracenia

Su madre llegó sin un paquete.

Dracenia lo notó antes de fijarse en otra cosa. Narcissa casi siempre encontraba algo que traer cuando iba a verla: una prenda, un libro, una caja que alguien debía entregar a Pansy. Aquella tarde sólo llevaba el bolso y los guantes puestos.

La visita se había concertado después de recibir su carta. Una profesora las acompañó hasta una sala cerca del despacho de dirección y cerró la puerta al salir.

Narcissa la abrazó primero.

Dracenia le sostuvo la espalda sin saber cuánto llevaba necesitando hacerlo. Olía a casa, a la misma crema de las manos y al abrigo guardado en el armario del vestíbulo. Por un instante dejó de oír los pasos que cruzaban el corredor.

Cuando se apartaron, su madre le miró la cara.

—¿Has dormido?

—Un poco.

—¿Has comido?

Dracenia asintió. Había tomado sopa al mediodía sin recordar después de qué era. Pansy se había quedado en la mesa hasta que terminó.

Su madre le retiró una hebra del hombro y la invitó a sentarse.

No dijo «tu padre no ha podido venir». Dracenia había estado esperando esa explicación desde que entró y empezó a sentir frío al no oírla.

—¿Dónde está papá?

—En casa.

Narcissa se quitó los guantes. Los dobló una vez y los dejó dentro del bolso, con una lentitud que hizo que Dracenia la mirara a las manos.

Fuera había alguien hablando demasiado alto. La voz se alejó antes de que pudiera distinguir palabras.

El colegio había confirmado que Harry hablaba de Voldemort. Se lo habían dicho a los alumnos sin pedirles que lo convirtieran en un rumor nuevo. Algunos no lo creían. Otros evitaban pronunciar el nombre y se enfadaban cuando alguien más lo hacía.

Narcissa no había preguntado si Dracenia lo creía.

—¿Papá está con él?

Narcissa tardó en responder.

—Tu padre tiene obligaciones de las que no es sencillo apartarse.

—No te pregunté eso.

—Lo sé.

Dracenia miró hacia la puerta.

—¿Y tú?

Su madre frunció ligeramente el ceño.

—¿Yo qué?

—¿También vas a hacer todo lo que él quiera?

Narcissa le tomó la mano.

—Voy a hacer lo necesario para mantenerte a salvo.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que puedo darte ahora.

Dracenia retiró los dedos, no de golpe, sino tirando de ellos hasta que quedaron libres. Se le llenaron los ojos de una rabia que no quería mostrar todavía.

Narcissa apoyó las manos sobre su propia falda.

—Tu padre recibió la llamada anoche —dijo—. La Marca. Se fue. Cuando regresó, me dijo a quién había visto.

Dracenia no apartó la mirada.

—¿Fue con Voldemort?

Su madre respiró despacio al oír el nombre.

—Sí.

La respuesta no dejó ningún sitio cómodo donde esconder la pregunta.

Dracenia miró el bolso que su madre había cerrado. Aquel hombre seguía siendo el que había mandado los guantes. El que se había levantado al verla después del lago, el que había escuchado la explicación de un giro hasta saber dónde quería poner el campo de práctica. No se convertía en otra persona porque ahora supiera dónde había pasado la noche.

Eso lo hacía peor.

—¿Te dijo que Harry estaba allí?

Narcissa no respondió enseguida.

—Me dijo que Potter había escapado.

Dracenia sintió que la palabra se le quedaba atravesada. Escapado. Su padre había vuelto a casa sabiendo que había un muchacho del que alguien quería impedir que se fuera.

—¿Y Cedric?

Su madre cerró los ojos un instante.

—No estuvo allí cuando lo mataron. Eso es lo que sé.

—Pero estuvo después.

—Sí.

Dracenia se dobló sobre sus rodillas. No lloró al principio. Se quedó mirando un hilo claro en el borde del tapete y trató de recordar cómo había podido enfadarse tantas veces porque sus padres no quisieran contestarle en el momento en que preguntaba.

Ahora quería que su madre no hubiera tenido una respuesta.

Narcissa se sentó a su lado, sin obligarla a enderezarse.

Dracenia se limpió los ojos con el borde de la mano. Le irritó el gesto, demasiado infantil y demasiado parecido al de cuando volvía del jardín con tierra en las mangas. Su madre sacó un pañuelo y lo dejó cerca, sin ponérselo en la cara.

—¿Por qué fue?

—Tiene miedo de lo que sucedería si no acudiera.

Dracenia alzó la cabeza.

Narcissa la sostuvo con la mirada.

—Y ha defendido cosas que no voy a fingir que dejó de creer porque ahora tenga miedo.

La habitación se quedó callada.

Era una frase que su padre no habría querido oír. Dracenia sintió el impulso de defenderlo antes de saber de qué parte. Quiso recordar cada vez que había sido bueno con ella, como si pudiera ir poniéndolas sobre la mesa hasta tapar la noche anterior.

—Nos quiere.

—Sí.

Su madre no le discutió esa palabra. Dracenia se habría enfadado muchísimo si lo hubiera hecho.

—No quiero que...

No terminó. No sabía si iba a decir que lo detuvieran, que Harry lo nombrara o que alguien le hiciera daño a él. Las tres cosas se parecían lo suficiente para darle vergüenza.

Narcissa recogió el pañuelo del lugar donde lo había dejado y se lo puso en la mano.

—No tienes que escoger una respuesta esta tarde.

Dracenia apretó la tela.

—Él sí escogió algo.

Su madre bajó la mirada.

La primera vez que habían hablado del diario en casa, Narcissa no le había prometido que supiera todo. Le había dicho que conocía el origen y que no iba a cambiar esa respuesta por estar a solas. Dracenia recordó el cajón abierto, su cuaderno encima de la mesa, la seguridad enorme con que había querido creer que uno de sus padres siempre sabría dónde estaba el peligro.

Lucius había pagado una sanción. Habían revisado objetos de su casa. Ella había aprendido a preguntar antes de aceptar algo desconocido.

Nada de eso había impedido la llamada.

—¿Sabías que podía volver a hacerlo?

Narcissa no pretendió que se refería al diario.

—Sabía que el pasado no estaba tan lejos como tu padre quería que pareciera.

—Podrías habérmelo dicho.

—Sí.

La aceptación le quitó a Dracenia la frase siguiente. Se quedó con el enojo entero, sin una discusión a la que dirigirlo.

Al otro lado de la ventana se movieron unas hojas. Aún había alumnos cruzando el patio. Dracenia los miró hasta reconocer a dos de segundo caminando muy juntos.

—Harry no va a decir que no lo vio.

—No le he pedido que lo haga.

—No quiero que se lo pidas.

Narcissa tardó un segundo en asentir.

—No voy a pedirle que mienta sobre eso.

Dracenia se quedó mirando a su madre. Quería una promesa mayor. Quería que pudiera decirle qué pasaría si Harry seguía contando lo que había visto, si su padre volvía a recibir otra llamada, si alguien descubría lo mucho que le importaba todo aquello.

Narcissa no le ofreció ninguna.

Severus Snape llegó después de que la profesora que había concertado la visita transmitiera la petición de Narcissa.

Dracenia se puso de pie al verlo. El profesor llevaba la ropa de siempre y una expresión que no daba permiso para preguntarle cómo había pasado la noche.

Narcissa no se levantó para saludarlo desde lejos. Esperó a que cerrara la puerta.

—Necesito que aprenda a protegerse.

Snape miró a Dracenia, luego a su madre.

—Ésa no es una petición muy concreta.

—Lo será en cuanto podamos hablar sin interrupciones.

Dracenia enderezó la espalda.

—Si es sobre mí, quiero quedarme.

Su madre la observó un momento. Después señaló la silla que acababa de dejar.

Snape no pareció complacido ni sorprendido. Comprobó la puerta con un encantamiento breve y se quedó de pie junto al escritorio.

Narcissa habló de preguntas que podían empezar por cosas corrientes y dejar de serlo sin que nadie avisara. Del interés de ciertas personas en lo que Dracenia sabía, con quién hablaba y qué podía sentir antes de encontrar la manera de ocultarlo.

No dijo «besos». No necesitó hacerlo. Dracenia sintió calor en las orejas y se enfadó con ella por notarlo.

Snape no la miró a la boca ni intentó adivinar una historia.

—Oclumancia —dijo.

Dracenia conocía la palabra de algunos libros. Le había parecido una magia muy lejana a sus clases, algo que los adultos mencionaban como si pensar bien no fuera ya bastante difícil.

—No es lo mismo que levantar Protego —añadió el profesor.

—No dije que lo fuera.

Snape la miró.

Dracenia bajó la vista al pañuelo antes de volver a alzarla.

Su madre preguntó cuánto podía enseñarle antes de que regresaran a casa.

—Puedo valorar su punto de partida. No puedo construir en cinco días una defensa que resista a alguien experimentado.

Narcissa apretó los dedos sobre el bolso.

—Entonces no esperes cinco días para empezar.

El profesor guardó silencio. Dracenia había oído a su madre pedir muchas cosas; rara vez con tan pocas palabras de cortesía.

Snape aceptó una evaluación antes del regreso. Le explicó a Dracenia que no sería una lección de combate, ni una prueba que aprobara por insistir más que él. Podía resultar incómoda. Las instrucciones exigirían que se concentrara sin llenar cada silencio con una respuesta.

—Eso último va a costarle —dijo Narcissa.

Dracenia la miró, ofendida. La sombra de una sonrisa apareció en la boca de su madre y se fue enseguida.

Por un instante ambas habían reconocido algo de su vida habitual.

Después Snape habló de lo que podrían organizar durante el verano. Horarios limitados, trabajo que ella tendría que hacer por su cuenta, ninguna garantía de que aprender un ejercicio la volviera inaccesible a todo.

—No voy a entregarle una lista de lo que pienso —dijo Dracenia.

—No le he pedido ninguna.

—Quiero saberlo antes.

El profesor la sostuvo con los ojos.

—Antes de cualquier ejercicio intrusivo se le explicará qué voy a intentar y cuándo termina. Si no está dispuesta a empezar por algo tan limitado, no hay nada que organizar todavía.

Dracenia miró a su madre. Narcissa no respondió por ella.

Tardó un momento en asentir.

—Quiero aprender.

Snape fijó la evaluación para la mañana del regreso. Se marchó sin decirle que había tomado una decisión admirable.

Dracenia se alegró de que no lo hiciera.

Narcissa se quedó un poco más.

Le preguntó si quería irse a casa antes. Dracenia miró la bolsa de su madre y las llaves que asomaban dentro. Podía irse con ella. Dormir en una cama donde nadie hubiera pasado la noche despierto esperando noticias.

—No.

Su madre asintió.

—Pansy sabe que vine —añadió Dracenia, sin saber por qué necesitaba explicarlo.

—Entonces no la hagas esperar sin noticias.

Se levantaron. Narcissa le acomodó el cuello y Dracenia lo soportó porque necesitaba que su madre siguiera haciendo cosas pequeñas que sabía hacer. Después le puso la mano sobre los dedos para detenerla.

—¿Papá preguntó por mí?

La cara de Narcissa cambió apenas.

—Fue lo primero que preguntó cuando llegó tu carta.

Dracenia asintió, furiosa con el alivio que le dio.

Su madre la abrazó otra vez. No la obligó a decir que lo quería ni que podía entenderlo. Dracenia apoyó la frente en su hombro hasta que consiguió dejar de apretar el pañuelo.

Al despedirse, Narcissa le recordó que no tenía que responder de inmediato a todas las preguntas que le hicieran.

—Ni siquiera a las tuyas —dijo Dracenia.

Su madre la miró. Después asintió con una seriedad que no tenía nada de juego.

Dracenia esperó a que la puerta se cerrara antes de volver por su bolsa. Allí seguía la carta de su padre de semanas atrás, con su letra ordenada y una frase sobre el cuidado de la Nimbus.

La sacó. La dobló por las mismas marcas.

No la rompió.

Cuando encontró a Pansy, su amiga estaba sola en el último escalón de una galería. Le hizo sitio sin levantarse. Dracenia se sentó a su lado con el bolso sobre las rodillas.

Pansy miró el pañuelo que llevaba todavía en la mano.

—¿Quieres ir arriba?

Dracenia negó con la cabeza.

Se quedaron allí hasta que el ruido del patio empezó a bajar. Pansy no preguntó por Snape. Dracenia no sabía aún qué parte podía contarle sin convertirla también a ella en alguien que tuviera que guardar algo peligroso.

Sí pudo apoyar el hombro contra el suyo.

Pansy se quedó quieta para que no tuviera que apartarse.

CAPÍTULO 57

Lo que ninguno sabía decir

Harry

El lunes, Harry pudo salir de la enfermería con la condición de regresar si se mareaba.

Antes de llegar a la puerta pasó junto a la cama de Alastor Moody. El hombre estaba despierto. Pomfrey le acomodaba el brazo y le discutía una indicación que él no parecía tener ninguna intención de aceptar.

Moody lo miró.

Harry estuvo a punto de saludarlo como después de una clase. Se le quedó el gesto a medias. Aquella persona no había visto sus ensayos ni le había prestado atención en los corredores. Tenía un rostro que Harry conocía y ninguna de las experiencias que él asociaba con esa cara.

—Potter —dijo el hombre, con voz áspera.

Harry asintió.

No encontró qué añadir. Pomfrey le preguntó a Moody si quería agua y la conversación siguió sin exigirle nada. Harry salió oyendo la respuesta, todavía extrañado de que una voz tan familiar pudiera pertenecer a alguien a quien acababa de conocer.

No llegó muy lejos. En el primer descanso encontró a Ron, que llevaba su bolsa y fingió no estar esperándolo. Hermione venía

detrás con un libro cerrado y una manzana que aún no había empezado.

—Te traje esto —dijo Ron, alzando la bolsa.

Harry asintió. Lo normal habría sido preguntarle qué había metido dentro, pero no tenía fuerzas para bromear sobre la cantidad de cosas que su amigo consideraba necesarias.

Entraron en una sala pequeña donde podían sentarse sin tener a todo el colegio pasando delante. Hermione abrió una ventana. Ron dejó la bolsa junto a la silla de Harry, no encima de sus rodillas.

Dentro estaban el cuaderno, unas medias limpias y el caballo de ajedrez reparado.

Harry lo tomó. La pieza se sacudió, examinó su mano vendada y decidió quedarse quieta por una vez.

—No tenemos que jugar —dijo Ron.

—Ya sé.

Harry lo dejó sobre la mesa. Miraron un rato cómo caminaba hasta el borde y regresaba por sí mismo. Hermione partió la manzana y le ofreció un pedazo. Harry lo aceptó sin hambre, sólo porque podía tener algo entre los dedos.

Pansy llamó antes de entrar.

Ron la miró con desconfianza automática. Ella no avanzó más allá de la puerta.

—Dracenia quiere saber si puedes hablar un momento. Si no quieres, se lo digo.

Harry se quedó mirando el caballo.

—¿Dónde está?

Pansy le dio el lugar. Añadió que Narcissa había venido a hablar con su hija la tarde anterior. No dijo de qué. Harry sintió que algo se le tensaba debajo de las costillas.

Hermione no hizo un comentario sobre Malfoy. Le preguntó si quería que lo acompañaran hasta allí.

—Ahora no. Tengo que ver antes a los padres de Cedric.

Pansy asintió. No pretendió que su mensaje fuera lo más importante de la mañana.

Los Diggory estaban con la profesora Sprout.

Harry los encontró en una habitación distinta de las que recordaba del Torneo. No había jueces ni pergaminos sobre puntos. La señora Diggory tenía un vaso de agua al alcance y no lo había tocado. Amos se levantó al verlo, se quedó a mitad del movimiento y volvió a sentarse cuando su mujer le apoyó una mano en el brazo.

Harry no supo dónde mirar.

Sprout le ofreció la silla más cercana a la puerta. Podía marcharse si lo necesitaba. Los padres de Cedric no le habían pedido que volviera a contar toda la noche.

La señora Diggory le preguntó si Cedric había tenido miedo al llegar.

Harry quiso decir que no. No pudo.

—No sabíamos dónde estábamos —respondió—. Se quedó conmigo.

Ella asintió muy despacio.

Amos llevaba una pequeña tira de tela entre los dedos. Harry tardó en reconocer que era una etiqueta, de esas que se cosían dentro de la ropa antes de llevarla al colegio. El hombre la alisó contra su rodilla como si todavía hubiera una tarea que hacer con ella.

—Pensaba escribirnos al terminar —dijo.

No parecía estar preguntándole nada a Harry. Aun así, él asintió.

Les contó la cuerda en el laberinto y cómo Cedric había vuelto para ayudarlo. Sólo esa parte. Algo que había hecho cuando todavía estaban compitiendo y podían imaginar que regresarían a la misma mesa de siempre después de ganar o perder.

Amos dejó de mover la etiqueta.

Harry se quedó sin palabras al llegar a la Copa.

No dijo que había sido su idea tomarla juntos. Lo había contado ya al director. No sabía cómo decirlo allí sin convertir a los padres en personas que tuvieran que consolarlo por haber vuelto.

La bolsa del premio estaba en la silla contigua. Se la habían entregado aquella mañana. Harry la señaló sin tomarla.

—Quería que ustedes...

La señora Diggory negó con la cabeza antes de que terminara.

—No, Harry.

Él dejó caer la mano.

Amos miró la bolsa y luego a su mujer. No hubo una discusión sobre quién había ganado ni sobre la cantidad que les correspondía. Sprout apartó el objeto de la vista cuando comprendió que Harry no sabía qué hacer con él.

Al despedirse, la señora Diggory le apretó los dedos sanos.

—Pudimos verlo —dijo—. Gracias por traerlo.

Harry miró la etiqueta sobre la rodilla de Amos. Quiso que fuera posible agradecer otra cosa. Que hubieran llegado con una historia sobre una caída y una visita de más a Pomfrey, que Cedric se estuviera quejando de su madre mientras escondía una sonrisa.

Salió con la bolsa cerrada.

Ron lo esperaba sin el tablero.

Harry se sentó a su lado en el descanso. Durante un buen rato ninguno dijo nada. Cuando pudo levantarse otra vez, su amigo guardó el premio con el resto de sus cosas para que no tuviera que cargarlo en la mano.

Dracenia estaba en la galería que daba al patio cubierto.

Se había apartado de las ventanas. No llevaba un libro abierto para fingir que había estado ocupada. Harry se acercó despacio; le dolía el costado al bajar un escalón demasiado rápido y se detuvo antes de que ella tuviera que preguntarle.

—Pomfrey me dejó salir —dijo.

Dracenia asintió.

Había una banca junto a la pared. Harry se sentó en un extremo y ella permaneció de pie hasta que él movió un poco la bolsa para dejarle sitio.

Narcissa había estado con ella el día anterior. Harry recordó el mensaje de Pansy y comprendió que no podía empezar por hablar del tiempo.

—Tu padre estaba allí —dijo Harry.

Dracenia dejó de mirarlo.

—Lo sé.

—No, Dracenia. Estaba con ellos. Con Voldemort.

—Te he oído, Harry.

Él tardó un momento en responder.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde antes de que vinieras.

—¿Y no pensabas decírmelo?

—¿Cómo querías que lo hiciera?

Harry bajó los ojos.

—No lo sé.

—Yo tampoco.

Permanecieron callados.

—Es mi padre, Harry.

—Lo sé.

—No voy a dejar de quererlo.

Harry la miró.

—No te estoy pidiendo eso.

—Y yo no voy a pedirte que mientas sobre lo que viste.

Harry no supo qué responder. Dracenia se frotó los ojos, enfadada consigo misma.

—No sé qué hacer —admitió.

—Yo tampoco.

Al otro lado del patio alguien cerró una puerta. El golpe los hizo mirar a los dos y Harry tuvo que esperar a que el ruido dejara de parecerle otra cosa.

Dracenia se quedó muy quieta.

—Mi madre me lo dijo ayer —añadió después—. No antes de la prueba. Ayer, cuando vino.

Harry asintió. Había entendido qué quería decir con «antes», pero necesitó oírlo completo.

—Él volvió a casa —dijo ella.

No lo dijo como un alivio. Harry miró la manga que Dracenia estaba retorciendo con dos dedos. No le preguntó qué había contado Lucius al regresar.

—Me vio —dijo—. No hizo nada para...

Se interrumpió. Había esperado, durante unos segundos, que reconocer a alguien cambiara las cosas. Le avergonzó admitirlo delante de ella.

Dracenia bajó la cabeza.

—No voy a decirte que tenía una razón buena.

Harry levantó los ojos.

Ella parecía enfadada, pero no con la frase que él acababa de decir. Se le había soltado un mechón junto a la oreja y no hacía nada para acomodarlo.

—Mi madre dice que tenía miedo. Yo también lo tendría. Eso no...

Se quedó sin terminar.

Harry la dejó hacerlo. No necesitaba que encontrara una frase que cerrara el asunto. Seguía viendo el rostro de Lucius al quitarse la máscara. No iba a desaparecer porque Dracenia llorara ni porque dejara de hacerlo.

—Tú no estabas allí —dijo al fin.

Ella respiró de golpe, como si hubiera estado esperando algo peor.

—No.

—No tienes que explicarme por qué fue.

Dracenia se limpió la cara con el pañuelo. Harry miró hacia el patio para no obligarla a hacerlo delante de sus ojos. No le había gustado verla llorar antes; ahora le molestaba también no saber si acercarse sería ayudar o pedirle algo que ella no podía hacer.

Una lechuza pasó por encima de las ventanas. Harry siguió la sombra hasta que se perdió.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Dracenia.

Él volvió la cabeza.

—No.

No encontró nada más sencillo que esa palabra.

Ella guardó el pañuelo. Tardó un momento en dejar de apretarlo dentro del bolsillo.

Se quedaron sentados. Al principio Harry sólo notaba el dolor del costado y el trabajo que le costaba no repasar cada cara del cementerio. Después empezó a oír el patio otra vez: pasos, una rama contra el cristal, dos voces que discutían por una bolsa olvidada.

Dracenia no preguntó por el duelo.

Cuando él se movió para encontrar una postura menos incómoda, ella apartó la bolsa sin tocarlo. La dejó al otro lado de la banca y le pasó el pequeño cojín que alguien había abandonado allí.

—Está horrible —advirtió.

Harry miró la tela desteñida.

—Sí.

Lo puso detrás de la espalda de todos modos.

Dracenia no pareció ofendida de que le diera la razón.

Al levantarse, Harry no supo qué prometían ni qué habían decidido. No había una frase que pudiera repetirle a Ron para que comprendiera por qué la conversación no le había arreglado la mañana y, aun así, no quería que hubiera terminado de otra manera.

Caminaron juntos hasta la escalera. Dracenia le sostuvo la puerta para que no tuviera que empujarla con el hombro. Harry esperó del otro lado a que pasara también.

Pansy estaba en el descanso, leyendo una hoja que dobló en cuanto los vio. No fingió no haber estado esperando. Miró a Dracenia y recibió una respuesta pequeña con la cabeza.

Harry la dejó con su amiga.

Ron y Hermione lo esperaban más arriba, con sus cosas reunidas. Hermione había conseguido un vaso de agua y Ron cargaba la bolsa como si pesara mucho menos de lo que pesaba.

—¿Volvemos? —preguntó.

Harry asintió.

Antes de subir se volvió un instante. Dracenia seguía cerca de la puerta, escuchando a Pansy. Él no tuvo que decidir si quería despedirse otra vez. Ella levantó los ojos a tiempo para verlo.

Harry le hizo una seña pequeña y siguió a sus amigos.



CAPÍTULO 58

Por quienes no regresaron



Dracenia

El tablero del Torneo permaneció en el vestíbulo dos días más.

Nadie había escrito un resultado debajo de la tercera prueba. Las casillas anteriores seguían allí, los ochenta y cinco puntos junto a dos nombres y los otros números que habían dado tantas razones para discutir. Dracenia lo vio al bajar para desayunar y se detuvo sin querer.

Alguien había dejado una flor sobre el borde inferior.

Por la tarde retiraron el tablero. La flor quedó en una jarra, junto a una ventana donde nadie podía pisarla por accidente.

El colegio no volvió a sus costumbres de golpe. Había alumnos que buscaban una clase para tener algo que hacer y otros que se enfadaban al oír que todavía debían entregar un libro. Un muchacho de primero preguntó si cerrarían Hogwarts. Ninguno de sus amigos sabía quién debía responderle.

Pansy y Padma recogieron los materiales de las sesiones con los pequeños. No celebraron una demostración final. Les dejaron terminar lo que quisieran conservar, sin exigirles que lo hicieran bien delante de nadie.

Iris pasó parte de una tarde mirando una cinta que se le despegaba del cartón.

Dracenia estuvo a punto de corregirla. Vio la cara de la niña y se limitó a acercarle otra hoja.

—Ésta tiene menos polvo.

Iris la tomó. No dio las gracias hasta un buen rato después, cuando ya no parecía una respuesta que alguien esperaba de ella.

Los padres de Cedric regresaron por sus cosas.

Dracenia los vio junto a Sprout, cerca de la entrada. Había un baúl cerrado y una bolsa encima. Amos llevaba un abrigo de su hijo doblado sobre el brazo; la señora Diggory sostenía una caja pequeña contra el pecho.

Un alumno de Hufflepuff se acercó para entregarles un libro. Empezó a explicar que Cedric se lo había prestado antes de la prueba. Se equivocó en una palabra y tuvo que empezar otra vez.

Amos dejó el abrigo sobre el baúl para escucharlo.

Dracenia miró hacia otra parte, no porque quisiera olvidarlos, sino porque de pronto le pareció indecente seguir viendo algo que no le estaban mostrando a ella. Se quedó junto a Pansy hasta que Sprout los acompañó hacia la salida.

Cho pasó más tarde por el vestíbulo con dos amigas. Se detuvo junto a la flor de la ventana. No dijo nada. Una de las muchachas llevaba un pañuelo arrugado en el puño, pero no se lo ofreció hasta que Cho lo buscó.

Dracenia no se acercó.

Había apoyado a Cedric durante el Torneo. Había pronunciado su nombre delante de Neville para conseguir una respuesta que quería para Potter. La frase le volvió con una precisión cruel: «Para Diggory».

Se quedó mirándose las manos.

No había una forma de hacer que aquella mentira se volviera amable porque ahora le doliera recordarla.

Pansy le preguntó si iban a devolver los libros. Dracenia asintió y fue a buscar los suyos.

Fleur estaba en el patio cuando salió de la biblioteca.

Había recuperado el color y caminaba sin ayuda. La marca junto a la sien seguía viéndose cuando se apartaba el pelo. Tenía una carta doblada sobre las rodillas y dejó un espacio en el banco al verla llegar.

Dracenia se sentó.

No preguntó si se encontraba bien. La respuesta tenía demasiadas partes.

—¿De Gabrielle?

Fleur asintió.

—Mi madre le contó lo que podía entender. Ahora hace preguntas que yo tampoco sé contestar.

Dracenia miró la hoja doblada.

—No tienes que acertar todas.

Fleur dejó escapar aire por la nariz, casi una risa.

—Voy a decirle que una Malfoy me ha dado permiso.

Dracenia bajó los ojos y sonrió apenas. Fleur guardó la carta antes de que el viento pudiera llevársela.

Hablaron de Krum. Los profesores habían explicado que lo habían obligado a atacar mediante una maldición. Eso no devolvía a Fleur los recuerdos del sendero de una forma más fácil de soportar. Había visto su rostro y levantado la varita contra él; ahora sabía que alguien más había escogido por los dos.

Krum había ido a preguntarle si podía hacer algo.

—Le dije que no me preguntara cada vez que me veía —contó Fleur—. No lo hizo para molestar. Pero no quería seguir contestando.

—¿Lo entendió?

—Sí.

Dracenia se quedó callada. Recordó una voz escrita asegurándole que entendía sus pensamientos mejor que ella. No era la misma historia. Tampoco tenía ganas de explicarle a Fleur por qué había dejado de mirar la cicatriz de su sien.

—Quería ganar —dijo Fleur después.

Lo dijo con enojo. Dracenia volvió la cara hacia ella.

—Ya sé.

—No quiero sentirme mal por haberlo querido.

Dracenia miró el cielo sobre el lugar donde antes estaban los aros.

—No creo que a Cedric le hubiera gustado que lo dejaran ganar.

Fleur asintió muy despacio.

Se quedaron un rato más. Antes de separarse, Fleur le pidió que le escribiera si encontraba una manera de explicarle a una niña que aquel año no podía resumirse con un puesto ni con una Copa.

Dracenia le dijo que no se la encargara a ella.

Fleur aceptó la respuesta con una sonrisa cansada.

Dobby estaba trabajando cuando Dracenia bajó a las cocinas.

Le pidió que esperara mientras terminaba de guardar unos frascos. Ella se quedó junto a la entrada, sin ocupar la mesa donde varios elfos preparaban bandejas para el día siguiente.

Winky no estaba allí.

Dobby se acercó al acabar y se acomodó un calcetín que se le había torcido sobre el otro. Tenía una pequeña mancha de harina en la punta de una oreja.

—¿Cómo está? —preguntó Dracenia.

Él miró hacia el fondo de la habitación.

—Hoy no quiere venir con todos. Tiene comida cerca. La enfermera la ha visto.

Dracenia asintió. Había imaginado que Dobby sabría decir algo más, como si ayudar a alguien diera acceso a respuestas mejores que las de los demás.

—Le dije que podía sentarme con ella al terminar —añadió él—. Si todavía quiere.

—¿Y tú?

Dobby volvió a mirarla.

—Dobby quiere terminar temprano. Mañana tiene que mandar una carta.

Dracenia reconoció el tono. Podía estar triste por Winky y tener algo suyo que hacer a la mañana siguiente.

Le contó que volvería a casa al final de la semana. El elfo preguntó si podía escribir a la misma dirección. Dracenia dijo que sí; luego recordó que en aquella casa había cosas que no sabía cómo mantener privadas.

—A mi nombre —añadió—. Y si no contesto enseguida, no es por ti.

Dobby la observó un momento sin pedir una explicación.

—Puede escribir cuando quiera.

No sonó a una orden ni a una promesa de obediencia. Dracenia le agradeció que lo dijera antes de despedirse.

McGonagall las llamó a su despacho una tarde antes del banquete. Dracenia entró con Pansy, cansada de oír versiones sobre Moody que nadie parecía poder confirmar.

La profesora no las dejó esperando una explicación.

—El hombre que les dio clase este curso era Barty Crouch, el hijo. Usaba poción multijugos. Encontramos al verdadero Alastor Moody encerrado en un baúl; está recibiendo atención en la enfermería.

Dracenia miró el borde del escritorio. Durante meses había evitado una voz, un ojo que podía encontrarla aunque ella no lo mirara.

—¿Desde antes de empezar las clases? —preguntó Pansy.

—Sí.

—Entonces el que la convirtió…

—Fue Crouch.

Dracenia sintió un alivio breve y desagradable. No tendría que volver a sentarse delante de él. Después recordó por qué no habría más clases y dejó de encontrar alivio en nada.

—Y yo tenía que seguir yendo a su clase —dijo.

McGonagall sostuvo su mirada.

—Lo sé. El verdadero Moody tampoco habría tenido derecho a hacerle eso. Lo que les dije entonces sigue siendo cierto.

Pansy acercó su silla sin decir nada.

Dracenia abrió las manos sobre la falda. Le habría gustado saber si se reía mientras ellos hacían esfuerzos por aprender. No

preguntó. La profesora ya les había contado lo que sabía; aquella respuesta no iba a cambiarlo.

Al salir, Pansy le pasó la bolsa. Dracenia tardó un momento en tomarla y siguió con ella hacia la escalera.

El veintinueve de junio, el Gran Comedor tenía las mesas preparadas y un silencio difícil de reconocer.

No habían llenado el techo de una oscuridad artificial. Arriba estaba la misma tarde clara que fuera, las nubes largas moviéndose despacio. Las personas seguían entrando, buscando sus sitios, apartando una jarra para dejar pasar a alguien. Las cosas pequeñas no sabían que debían detenerse.

Dracenia se sentó junto a Pansy.

Miró hacia la mesa de Hufflepuff y encontró el lugar que todos parecían estar evitando mirar demasiado. Un chico movió su plato hacia dentro para dejar un espacio libre. Luego se dio cuenta y lo volvió a mover.

La profesora Sprout estaba de pie junto a la mesa de los profesores. Habló un instante con Flitwick antes de sentarse. Ninguno de los dos sonreía.

Harry llegó con Ron y Hermione. Se sentó sin buscar el centro de ninguna conversación. Cuando alguien lo saludó, respondió con la cabeza. Dracenia lo miró sólo el tiempo suficiente para comprobar que había llegado.

Los visitantes ocuparon sus lugares. Fleur llevaba la trenza recogida y no tenía la carta de Gabrielle en las manos. Krum se sentó con los otros alumnos de Durmstrang; la silla de su director estaba vacía.

Dumbledore esperó a que todos pudieran oírlo sin levantar la voz.

Habló de Cedric.

No empezó por las pruebas ni por las cualidades que hacían que un campeón fuera digno de representar a su escuela. Dijo su nombre, el curso, la casa a la que pertenecía y la pérdida que su familia tendría que llevarse de Hogwarts.

Dracenia se concentró en el borde de su copa.

El director no escondió la manera en que había muerto. Les dijo que había sido asesinado y que Voldemort había recuperado un cuerpo. Alguien respiró muy fuerte detrás de ella. En la mesa de Slytherin se movió una silla.

Dracenia no se volvió.

Su padre había estado allí después. La verdad permaneció con ella mientras Dumbledore hablaba. No había una manera de cambiar de mesa que le quitara el apellido ni una explicación que hiciera menos real el cuerpo de Cedric.

El profesor habló también de la responsabilidad que había aceptado al organizar el Torneo. No pidió a los alumnos que confiaran porque él lo dijera. Les prometió que no iba a ocultar lo sucedido para que resultara más cómodo terminar el curso.

—Sus familias tienen derecho a saber qué ha ocurrido —dijo—. Y ustedes no deberían tener que enterarse por una versión que convierta a Cedric en otra cosa.

Dracenia alzó los ojos.

El director los invitó a recordarlo. Lo hizo con pocas palabras, dejando que quienes lo habían conocido mejor no tuvieran que compartir todos sus recuerdos con el resto del comedor.

Los alumnos de Hufflepuff se pusieron de pie primero.

Dracenia se levantó con Pansy. Vio a Cho entre las filas de Ravenclaw, la mano cerrada alrededor de su copa. Fleur no miraba a nadie de su mesa. Krum sostenía la cabeza muy recta, con la mandíbula apretada.

Cedric no había sido amigo de todos ellos. No necesitaba haberlo sido para que su ausencia ocupara tanto lugar.

Se sentaron cuando el director terminó.

—No tienes que decir nada —murmuró Pansy.

Dracenia miró la mesa de Hufflepuff.

—No iba a decir nada.

—Ya sé.

Pansy acercó su mano sobre la mesa.

Dracenia no la tomó enseguida.

Después la dejó allí, junto a la suya.

La comida apareció. Nadie tuvo que decidir en voz alta si era correcto empezar a comer.

Dracenia partió un trozo pequeño de pan y lo dejó en el plato. Pansy se sirvió agua para las dos. A su alrededor comenzaron conversaciones bajas, algunas sobre maletas, otras sobre quién se marchaba primero. No borraban las palabras del director. Eran lo que las personas podían hacer al quedarse sin otras.

Antes de salir, Dracenia volvió a mirar la mesa de Hufflepuff.

Uno de los compañeros de Cedric acababa de contar algo que hizo sonreír a otro. La sonrisa se le deshizo pronto, pero nadie lo reprendió por haberla tenido.

Dracenia siguió a Pansy hasta el vestíbulo. La flor de la ventana tenía un pétalo doblado. Al pasar, la enderezó apenas, sin arrancarlo, y dejó la jarra en el mismo sitio.



CAPÍTULO 59

Hasta que volvamos a vernos



Dracenia

Snape había dejado una caja de madera sobre la mesa.

Dracenia la miró al entrar. Era pequeña, sin cerradura. Dentro había tres botones, una cinta amarilla y una piedra lisa, las cosas menos amenazantes que el profesor podría haber elegido. Eso no la tranquilizó tanto como habría querido.

Su madre había llegado temprano para acompañarla a la evaluación. Tenían tiempo antes de salir hacia el tren. Narcissa se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla cerca de la puerta.

—¿Va a quedarse? —preguntó Dracenia.

—Hasta que sepamos qué vamos a hacer —respondió ella.

Snape no discutió. Le indicó a Dracenia que se sentara frente a la mesa y que eligiera uno de los objetos.

Tomó la cinta.

—Obsérvela. El color, el borde, el nudo. Después guárdela en la caja.

Dracenia obedeció. La tela tenía un hilo más claro en un extremo. El nudo estaba apretado hacia un lado. Lo recordaba cuando cerró la tapa.

Snape explicó el ejercicio antes de levantar la varita. No intentaría recorrer recuerdos de su familia ni buscar nombres.

Haría una entrada breve, limitada a aquella imagen que acababan de preparar. Si aparecía otra cosa, lo interrumpiría. Ella también podía hacerlo levantando la mano o diciendo que bastaba.

Dracenia miró la caja.

—¿Y tengo que impedir que vea la cinta?

—Tiene que empezar por advertir lo que sucede y tratar de cerrar el paso. Es probable que no consiga ambas cosas.

—Muy alentador.

—No le he prometido un resultado agradable.

Su madre se acercó.

—¿Quieres intentarlo?

Dracenia asintió. No quería que Narcissa siguiera allí para comprobar cuánto fallaba. Tampoco quería quedarse sola sin saber si tenía derecho a pedir que terminara.

Snape señaló la puerta del cuarto contiguo.

—Puede esperar allí. La sesión termina si su hija lo solicita. No continuaré para demostrarle que podría hacerlo.

Narcissa miró primero a él y después a Dracenia. Ella volvió a asentir, más despacio. Su madre se apartó.

La puerta quedó entreabierta.

La primera vez, Dracenia no supo qué había ocurrido hasta que terminó.

Oyó el encantamiento, sintió algo parecido a una presión detrás de los ojos y tuvo la imagen de la cinta delante, demasiado clara. Había querido pensar en otra cosa para esconderla. Lo único que consiguió fue moverla de un lado a otro dentro de su propia cabeza.

Snape bajó la varita.

—Está intentando taparla con más pensamientos.

—No sé cómo se hace lo otro.

—Por eso estamos aquí.

En el segundo intento se enfadó antes de empezar. Le pareció que anticipar la intrusión le permitiría empujarla hacia fuera. La imagen llegó de todos modos, acompañada de su disgusto y del recuerdo inmediato de haber escogido la cinta para no escoger la piedra.

El profesor paró en cuanto ese segundo detalle empezó a abrirse.

Dracenia se frotó la frente.

No había visto un secreto horrible. Le había bastado con sentir que alguien podía alcanzar una cosa tan pequeña sin pedirle que la contara.

Snape le ofreció agua. Ella aceptó el vaso y lo dejó al alcance, no porque quisiera beber todavía, sino porque le servía tener algo que poner en su sitio.

El tercer intento duró menos. Dracenia levantó la mano al sentir la presión y el profesor interrumpió el hechizo de inmediato.

—No iba a decir que termináramos todo —aclaró ella, demasiado rápido.

—No he recogido la caja.

Él esperó. Dracenia tuvo que decidir por sí misma si quería continuar, sin confundir su cara impaciente con una orden de hacerlo.

La cuarta vez consiguió mantener la atención sobre el borde vacío de la mesa durante un instante. Luego pensó que lo había logrado y la cinta apareció con una claridad humillante.

Snape retiró la varita.

—Otra vez, señorita Malfoy.

—Ya lo intenté cuatro veces.

—Y ha fracasado cuatro veces.

—Qué útil resulta que las esté contando.

Snape dejó la varita sobre la mesa.

—Su mente no está protegida porque usted desee que lo esté.

Dracenia apretó la mandíbula.

—Puedo hacerlo.

—Entonces deje de decírmelo y hágalo.

Dracenia volvió los ojos hacia la puerta. Tenía la garganta apretada y estaba furiosa porque las dos cosas podían notarse.

Snape no recogió la varita. La siguiente repetición sería sin magia intrusiva: sostener la imagen de la mesa, advertir cada distracción y volver a ella sin perseguirla. No iba a intentar una quinta entrada aquella mañana.

Dracenia tuvo que tragar saliva antes de empezar.

Le costó mucho más de lo que quería admitir. El reloj, el baúl que aún no había terminado de cerrar, una frase de su padre, el ruido de alguien cruzando el corredor. Todo parecía tener más derecho a estar en su cabeza que el borde de la mesa.

Cuando terminó, no estaba protegida de nadie. Estaba cansada.

Snape llamó a Narcissa y le explicó lo que habían comprobado sin repetir los pensamientos que había rozado. Dracenia agradeció esa parte con una rigidez que probablemente no pareció agradecimiento.

La práctica de verano empezaría por trabajo breve, regular y sin expectativas de esconder cualquier cosa por haberlo intentado una semana. Las sesiones con él tendrían límites. Tendría que repetir los ejercicios incluso los días en que le parecieran demasiado

fáciles y detenerse al llegar al tiempo fijado. Snape no iba a aceptar una tarde entera de agotamiento como sustituto de practicar con regularidad.

—No va a hablar de esto con otros alumnos —le dijo.

—No tenía pensado anunciarlo en el tren.

Snape sostuvo la mirada hasta que ella dejó de esperar que respondiera a la burla.

Narcissa recogió su abrigo. Antes de irse, Dracenia miró una última vez la caja. La cinta seguía dentro, exactamente como la había dejado.

Podía guardarse una cosa sin que nadie supiera por qué la había elegido. Todavía no sabía hacer lo mismo con todo lo demás.

Su madre regresaría a Londres por otro camino y la esperaría en la estación. No habían acordado ninguna visita durante el verano. Dracenia no preguntó por ella delante de Snape ni quiso convertir la despedida en otra negociación.

Narcissa le acomodó una correa de la bolsa.

—Come algo antes de subir al tren.

—Voy a desayunar con Pansy.

Su madre asintió. Le tocó la mejilla, un gesto breve que no intentó examinar si había llorado.

Dracenia volvió al dormitorio con la cabeza pesada. Pansy ya había terminado su equipaje y estaba sentada encima del baúl de su amiga para que pudiera cerrar las hebillas.

—Te dije que sacaras ese libro —dijo.

Dracenia dejó la bolsa.

—Te escuché.

—Qué útil.

Tuvieron que quitar una caja de materiales y guardarla en otro bolsillo. Dracenia apretó la segunda hebilla. Pansy se levantó del baúl con una marca de madera en la falda y empezó a sacudírsela.

Iris llegó a la puerta antes de que se marcharan. Le devolvió a Pansy las tarjetas que había usado para dirigir la sesión. Su amiga las tomó, separó varias y se las pasó otra vez.

—Éstas son tuyas. Las corregiste tú.

Iris miró la tinta sobre los márgenes.

—¿Puedo escribirles?

Pansy le dio la dirección donde estaría primero. Padma había dejado la suya en la carpeta. No prometieron trabajar todas las semanas ni convertir las vacaciones en otra clase.

Dracenia encontró la tarjeta de la cinta bien colocada y la guardó entre dos hojas de su cuaderno. Iris no la vio hacerlo.

Fleur se despedía junto a la entrada cuando bajaron.

Los alumnos de Beauxbatons iban reuniéndose alrededor del carruaje. Algunos tenían los ojos rojos; otros discutían por una pieza de equipaje demasiado grande para el sitio que le habían reservado. El ruido resultaba corriente y doloroso a la vez.

Dracenia esperó a que Fleur terminara de hablar con una compañera. La francesa la vio y se acercó sin obligarla a atravesar el grupo.

—No voy a olvidar la dirección —dijo.

—Es muy fácil de escribir.

—No era una crítica a tu apellido.

Dracenia sonrió apenas. Fleur la abrazó con un brazo, sin apretar el lado de la bolsa, y le dijo que le contara cómo iban sus prácticas de vuelo cuando el campo volviera a estar disponible.

No hablaron de resultados.

Más allá, Krum se había detenido con Hermione. Dracenia no oyó la conversación. Vio que él le entregaba una hoja doblada y que ella se la guardaba antes de responder. Ron miraba hacia las carrozas, apartando una piedra con el zapato. Harry esperaba con él.

Krum se acercó a los dos muchachos antes de irse. Le dio la mano a Harry y después a Ron. Nadie parecía saber cómo hacer una despedida suficientemente larga sin volver a explicar todo.

Harry dijo algo que hizo asentir al campeón de Durmstrang. Hermione regresó junto a sus amigos.

Pansy le tocó el codo a Dracenia.

Tenían que marcharse también.

El tren salió con un tirón que hizo chocar dos baúles en el corredor.

Pansy había conseguido un compartimento con sitio para las piernas. Dracenia dejó la bolsa sobre el asiento y miró por la ventana mientras el castillo quedaba detrás de los árboles.

No lo había despedido mirando su torre. Había estado demasiado ocupada en subir el equipaje, comprobar una correa y hacer sitio a una muchacha que llevaba una jaula torcida. Cuando quiso buscarlo otra vez, sólo vio una parte del lago.

Se sentó.

Pansy abrió su paquete de desayuno. Había guardado dos panecillos y uno estaba aplastado por una esquina.

—Éste es tuyo.

Dracenia lo tomó.

—Qué casualidad.

Su amiga partió el otro y le pasó la mitad. Comieron mirando el paisaje sin hablar de notas ni de profesores durante un buen rato.

Más adelante entró Padma para preguntar por una carpeta. Pansy la encontró debajo del abrigo y se fue con ella a revisar lo que habían guardado antes de separarse en Londres. Dracenia se quedó sola unos minutos, con las migas sobre la servilleta.

La cinta amarilla volvió a su cabeza sin que quisiera.

No intentó convertir aquella mañana en una quinta prueba. Cerró la caja de comida y fue a buscar a Potter.

Harry estaba con Ron y Hermione. Ella tenía un frasco en las manos.

Dracenia se detuvo en la puerta al ver lo que había dentro: un escarabajo grande, detenido sobre una ramita, que giró hacia ella con una rapidez muy poco propia de un insecto tranquilo.

Ron la miró primero. Hermione tardó un segundo más.

—¿Qué pasa? —preguntó Dracenia.

El escarabajo golpeó el vidrio.

Harry se hizo un poco a un lado en el asiento.

—Rita.

Dracenia lo miró a él. Después al frasco.

Hermione lo apoyó sobre la mesa, lejos del borde.

—Es una animaga. No está registrada.

Dracenia se sentó sin habérselo propuesto.

—La encontré en la enfermería —dijo Hermione—. Comprobé el registro y conseguí que volviera a su forma humana. Sé que es ella.

Dracenia miró otra vez al insecto.

—¿Y cómo…?

—Eso queda entre nosotros tres.

Hermione no apartó el frasco, pero tampoco siguió explicando.

—Y no se lo cuentes a nadie. Ni a Pansy ni a tu familia.

Dracenia levantó la barbilla.

—No iba a mandar una circular.

Hermione no sonrió. Dracenia pensó en su padre y en lo que Harry le había contado. No era difícil entender por qué Granger no quería que se enterara.

Harry seguía sentado a su lado. No respondió por ella.

—No voy a contarlo —dijo Dracenia al fin.

Podía haberse levantado. Prefirió quedarse y no insistió en la pregunta.

Dracenia se inclinó apenas. Reconoció el dibujo oscuro junto a las antenas. Recordó a Granger sosteniendo una revista con tanta fuerza que había arrugado el papel.

—¿Estaba allí cuando hablaste con Krum?

—No puedo probar dónde estuvo cada vez. Pero sabía lo que habíamos dicho. Y estaba escuchando en la enfermería.

Harry bajó los ojos.

Hermione cubrió una parte del frasco con su mano, como si quisiera quitarle a la periodista también aquella mirada.

El recipiente tenía aire y hojas; un encantamiento protegía el vidrio.

—¿Vas a tenerla ahí todo el verano? —preguntó Dracenia.

—Voy a soltarla en Londres. Lo demás ya lo he hablado con ellos.

Dracenia miró a Harry y a Ron. Había algo más que Granger no iba a contarle. Sintió curiosidad, pero no volvió a preguntar. Pensó en la posibilidad de que hubiera estado mirando a Harry aquella noche y se le quitaron las ganas de defenderla.

Harry no parecía aliviado de una manera sencilla. Se quedó mirando a Rita y preguntó si había escrito algo desde que la atraparon.

—Nada —respondió Hermione.

Él asintió. No le pidió que lo soltara antes.

Hermione guardó el frasco en su bolsa, protegido para que no rodara. Ron le ofreció una rana de chocolate que ella aceptó sin ganas de abrirla todavía.

Dracenia se quedó con ellos un momento más. No conocía todas las notas que habían reunido ni tenía derecho a mirar la libreta de Hermione. Tampoco preguntó. Harry la vio apartar la bolsa de un lugar donde estorbaba y le acercó el vaso de agua que no había usado.

No hablaron de Lucius.

Fred y George llegaron antes de que regresara a su compartimento.

Traían una pieza de madera envuelta que Dracenia reconoció enseguida. Uno de los extremos del Despedidor había sobrevivido al corte; George lo levantó para mostrar que las ruedas ya no estaban montadas.

—No funciona —aclaró.

—Ésa sí que es una presentación —dijo Ron.

Fred dejó el paquete junto a la ventana. Habían decidido conservar la parte que hacía volver el mueble, aunque no volverían a usar una placa suelta como destino. George quería otra prueba en suelo plano; Fred quería que primero cambiara el nombre.

Dracenia preguntó si Flitwick les había dado permiso.

Los dos la miraron con una ofensa idéntica.

—Tenemos una lista entera de cosas que no podemos hacer —dijo George—. Es casi como tener permiso para las otras.

Harry sonrió un poco. La expresión se le fue pronto, pero había estado allí.

Preguntó por Bagman.

Fred dejó de mover el paquete. George apoyó una rodilla contra el asiento vacío antes de responder.

Se había marchado. Seguían sin recuperar ni las ganancias ni lo que habían apostado. Por Lee habían sabido que había otras deudas, gente que llevaba más tiempo reclamándole y una apuesta nueva sobre la victoria de Harry.

—Quería que ganaras tú solo —explicó Fred—. Ahora dice que fue empate. O eso dicen quienes no piensan pagarle.

Harry miró sus manos.

Ninguno intentó explicar la muerte de Cedric como una mala jugada que había estropeado un negocio. George dobló el envoltorio de madera y lo dejó cerrado.

—Da igual. No vamos a pasarnos el verano buscándolo.

Harry alcanzó su bolsa.

Dracenia se movió para dejarle espacio. Él sacó el premio del Torneo y lo dejó encima del asiento, entre los dos gemelos. Ron lo miró y abrió la boca, pero no dijo nada.

—Es para la tienda —dijo Harry.

Fred perdió por completo la expresión con la que había entrado.

George abrió la bolsa apenas. El oro brilló antes de que volviera a cerrarla.

—Aquí hay mil.

—Sí.

—No puedes darnos eso.

Harry empujó la bolsa un poco más hacia él.

—No quiero guardarlo. Quiero que hagan la tienda.

Dracenia se quedó quieta. Había ofrecido una solución con el nombre de su padre meses antes. Nadie le había pedido esa solución ahora ni estaba esperando que opinara sobre ésta.

Fred y George se miraron. No fue uno de esos gestos con los que preparaban una broma. George llevaba todavía una mano sobre la boca de la bolsa y Fred se había quedado muy serio.

—Tenemos que hablar de esto —dijo al fin.

Harry asintió.

—Pero no voy a llevármelo de vuelta.

Fred soltó aire. Miró la madera envuelta junto a la ventana y luego a su hermano.

—Vamos a tener que inventar algo mejor que un banco roto.

—Eso espero —dijo Harry.

George bajó la cabeza. Cuando volvió a alzarla, preguntó si Harry quería ver la primera lista de productos antes de que compraran materiales.

Harry dijo que sí.

Nadie lo felicitó por haber ganado el Torneo.

Dracenia se levantó cuando los gemelos empezaron a hablar de dónde guardarían el dinero hasta llegar. Hermione apartó las

rodillas para dejarla pasar. Ron sostenía la pieza de madera con un cuidado que ella no esperaba.

En el corredor, cerró la puerta despacio para que pudieran seguir hablando entre ellos.

El paisaje se volvió más llano. Las estaciones pequeñas pasaban antes de que pudiera leer todos los nombres.

Pansy regresó con su carpeta completa y una dirección nueva de Padma. Pasaron un rato acomodando las cosas que no querían dejar sueltas al bajar. Dracenia comprobó el cierre del baúl y encontró en el bolsillo del abrigo la carta de su padre, doblada tantas veces que el papel ya no parecía perfecto.

La dejó allí.

No había hablado con él desde que su madre le dijera lo que había ocurrido. Lo vería al llegar. Quería verlo y no sabía qué cara iba a poner cuando se acercara. Pansy la miró guardar la carta sin preguntar de quién era.

Le ofreció un dulce.

Dracenia lo tomó. No le gustaba ese sabor y no encontró necesario decirlo.

Cuando avisaron que faltaba poco, salió al corredor para buscar el abrigo que había dejado en otro asiento. Harry estaba junto a una ventana, esperando a que Ron pasara con dos bolsas y una jaula en la que la lechuza no dejaba de moverse.

Hermione fue a ayudarlo. Pansy apareció detrás de Dracenia, vio que el camino se había llenado y tomó una de las bolsas para despejarlo. No se quedó mirándolos.

Harry y Dracenia tuvieron unos momentos al lado del vidrio.

—¿Vas a escribirme? —preguntó Harry.

—Cuando pueda.

—Eso no suena muy prometedor.

—No te acostumbres a que te prometa cosas que no puedo cumplir.

Harry miró hacia el pasillo.

—Entonces yo también escribiré cuando pueda.

Dracenia asintió.

—Procura no meterte en demasiados problemas antes.

—No depende siempre de mí.

—Ya lo sé, Harry.

Él se volvió hacia ella. Tenía la venda más pequeña y el cansancio todavía en la cara. Dracenia no pensó que hablar con él hubiera terminado de arreglar nada. Tampoco quiso apartarse para que el encuentro durara menos.

Harry le mostró la correa de su bolsa.

—Se te va a soltar.

Ella miró la hebilla. Se había quedado mal pasada. La arregló y Harry sostuvo el peso mientras terminaba. Después se la devolvió sin dejar que el tirón le cayera sobre el brazo.

El tren empezó a frenar.

Tuvieron que buscar dónde afirmarse. Dracenia apoyó una mano junto a la de él, sobre el borde de la ventana. Ninguno la movió hasta que quedaron detenidos.

Londres olía a vapor y a gente esperando.

Su padre estaba junto a Narcissa, al otro lado del movimiento de alumnos. Dracenia lo reconoció enseguida y sintió el impulso de ir hacia él antes de recordar que no sabía cómo hacerlo.

Lucius levantó una mano. No sonreía como si volviera de un curso corriente. Cuando la tuvo cerca, le tomó la bolsa sin preguntar si pesaba y la miró con esa atención que ella conocía desde antes de poder discutirle nada.

Dracenia dejó que la abrazara. Se quedó un instante con la frente apoyada en su hombro, sobre la tela familiar. Cuando Lucius se apartó para mirarla, ella abrió la boca. Las preguntas no salieron todavía. Sí consiguió sostenerle los ojos antes de volverse hacia su madre.

Narcissa se acercó después. Le acarició el pelo y comprobó con una mirada que estaba entera. Pansy se despidió a su lado, prometiendo escribir antes de que Dracenia pudiera empezar a corregirle la dirección.

Más allá, los Weasley se reunían con Ron y los gemelos. Hermione había encontrado a sus padres. Harry estaba entre los dos grupos, con la mano apoyada sobre el asa de su baúl.

Dracenia alzó los ojos hacia él.

Harry la vio. La sonrisa que le dio fue pequeña y duró muy poco.

Ella alcanzó a devolvérsela antes de que la gente pasara entre los dos.